Der Weg

EL SENDERO



REVISTA MENSUAL CULTURAL

IV, Nº 5



der Weg

EL SENDERO

Registro Nacional Prop. Intelec. N. 317.320
Queda hecho el depósito que señala la ley

INHALT DIESES HEFTES

Der auf der ersten Seite unserer Hefte wiedergegebene Spruch kann als Sonderdruck für 1.— m$n. bezogen werden. Die eingehenden Beträge werden der Hilfsaktion für Geistesschaffende zugeführt.

Dringend: Anschriften von noch nicht heimgekehrten Kriegsgefangenen, die 1949 noch aus Rußland oder Jugoslavien schrieben, sofort wenden an: Bischof D. Heckel, Erlangen, Universitätsstraße 26, Deutschland.

Stoßen können sie,
fällen können sie nicht.
Schlagen können sie,
zwingen können sie nicht.
Martern können sie,
ausrotten können sie nicht.
Verbrennen, ertränken
und aufhängen können sie;
zum Schweigen bringen,
das können sie nicht.



Martin Luther

der Weg

Monatshefte zur Kulturpflege und zum Aufbau

4. JAHRGANG · "AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN" · 5. HEFT, 1950

DÜRER-VERLAG, BUENOS AIRES

EL GRITO SONORO

Mes de mayo, mes argentino, mes del grito de independencia!

Cada año volvemos a vivirlo, conscientes de que todo el mundo y todos los mortales han de escucharnos cuando entonamos nuestro himno patrio; esa canción de las canciones que casi mágicamente plasma los tres martillazos que en San Lorenzo, Maipo y Chacabuco diera nuestro padre San Martín sobre el yunque de la historia, en esa triple y campanuda repetición del grito sonoro: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

En estos días de mayo están nuestros corazones y nuestras mentes especialmente predispuestos para comprender y sentir lo que es un himno nacional y lo que él significa para cada nación que ha sabido cimentar los puntales de una personalidad definida en los campos de la historia. Basta suponer lo que diríamos nosotros, si alguien permaneciera sentado e indiferente cuando el 25 de mayo nos ponemos de pie al escuchar los sublimes acordes del himno patrio ejecutados por la orquesta del Teatro Colón; basta imaginarse nuestra reacción, si alguien quisiera prohibirnos nuestro triple grito sonoro de Libertad, y ya entendemos plenamente lo que acaba de pasar en Berlín, donde los alemanes cantaron —por primera vez desde la derrota— su viejo himno nacional, mientras que los comandantes aliados permanecían ostensivamente sentados, demostrando su desdén y su desaprobación.

"Ha sido una falta de gusto el haber cantado el himno sin preguntarnos antes", comentó luego el comandante británico.

"El himno „Deutschland, Deutschland über alles" es una canción imperialista inaceptable para el mundo libre", dijo luego un prohombre francés.

Nosotros creemos, que la falta de gusto fué cometida por quienes deliberadamente faltaron a las más elementales normas de la cortesía internacional, a pesar de que el viejo himno germano había sido entonado en esa oportunidad por el propio canciller del gobierno de Bonn, con el único propósito de fortalecer a sus compatriotas frente a las maquinaciones del bolchevismo internacional.

Respecto a la objeción francesa cabe señalar que los alemanes cantaron la tercera estrofa de su himno, en la cual se clama por "unidad, justicia y libertad para la patria alemana", valores que no pueden ser tomados, de ninguna manera, como postulados imperialistas y que en un mundo verdaderamente democrático habrían de corresponder a todas las naciones de la tierra. Y aunque se hubiera cantado el texto íntegro del himno germano, estaría igualmente equivocado el objetante galo. Cuando los alemanes cantan su "Alemania, Alemania sobre todo el mundo" tienen ante sí la escala de valores terrenales y colocan en ella —como lo hacen todos los pueblos sanos— a la patria en primer lugar, por sobre todo y ante todo lo demás. Una propaganda malévola ha tergiversado el sentido de este texto, haciendo creer que los germanos expresan con él su anhelo a dominar todo el mundo, y a colocar el peso de la bota prusiana aplastante sobre la humanidad. ¡Nada más equivocado! El himno germano se refiere, en su primera estrofa explícitamente, a una situación en la que la patria sea o haya sido objeto de agresión, pues reza textualmente: "Alemania, Alemania sobre todo el mundo. Cuando tiene que defenderse y oponerse se une fraternalmente". Circunscribe luego con exactitud geográfica los límites de la patria, lo que, a nuestro modesto entender resulta todo lo contrario de aspiraciones imperialistas y la mejor refutación del erróneo sentido que ha querido atribuírsele a un himno, cuya música de José Haydn pertenece a lo más depurado que existe en el reino del arte sonoro y cuya letra —escrita por Hoffmann von Fallersleben con motivo de la revolución germana contra

el absolutismo— es de origen nítidamente republicano y democrático. Esa es la pura verdad que bien permitiera a los hombres de buena voluntad olvidarse de versiones propagandísticas acuñadas en el fuego de los odios.

No; los comandantes aliados y los que hoy tratan de defender su proceder no estuvieron muy acertados al desconocer por completo los propósitos que llevaron en esta oportunidad a los alemanes a cantar nuevamente su himno sagrado, pues, no se trataba de desafiar a las naciones de Occidente, sino llevar a la conciencia de los alemanes subyugados del Este el grito sonoro que los invita a romper las cadenas soviéticas, exigiendo esa unidad, esa justicia y esa libertad que les vienen negando los sicarios del Kremlin. Fué por eso que el himno se cantó en Berlín, en esa avanzada del mundo occidental que se encuentra en constante peligro de caer en manos del comunismo. ¿Acaso les hubiera gustado más que se cantara la Internacional?

Hace algunos meses se celebraba en una ciudad renana un encuentro futbolístico entre un equipo belga y un equipo alemán. En honor de los huéspedes se tocó el himno nacional de Bélgica, pero a los alemanes les fué prohibido cantar el suyo; lejos de sentirse ofendidos, cantaron con buen humor la canción de carnaval: "Somos los aborígenes de Trizonesia". En aquella oportunidad tuvieron los oficiales aliados el buen sentido de ponerse de pie y respetar tan atinada manifestación del sentir colectivo, por muy fuerte que fuera la crítica, que así expresaba, frente a la intolerancia aliada. Tanto más extrañable es que ahora en Berlín, cuando la crítica germana —a través de la tercera estrofa del himno nacional— se dirigía contra la tiranía comunista, los oficiales aliados no hayan sabido asumir una actitud correspondiente al momento político. Muy por el contrario. Asumieron una postura que sólo puede haber contribuído a socavar el prestigio del gobierno federal alemán, haciéndole el juego al comunismo que, desde hace tiempo, ha montado su estrategia revolucionaria en Alemania sobre resentimientos nacionalistas, afirmando a la par y contínuamente, que los hombres de Bonn no representan efectivamente un gobierno libre y democrático, sino que están en calidad de administradores de un protectorado colonial aliado. Mucho menos tino político aún tuvieron aquellos alemanes que protestaron contra la entonación del himno. Hasta el propio presidente de la república federal alemana, Profesor Heuss, no estuvo a la altura de las circunstancias, pues, se apresuró a tranquilizar a los aliados como si en realidad no hubieran sido ellos los equivocados en este instante.

El incidente de Berlín, que tanto polvo ha levantado, tiene a nuestro ver un significado fundamental. Si por un lado se le prohibe a un pueblo que clame por unidad, justicia y libertad, por el otro no será posible llevar a cabo esa cruzada de la verdad anticomunista que acaba de proclamar el presidente Truman. Si los oficiales aliados no observan en público esas elementales normas de cortesía ante los sentimientos nacionales del pueblo alemán, a los cuales los oficiales soviéticos acatan hasta en cualquiera de los países satélites de la Unión Soviética, contribuirán a acrecentar ese clima de equivocaciones y mistificaciones que tanto beneficia los cultivos de comunismo en el mundo.

Aquel benemérito de las Américas, que fué el gran mexicano Benito Juárez, hace más de un siglo apuntó claramente, que la paz descansa sobre el respeto ante el derecho ajeno. Y la mejor forma de manifestar la profunda diferencia entre el concepto democrático y el concepto comunista de la vida es la de demostrar en todo instante, dentro del ámbito de nuestra civilización, ese respeto al derecho ajeno que le falta por completo al imperialismo moscovita. El sentido de la libertad no debe convertirse en mito inconvincente, debe ser la esencia del mundo que hemos de defender frente a la esclavitud asiática, debe seguir siendo la fuerza elemental que nos lleve a vivir o a morir con dignidad.

De allí es que nosotros, los argentinos de origen germano, comprendemos profundamente, cuán acertados estuvieron los alemanes que cantaron en el Palacio Titania de Berlín su antiguo himno nacional con el mero propósito de despertar a sus compatriotas, subyugados por el comunismo, con la palabra más mágica del vocabulario humano, evitando así que los testaferros del Kremlin puedan seguir aplastando libertades en nombre de la libertad. Por muy extraño que parezca, creemos firmemente que esos acordes del *Deutschlandlied* que acaban de sonar en Berlín iniciaron la cruzada de verdad anticomunista que acaba de proclamar el presidente de los Estados Unidos, puesto que en lo más profundo de nuestras almas sentimos que un mundo, en el cual le estuviera prohibido a cualquier pueblo el derecho de clamar por unidad, justicia y libertad, ya no fuera digno de vivirlo.

Por ello seguimos empeñados en que todo el orbe y todos los mortales oigan el grito sonoro que es tan nuestro como de todas las naciones que forman parte del mundo cristiano y occidental: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Mes de mayo, mes argentino, mes del grito de independencia.

Te agradecemos que tu gran lección nos haya hecho sensibles hasta por la libertad de otras naciones que no cuentan, en el momento, con las garantías de unidad, justicia y libertad que lleva envuelta la bandera azul y blanca con el sol de tu nombre!

M. B.

Tan injusto es prodigar premios como negarlos a quienes lo merecen.

SAN MARTIN

Tradition und Revolution

Von den Ursachen des deutschen Zusammenbruchs und seiner Überwindung

VON HUGO C. BACKHAUS

Es gibt keinen Historiker, dessen Geschichtsdarstellung nicht Angriffen ausgesetzt ist. Entweder ist seine Methode oder seine politische Ueberzeugung einschließlich seiner religiösen Haltung, manchmal auch beides die Ursache dafür. Während die einen den souveränen Rundblick von der hohen Warte leidenschaftsloser Wissenschaft verlangen, vermissen andere die Klauen des Löwen, den sicheren Griff in die Fülle des Geschehens, weil sie das Urteil der Geschichte suchen.

Ein Geschichtsforscher wird nun allerdings, ob fern oder erfüllt von politischer Leidenschaft, den unabhängigen Ueberblick mit einem sicheren Urteil zu verbinden haben. Dabei sind wissenschaftliche Wahrhaftigkeit und unbedingte Sachlichkeit die Voraussetzungen seines Schaffens. Daß seine Leistung individuell bedingt und damit etwas Einmaliges, in dieser Weise nicht Wiederholbares ist, macht die kritische Auseinandersetzung mit ihm notwendig. Diese pflegt dann nicht nur zur historischen Selbstbesinnung zu führen, sondern auch den Sinn für Tradition wachzuhalten. Nur so kann die Kontinuität, der lebendige, die Generationen übergreifende Zusammenhang gesehen und der Boden für ein umfassendes Geschichtsverständnis bereitet werden. Man bekommt dann jenen Blick für den historischen Prozeß, für den Zusammenhang seiner Phasen und Epochen, der es einem unmöglich macht, die eine oder andere Epoche gleichsam zu kanonisieren und ihr, indem man sie verabsolutiert, überhistorische Bedeutung beizumessen. Vor allem aber bewahrt ein sachliches Geschichtsverständnis vor jeder haßerfüllten Schwarzfärberei, die tagespolitischen Zielsetzungen zuliebe den sinnleeren Versuch macht, Rache an einer Epoche zu nehmen, deren Existenz ihr verhaßt, weil den eigenen Konzeptionen entgegengesetzt ist.

Die Methode der systematischen Einschwärzung einer den eigenen Tendenzen unerwünschten Epoche führt geradewegs zur Geschichtsleugnung. Sie wird aber auch zum ungewollten Anlaß, besonders sorgfältig und plastisch diese angeblich geschichtswürdige Epoche herauszuarbeiten und auf diese Weise aus ihr zu lernen. Es ist die geradezu unverständliche Kurzsichtigkeit aller Geschichtsleugnung und -einschwärzung, daß sie mit Sicherheit sowohl das leidenschaftlich empörte Ueberzeugungsbekenntnis, aber auch die sachlich prüfende Selbstbesinnung herbeizwingt. Und während nun von den Gehässigkeiten und der bewußten Negation nichts mehr übrig bleibt, werfen das Positive und die Scheinwerfer der Selbstkritik ihr Licht auf eine Epoche, deren lebensvolle Wirklichkeit allein dadurch bezeugt wird, daß sie viel Licht und viel Schatten auf sich vereinigt hat und damit sich als eine echt menschliche Existenz beweist.

Die Geschichte ist stärker als alle, die sie vergewaltigen wollen. Sie läßt sich weder ihre Existenz noch ihren nicht immer gleich verständlichen Sinn nehmen. Daß sie aus harten, sehr harten Realitäten besteht, daß sie alles und in breitester Ausdehnung hineinwebt, was sie an Lebenserscheinungen zu ihren Mustern benötigt, ist gleichsam ihre Ehre und ihr Eigensinn, die sie sich nicht antasten läßt. Sie will nicht, daß man gegen sie räsonniert. Sie verlangt, gesehen und anerkannt zu werden, wie sie ist, in ihrer ganzen Fülle von Fäden, Geweben, Linien und Farben, mit allem Schweren und Rätselhaften, allem Tragischen und Schöpferischen, als das Geschehen, das sie ist, gänzlich abgesehen von einem vordergründigen Schaden oder Nutzen.

Kritische Selbstbesinnung, die am historischen Prozeß ihre reifsten Erkenntnisse gewinnt, wird sich immer der Belehrung durch die Geschichte öffnen. Gerade aus den Fehlern und der gründlichen Analyse ihrer Ursachen wird sie das meiste lernen. Wenn man so will, ist die Geschichte ein wahres Kompendium von Fehlern, hinter denen eine Fülle von Schicksalen als tiefste Ursachen sich verbergen. Sie als solche zu erkennen und sie so ernst zu nehmen, wie Schicksale genommen werden sollten, führt schließlich dazu, in ihnen Notwendigkeiten und Unvermeidbarkeiten zu sehen.

Das Wort Rankes „Die wahre Lehre liegt in der Erkenntnis der Tatsachen", gilt auch heute, wenn wir hinzufügen dürfen: und einer psychologisch zutreffenden Analyse dieser Tatsachen.

Man tut gut, nach dem Zusammenbruch von 1945 sich klar zu machen, was ihn herbeigeführt hat. Dazu scheint es notwendig, auf eine in der Situation des Versagens auch bei anderen Völkern aufwuchernde Eigenschaft zu verweisen, auf die Sucht, nach Schuld und nach dem Schuldigen zu suchen. Man muß dann allerdings imstande

sein, in Zusammenhängen zu denken und, wenn schon die Schuldfrage gestellt werden soll, sie bis zu dem Punkt hin zu durchdenken, wo sie dem Weiter- und Tieferblickenden sich zu einer Schicksalsfrage wandelt, die nicht so leichtfertig und affektvoll beantwortet werden kann wie die rasch und jäh, meist in höchster Erregung und ausweglöser Verzweiflung hingeschleuderte Schuldfrage. Denn dieser Schuldfrage folgt die Schmähsucht auf dem **Fuße**.

Doch was ist ein Zusammenbruch im Grunde anderes als ein plötzliches Aussetzen der bisher über die Maßen angespannten Kräfte?! Was liegt näher und ist selbstverständlicher, als daß nun die Reserve einspringt, jene nicht in diesem Maße beanspruchten Kräfte, aber nun auch wieder nur, um dem Ganzen zu dienen und ihm zu helfen. Es ist nicht aufrechter Männer Brauch, die Ablösung einer abgekämpften Truppe durch frische Kräfte unter Schmähungen zu vollziehen. Schmähsucht in den eigenen Reihen ist immer Selbstverpöbelung, Niveausenkung. In ihrem Gefolge ist die Verleumdung die übelste Erscheinung, weil sie nichts anderes als Lynchjustiz ist.

Wer begriffen hat, daß die Geschichte in Epochen und jede Epoche in Phasen verläuft, bekommt ein ruhiges und sicheres Verhältnis zum Ablauf der Ereignisse. Keine Phase, politisch gesprochen, keine Staatsform kann, wie der Geschichtsverlauf deutlich manifestiert, für sich in Anspruch nehmen, mehr als eine Phase im Wechsel des Geschehens zu sein, das heißt im Aufbau eines Volkes zu einer Nation von Kraft, Ansehen und Zukunft. Auch der Nationalsozialismus ist nichts als die Anfangsphase einer Epoche, deren Umrisse erst in späteren Phasen deutlicher hervortreten werden. Aber eben darum sollte man nicht an der Notwendigkeit einer solchen Anfangsphase zweifeln. Denn sie ist eine historische Tatsache. Man wird der Geschichte niemals gerecht, wenn man Tatsachen leichthin für Irrtümer und Irrwege hält, wohl aber, wenn man aus ihr lernt.

Wir haben an der bürgerlich gestützten Monarchie lernen können, daß das monarchisch gesonnene Bürgertum es an der Zuwendung zum besitzlosen Arbeitertum in den großen Produktionsstätten — ohne seine Einbeziehung in ein würdiges und auskömmliches Leben — fehlen ließ. Darum konnte ein Gesamtvolk so wenig entstehen wie unter einem absoluten Fürstentum, das sich gleichfalls ohne eine organische Verbundenheit mit dem Volk erhielt. Die Zeit der Weimarer Republik hinwiederum stand zu allem Nationalen im traditionellen Sinn in einem so schroffen Gegensatz, es lebte so ausschließlich der an sich nötigen Versorgung und dem Ausgleich nach allen Seiten hin, daß darüber diejenigen Werte der Mißachtung zu verfallen drohten, die sich den traditionsgebundenen Kreisen als deutsche Interessen und Notwendigkeiten darstellten. Schließlich unternahm es der Nationalsozialismus, sowohl die Arbeitermassen wie diese Kreise der Traditionspflege durch den Versuch einer lebendigen Synthese zu gewinnen, die in dieser Weise weder der Monarchie noch dem System der Parteikoalitionen strukturell möglich war. Er erwies sich damit in dieser Hinsicht als eine neue, folgerichtige und notwendige Phase.

Geschichtlich gesehen ist auch der Zusammenbruch um 1945 der Beginn einer neuen Phase. Aber wir sträuben uns mit dem Gefühl der Bitterkeit und des Kummers gegen die Erkenntnis, daß auch er eine Notwendigkeit war. Wir suchen nach den subjektiven Gründen seines Scheiterns, nach Fehlern, nach Fehlentscheidungen. Richtiger aber und auch gerechter ist es, den Ursachen dafür nachzugehen, weshalb dem Nationalsozialismus eine Erfüllung seiner Aufgabe nicht gelingen konnte. Man vermeidet bei dieser nüchtern-sachlichen Art des Nachforschens nicht nur das Schmähen und Beschuldigen, sondern verliert sich auch nicht in fruchtlosen Grübeleien und in die alles Gleichgewicht raubenden Umdrehungen des Hypochonders, der mit seinem „hätte" und „wäre" an den Tatsachen herumnörgelt, ohne sie damit im geringsten aus der Welt schaffen zu können. Der Kern seines Querulierens ist ein recht egozentrischer: Wenn man das damals anders und so oder so gemacht hätte, dann ginge es mir jetzt nicht so schlecht. Er spricht als meinte er die Sache und nicht sich, von Fehlern, Verbrechen oder gar Wahnideen, ist aber außerstande, sich einmal klarzumachen, wie es überhaupt — und auch in seinem eigenen Leben — zu Fehlern und nun gar zu Fehlentscheidungen unter der Bürde einer schweren Verantwortung kommt, weil er selbst jede Verantwortung scheut und jeder Entscheidung aus dem Wege gehen würde.

Jede Entscheidung ist ein Wagnis, das ebenso viel Aussicht auf Erfolg hat, wie es zum Scheitern führen kann. An jeder Entscheidung hängt das Verlustrisiko. Trotzdem muß man sich, zumal im Gedränge der Ereignisse, entscheiden, weil einem sonst die Entscheidung anderer aufgezwungen wird. Ob man sich nun richtig oder falsch entschieden hat, ist oft nur vom Ausgang her zu sagen. Ist alles geglückt, dann war die Entscheidung richtig. Und selbst wenn sie zunächst zum Mißerfolg führte und also sich als Fehler herauszustellen schien, war sie dann schließlich doch wieder richtig, sofern es zu späteren Erfolgen und schließlich sogar zum Enderfolg kam, also eine Entscheidung, die, wenn auch über Umwegen und Einbußen, schließlich zum erwünschten Ausgang geführt hat.

Bei der meist wenig tiefgründigen Schuldfeststellung meint man letztlich, daß auch die Vermeidung der Schuld möglich gewesen wäre, daß man sich also auch anders hätte verhalten können. Man will also im Grunde ein fahrlässiges Verhalten kennzeichnen und festnageln. Anders liegt es bei der Ermittlung von Ursachen.

Hier wird man in der Regel auf Zusammenhänge verwiesen, in die der Mensch mit seinen Entschlüssen eingespannt ist und die ihm zwar die Möglichkeit geben, sich so oder so zu entscheiden, die es ihm aber nicht gestatten, von diesen Zusammenhängen, Bedingtheiten und Bindungen auch nur einen Augenblick abzusehen. Man mag das die Schicksalhaftigkeit unserer jeweiligen Lebenssituation nennen. Was damit gemeint ist, kann als Tatsache von keinem lebendig sich entwickelnden Menschen verneint werden. Auch unsere Entscheidungen, die doch in der Regel der intellektuellen und der Willenssphäre entstammen, sind wie Stimme, Gang und Schrift Wesensäußerungen. Sie enthüllen unser Wesen, an dem unser Schicksal folgerichtig hängt. Im Grunde kann jeder nur so handeln, wie er letzten Endes ist. Von diesem Satz hat jedenfalls eine Psychologie der Entscheidung und damit auch eine Psychologie der Fehler, die ein Mensch macht, auszugehen.

Wenn das richtig ist, dann hat der Zusammenbruch von 1945 seine tiefste Ursache im deutschen Wesen, im deutschen Schicksal, im Wesen des Volkes selbst und im Wesen seiner Führungsschicht.

Es ist unmöglich abzustreiten, daß das deutsche Volk, von einem zahlenmäßig geringen Rest abgesehen, sich zumindest vor 1939 zum Nationalsozialismus als einer gesamtdeutschen Angelegenheit und Aufgabe in dieser oder jener Form bekannt hat. Ja, beider Schicksal war so aneinander gebunden, daß man ganz bewußt und überzeugt das Beste und Richtigste zu tun glaubte, indem man seine Entscheidung an die Führung des Volkes abtrat. Damit hing das Schicksal des deutschen Volkes — was übrigens auch im Hinblick auf die Geschichte anderer Völker durchaus nichts Ungewöhnliches ist — tatsächlich an den Entscheidungen der gesamten Führerschaft. Beim Forschen nach den Ursachen des deutschen Zusammenbruchs wird man daher der schweren Frage nicht ausweichen dürfen, wie sich die führenden Schichten in dieser Zeit einer unerhört schweren Belastungsprobe verhalten haben.

Es war zweifellos die schwerste Aufgabe des Nationalsozialismus, auf seine Weise die Wehrmacht als Hüterin der nationalen Tradition für sich zu gewinnen. War doch die Wehrmacht über das Offizierskorps mit den konservativen Schichten vielfach engstens verflochten, was auf jeden Fall für die Generalität gilt. Die Wehrmacht war der stille Trost und Halt, der Stolz und Garant jener nationalen Kreise, auf die auch der Nationalsozialismus baute.

Man wird aber außer dem Adel — mit und ohne Grundbesitz — auch die Hochintelligenz, also die Oberschicht des gebildeten Bürgertums, sowie das hohe Beamtentum dazu rechnen müssen, kurzum jene Kreise, die man als die konservative Schicht neben dem ganz anders gearteten Bauerntum im deutschen Volke ansprechen kann. Geht man den Leistungen dieser Schicht nach, so wird man in ihr in der Tat solche finden, die auf bedeutende Begabungen, auf Führungseigenschaften wie Führungserfahrungen hinweisen. Diese Leistungen gehören in der Hauptsache der monarchistischen Epoche an, jener Zeit, in der fast ausschließlich aus dem Adel und seit den Freiheitskriegen auch aus der Oberschicht des Bildungsbürgertums die Führungskräfte hervorgingen. Als Aristokratie hielten sie sich jedoch zumeist von dem zu führenden Volk gesondert, führten ihr Leben betont exklusiv und hatten nur als Befehlsorgane Berührung mit der breiten Masse der arbeitenden Mittel- und Unterschicht. Es gibt zu denken, daß ein Mann wie Wilhelm Heinrich Riehl aus staatspolitischen Gründen seine Forschungen in der Mitte des vorigen Jahrhunderts trieb und mit ihnen den Zweck verfolgte, die herrschende Schicht mit Wesen, Begabung und den Kräften des Volkes bekannt, ja so vertraut zu machen, wie es eine Volksführungsarbeit voraussetzt.

Zu dieser Exklusivität kommt das an sich selbstverständliche Festhalten an der eigenen Tradition, das heißt aber doch auch zugleich das Festhalten an sich selbst, an seinen Rechten und Aufgaben, an seinen Denk- und Führungsgewohnheiten, die man für so bewährt hielt wie die eigene Lebensführung. Man kann demgemäß sagen: Exklusivität nach unten und traditionelle Bindung nach oben kennzeichnen die Führungsschicht der monarchischen Epoche. Die Mentalität des neu sich bildenden industriestädtischen Arbeitertums blieb der an ihre Traditionen gebundenen Aristokratie weitgehend fremd und unzugänglich. So ist es kein Wunder, daß der Gegensatz zwischen „oben“ und „unten“ in einer kaum mehr heilbaren Form sich verschärfte, daß man einerseits despektierlich die Distanz hielt, auf der anderen Seite aber mit Gegengefühlen der Verbitterung und des Neides den Kampf ansagte. Die Umsturzabsichten des städtischen Arbeitertums ließen die begreifliche Sorge aufkommen, es könnte eines Tages die Tradition von der Revolution verschlungen werden. Unter dem Druck ihrer von „unten“ her gefährdeten Existenz scheint sich nun erst ein sowohl weltanschauliches wie parteipolitisches System von Angriff, Abwehr und Interessenvertretung herausgebildet zu haben, ein standesethisch-politischer Traditionalismus, der später auch bei den sogenannten Deutschnationalen seine wirksame Vertretung fand.

Eine solche Abwehrstimmung schafft schließlich eine zunächst noch verborgene Front, die nun unter allen Umständen an den Werten, Lebensformen und Ideen der ständisch gesehenen Vergangenheit festhält. Man ist sich seiner durch die Tradition geheiligten Führungsaufgabe bewußt, glaubt in unerschütterlicher Ueberzeugung an die

Unaufgebbarkeit dieses Führungsprivilegs und ist gesonnen, es zu erhalten, vielfach ohne Verständnis für die Forderungen der Massen, die in einer unwürdigen Lebenssituation zu einer radikalen Lösung drängen, und zwar in absoluter Verneinung aller Tradition und ihrer gewachsenen Werte, zu einer Totaländerung aller Verhältnisse, der Revolution von Grund aus.

Zu diesem Umsturz ist es 1918 gekommen. Doch zeigten bereits die folgenden Jahre mit ihren Frühjahrsaufständen und -kämpfen, daß die alte Wehrmacht, vor allem aber das durchweg aristokratisch gesinnte Offizierskorps wohl geschlagen und zersprengt, aber nicht vernichtet war. In den Unsicherheiten und Fragwürdigkeiten der Revolution sollte nun wieder die Tradition zur festen Achse werden und die neue Wehrmacht trotz ihres geringen Umfanges zur Hüterin der Tradition. Sie wurde nun der Ausgleich und das Gegengewicht gegen ephemere Strömungen und Forderungen, zugleich aber auch der Ansatzpunkt einer langsamen Erstarkung über Bord geworfener traditioneller Anschauungen und konservativer Ueberzeugungen.

Man wird auch diese Entwicklung, zutreffend Reaktion genannt, als eine geschichtliche Notwendigkeit, auf jeden Fall als eine gewichtige Tatsache auffassen müssen, mit der nach Revolutionen als politischer Realität gerechnet werden muß. Keine Gewalt — mag sie noch so grausam diese Realität zu unterdrücken suchen — kann sie beseitigen. Solche Kräfte sterben nicht mit ihrer Ausschaltung, auch nicht mit ihrer Ausrottung. Dazu sind ihre Lebenswurzeln viel zu fest und tief und im Leben des Gesamtvolkes auch ganz unentbehrlich, weil das Volk immer aus seiner geschichtlich gewordenen Substanz heraus lebt und nur so in seinem Bestand sich erhalten kann. Ein lebensvolles, zukunftsfreudiges Volk wird sich nie völlig von seiner gewachsenen Tradition trennen lassen; wenn sie nicht auf Standesinteressen und -überlieferungen beschränkt bleibt, stellt sie den Substanzreichtum dar, der die Quellkraft eines gesunden Volkes ist. Und zum Volk in diesem Sinn gehören auch jene Kräfte, die zur Entfaltung drängen, wie jene, die das Errungene bewahren. *In einem klugen und politisch gut geführten Volk werden alle fähigen Kräfte einmal zur Wirkung kommen.* Denn die Kräfte und Begabungen müssen gleichsam zirkulieren wie das Blut, das mit immer neuen Kraftstoffen versehen, in seinem Umlauf alle Organe tätig und gesund erhält. Vom Volkskörper zu sprechen, ist weit mehr als ein Bild. Zuführung neuer Kräfte, ständige Ablösung der Verbrauchten kann allein das Ganze gesund erhalten. *Darum gehören auch Tradition und Revolution, gehören Ueberlieferung und Fortschritt als Kräfte eines und desselben Volkes zusammen.*

Vom deutschen Volk muß nun leider gesagt werden, daß in ihm die Kräfte der Entfaltung meist so lange aufgehalten worden sind, bis sie unter Ueberdruck sich gewaltsam und dann nicht selten zerstörerisch Bahn gebrochen haben. Als ein Beispiel dieser tief tragischen Unterdrückungstendenz kann der große Planer eines nationalen, reichseinheitlichen Verkehrs- und Transportnetzes Friedrich List gelten, der ein grausam gequältes Opfer der partikularistischen Konservierungspolitik Metternichs wurde. Ein weiteres Beispiel ist die Aussperrung des Arbeitertums bis 1918 und nach 1918 wiederum die Aussperrung der konservativen Kräfte.

Was man auch dem Nationalsozialismus an Fehlern nachsagen will, seine Erkenntnis von der Notwendigkeit einer Zusammenfassung aller fähigen und willigen Kräfte war für das deutsche Volk von epochaler Bedeutung. Diese Erkenntnis bleibt auch über sein Scheitern hinaus richtig. Denn dem Nationalsozialismus ist es nicht zuletzt um die Synthese von Tradition und Revolution gegangen, um das Miteinanderwirken von Ueberlieferung und Fortschritt. Darum sollte sich seine Führung auch aus allen Teilen und aus den besten Kräften der Nation zusammensetzen. *Daß diese Synthese nicht zur Wirklichkeit wurde, halte ich für die zentrale Ursache des Zusammenbruches von 1945.*

Solche Synthese braucht, soll sie organisch wachsen und über alle Anfangsschwierigkeiten hinauskommen, sehr viel Zeit, auf jeden Fall wohl mehr als drei Jahrfünfte. Der Widerstand aus dem Gegensatz, der nicht Mitarbeit, sondern Beseitigung will, um sich selbst und wieder völlig allein zur Geltung zu bringen, hat die Synthese, die er nicht wollte, zerschlagen. Während der Nationalsozialismus sich von Anfang an als eine Gegenbewegung gegen den Kommunismus verstand und in einem eindeutigen Sieg für ganz Europa die bolschewistische Infiltration verhinderte, hat er den innernationalen Widerstand wohl gekannt und ernst genommen, aber zumeist auf dem Wege über den Appell an das Nationalgefühl für die gemeinsame Aufgabe zu gewinnen versucht. Er hat um diese konservativ-nationalen Kreise geworben, bis seine Führung klar zu erkennen meinte, daß die Bedrohung durch den Traditionalismus eine ernste Gefahr für ihn bedeutete.

Es gab zwei Wege, dieser Bedrohung Herr zu werden oder doch wenigstens den Versuch zu machen, sie auszuschalten als eine Gefahr für das Ganze. Der eine Weg ist der der totalen Eliminierung. Dieser radikale Weg ist vom Bolschewismus beschritten worden, als er sich in der gleichen Situation wie der Nationalsozialismus befand. Denn er hat die alte Führungsschicht zugunsten einer aus dem Proletariat erwachsenden so völlig abgelehnt, daß nichts als ihre Ausrottung durch Tötung, Einsperrung,

Verschleppung, Proletarisierung übrig blieb. Für den Nationalsozialismus war dieser Weg nicht beschreitbar. Denn er drängte zur Synthese, nicht zur radikalen Antithese. Ihm konnte es allein darauf ankommen, alle Schichten und Kräfte der Nation zu gewinnen, auch die traditionsgebundenen, jeder notwendigen Neuerung abholden Kräfte, die, auf ihre Substanz und Führungserfahrung gesehen, wertvoll und im Ganzen unentbehrlich waren.

Die Behandlung Röhms im Jahre 1934 war der Beweis dafür, daß der Nationalsozialismus entschlossen war, eher die radikalen Kräfte auszuschalten, als auf die loyale Mitarbeit der Traditionsträger gerade in der Wehrmacht zu verzichten. Man wollte mit der großen Zielsetzung überzeugen, mit dem Reich als der verpflichtenden Aufgabe, und wollte darauf ein alle verbindendes Nationalethos gründen. Gerade die Wehrmacht wurde als die geachtete und hochwertige Hüterin der nationalen Tradition überhaupt anerkannt. Man war offensichtlich stolz auf sie. Als nationalrevolutionäre Bewegung fand man über die Hochschätzung des soldatischen Menschen den Zugang zu ihr. In der Erinnerung an die schwere Kampfzeit des ersten Weltkrieges bildete das Fronkämpfererlebnis die in seinen Augen unzerstörbare Grundlage. Man meinte die Wehrmacht schlechthin, meinte sie als Symbol der nationalen Kraft und des ewigen Willens zum Reich. Man trug eine fast schwärmerische Verehrung für sie im Herzen.

Um dieser Grundlage willen wurde im Vertrauen auf die Loyalität und die vaterländische Gesinnung des Wehrführertums die Röhmbewegung gewaltsam ausgeschaltet und damit jenen traditionalistischen Kreisen bewiesen, daß man mit Härte selbst gegen Kräfte in den eigenen Reihen vorzugehen entschlossen war, wenn diese eine loyale Zusammenarbeit mit dem alten Offizierskorps ablehnten.

Es folgten die Wiedereinführung der allgemeinen Wehrdienstpflicht und die rasche Erweiterung der Wehrmacht. Von Anfang an war es gelungen, die neue Wehrmacht politisch neutral zu halten und keinen andern Einfluß als den des Offizierskorps aufkommen zu lassen. Durch die Beförderung einer großen Anzahl von Generalen zu Feldmarschällen erhielten diese mit dem Generalstab zusammen, vor allem mit dem jeweiligen Ia nach unten eine enorme Machtfülle. Auch die Aufhebung des Nebeneinander der drei Wehrmachtsteile, die Einrichtung eines Oberkommandos und eines Wehrmachtführungsstabes änderte hieran nichts. Die Struktur namentlich des höheren Offizierskorps blieb unangetastet und unverändert.

Mit dem Kriegsbeginn wurde eine intensive Zusammenarbeit zwischen Wehr- und Parteiführerschaft nötig. Die Parteiführung stellte sich dabei betont als die maßgebende Führungsschicht dar, der gegenüber Wehrmacht und Staatsführung abgeleitete, abhängige Kräfte seien. Das disharmonische Verhältnis beider zueinander und die Strukturänderung der nationalen Führungsschicht zugunsten der von der Wehrführerschaft abgelehnten menschlich sehr uneinheitlichen Parteiführung ist die tiefste Ursache dafür, daß später die Führung die Führung verlor, daß dieser Dualismus die heterogenen Kräfte in den Widerstand drängte und zum ätzenden Tropfen der inneren Zersetzung wurde.

Man kann demnach nicht sagen, daß das Prinzip der Synthese, das ganz bewußt und von vornherein auf Homogenität verzichtet, den Nationalsozialismus an sich selbst hat scheitern lassen. Dieses Prinzip ist staats- und wehrpolitisch brauchbar und richtig. Aber es ist, soll es zum Erfolg führen, an eine Bedingung geknüpft: Es fordert von allen das Ethos des höchsten Einsatzes für das Gesamtvolk. Und eben diese Zielweisung wurde keineswegs von allen bejaht. Erst ein langsamer Umschmelzungsprozeß hätte sie zur selbstverständlichen Lebensform werden lassen können.

Dem Versuch einer Harmonisierung von Wehr- und Parteiführerschaft standen sowohl der Traditionalismus der Wehrführerschaft als auch die Unzulänglichkeit der nicht immer glücklich und richtig ausgelesenen Parteiführerschaft im Wege, deren Anspruch ihren Wert als Persönlichkeit und ihr Können häufig bei weitem überragte, so daß es darüber alsbald zu bedenklichen Rivalitätsspannungen destruktiver Art kommen mußte. Dabei darf man nicht aus dem Auge verlieren, daß nichts so schwer und undankbar ist wie Personalpolitik. Es entsprach durchaus der nationalsozialistischen Zielsetzung, daß viele dieser führenden Männer der Partei aus dem Volke aufgestiegen waren. Ihre Aufgabe war es ja auch, das Volk führen zu helfen. Dazu mußte man es kennen und lieben, richtig verstehen und ansprechen. Nun taten aber keineswegs alle, was das Volk von ihnen erwartete. Viele fanden inmitten ihrer plötzlichen Machtfülle an einem schlecht gespielten Herrentum Gefallen und wurden in dieser Pose namentlich von der höheren Wehrführerschaft bezweifelt und bespöttelt. Aber das wies auch wieder auf eine negative Einstellung jener Männer hin, die sich allein im Besitz von Führungseigenschaften und -erfahrungen wußten, kraft ihrer Herkunft und ihrer Erziehung, im Besitz also von Traditionen, die jene Aufgestiegenen ebenso offensichtlich nicht hatten, was sie natürlich in den Augen der andern herabsetzen mußte.

Nun gibt es eine begründet stolze, aber auch eine despektierlich-höhnische, eine echte und eine dünkelhafte Kritik. In diesem Falle ist sie ein sehr scharfes und gefährliches Instrument. Denn sie mindert das Prestige und zerstört es schließlich ganz. Wo sie heimlich ausgesprochen und weitergeflüstert wird, führt sie langsam unter

günstigen äußeren Umständen zur Verschwörung. Das Erste aber was sie beseitigt, ist die Achtung. Und sofort untergräbt sie auch das Vertrauen. An die Stelle der Achtung tritt die Herabsetzung und Verneinung, an die Stelle des Vertrauens der passive Widerstand oder in schlimmen Fällen die aktive Zersetzung.

So wurde die Zukunft des deutschen Volkes für lange Zeit vernichtet, durch eine unheilvolle Führungskrise zwischen der dem Traditionalismus verschworenen und den durch die Revolution als Prinzip der Neugestaltung auf allen Gebieten emporgestiegenen Kräfte, denen es offensichtlich und nachweisbar in vielen Fällen an wirklich überzeugenden und von der wesensbedingten Gesamterscheinung her wirkenden Führerpersönlichkeiten fehlte. Vor allem fehlte es der Revolution auch an Männern, die über einen ihren Führungsaufgaben entsprechenden Bildungsstand verfügten. Wenn aber angeborenes Format und Bildung fehlen, muß in einem an wohlbeschaffenen und hochgebildeten Persönlichkeiten so überaus reichen Volk wie dem deutschen der Zweifel an Wert, Echtheit und Eignung auftauchen.

Nun muß allerdings betont werden und bedacht sein, daß dem Nationalsozialismus keine andere Wahl blieb, als seine Führerschaft zum größten Teil aus der alten Garde zu rekrutieren. Und es ist kein Zweifel: Diese Männer haben geglaubt und geopfert, haben Treue bewiesen und Not ertragen, haben Last und Unsicherheit auf sich genommen, was alles durch Gegentreue gelohnt zu werden verdiente. Aber dürfen Gefühle gelten gegenüber der Notwendigkeit, das sachlich Gebotene und für das Wohl des Ganzen Erforderliche zu tun? Auf der andern Seite war es unmöglich, ohne weiteres auf die privilegierte Führungsschicht zurückzugreifen, weil diese jede revolutionäre Umgestaltung ablehnte. Blieb man aber auf die Auswahl innerhalb der Partei im engeren Sinn der alten Kampfkameradschaft beschränkt, so waren Format und Bildung nicht in ausreichendem Maße vorhanden.

Bildung — das muß hier betont werden — erschöpft sich keineswegs im Wissen. Bildung ist im Grunde etwas ganz anderes. Es ist vor allem die strenge Zucht der Selbstüberwachung, die ständige Schulung des Urteils an den großen Tatbeständen der Geschichte und des Lebens. Bildung ist eine Vornehmheit des Wesens, das sich keine Unvornehmheit, keine Unsauberkeit gestattet, das sich vom Gebaren eines lärmenden Geltungsdranges fernhält und nur eine Leidenschaft kennt: die Sache, die Aufgabe, die Pflicht, das Ziel. Von solcher Bildung war man weithin, entfernt genau wie jene traditionellen Bildungsträger, die die Bildung als ihr Privileg auffaßten, sich aber oft keiner überindividuellen Aufgabe zu stellen vermochten, am wenigsten einer politischen Aufgabe. Bei diesem Mißverständnis der Bildung auf beiden Seiten konnte es niemals zu einem Austausch zwischen Bildungsaristokratie und Revolutionsführerschaft kommen.

Doch auch die geistliche Führungsschicht, deren politische Bedeutung unter Hinweis auf ihre angeblich nur religiöse Aufgabe in der Regel beträchtlich unterschätzt wird, verhielt sich grundsätzlich traditionstreu, konnte also kein Verhältnis zur Revolution gewinnen. Sie wich zunächst aus, um jedoch später als gefährliche Rivalin auf dem Wege einzelmenschlicher Seelenführung mit religiösen Mitteln starke politische Wirkungen zu erzielen. Wenn sich in diesen Kreisen der höheren und höchsten geistlichen Führung, in der sich meist Männer von staatsmännischer Klugheit und Erfahrung befinden, die politischen nicht mit den religiösen Aufgaben und Ideen decken, sind sie selten für das gemeinsame Nationalinteresse zu haben. Und durch Machtdruck sind sie nur in einen aufreibenden Kleinkrieg mit Märtyrern und Katakomben hineinzutreiben, der immer auf eine weitschauende Strategie der hinhaltenden Verteidigung schließen läßt. Wenn sich allerdings das nationalreligiöse Bewußtsein wie in England als gemeinsame Staatsgrundlage in keinem Gegensatz zu den herrschenden nationalen Ideen und Interessen befindet, kommt es zu jener in der Geschichte sehr seltenen Kooperation zwischen Religion und Politik, und zwar so, daß nun das Politische religiös gesehen und das Religiöse politisch wirksam wird. Im nationalsozialistischen Deutschland war die religionspolitische Situation zunächst eine durchaus beiderseits wohlwollende, einander tolerierende. Erst als man geistlicherseits zu erkennen glaubte, daß der Nationalsozialismus in seinem revolutionären Neugestaltungsdrang eine Nationalreligion zu werden vermochte, als er auch im Religiösen mit einer Neugestaltung begann, entstand eine leidenschaftliche Rivalitätsspannung, aus der heraus man alle neugeborenen Religionsäußerungen vorsorglich zu töten beschloß und gegen den Nationalsozialismus als Revolution einen fanatischen Haß im Herzen trug. Denn jetzt wußte man die Tradition in Gefahr, noch dazu die religiöse, die gegen eine Reformation und nun gar eine Revolution äußerst empfindlich zu sein pflegt, da sie von ihr die allerschwersten Erschütterungen und schließlich sogar eines Tages das Ende zu erwarten hat. Lehrt doch die Geschichte der Religion des Abendlandes, daß diese einem politischen Akt ihre staatliche Zulassung verdankt, ja daß man eine religiöse Machtübernahme stets einem politischen Akt zu verdanken hat. Etwas Derartiges pflegt in der Geschichte nicht einmalig zu sein, sondern sich zu wiederholen. Das aber war im Fall des mit starken Gestaltungskräften geladenen Nationalsozialismus unter allen Umständen zu verhindern. Der Nationalsozialismus durfte

nicht zur Nationalreligion werden, deren Kernidee das ewige Reich und der Glaube an dieses Reich war. Und so begann man ihn kurzerhand zu verdammen und zu entwerten, durchaus mit den politisch wirksamsten Mitteln der Seelenführung, bis man die Gelegenheit kommen sah und nun entschlossen war, ihn auch mit den politischen Mitteln der Gewalt zu beseitigen.

Alle diese traditionsgebundenen Mächtegruppen, der Generalität, der Bildungs- und Beamtenaristokratie und der geistlichen Führung vermochte der Nationalsozialismus nicht zu gewinnen. Angesichts eines solchen Erliegens mag man versucht sein, an das bolschewistische Beispiel zu denken. Denn dort wurden die Traditionsmächte radikal beseitigt und ein gewisser Rest erst nach langen Jahren der eigenen inneren Festigung sehr bedingt und nur teilweise zur Mitarbeit zugelassen. Die bolschewistische Revolution ist darum niemals in die Gefahr des Versandens oder gar des Erliegens gekommen. Sie beherrscht heute die Reste des zaristischen Offizierskorps und auch die mittlerweile aus den Katakomben klugerweise wiederherausgeholte geistliche Führung.

Diesen Weg der radikalen Einschmelzung mußte der Nationalsozialismus meiden, wollte er die Synthese verwirklichen. Was der Nationalsozialismus im eigenen Volk vergeblich versucht hat, wäre ihm in England schon eher geglückt, weil man dort gewöhnt ist, sich weniger an Ideen als an Zwecken, an sehr konkreten und realen Zielen im Laufe einer überaus erfolgreichen Geschichte zu orientieren. In England gelingen Synthese und Kompromiß immer zum Vorteil aller, in Rußland hat bisher immer nur die radikale Antithese zum Erfolg von einiger Dauer geführt. In Deutschland aber pflegen Tradition und Revolution immer aneinander zu scheitern, ohne den notwendigen Weg des Kompromisses auf beiden Seiten gehen zu können. So siegen immer die antirevolutionären Kräfte und die revolutionären verstärken und verbittern sich in radikalster Opposition. Das muß einen tiefen, sehr realen Grund haben.

Sollte nicht die geopolitische Situation, aus der das historische Schicksal der Völker entscheidend mitbestimmt wird, eine der tiefsten Ursachen für dieses verhängnisvolle Mißverhältnis zwischen traditioneller Beharrung und revolutionärer Dynamik sein? Völker wie Familien bejahen das ihnen Homogene. Alles andere fremdet sie an, ist Ausland, ist, wie den alten Juden die Gojim, den Griechen die Barbaren, das Ferne, Unvertraute, Gefürchtete und dann meist Feindliche. Dem Engländer ist alles Unenglische geradezu unverständlich anders. Der Deutsche kann als besonders empfindlich gegen alles von außen Kommende, Aufgezwungene gelten. Es wohnt ihm — wohl aus seiner geschichtlichen Erfahrung her — ein geheimes Grauen vor immer neuer Ueberfremdung inne. Denn kaum ein Volk hat das, was man Ueberfremdung nennt, so oft ertragen und meist innerlich erbittert über sich ergehen lassen müssen, wie das deutsche. Und hier ist es zweifellos die nach allen Seiten offene Mittellage, die einem fortgesetzten Zustrom von außen her besonders günstig ist. Man hat dem Deutschen viel Wasser in seinen Wein gegossen, und zwar so ziemlich in jeder Hinsicht. Und bei seinem ausgeprägten Willen, Herr im eigenen Hause zu sein, hat sich hier ein Abwehrwillen herausgebildet gegenüber allem eindringenden Fremden, eine Verneinung alles Neuen und Revolutionären, das sich heute noch im alteingesessenen Bauerntum und nicht minder ausgeprägt bei den einzelnen deutschen Stämmen, besonders bei den Niedersachsen, den Bayern und den Schwaben findet. So gesehen, bedeutet alles Revolutionäre den Zutritt von etwas Fremdem, Feindlichem. Käme nicht aber unter einem solchen Gesichtspunkt der Traditionstreue um jeden Preis eine geradezu rettende Bedeutung zu? Und zweifellos kann sich ein Volk nur erhalten, wenn es sich diese Abwehrkräfte zum Schutze des Eigenen, seiner ureigensten Lebensart, die ihm das Leben erst wert macht, bewahrt.

Nun steht es aber fest, daß der Nationalsozialismus keine französische, italienische oder russische Revolution in Deutschland gewesen ist, sondern sich als deutsche Revolution verstanden hat mit einem durchaus pietätvollen Verhältnis zur deutschen Tradition bis zurück in die in ihrer Kontinuität unterbrochene germanische Tradition, bereit, diese Tradition in ihrer ungebrochenen Kontinuität zu pflegen, nicht aber sie zu mißachten oder gar zu vernichten. Das wäre in seinen Augen einer Mißachtong und Vernichtung der Geschichte und der lebendigen Substanz des deutschen Volkes gleichgekommen.

Man steht also hier vor der Tatsache, daß sich die deutsche Tradition und die deutsche Revolution in einer grauenhaft tragischen Weise mißverstanden haben und daß ihr Kampf gegeneinander die deutsche Zukunft, wenn nicht vernichtet, so doch für lange Zeit der allerschwersten Ueberfremdung ausgesetzt hat, der totalen Fremdherrschaft auf lange Zeit. Und die Tragik liegt darin, daß die Revolution ja gerade das Fremde mit ausgeprägtem Sinn für das Eigene verneinte, auch das in die Tradition eingedrungene Fremde, daß sie die Besinnung auf das eigene Wesen und die eigene Kraft geradezu predigte. Der Kampf ging also offenbar darum, ob man das nachweisbar Fremde in der Tradition als Eigenes oder Fremdes zu behandeln hätte. Das ist jedenfalls der Punkt, an dem die geistliche Führungsschicht die Kardinalgefahr für ihr synkretistisches Ueberlieferungsgut witterte. Und es war auf der andern Seite ein echtes Anliegen und eine würdige Aufgabe, die einst gewaltsam unterbrochene Kontinuität zur germanischen Frühzeit so wieder herzustel-

len, daß der Bruch zwar nicht rückgängig gemacht werden konnte, wohl aber ein großer umfassender Lebenszusammenhang wenigstens erlebnismäßig hergestellt werden sollte, eine alles umgreifende Einheit, zu der dann selbstverständlich auch die Tradition mit allen ihren adoptiven Einschlüssen zu rechnen war. Daß die deutsche Revolution des Nationalsozialismus um die ganze Tradition vor und nach 800 ebenso pietätvoll wie wissenschaftlich bemüht gewesen ist, hat ihn den nur in der christlichen Ueberlieferung erzogenen traditionstreuen Führungsschichten geradezu zum Feind gemacht und zahlreiche Mißverständnisse und manche Mißverhältnisse auf beiden Seiten zur Folge gehabt. Und hier zu einem lebensfähigen, großzügigen Vergleich ohne radikale Abgrenzungen und darüber hinaus zu einer gemeinsamen Haltung dem nationalen Erbe gegenüber zu gelangen, hätte es vieler Zeit und einer von außen ungestörten Entwicklung bedurft.

Dieses Gefühl der Verantwortung für die ganze deutsche Tradition und einer Einheit trotz der Gegensätze ist in den Strudeln des Zusammenbruches, der Zerländerung und der parteipolitischen Befehdung nicht untergegangen. Es sitzt in den Katakomben und sieht von da aus mit Trauer ohne Grenzen der Teilung des Reiches, der Veruneinigung der Länder, Stämme und Schichten zu.

Kann man sich angesichts dieser tragischen Situation wundern, daß nun gerade die Sehnsucht nach der Einheit in den Herzen aller Deutschen unheimlich wächst und daß der Zwang zur Auflösung in die Vielfalt und Uneinigkeit als Wille zur Niederhaltung und Auflösung empfunden wird? Man wird sich bald sehr klar sein darüber, was ein Staat ist und wozu er dient. Man wird bald sehen, daß ein Staat nur dann dem Volke dient, wenn er es straff und zielsicher führt. Man haßt am Deutschen die Hochschätzung des Staates. Es gehört jedoch nur wenig Kenntnis der deutschen Eigenart und Geschichte dazu, um zu sehen, daß Staat für das immer in der Gefahr der Auflösung stehende deutsche Volk eine Lebensnotwendigkeit ist. Nur deshalb hat man in diesem Volk solche Sorge auf die Frage nach dem besten Staat verwendet. Und Hegel, den man deshalb schmäht, hat den Staat sogar im Zusammenhang mit dem Absoluten gesehen und ihn um der notwendigen inneren Geschlossenheit willen mit Omnipotenz auszustatten angeraten. Was Hegel sah, haben Bismarck und Hitler gewollt. Sie alle waren der ewigen Idee des Deutschen, dem Reich, verpflichtet und sind auf dem Weg zu diesem Hochziel deutscher Staatsgestaltung gescheitert.

Bismarck scheiterte im Grunde an Metternich. Denn Metternich war es, der von 1815 bis 1848 die zum Fortschritt drängenden Kräfte, die vom absoluten Traditions- und Beharrungsprinzip zum liberalen Denken und Gestalten führen wollten, sehr zum Schaden des Reiches gewaltsam an der Wirkung gehindert hatte. Man ist als Geschichtsforscher immer wieder erstaunt über die Kurzsichtigkeit mancher, in ihrer Zeit sehr mächtigen Staatsmänner, daß sie sich mehr von dem Gedanken an ihre Macht als von der Notwendigkeit eines weitschauenden, psychologisch geschulten Denkens dazu verleiten lassen, aufkommende oder vorhandene Gegenkräfte einfach durch Unterdrückung oder mit Gewalt aus der Welt zu schaffen, anstatt auf sie einzugehen, auch sie zu führen oder ihnen Gestaltungsgelegenheiten zu geben, um sie auf ihre schöpferische Kraft hin zu prüfen. Unterdrückt man sie nun gar Jahrzehnte, so schafft man jene haßerfüllte, radikal zersetzende Oppositionsstimmung, die man zutreffend als „Ferment der Dekomposition", nämlich Zerstörung des Staates bezeichnen könnte. Die Ein- und Aussperrungstaktik von vielen Staatsmännern ist im Grunde eine Hilflosigkeit, für die aber spätere Generationen sehr teuer bezahlen müssen. So ist dank Metternich Bismarck so wenig wie die Monarchie Wilhelms II. mit dem städtischen Arbeitertum fertig geworden und wie 1918 in furchtbarer Deutlichkeit zeigte, an ihm in den Stürmen eines wilden, racheerfüllten Hasses gescheitert. Und sind denn der Liberalismus und der Sozialismus von damals als politische Ideen und Energieen, beide gleich unerfüllt und von dem Wunsch nach Verwirklichung getrieben, nicht nach wie vor vorhanden?

Der Liberalismus und der Sozialismus haben niemals ein lebendiges Verhältnis zur Tradition gehabt, obwohl sie beide den Staat wollten, aber eben ex machina den nichtfeudalistischen, den von der Bildungsschicht geführten oder wie der Sozialismus den von der arbeitenden Schicht gebildeten und gestützten Staat. Das hat seine einzige Ursache darin, daß Liberalismus wie Sozialismus aus ihrer Unterdrückungssituation heraus einen Staatsbegriff entwickelten, der im Ressentiment von der Antithese bestimmt war, d. h. vom Zorn auf die Mächte der in ihren Augen erstarrten Tradition, die jeden Fortschritt und jede freie Entfaltung gewaltsam hinderten. Darum drängten sie zunächst einmal zur Befreiung, kämpften für Autonomie und Demokratie und sahen das Reich weder als Idee, es sei denn als die der Tradition, noch als Wirklichkeit in ihrem Blickbereich.

Dem Nationalsozialismus blieb im Zuge dieser erzwungenen und darum wenig gesunden Entwicklung kaum etwas anderes übrig, als auch wieder den Liberalismus und den Sozialismus an der Verwirklichung seiner noch immer leidenschaftlich bejahten Ziele zu hindern und sie einzuschmelzen. Da der Nationalsozialismus den

Liberalismus mit seinem bürgerlichen Führungsanspruch und seiner von der Bildungsschicht zu führenden Demokratie ablehnte, ja sogar heftig bekämpfte und damit den größten Teil der Gebildetenschicht verärgerte, mußte er sich gerade darum als heimliche Opposition erhalten, trotzig gleichsam im vorstaatlichen Denken verharrend und auf die Durchsetzung ihrer mißhandelten und bekämpften Ideen erpicht. Der Sozialismus aber rettete sich mit Marx als geistigem Führer in die wohldistanzierte Nähe zum Kommunismus.

Nicht nur im Haushalt der Natur, auch in der Geschichte der Staaten und Kulturen und damit im politischen wie im geistigen Leben kann es als Gesetz beobachtet werden, daß lebendige Energien nicht verlorengehen, daß sie vielmehr in dem Maß, in dem sie unterdrückt werden, wachsen und eines Tages sich das Recht erkämpfen, nun endlich im Großen ohne die Bedingtheiten einer stark eingeschränkten Opposition zur Gestaltung zu kommen. Die Frage ist freilich, wie weit sich diese Kräfte nun auch lebendig weiterentwickelt haben oder ob sie bei Gedanken und Formen stehengeblieben sind, die als kaum noch realisierbar und rückwärtsgerichtet, als verspätet und überholt oder gar überaltert anzusehen sind. Auch der politische Dogmatismus hat seine geistige Offenbarungsmitte meist weit hinter sich, anstatt in sich als lebendige und anpassungsfähige Entscheidungskraft. Man ist starr im Festhalten gestriger Notwendigkeiten und bleibt auch im Fall einer zeitangemessenen Methodik rückwärts gebunden.

Allein vom Liberalismus im Gegensatz hier zum marxistisch gebundenen Sozialismus läßt sich sagen, daß ständige Wandlung und ständiges Fortschreiten zu seinem Wesen gehören und damit ein geradezu antidogmatisches Prinzip. Dieses Prinzip kennt und stellt nur eine Forderung dar, nämlich die Befreiung von erstarrten und erzwungenen Bindungen, vor allem die Freiheit für die politische, wissenschaftliche, künstlerische und religiöse Entwicklung. Darum kann der liberale Anspruch nie veralten und vergestrigen. Die Anpassung an die jeweilige Lage gehört zu seinem Wesen und läßt ihn darum auch keineswegs nur an eine Schicht, etwa die bürgerliche, gebunden sein, wohl aber an die Bildung im überbürgerlichen Sinn, an die Erkenntnis, an die Wissenschaft und die Förderung alles dessen, was wahrhaft schöpferisch ist und Werte zu schaffen vermag.

Wenn man also liberale Demokratie sagt, so meint man damit die Führung des Volkes mit Hilfe seiner zukunftweisenden Kräfte, meint man einen modernen Staat, der lebendig und wendig im Leben der Völker seine Eigenart hat und behauptet. Es ist der Staat, in dem der dogmafreie Mensch, ganz gleich welcher Herkunft, wenn er nur führungsbegabt ist, eine Lage unter Heranziehung aller schöpferischen Kräfte im politischen, wissenschaftlichen, wirtschaftlichen und künstlerischen Leben mit undogmatischen, undoktrinären, nur von der jeweiligen Lage her geforderten Mitteln zu meistern versteht.

Diese Form der Demokratie ist noch nirgends verwirklicht worden und in Deutschland möglich, d. h. eine dem Deutschen am ehesten gemäße Form der Demokratie. Gehen wir ihr entgegen, so besteht die Hoffnung, daß sie die Stirb- und Werde-Epoche mit ihrer unheimlich raschen Folge von jähem Niedergang und urplötzlichem Aufstieg zugunsten einer Stetigkeit überwindet, die auch durch eine stets notwendige Opposition nicht gestört oder beseitigt, sondern gefördert wird. Das darf nicht so mißverstanden werden, als sei hier jenes allgewaltige Lebensgesetz gemeint, nach dem alles Leben zum Vergehen und Neuerstehen bestimmt ist. Denn Lebensgesetze lassen sich nicht überwinden. Aber die tiefgezackte Entwicklungskurve des deutschen Volkes zeigt Merkmale des Gestörten, des Fieberhaften. Man hat zuviel mit Gewalt zu kurieren gesucht und sich nie die Zeit zu einer Erholung gelassen. Und mit Verteufelungen ist auf die Dauer so wenig erreicht wie mit Teufelsaustreibungen. Es muß allen Kräften zur Entfaltung verholfen werden, nacheinander oder miteinander und alle müssen ein großes Ziel haben, das dem Ganzen dient und den organischen Aufstieg des gesamten Volkes im Auge hat. Gelingt diese zielgerichtete Entfaltung aller schöpferischen Kräfte nicht, dann stauen sie sich allzu rasch, gehen quer und werden zu Störungsquellen.

Radikale Kämpfe um die Macht, gegenseitige Vernichtungskämpfe, um allein in den Besitz aller Macht zu kommen, können immer wieder nur dazu führen, den leidvollen Kreislauf von neuem zu beginnen. Und wieder würden wir steigen und stürzen. Heute nach dem Zusammenbruch kommt alles darauf an, wie sich die Opposition verhalten wird, nicht die parteipolitische, sondern die im Volk natürlich sich bildende, eine, die von den Parteien niemals eingefangen und beeinflußt werden kann. Es kann auch niemand annehmen und erwarten, daß die im Laufe einer Generation zweimal ausgeschlossenen Führungsschichten im deutschen Volk ein lautloses Winkeldasein führen werden. Nach dem Gesetz der Erhaltung aller, auch der gewandelten und geläuterten Energien, bleiben selbst die ausgeschlossenen Kräfte weiter wirksam. Man wird sehr klug, großzügig und duldsam sein, um diese Kräfte nicht durch Zwang und Einengung und — was das Schlimmste wäre — Degradierung rachsüchtig, gewalttätig und umstürzlerisch werden zu lassen. Um der deutschen Zukunft willen muß es vielmehr gelingen, allmählich und auf weite Sicht durch Zusammenwirken aller Kräfte zu einer Konsolidierung zu kommen. Das setzt freilich einen hochentwickelten Sinn für das Ganze und eine

tiefe Liebe zur Verantwortung für Deutschland voraus. Nur wer beides mitbringt, ist zur politischen Gestaltung reif. Das schließt den Konservativen so wenig wie den Revolutionären im liberalen, also nicht radikalen Sinn aus, wenn es nur allen um Deutschland geht. Jedenfalls dürfen wir es uns nicht mehr erlauben, einem System der Zusammenarbeit aller Kräfte aus dem Wege zu gehen und parteiegoistischen Machtzielen uns zu verschreiben, d. h. letzten Endes je nach Machtkonstellation unsere Staatsform zu wechseln. Eine stetige, organische Entwicklung sind wir unserer inneren Gesundung und unserer Stellung in der Welt schuldig.

Es ist ein von der geschichtlichen Entwicklung bestätigter Trugschluß, mit einem Wechsel der Staatsform mehr als einen ideologischen Erfolg errungen zu haben, der überdies andere Ideologien nur dazu reizt, einander zu vertreiben und auszuwechseln. Bei solchem Kampf und Wechsel von Ideologien kommen Staat und Volk immer zu kurz, meist sogar zu Schaden, weil es in solchen Fällen mehr um jene Ideologien als um Staat und Volk geht. In einem politisch gesunden Volk aber kann es sich immer nur um die Erhaltung und die Förderung seines Gesamtlebens handeln. Darum ist es letzten Endes auch gleichgültig, welche Staatsform man hat. Wesentlich ist allein, daß man die einmal vorhandene oder geschaffene Staatsform zum Segen des Ganzen mit allen Kräften nutzt. Das kann in einer monarchischen Staatsform genau so gelingen wie in einer demokratischen, natürlich auch in einer der modernen totalitären Staatsformen, sofern diese sich durch alle ideologischen Abgrenzungen und Auseinandersetzungen zur streng sachlichen politischen Notwendigkeit hindurchgeläutert hat. Sollte es dem deutschen Volke gelingen, eine Demokratie der Zusammenfassung aller gestaltungsfähigen Kräfte der Nation, also eine nationale Demokratie auf liberaler Grundlage mit einer sozialen, d. h. dem Wohl des Ganzen, der Gemeinschaft dienenden Aufgabenstellung zu schaffen und sie durch allerlei Krisen hindurch zu erhalten, dann wäre der Weg in eine neue Zukunft beschritten. Das Ansehen des deutschen Volkes wird dann bald wieder zunehmen und Deutschland eine achtunggebietende Stellung im Leben der Völker gesichert sein.

Man schließe nicht immer von dem Ausgange einer Unternehmung auf die Güte des Entwurfs, und hüte sich, die Unfälle, welche sich bei der Ausführung ereignen, stets einem Mangel an Vorsicht zuzuschreiben! Sie können von verborgenen Ursachen herrühren, die der gemeine Haufe blindes Ungefähr nennt und die sich, so gewaltigen Einfluß sie auf die menschlichen Schicksale haben, wegen ihrer Dunkelheit oder vielfältigen Verwicklung auch dem schärfsten philosophischen Beobachter entziehen.

FRIEDRICH DER GROSSE
("Betrachtungen über den Charakter
und die militärischen Talente Karls XII., 1759")

Pfingsten

Nun glüht der Wald, nun summt der Wiesengrund
Von abertausend bienenschweren Kelchen;
Der Schritt macht Müh, so dicht und schnirrend bunt
Wuchs Halm und Gras; der goldene Blütenstaub
Färbt alle Winde, tut die Maien kund

Und leuchtet unter jungem Sonnenschein
Hauchfein, wie Atem einer Geisterwelt,
die sich zu Frühlingsspielen fand, den Rain
Von drüben übersprang, um diese Tage
Des süßen Knospens uns Gesell zu sein.

Aus Wipfeln und aus Wurzeln kommt zu Gast!
Wir sind e i n Rausch in dieser trunknen Stunde
Des großen Erdentaumels. Was die Last
Der toten Wintertage überwand,
Sei liebend unser, such in Blüten Rast

Und atme von der Winde glühenden Flucht
Und trink den Duft aus Wald und Wiesenweite
Und schau den Glanz, des Himmels blaue Bucht,
Und wirk die Liebe, die sich erdlängs breitet,
Und trag der Pfingsten Freud' und Glück und Wucht.

HANS FRIEDRICH BLUNCK

Das Gesicht

VON JOSEFA BERENS-TOTENOHL

In der Chronik derer v. G. ... ist zu lesen:

„... Und wenn du dich auch verbirgest hinter Mauer und Stein, und wenn du dich legest in Ketten von Eisen, es hilfet dir nicht. Das Gesicht will sich wahr machen.“

Auch die Bewohner des Dorfes, das heute noch wie ein Kranz zu Füßen der alten Burgruine liegt, wissen um die Schrift. Sie sagen, diese Worte hätten einmal im hohen Turmgemach auf einer steinernen Wand gestanden, und sie nennen sogar den Namen der Burggräfin, deren Hand sie auf die Wand geschrieben haben soll. Die Leute erzählen:

In der frühen Zeit, als noch das Rittertum im alten Reiche seine größte Ehre hatte, als sich Kaiser und Könige seiner zu ihrem Schutze bedienten, lebte auf der Burg der Ritter Gerhard mit seinem schönen Weibe Gerlinde. Beide waren einander in inniger Liebe zugetan. Ihre Ehe war mit vier Söhnen gesegnet, denen als fünftes Kind ein Töchterlein folgte, das in der Taufe den Namen Elsabeth erhielt. Das Kind war lichtblond von Haar und hatte Augen wie zwei blaue Sterne. Die Grübchen in den Wangen, die auch im Weinen nicht schwanden, machten, daß ein jeder glaubte, es lächle noch in der Traurigkeit; so galt die kleine Elsabeth als ein wunderbarliches Wesen auf der Burg, und alle hatten sie lieb.

Als dieses Kind zwei Jahre zählte, fand sich die Frau Gerlinde wiederum in der Hoffnung. Es geschah aber, daß von einer gewissen Zeit an ihr Gemüt bekümmert war, als freue sie sich dieses Kindes nicht. Ihr Gemahl darüber im Herzen erschrocken, denn er gedachte der Zeiten, in denen sie ihre andern Kinder ins Leben getragen, konnte eines Tages nicht mehr schweigen und fragte sie nach der Ursache ihres Traurigseins. Ob sie dieses Kind etwa mit geringerer Liebe empfangen habe, wandte er sich an die Frau. Es war die Abendstunde, und er saß bei ihr in der Frauenstube. Nein, erwiderte sie, seine Hand fassend, eher möchte es die größeste der Liebe sein.

„Ich habe erfahren, daß die Liebe der Mutter mit jedem Kinde wächst, und mit mir ist es auch jetzt nicht anders“, fuhr sie fort, verstummte aber plötzlich. Ein Rotkehlchen sang draußen in der Linde. Auf einer seitwärts stehenden Tanne flötete die Amsel. Die Abendsonne sandte ihre sanften Strahlen in den stillen Raum. Der Ruch von Erde und Honig kam von dem Weidengebüsch aus dem nahen Burggarten herauf. Es war Frühling. Beide Menschen fühlten die Stunde des Lebens, das sie umgab. Vor allem die Frau spürte seine Macht und war vor ihr erschrokken. Als sie endlich das Wort wieder nahm, war es eine Frage, die sie an den Mann richtete. Ob er ihr eine Bitte erfüllen werde, eine besondere Bitte, wollte sie wissen. Der Ritter war verwundert. Das könne sie doch nicht sagen, daß er ihr jemals einen billigen Wunsch abgeschlagen habe, lautete seine Antwort.

„Das ist wahr“, sagte sie, „aber es wird keine billige Bitte sein, und dennoch muß ich es verlangen.“

Der Ritter Gerhard, dem im Augenblick all sein Glück in dem geliebten Weibe, der Mutter seiner Kinder beschlossen war, gab ihr ohne Bedenken das Versprechen. Ja, er schwor es ihr zu, ohne den Gegenstand ihres Verlangens zu kennen. Zum Danke küßte ihn die Frau und lächelte ihn an. Es war das erstemal seit langer Zeit. Bis die Kinder nach der Mutter riefen, blieben die beiden am geöffneten Fenster zusammen, sie lauschten den Liedern, die ihnen der Frühling sang, und ihre Herzen waren getröstet. Als die Kinder schlafen gegangen waren, als auch das Elsabethlein die Augen geschlossen hatte, und als es die Mutter eine Weile betrachtet hatte, wie sie seit einiger Zeit gerne tat, traten beide Eltern noch einmal auf den Altan hinaus unter den Sternenhimmel.

„Welch gesegnete Nacht!“ sagte die Frau, und nach einer Weile, ehe sie in die Stube zurückkehrte: „Sei noch einmal bedankt für dein Versprechen!“ Dann gingen auch sie schlafen.

Der Riter aber lag lange wach. Es gibt vieles im Leben der Frauen, wenn sie Mutter werden, das der Mann geschehen lassen muß,

an das er nicht rühren darf. Ritter Gerhard hat es erfahren. Bei diesem Kinde aber war die Frau von einem Geheimnis umgeben wie niemals früher. Und an diesem Tage schien ihm alles noch rätselhafter geworden zu sein. Die Frau zu bedrängen, daß sie sprechen möge, dünkte ihn roh. Er vertraute auf die Stunde, welche eine Lösung bringen mußte.

Die Zeit darauf erlebte die Frau sichtlich getröstet. Wenn sie auch nicht gerade fröhlich geheißen werden konnte, so vermochte sie doch wieder mit den Kindern zu lachen und an ihrem Spiel teilzunehmen. Im Mittsommer, auf den Tag der heiligen Jungfrau Praxedis gebar sie ein Mädchen. Es wurde auf den Namen der Tagesheiligen getauft. Das Kind hatte dunkles Haar. Die Augen waren goldenbraun. Die Eltern hatten große Freude über das Kind, und der Ritter Gerhard hoffte, daß nunmehr der muntere Geist der früheren Zeit auch bei seiner Gemahlin wiederkehre. Darin aber sah er sich getäuscht. Zwar war es bald zu bemerken, daß sich die Frau mit aller ihr zu Gebote stehenden Liebe dem Kinde zuwandte. Ebenso herzte und küßte sie das Elsabethlein, als hänge ihrer beider Leben von den Liebesbezeugungen ab. Fast hätten sich die Brüder beklagen können, weil sie ein wenig vergessen würden; doch auch für sie fanden sich Augenblicke, die ihnen ihr Recht gaben. Es wäre auf der Burg eigentlich alles gut gewesen, wenn nur die Frau ihr Lachen zurückgewonnen hätte; doch das schien völlig verloren. Es bestand kein Zweifel mehr: die Frau litt in ihrem Gemüte an einem Kummer, den sie keinem Menschen vertraute. An einem Tage nun forderte ihr Gemahl sein Recht und fragte nach der Ursache ihrer Verwandlung, indem er vorher von der Größe ihres Glückes sprach, das auch mit diesem jüngsten Kinde ihnen beiden geschenkt worden sei. Die Frau blickte ihn erschrocken an.

„Verzeihe mir, wenn ich noch schweige! Aber ich werde dich einmal bitten. Hab nur Geduld mit mir!“ Also sprach sie und küßte ihn innig. Der Ritter fragte nicht mehr.

Der Sommer ging hin. Es folgte der Herbst. Er war warm und schön bis in den November hinein. Dann kam der Winter. Er brachte Eis und Schnee. Die älteren Knaben tummelten sich draußen und kehrten mit roten Wangen heim. Sie ritten schon mit dem Vater in die nahen Wälder. Das war ihre höchste Freude, und sie hätten gerne auch an den Wolfsjagden teilgenommen, deren es mehrere in dem Winter gab. Der Ritter zog alsdann mit den Männern der umliegenden Dörfer gemeinsam in den Kampf. Erst am Abend bekamen die Knaben zu hören, wie es dabei zugegangen, wieviel Siege und Niederlagen der Tag gebracht hatte. Dann saßen alle in der Kemnate am flackernden Feuer. Die Buchenscheite knisterten. Wohlige Wärme strömte aus in den Raum, an dessen Wänden die Lichter tanzten, jenachdem sich die Flammen bewegten. Es war ein glücklicher Winter, der auf der Burg verlebt wurde, glücklich auch für die Frau Gerlinde. Dennoch sah sie kaum einer lachen.

Auf den Winter folgte ein Frühling, von dem der Ritter eine Lösung erhoffte. Sie sollte auch kommen. Die beiden jüngsten Kinder wuchsen auf wie zwei liebliche Blumen. Die Wänglein der Praxedis hatten sich gerundet. Wenn das Kind lachte, blitzten schon vier weiße Zähnchen zwischen den roten Lippen auf. In die Stirn fiel eine dunkle Haarlocke hinein, die sich auf keine Weise wegstreichen ließ, soviel es die Mutter merkwürdigerweise versuchte. Dem Manne fiel diese Bemühung auf und er knüpfte eine Frage daran. Ob es ihr nicht gefalle, wie sich das Kind entwickle, meinte er.

„Ich finde, es ist ein schönes Kind“, fügte er hinzu.

„Freilich ist es schön“, bestätigte die Frau.

Darauf kam es zu einem Gespräch zwischen den beiden Menschen, welches an das Geheimnis rühren sollte. Die kleine Praxedis strebte merkwürdig früh danach, auf die eigenen Füßchen zu kommen. Der Mann äußerte seine Freude über die gesunde Kraft, welche in dem Kinde wohne. Auch von Elsabeth war die Rede. Da seufzte die Frau tief auf.

„Wollte Gott, sie lägen beide noch unter meinem Herzen“, sagte sie.

„Aber, Frau!“ widerfuhr es dem Manne. Er blickte sie an und meinte ein fremdes Gesicht zu sehen.

„Dann möchte ihr Leben sicherer sein als es jetzo ist“, war ihre Erwiderung.

„Sicherer — — —?“ wunderte sich der Mann. „Du hast Furcht um ihr Leben?“

„Ja, mein Gemahl.“

„Und darum sehe ich dich alle die Zeit bekümmert?“

„Ja, mein Gemahl.“

„Gerlinde!“ sagte er und ergriff ihre Hand. „Wie glücklich haben wir doch miteinander gelebt, glücklicher als viele unserer Freunde.“

„Ja, viel glücklicher.“ Sie schwieg, als müsse sie zu einem weiteren Wort Mut gewinnen. Endlich fuhr sie fort: „Sage mir, hast du niemals mehr daran gedacht, wie schwer du es mit deiner Familie hattest, bis sie in unsere Heirat einwilligte?“

Da lachte der Mann hellauf.

„Das bedrückt dich? — Ich finde, alle haben dich hernach mit voller Liebe aufgenommen, und ich selber? Ein lieberes Gemahl würde ich in der ganzen Welt nicht suchen." Er küßte die Frau inniglich. Sie aber fuhr fort zu sprechen.

„Vielleicht haben deine Eltern doch recht gehabt, wenn sie ihre Sippe der unsrigen nicht verbinden wollten, und wir hätten den Grund anerkennen sollen."

Da erschrak auch der Mann. Es war, als sei plötzlich ein dunkler Schatten auf ihn gefallen. Er erinnerte sich, daß in der Sippe der Frau Gerlinde die Gabe des zweiten Gesichts verbreitet sei, und um dieser willen hatten seine Eltern der Verbindung widerstrebt. Er hatte seinen Willen durchgesetzt, denn er liebte die junge Grafentochter von Herzen. Und hatten sie nicht miteinander ein glückliches Leben geführt? Darüber hatten sich alle Gerüchte und Befürchtungen leicht vergessen lassen. Sollten sich diese nun angesagt haben? Dann mochte die Kümmernis schwer auf der Frau lasten. Das konnte der Ritter begreifen, und abermals verlangte er seinen Teil an ihren Sorgen.

„Dein Teil, mein Gemahl, könnte schwerer sein als der meinige, so scheint mir, und ich ahne, daß du dein mir gegebenes Wort bald erfüllen mußt."

Es hatte sie überwältigt. Sie konnte nicht weiter sprechen und fiel dem Manne an die Brust. Er war selber im Augenblick sehr erschrocken, denn es mochten düstere Bilder sein, welche die Frau bedrängten. Schließlich versuchte er ein Trostwort. Gewiß habe ihr geträumt, sagte er, Frauen seien in solchen Zeiten von mannigfachen Sorgen heimgesucht. Sie schüttelte abwehrend den Kopf. Aber sie redete nichts aus. Nur die Erfüllung ihrer Bitte, wenn erst die Zeit gekommen, ließ sie sich noch einmal versprechen. Sie erklärte, daß sie für eine Weile jene Kammer droben im Westturme beziehen werde, in die niemals ein Mensch hineinkomme. Nur er, der Mann, sollte wissen, daß sie dort wohne. Die Leute auf der Burg und im Dorfe möchten glauben, sie sei auf längere Zeit verreist. Es werde auch nicht auffallen, wenn er ihr das Essen täglich zutrage, weil sie daran gewöhnt seien, daß in dem Turm gelegentlich Gefangene untergebracht wären.

„Und ist es nicht die Wahrheit? Ich werde mehr als eine Gefangene sein. — Aber ich hoffe, die Zeit wird vorübergehen", fügte sie hinzu, sich selber an diesem tröstlicheren Worte aufrichtend. Die Kinder sollten in die Hände ihrer alten Amme gegeben werden. Auch sonst sagte sie mancherlei, was sie sich längst ausgedacht hatte.

Der Mann brauchte einige Zeit, bis er völlig begriff, auf welchen Wegen die Gedanken seines Weibes gingen. Nach dem Gesicht, welches sie unzweifelhaft gesehen haben mußte, zu fragen, wagte er nicht. Er wollte es der Frau überlassen zu entscheiden, ob sie schweigen oder sprechen möge. Eine Ahnung kam über ihn, daß sie sich Pläne ausgedacht habe, die Erfüllung eines Unheils zu verhindern, das vielleicht ihr und ihnen allen drohte. Also versprach er, die nötigen Vorbereitungen zu treffen und die Turmkammer bewohnbar zu machen. Es war die gute Jahreszeit, und der Aufenthalt darin möchte nicht allzu hart werden.

Während dieser Zurüstungen, welche die Frau sorgsam beobachtete, kam etwas wie Zuversicht über sie, und ihr Herz war sichtlich erleichtert. Sie schätzte, daß sie den Sommer hindurch von ihren Kindern fern bleiben müsse. In diese Monate mochte jenes Bild hineingehören, das sie in einer Nacht des Schreckens gesehen. Es war in der Zeit ihrer Hoffnung, als sich ihr jüngstes Kind zum erstenmal unter ihrem Herzen regte, als sie sein Leben spürte. Da sah sie sich selber am Bette zweier toter Kinder stehen. In dem einen lichtblonden erkannte sie das Elsabethlein, das andere hatte dunkles Haar, von dem eine Locke in die Stirne fiel. Das geöffnete Mündchen des jüngsten Kindes wies vier Zähnchen auf. Gerade diese Kleinigkeit prägte sich ihr tief ein, und hernach hat sie geglaubt, daran eine bestimmte Zeit feststellen zu können. Hinter ihr selber hat sie noch eine Gestalt in der Kammer gesehen, im grauen Rock, eine Männergestalt, die der Burg nicht zugehörte. In jenem Schrecken hat sie nicht darauf geachtet, wer es sein könne; hernach hat sie gemeint, auch diese schon gesehen zu haben, doch ist sie ihr unbekannt geblieben. Das Elsabethlein und die kleine Praxedis aber hat Frau Gerlinde seit jener Nacht unter tausend Schmerzen im Herzen getragen.

Als in der Turmkammer alles wohlbereitet war, als Bücher hinaufgebracht worden waren, solche in denen sich die leidende Seele mit dem Himmel beraten kann, und andere in denen sich das Leben in der Welt widerspiegelt; als die nötigen Handarbeitsgeräte, als Stickrahmen und Webrahmen beschafft waren, Wolle und Flachs; als Oel für die Lampe, Tücher zum Verhängen der Fenster, Felle für das Nachtlager besorgt waren; als nichts mehr fehlte, was liebende Hände herbeitra-

gen konnten; mitten in einer Nacht stieg die Frau, begleitet von ihrem Manne, die enge Treppe zur Turmkammer hinauf. Sie nahm von dem Raum Besitz, der nun für eine gewisse Zeit ihr eine Zuflucht und Hilfe sein sollte, und von dem sie noch nicht wußte, ob er ihr Glück oder Unglück bedeuten werde. Sie war selber so ergriffen, daß sie den Mann sogleich fortschickte und ihm die heilige Versicherung abnahm, daß er den Hauptschlüssel zum Turm in keines andern Hände geben und daß er den eisernen Riegel vor der Kammertüre noch fest einhaken werde. So stark schätzte sie ihre Mutterliebe ein, daß sie dieser doppelten Sicherung bedürfe, um nicht doch zu den Kindern hinabzusteigen, sich und allen zum Unheil und zum Verderben.

Am andern Morgen mußte das Leben auf der Burg in die neue Ordnung hinübergeleitet werden. Es hieß, daß die Frau plötzlich habe verreisen müssen. Die alte Amme bekam die beiden jüngsten Kinder anvertraut. Der Vater selber nahm sich der Söhne an. Pünktlich brachte er die Mahlzeiten zu der Frau in den Turm hinauf. Bald war dieser Zustand zur Gewohnheit geworden, und oft frühstückte der Ritter mit Frau Gerlinde zusammen. Das war für beide ein guter Tagesbeginn.

Ein schöner Sommer ging über das Land. Er ließ das Korn reifen und die Früchte der Erde gedeihen. Die Menschen lobten Gott wegen seiner Güte und freuten sich ihres Lebens, denn sie glaubten sich aller Sorgen ledig. Auch die Gefangene droben im Turm überließ sich den glücklichen Nachrichten, welche ihr der Ritter zutrug und deren Wahrheit sie vor ihren Augen bestätigt fand. Die Kammer hatte Ausluge nach allen vier Winden. So konnte die Frau der aufgehenden Morgensonne ihren ersten Gruß darbringen und am Abend von ihr Abschied nehmen. Sie sah den Glanz des hohen Mittags und erlebte die Nacht der Sterne. Der bitterste und doch über alles süße Anblick aber wurde ihr zuteil, wenn sie drunten im Burghofe das Elsabethlein spielen sah. Dann saß die alte Magd mit der kleinen Praxedis auf dem Brunnenrand, fütterte die weißen Tauben aus der Hand, und das Kindlein lachte hellauf. Es wollte die geflügelten Tierchen fangen und vermochte doch keines festzuhalten. Es war ein allerliebstes Spiel, das sich zu bestimmten Tagesstunden wiederholte und immer neu war. Doch gab es auch Augenblicke der Angst für die Mutter droben, wenn sich die Kinder einmal über den Brunnenrand bogen. Als könnten sie dort den Tod finden, so kam Furcht über die Frau, und sie mußte sich Gewalt antun, um zu schweigen und nicht zu rufen. Immer aber konnte sie sich rasch beruhigen, denn die treue Wärterin versäumte nicht einen Augenblick. Dann wurde auch die Frau Gerlinde still. Nur eine immerwährende Sehnsucht brannte in ihr: einmal die Kinder in die Arme schließen, sie ans Herz drücken zu können!

„Wenn es vorüber ist!" tröstete sie sich und zählte die Wochen und Monate, von denen sie glaubte, daß sie ausreichen würden, bis die Gefahr vorüber und gebannt sei. Kinder wachsen rasch. Sie verändern sich unbesehen. Jeden Tag mußte ihr der Mann berichten, wie sich die kleine Praxedis entwickle, denn daran maß sie die Zeit.

Welch ein Sommer war es aber auch! Er hätte Tote auferwecken können, so herrlich strahlte die Sonne Tag für Tag vom Himmel herab. Die einsame Frau droben im Turmgemach bestürmte diesen Himmel mit inständigen Bitten um den Schutz ihrer Kinder. Aber sie vergaß auch nicht, täglich dem Herrgott zu danken, daß er ihrer aller Leben gesegnet hatte, denn der Ritter kam immer mit guten Nachrichten zu ihr herauf.

Der Sommer reichte weit ins Jahr hinein. Dann setzte unmerklich die Verwandlung ein. Die Frau im Turm hatte noch niemals in ihrem Leben mit soviel Muße den Gang des Jahres beobachten können wie in dieser Zeit. Sie sah die Felder leer werden und den Wald sein buntes Kleid anlegen. Vor ihren Augen begannen die weißen Nebel aus den Bächen aufzusteigen und die Täler zu füllen. Sonnbeschienen hoben die Berge ihre Häupter aus dem schäumenden Nebelmeer heraus. Wahrlich, niemals hatte Frau Gerlinde ihre Morgenandacht ergriffener gehalten als in dieser Zeit. Sie vermeinte, die Nähe Gottes leibhaftig zu spüren, und ihr Herz war überwältigt vom Vertrauen auf seine Güte. Alle Aengste der Nächte schwanden.

In dieser Zeit schien beiden Menschen, dem Ritter und der Frau, das Opfer der Verbannung nicht allzuschwer. Sie empfingen manchen Trost. Vor allem glaubten sie, daß die Zeit der Prüfung sich dem Ende nahe. Die Frau Gerdine erfuhr, daß sich bei dem Kinde Praxedis weitere Zähnchen zu den ersten hinzugesellten, und sie freute sich, denn damit glaubte sie zu erkennen, daß dieses Töchterchen über sich selber und das Bild seines Todes hinauswachse. Sie sprach gern von dem kommenden Winter und machte Pläne, wie sie ihn glücklich miteinander erleben wollten. Ihr war, als habe sie durch ihr Opfer den

Kindern von neuem das Leben geschenkt und sie wollte sich dessen freuen, weil bald „die Zeit erfüllet" sei. Mit einem Hinhorchen ins eigene Herz sprach sie diese Worte gern aus.

Und die Zeit sollte sich erfüllen. Es begann in den umliegenden Dörfern, wo sich eine Art Seuche ankündigte, welche zuerst nur einzelne Opfer forderte. Noch verstand kein Mensch, was für eine gefährliche Krankheit in das einsame Bergland hereingebrochen war. Als dann aber die Kunde kam, daß die Bewohner der großen Städte in Massen starben, daß sie in den Spitälern längst nicht mehr alle aufgenommen werden konnten, und daß allmorgendlich die Toten der Nächte vor die Haustüren gelegt würden, damit sie einfach aufgesammelt und verscharrt würden, da kehrte eine bis zum Wahnsinn treibende Angst auch in die Dörfer ein. Man fing an nach den Boten zu fahnden, welche ihnen die Krankheit zugetragen haben sollten. Hier war es ein Händler, der ein Stück Vieh kaufte oder Leinwand vom Weber abholte; dort hatte man einen Landstreicher oder Zigeuner abzuwehren, denen man auch in friedlichen Zeiten gern die Hunde auf den Leib hetzte. Ja, selbst der Medikus, den man sonst aus der nahen Stadt an die Krankenbetten rief, wurde plötzlich nicht mehr gern gesehen, zumal es sich erwies, daß auch er nicht helfen konnte. Eine große Angst war über alle gekommen. Jeder witterte im andern einen Feind. Ueberall schlossen sich die Türen wie von selbst, und wenn sie sich öffneten, lugten erstarrte Gesichter aus schmaler Ritze dem Anklopfenden entgegen. Eine böse Zeit war angebrochen.

Kurz nach dem Allerheiligentage zeigten sich die ersten Male der Seuche auch in dem Dorfe zu Füßen der Burg. In einer einzigen Nacht starben drei Leute, darunter ein Kind. Da war das Erschrecken groß. Die Menschen rotteten sich zusammen um zu erfahren, wer von den Dörflern vielleicht in der Umgegend gewesen und Bote der Seuche sein möge. Sie fanden den alten Ziegenhirten, den Kaspar, der nicht mehr zu hüten brauchte und seinen ersten freien Tag zu einem Ausflug in die Nachbarschaft benutzt hatte. Kaspar war ein Unmündiger, der arm und geduldig durch sein elendes Leben hinkte. Sein einziger Trost war ein Glas Branntwein, das er sich gern schenken ließ. Er wußte in einem nahen Dorfe eine Wirtin, die ein Herz für solch arme Teufel hatte, und also pilgerte er wohl eine Stunde weit zu dieser gütigen Frau. Das sollte ihm nun als Schuld angerechnet werden. Man brachte ihn einfach zur Burg hinauf, damit er dort in Gewahrsam gehalten werde. Ein Menschenhaufe folgte und drang mit lauten Geschrei in den Burghof ein.

Der Ritter Gerhard, welcher eben im Turme bei der Frau war, hörte das Geschrei und beeilte sich, in den Hof zu kommen. Er verriegelte die Türe sorgfältig. Ihm war schon seit längerer Zeit bekannt, welche Gefahr über dem Leben der Menschen aufgestiegen, und er trachtete danach, seine Burg und ihre Menschen vor der Krankheit zu bewahren. Wie mit einem Feinde rang er in den einsamen Nächten mit seiner eigenen Furcht. Wenn er zu der Frau ging, hatte er sich soweit gesammelt, daß er ihr ruhigen Antlitzes begegnen konnte.

In eine solche Stunde waren die Dorfleute mit dem Ziegenkaspar hineingekommen. Als der Ritter erfuhr, was sie von ihm wollten, mahnte er sie zur Ruhe. Er suchte sie zu überzeugen, daß der arme Kerl keineswegs schuld am Tode der andern sei, aber er erreichte wenig. Auf jeden Fall mußte der Unmündige festgesetzt werden, weil er sonst herumlungere und nicht begreife, was not tue. Um das Volk zu beschwichtigen — wer hätte hier auch von Vernunft reden wollen? — gab der Ritter nach und versprach, für den Mann Sorge zu tragen. Also nahm er den Kaspar auf. Die Leute verließen die Burg.

Die Seuche aber holte ihre Opfer. Noch in derselben Nacht starben zwei ältere Einwohner, ein Mann und eine Frau. Ihnen folgten jüngere Menschen, darunter eine Mutter mit einem Kinde. Wahrlich, die Not war groß geworden. Keiner rief mehr den Pfarrer zu den Sterbenden. Kaum daß er die Gräber noch einsegnete. Anfangs hatte die Totenglocke noch geläutet. Dann verstummte auch diese, als der Küster umfiel und starb. Nun hörte man nur noch das Weinen und Klagen aus den Häusern heraus über die Dorfstraße schallen, sonst war es stille überall. Die nächsten Angehörigen trugen ihre Toten zum Friedhof und brachten sie unter die Erde. Einen Sarg zu beschaffen war nicht mehr möglich. Wo noch ein Mann im Hause war, der eine schlichte Truhe zimmern konnte, galt es als ein Glück.

Auf der Burg blieb zunächst alles gesund. Aber die Angst hockte auch hier in allen Winkeln. Nur der Ritter und die alte Amme schienen von aller Furcht frei zu sein. Die Kinder spielten ihre Spiele. Der Mann besuchte die Frau im Turm. Unverdrossen stieg er die Treppe hinauf. Die Gefahr verschwieg er. Dennoch fühlte auch die Frau Gerlinde eine wachsende Angst. Sie vermißte die

Stimmen der Kinder drunten im Hofe. Daß die alte Wärterin nicht mehr mit den kleinen Mädchen am Brunnen sitzen konnte, verstand sie wohl. Dazu war das Wetter zu kalt geworden. Aber auch die Knaben waren nicht mehr zu erblicken. Der Mann nannte ihr viele Gründe, weshalb diese ihre Spiele in der Burg trieben. Frau Gerlinde gab sich zufrieden und fürchtete doch. Die Zeit war für alle schwer geworden, und als einziger Trost galt nur die Hoffnung, daß die Gefangenschaft dem Ende zugehe.

Eines Morgens aber wartete die Frau vergeblich auf den Besuch des Ritters. Noch war ihr Erschrecken darüber nicht allzu groß. Als sie aber auch über den Mittag allein blieb, wollten ihr die Stunden doch lang werden. Sie nahm eine Stickarbeit auf und legte sie wieder hin, denn die Nadel zitterte in ihrer Hand. Eine Träne drängte sich in ihr Auge. Dazu fröstelte ihr. In der Mitte der Kammer brannten Holzkohlen in einem eisernen Bekken. Sie schaffte ihnen mehr Luft, damit sie besser wärmten, aber viel half es nicht. An dem ganzen Tage wartete die Frau vergebens auf eine Mahlzeit. Den Hunger brauchte sie nicht zu fürchten, denn es war mancherlei Vorrat da. Auch an Wein fehlte es nicht. Es war der Mann, auf den sie sehnsüchtig wartete und der immer und immer nicht kam. So ging der Tag hin, die Nacht. Auch der andere Morgen brachte keinen Menschen zu ihr herauf. Sonst hatte sie den Schritt des Mannes vernommen, so er nur die erste Treppenstufe betrat. Nun lauschte sie vergebens. Kein Laut war zu hören als das Gekrächze der Dohlen, die um den Turm flogen und der Wind, der sich an dem Gemäuer zerrieb. Sonst kam kein Hall und Widerhall. Eine gräßliche Leere war um sie und in ihr, und in diese Leere hinein drängte sich wieder jenes Bild, um dessentwillen sie in die Gefangenschaft gegangen war. So heftig war ihr Erschrecken, daß sie meinte, sterben zu müssen.

In den vergangenen Wochen und Monaten waren öfters solche Augenblicke der Verwirrung über sie gekommen, und sie hatte gezweifelt, ob sie recht daran getan, als sie Mann und Kinder verließ. Sie hatte aber alle Bangnis überwunden, wenn sie ihren Gemahl mit guten Nachrichten empfing. Nun aber, da niemand kam, wurden die Aengste zu gefährlichen Tieren, die sie anfielen und ihre Seele zerrissen. Am schlimmsten wurden die Nächte. Dann griff die Verzweiflung an ihr Herz. Sie wagte kaum noch zu beten, denn nun schien es ihr gewiß, daß sie Gott versucht habe. Sie hatte ihm ihre Kinder entreißen wollen, hatte vergessen, daß eine Mutter die Kinder nur als Gnade, als Geschenk besitzt, nicht als ein Recht. Da kam das Gefühl einer Schuld über sie.

In dieser Qual sollte Frau Gerlinde Tage und Nächte verbringen, ohne jede Labung, jede Hilfe von außen. Daß ein besonderes Geschick über die Menschen in der Burg gekommen sein mußte, daran war kein Zweifel mehr möglich. Aber wie würde es mit ihnen allen enden? Was blieb ihr, der einsamen Gefangenen im Turm? Was vermochte sie noch zu tun? Wieviel Kraft blieb ihr in dem Kampfe zwischen Leben und Tod, in den sie sich geworfen sah, sich und alles, was sie auf Erden liebte? So dunkel war es um sie her geworden, daß auch der letzte Stern ihrer Hoffnung, der Gedanke an Gott unterging.

Der Tod aber hielt furchtbare Ernte. Die Häuser und Hütten der Dörfer wurden leer. Die Menschen kamen aus ihren Verstecken hervor, taten sich zusammen und machten Umzüge, bei denen sie die heiligen Bilder herumtrugen und Bußlieder sangen. Sie dachten den Himmel zu bestürmen, damit er ihnen gnädig sei und den Tod von ihnen nehme. Aber das Sterben ging weiter, mitleidlos.

In dem Dorfe zu Füßen der Burg war zu andern Zeiten, wenn dort Kranke waren, die Gerlinde zu Hilfe gekommen, denn sie kannte sich aus in der Bereitung von Heiltränken und allerlei Mitteln. Auch durch ihr Wort schon hatte sie es verstanden, den Mut der Kranken aufzurichten und dadurch waren viele wieder zur Gesundung gekommen. Frau Gerlinde war nicht nur ihren eigenen Kindern eine gute Mutter gewesen. Es gab kaum ein Kind im Dorfe, das nicht auch ihre Fürsorge erfahren hatte. Jetzt aber, in den Tagen der größten Not, fehlte die Frau. Immer noch sollte sie verreist sein. Kein Mensch im Dorfe konnte das begreifen. Warum war sie nicht längst zurückgekehrt, da ihr doch bekannt sein mußte, daß der Tod ins Land gekommen? Darüber begannen die Leute zu reden und zu fragen. Plötzlich tauchte ein Gerücht auf — keiner wußte, woher es kam — die Frau Gerlinde lebe noch in der Burg, der Ritter halte sie gefangen. Den Grund dafür wußte keiner. Es mußten schwerwiegende Dinge geschehen sein, denn es war bekannt, daß die beiden Menschen früher in bester Gemeinschaft gelebt hatten. Unversehens richteten sich nun aller Augen auf die Burg. Sie suchten die Frau Gerlinde.

An einem Morgen war es offenbar geworden, daß die Seuche auch in der Burg Einlaß gefunden hatte. Das Elsabethlein lag

in schwerem Fieber. Wenige Stunden später gesellte sich die kleine Praxedis ihr zu. Da erfaßte ein Schrecken die Leute in der Burg. Etliche flohen und vermeinten in ihrer Torheit ihr Leben zu retten, wenn sie den Ort der Gefahr verließen. Die alte Wärterin blieb am Platze und fürchtete sich nicht. Der Ritter stand mit ihr an den Betten der Kinder und ging der alten Magd zur Hand, aber sein Herz bebte, denn nun mußte alles kommen, wie es bestimmt war. Von der Frau sagte er kein Wort. Einmal noch, am ersten Tage der Krankheit ging er zu ihr hinauf.

Er schien aufgeräumt und verschwieg alles, damit die Frau nicht erschrecke. Er blieb nur kurz bei ihr. Als er sie verließ, mahnte sie noch, daß er den Riegel vorlege. Sie hörte, wie das Eisen in die Klammer fiel, lauschte den verhallenden Tritten und ahnte nicht, daß der Mann zum letztenmal droben gewesen war, denn in der Nacht schon ward auch er von der Seuche befallen. Am Morgen war er seiner Sinne nicht mehr mächtig. Die alte Wärterin vermochte an dem Tage nicht viel, denn sie sah die beiden Kinder sterben und diente dem Manne, der um sein Leben rang.

Ihn mußten schauerliche Bilder bedrängen, er rief nach der Frau Gerlinde, die man holen solle. Nach den Kindern verlangte er und wies die Knaben fort, als sie in die Türe traten, damit er sie sehe. Daß die beiden Jüngsten tot seien, verschwieg die Alte. Der Mann hätte es auch kaum begriffen. Sie hatte die beiden kleinen Leichen nebeneinander in ein Bett gelegt und ein Laken darüber gedeckt. Was weiter geschehen sollte, wußte sie nicht. Sie machte das Kreuzzeichen über die Toten. Ihr war, als spreche sie den Segen anstelle der Mutter, deren Aufenthalt und Fernesein durch die Reden des Mannes immer rätselhafter wurde.

Dennoch sollte die Lösung kommen. Als im Dorfe die Not am höchsten war, als die Rufe nach der Frau Gerlinde lauter wurden als selbst die Gebete, da machte sich eine Anzahl von Frauen und Männern auf nach der Burg. Laut rufend, ja drohend verlangten sie Einlaß. Es war aber keiner, der ihnen das Tor öffnen konnte außer dem Unmündigen, den sie vor Wochen heraufgebracht hatten. Er war geblieben und ging frei herum. Was in der Burg vorging, kümmerte ihn nicht. Er verstand nur einzelne Vorgänge und verfolgte diese mit jener Aufmerksamkeit und Hartnäckigkeit, mit jener Neugierde, welche den Armen im Geiste eigen ist. So war er eines Tages dem Ritter in den Turm gefolgt, als dieser eine Stunde mit der Frau zubrachte. Er hatte auch die Stimme der Frau gehört und war, obgleich er kein Wort verstanden hatte, doch mitwissend geworden. Da er den Leuten das Burgtor öffnete und ihre Fragen nach der Frau hörte, war es, als sei der Geist über ihn gekommen. Er wolle sie hinführen, sagte er und lachte zuversichtlich. Während die alte Wärterin am Bette des Kranken weilte, den sie auch nicht verließ, als sie in der Burg Unruhe und fremde Stimmen hörte, führte der Unmündige die Rotte zum Turm.

Sie fanden die Türe verschlossen. Weil der Schlüssel fehlte, weil Kaspar ihn auch nicht besorgen konnte, fanden sie nach einem Augenblick Bedenken keinen andern Weg als die eichene Türe zu zerschlagen. Werkzeug zu beschaffen war nicht schwer. Der Unmündige kannte sich aus in der Schmiedewerkstatt und holte herbei, was nötig war.

Wie Donner hallten die Schläge durch die Gemächer der Burg. Dann gab es Geschrei. Die Menge stürmte den Turm hinauf. Die Frau droben, in ihrer Verlassenheit ohnehin wie vernichtet, rührte sich nicht. Die Leute fanden sie auf ihrem Lager sitzend, teilnahmslos. Wäre ihre Verstörtheit nicht so groß gewesen, sie hätte sich fast freuen müssen, weil doch das Leben nahte. Die Turmkammer war ein Grab gewesen, in dem sie hätte zugrunde gehen können.

Als die Tür erbrochen war und der Unmündige als erster eintrat, starrte die Frau ihn an. Er trug einen grauen Rock, auf dem ihr Blick haften blieb. Die andern folgten zögernd. Sie waren ganz stumm geworden. Als sähen sie ein Gespenst, so kam die Furcht über sie.

„Frau Gerlinde — seid Ihr's noch?" wagte endlich eine Frau zu fragen.

Ein tiefes Atemholen kam als Antwort.

„Sie lebt! — Sie ist's!" Hoffnung und Freude klang ihr aus den Stimmen entgegen.

„Was sucht ihr — bei mir?" fragte die Frau.

„Euch suchen wir, Eure Hilfe! Ihr müßt uns retten!"

„Retten — — —? Was ist mit euch geschehen?"

Der Frau wurde eiskalt. Ihr war, als stehe ihr Herz still.

„Wißt Ihr denn gar nichts? — Der Tod geht um. — Unsere Häuser werden leer. — Er ist auch in der Burg. — Viele eurer Leute sind geflohen."

Alle sprachen durcheinander, baten, schrien. Die Frau starrte sie an.

„Dein Wille — — — o Gott!"

Da geschah die erste Regung bei der Frau.

Sie erhob den Kopf, den Nacken, reckte den Körper auf, als prüfe sie die Kraft. Dann stand sie vom Lager auf. Es war die Stunde der Dämmerung.

„So laßt uns gehen!“ sagte sie und schritt an dem Unmündigen vorbei, den sie nochmals ansah, ging an den Leuten vorüber und führte die Gruppe die Treppe hinunter. Sie gingen über den inneren Hof den Wohngemächern zu. In der Frauenstube waren die Stimmen der Knaben zu hören. Ohne Aufenthalt schritt die Frau daran vorüber, der Schlafkammer der beiden Jüngsten zu, öffnete die Türe, trat ein.

Kein Mensch war in der Kammer. Im Bett, unter dem weißen Laken zeichneten sich die Körper der Kinder ab. Die Frau ging darauf zu und hob das Laken auf. Der Unmündige war ihr als einziger gefolgt und stand fast neben ihr. Die andern verharrten draußen im Gang und sahen von dort her, was in der Kammer vorging. Sie vernahmen ein Aufstöhnen, sonst nichts. Stumm blieb die Frau eine Weile vor den Toten stehen, dann schrieb sie ein Kreuz auf die weißen Stirnen und deckte das Laken wieder über die Kinder.

„Es ist geschehen“, flüsterte sie, als sie sich den Leuten zuwandte, „fürchtet nichts mehr!“

Alle staunten.

„Der Ritter? — Euer Gemahl!“ mahnten ein paar Stimmen, denn es war ein Klagen zu hören, das aus einer unweit entfernten Kammer herkam. Im gleichen Augenblick öffnete sich auch die Türe zu der Ehekammer, in welcher der Ritter lag. Die alte Wärterin stand in der Tür. Als sähe sie ein Gespenst, so erschrocken schaute sie die Frau an.

„Um Gotteswillen — Ihr?“

„Wo ist mein Gemahl?“ fragte die Frau.

„Hier, in der Kammer. Helft, wenn Ihr könnt!“ war die Antwort.

Noch einmal wandte sich die Frau Gerlinde den Leuten zu.

„Geht in eure Häuser“, sagte sie, „der Tod hat seinen Teil. Ich werde zu euch kommen, noch vor dem Morgen.“

Die Leute blickten die Frau an, zögerten einen Atemzug lang, dann nickten sie einander zu. Sollten sie wirklich den Worten glauben, die sie eben hörten? Wie konnte einer von Genesung sprechen, da noch der Ritter gegen den Tod stritt? Kam die Frau Gerlinde aus einer Welt, die oberhalb der ihrigen war? Galt darum ihr Wort? Sie wußten es nicht, und nahmen das Wort doch als Verheißung mit. Dann ging die Frau an das Bett, auf dem der Ritter seinen Kampf kämpfte. Er lag in schwerstem Fieber. Als aber die Frau seine Hand nahm, als sie ihn anredete, erwachte er und sah sie an.

„Mein treues Gemahl!“ stammelte er und verlor sich wieder. So ging es die Nacht hindurch. Aber er erlebte den Morgen. Damit gewann er den Sieg.

Wie es die Frau versprochen, ging sie noch vor dem Morgengrauen ins Dorf hinunter zu den Häusern, in denen Kranke lagen. Der Unmündige folgte ihr, als gehöre er zu ihr. Sie wies ihn nicht zurück. Wo sie kam, öffneten sich die Türen, und sie trat an die Krankenlager, wie sie es zu allen Zeiten getan. Es war merkwürdig, wie die Fiebernden Mut schöpften, nun die Frau aus der Burg ihnen zur Seite stand. Die Leute waren voller Zuversicht, daß die Seuche nunmehr erlöschen müsse. Als die beiden Kinder der Burg begraben wurden, folgten alle Ueberlebenden aus dem Dorfe den Särglein, und sie weinten laut am Grabe. Die Tränen aber galten allen Toten, welche die Seuche gefordert hatte. Das Elsabethlein und die kleine Praxedis waren die letzten Opfer.

Als der Ritter soweit wieder hergestellt war, daß er den Weg zu der Turmkammer wagen konnte, wollte er von keinem Menschen begleitet sein, auch nicht von der Frau. Diese verlangte auch nicht danach. Der Mann wählte die helle Mittagsstunde zu diesem Gang. Es war, als fürchte er die Dämmernis droben. Bei jeder Treppenstufe, die er nahm, fühlte er sein Herz schwerer werden. Er gedachte der Frau, gedachte ihres Kampfes und ihrer Not, die sie auf sich genommen. Einen Plan hatte er sich gemacht, daß kein unwerter Fuß mehr diesen Raum betreten solle. Als er selber den ersten Schritt hineintat, erschrak er. Von der Gegenüberwand starrte ihm eine Schrift entgegen. Sie war mit schwarzer Kohle auf die steinerne Wand geschrieben und lautete:

„Und wenn du dich auch verbirgest hinter Mauer und Stein, und wenn du dich legest in Ketten von Eisen, es hilfet dir nicht. Das Gesicht will sich wahr machen.“

Hans Baumann zum Gruß

geb. am 22. April 1914

„Es geht eine helle Flöte, der Frühling ist über dem Land ..." so leuchtend schritt Hans Baumann durch seine Zeit. Ein edler Rufer, in dessen Lied und Dichtung eine einzige Melodie lag: Deutschland.

Was er dichtete, oft selbst vertonte, wurde Bekenntnis vom Ich zum Wir, vom Einzelnen zum Volk, es war Ausdruck des Gemeinsamen im Empfinden und Wollen. Es war Chorlyrik! So wie vor Jahrtausenden durch die Chorlyrik der Griechen die Seele der Gesamtheit lebendig wurde!

Es sang die deutsche Jugend, als der Traum vom Großdeutschen Reich Gestalt in ihr annahm, auf allen Straßen und in allen Hallen: „Kameraden fragen nicht lange: woher?", „Nur der Freiheit gehört unser Leben", „Wir werden weiter marschieren".

Es grüßte diese Jugend mit erhobener Stimme völkisches Grenzschicksal: „Deutschland drüben, dir gehören diese Berge", „Ihr lieben Hügel Böhmens" — und noch manches andere aus seiner hohen Liedkunst durcheilte Täler, Höhen und Wälder.

Sein Herz war von einer großen Idee erfaßt, und er mußte von ihr zeugen und singen, ob er wollte oder nicht. Seine Strophen wurzelten im Leben, deshalb blühten sie so schön, deshalb griff die Jugend nach ihnen wie nach einem Strauß frischer Feldblumen, der am Wiesenrain duftet. Nicht nur Trutzlieder, nein, schlicht-einfache Weisen, humorvoll-fröhlich, oft legendenhaft, ertönten: „Von allen blauen Hügeln reitet der Tag", „Es geht eine helle Flöte...", „So fröhlich wie der Morgenwind ist unser Herz bestellt". Unvergessene Melodien!



Hans Baumann

Hans Baumann schritt weiter, schritt zur Dichtung in reiner Form; sein Weg führte zum Gedicht, führte zum Drama, durch das erfüllt wurde, was sein großes Vorbild Paul Ernst einmal gefordert hatte: „Die Tragödie ist metaphysische Dichtung, in ihr ist alles Symbol". Sein „Rüdiger von Bechelaren", einst Festspiel für die Passauer Freilichtbühne, erlöste uns von allen zeitlichen und örtlichen Bindungen und deutete wie niemand vor ihm den inneren Sinn der Sage.

Der dichtende Sänger wandelte seine eigenen Pfade und über die, die vor ihm waren, hinaus! Er verteidigte nicht Altes, er forderte Neues! Er schritt als Kamerad unter Kameraden in die Weiten des verbrennenden Krieges, doch auch hier zu jeder Stunde nach Halm und Blume, nach Birkenblatt und Baum greifend, wo alles „liebend das Leben umfängt".

Aus seinem seelischen Erleben wurde uns auch seine schönste und tiefste Kantate „Den Müttern" geschenkt, jenes Denkmal der Liebe und des Dankes, über dem der Glanz des Ewigen ausgebreitet liegt.

„Vergangen ist der Sommerglanz
und alle Sommergüte,
welk und zerrauft der bunte Kranz,
der in die Tage blühte..."

Hans Baumann! Dies sagtest Du in Deinem „Abschied", wir haben es vernommen. In uns sind Besinnung und Erkennen wach, wir wissen um unsere Aufgabe und danken Dir und grüßen Dich mit Deinem eigenen „Abschied"-Wort:

„Doch sieh, der Sterne Angesicht
steht über allem Jahr".

Eberhard Hesse

PROFESSOR *Hermann Kupferschmid*

DER DEUTSCHE INDUSTRIERADIERER

VON W. BUCHHORN

„Wer der Milieu-Theorie huldigt, wird sich freuen, daß sie sich auf den Radierer Hermann Kupferschmid anwenden läßt". (Dr. W. E. Oefterding). Kupferschmid ist auf dem europäischen Festland eine einmalige Erscheinung. Keiner der großen Radierer Englands, Frankreichs, Italiens ist dem Zauber der Technik, ihrer grotesken Maschinen und Stahlformen, ihrem Rhythmus der Pressen und Hämmer, der Musik der glühenden, aufsprühenden und zischenden flüssigen Metalle so verfallen wie er. Keiner von ihnen, sogar der große Engländer Frank Brangwyn noch dessen Landsmann Muirhead Bone haben das Lied des technischen Jahrhunderts so zu singen vermocht wie es Kupferschmid gelang.

So war es wohl verständlich, wenn sich in den großen Ausstellungen vor den großformatigen Radierblättern die Besucher stauten. Ob Techniker, Arbeiter, ob Menschen, die dem Stahl, der Industrie, den Hochöfen und dem Maschinenrhythmus fernstanden, alle — ohne Ausnahme — wurden erfaßt von den gewaltigen Kompositionen und dem Takt des neuen Jahrhunderts der Technik.

Hinter den Rauchschwaden der gigantischen Werke in Schlesien, an der Ruhr spürte jeder das Werken und Wirken der Millionenheere der Arbeiter, den Erfindergeist deutscher Konstrukteure, das organisierende Genie der Industrieherren, eben alle lebendigen Kräfte des Zusammenwirkens aller, denen Deutschland seine geneidete Stellung in der Welt verdankte. Und sie alle bestätigen, daß das was der Diplomingenieur und der Kunstprofessor Kupferschmid geschaffen hat vom vordersten Rohr bis zur letzten Schraube wahr ist. Mit der Sicherheit des bauenden Architekten hat er seine vollendeten Blätter aufgebaut, mit absolut sicherem Kompositionsgefühl. Gleich, ob er Pflasterer darstellt oder einen Hochofen, ein Schiff im Dock oder ein feuerglühendes Walzwerk, immer ist jedes Bild die Zusammenfassung und der Ausdruck einer technischen und kulturellen Gesamtleistung. Stahlbögen, Oefen, Kräne und Schienen bilden mit dem arbeitenden Menschen eine Harmonie. Werk und Mensch sind eins in den Bildern Kupferschmids, während z. B. Brangwyn das Werk fast stets als Silhouette dem schwimmenden Hintergrund anvertraut.

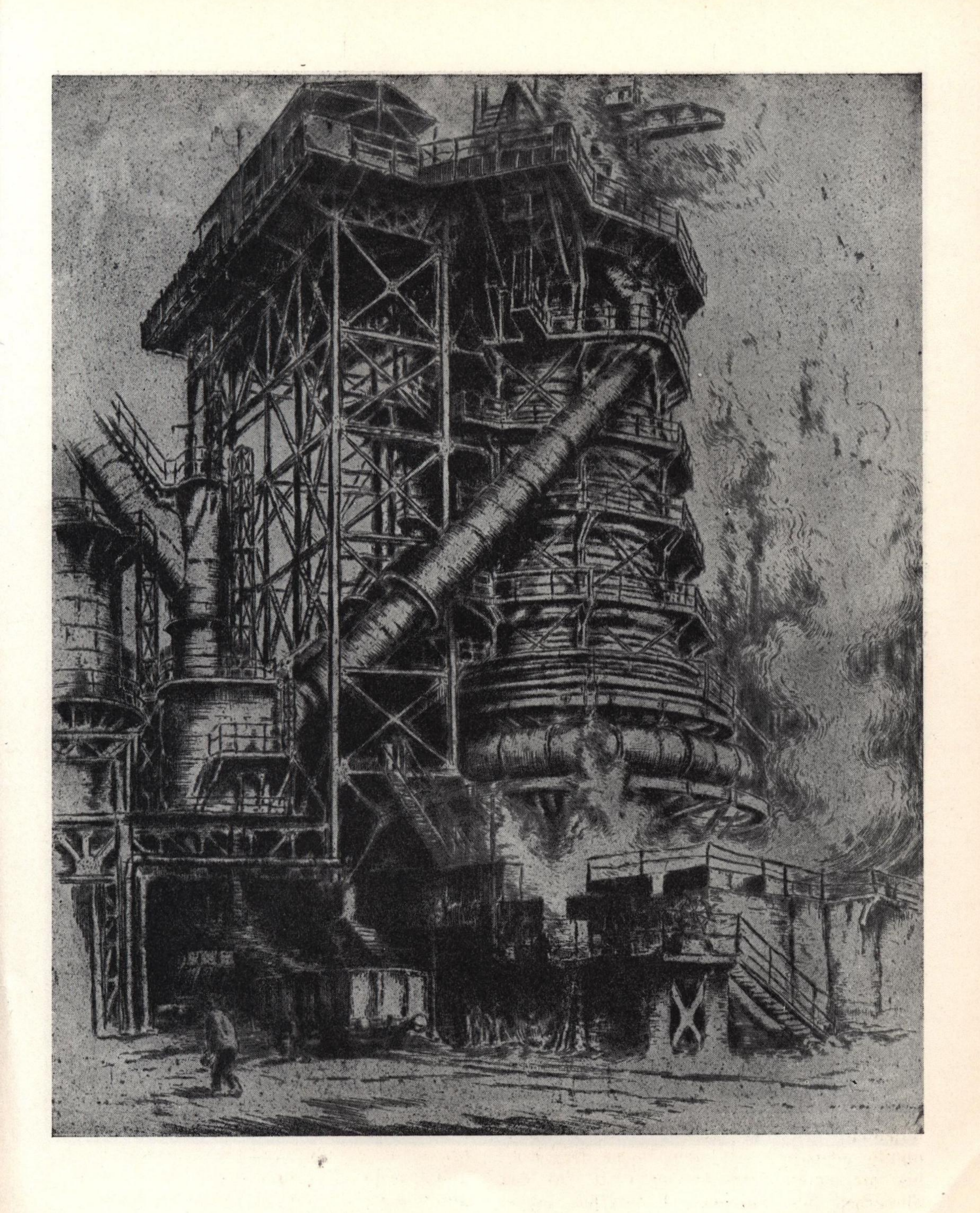
Hermann Kupferschmid ist in Waldshut in Südbaden an der schweizerischen Grenze als Sohn des Oberbaurats des Rheinstrombaues Dr. ing. h.c. Karl Kupferschmid im Jahre 1895 geboren worden. Nach Absolvierung des humanistischen Gymnasiums und einem mit dem Diplom abgeschlossenen Architektenstudium an der techn. Hochschule Karlsruhe widmete sich der Diplom-Ingenieur Kupferschmid dem Studium der Malerei und Grafik an der Kunstakademie, auf der einst Hans Thoma wirkte.

Reisen nach Paris, Holland, Italien ließen ihn sich umsehen, Maßstäbe gewinnen und zu planvollem Arbeiten Entschlüsse fassen.

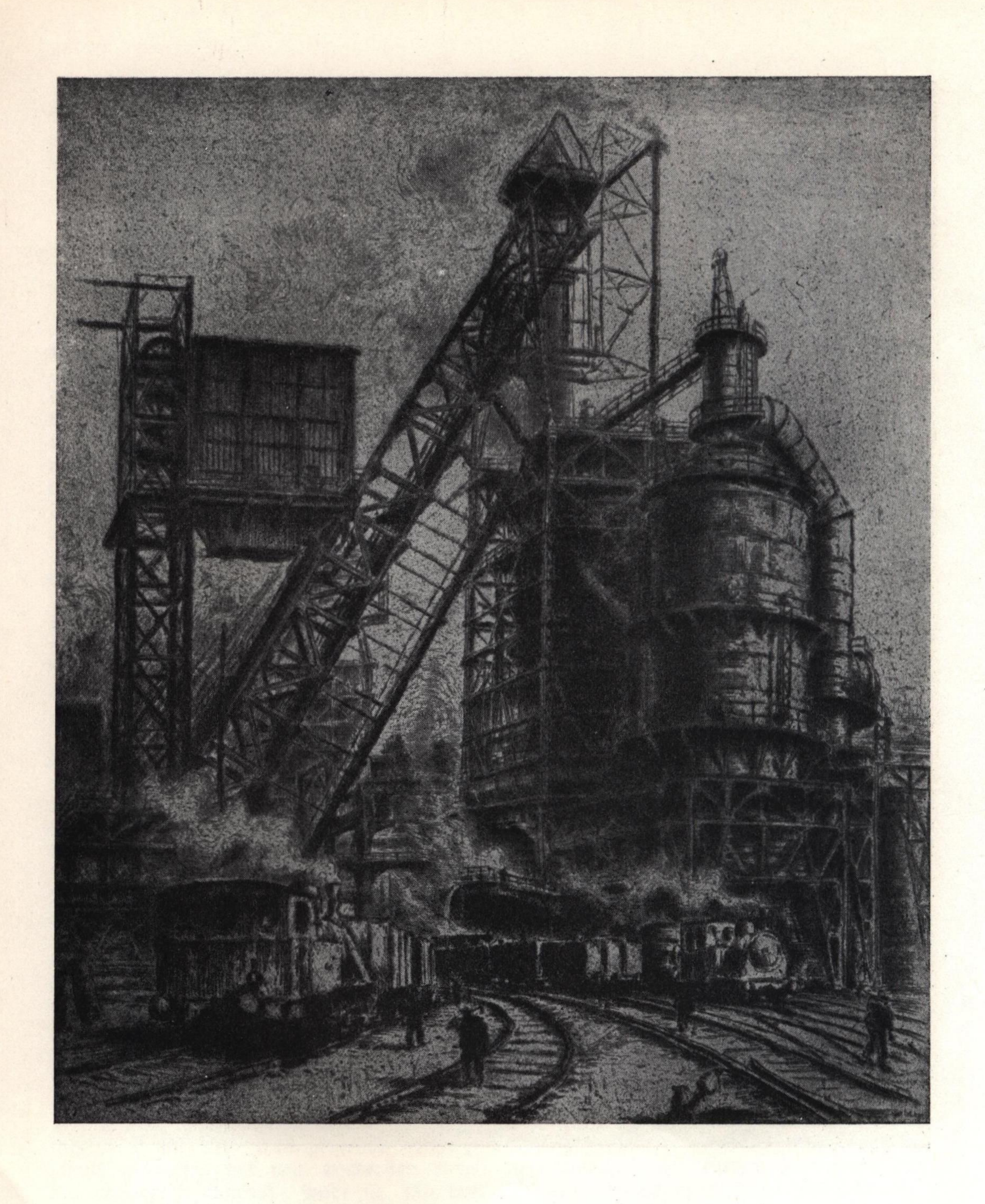
Schon früh wurde er mit dem Grafikerpreis der Rheinlande und der österreichischen Staatsmedaille ausgezeichnet. Als er zum ersten Darsteller der deutschen Großindustrie wurde, berief man ihn als Professor an die Kunstakademie.

In beiden Weltkriegen stand Kupferschmid als Frontoffizier draußen. Bomben haben ihm daheim Wohnung, Atelier und Lebensarbeit vernichtet. Wer kann das ermessen, dem alles erhalten blieb! Nach schwerer Krankheit hat er sich nun in die Stille der heimatlichen Wälder zurückgezogen, um von neuem zu beginnen, gleich unseren Geistesschaffenden anderer Gebiete in dem tiefen Glauben an die ewig kulturverantwortliche Leistung deutschen Geistes und deutschen Könnens. Neue Werke entstehen unter seiner meisterhaft geführten Nadel.

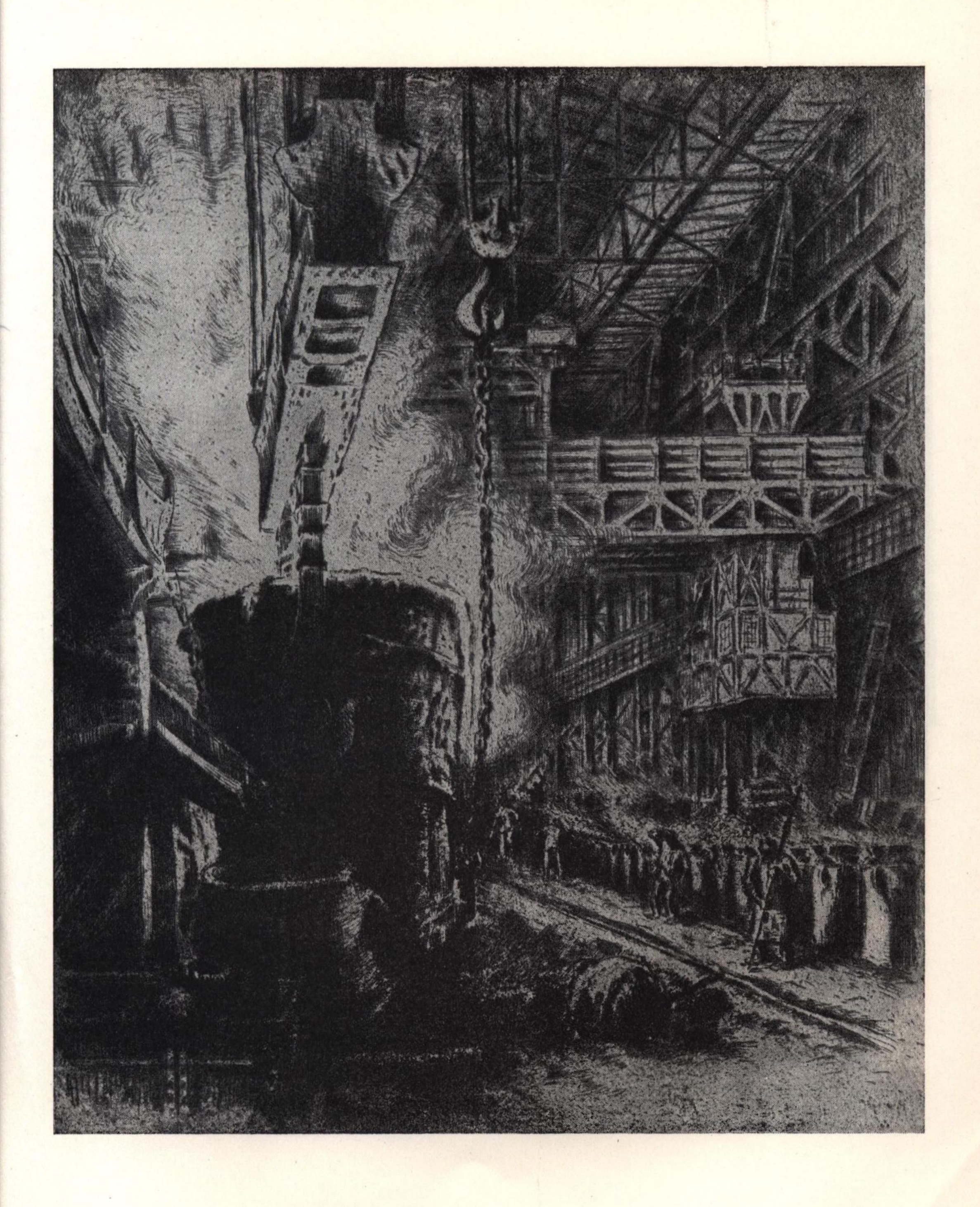
Sein Werk ist nicht nur kulturpolitisch als Zeugnis deutscher Leistung zu werten, es ist vor allem ein einzigartiges Denkmal für die unvergleichliche, einer ganzen Welt vorbildliche Leistung deutscher Arbeiter, Ingenieure und Erfinder.



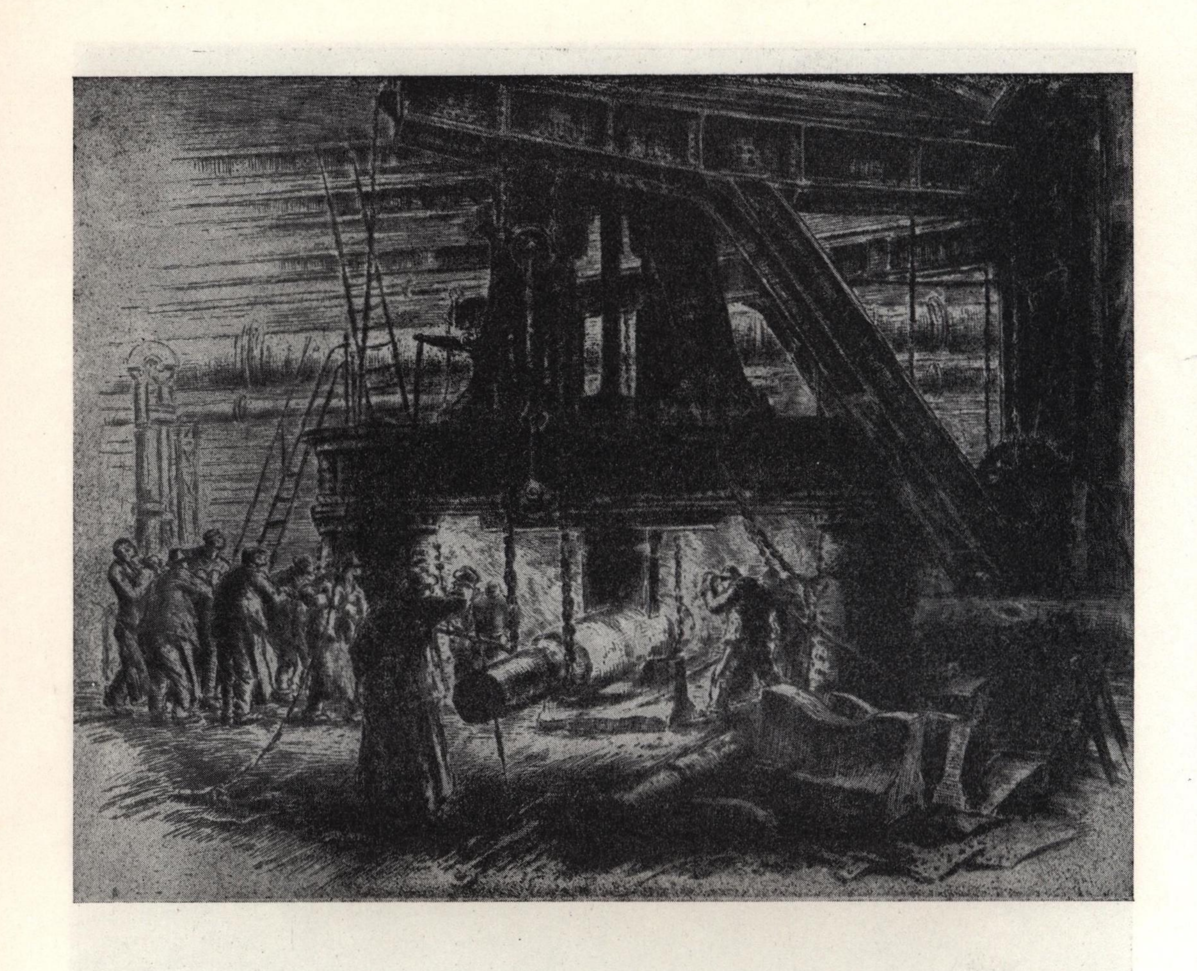
Prof. Hermann Kupferschmid,
„Alter Hochofen“
Plattengröße 49 x 60 cm



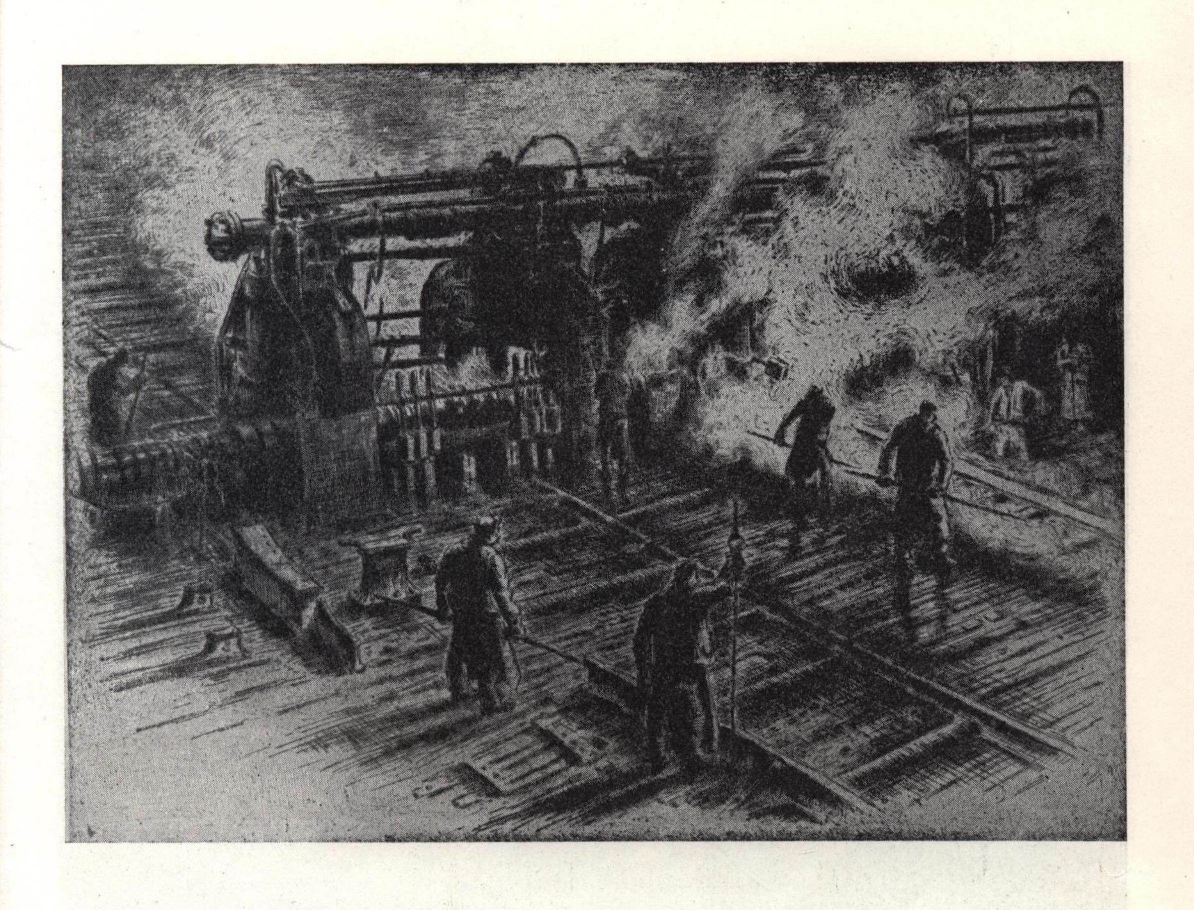
Prof. Hermann Kupferschmid,
„Hochofenanlage"
Plattengröße 49 x 60 cm



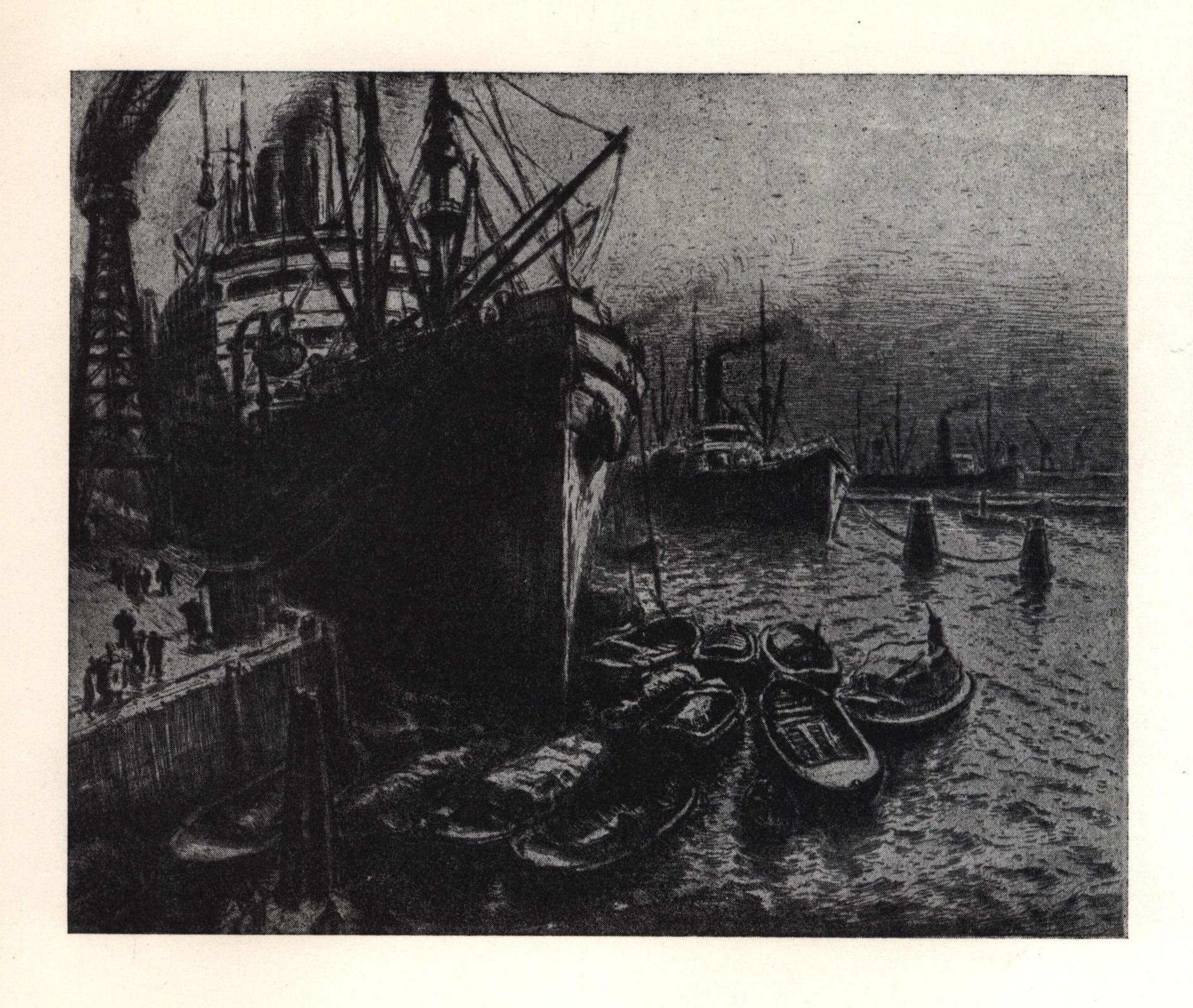
Prof. Hermann Kupferschmid,
„Martin-Stahlwerk“
Plattengröße 45 x 58 cm



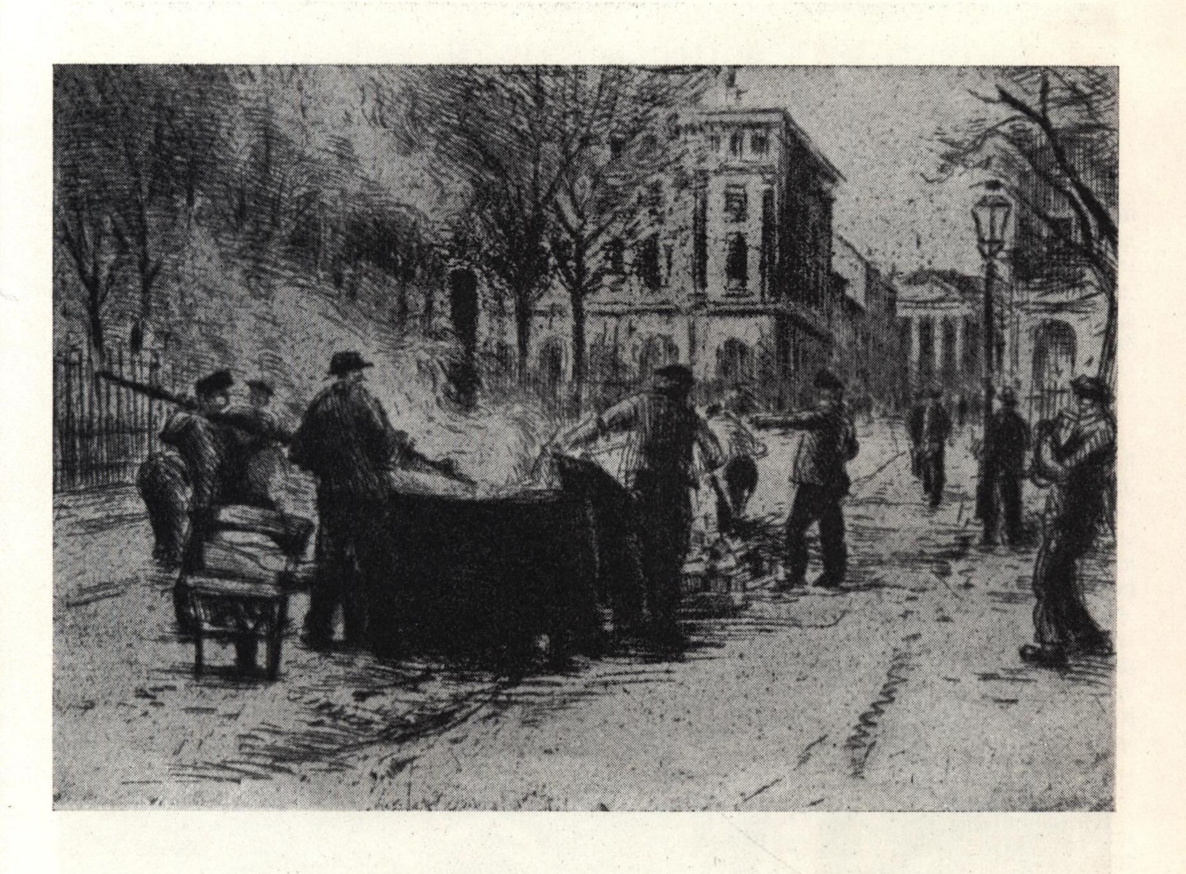
Prof. Hermann Kupferschmid,
„Dampfhammer"
Plattengröße 45 x 55 cm



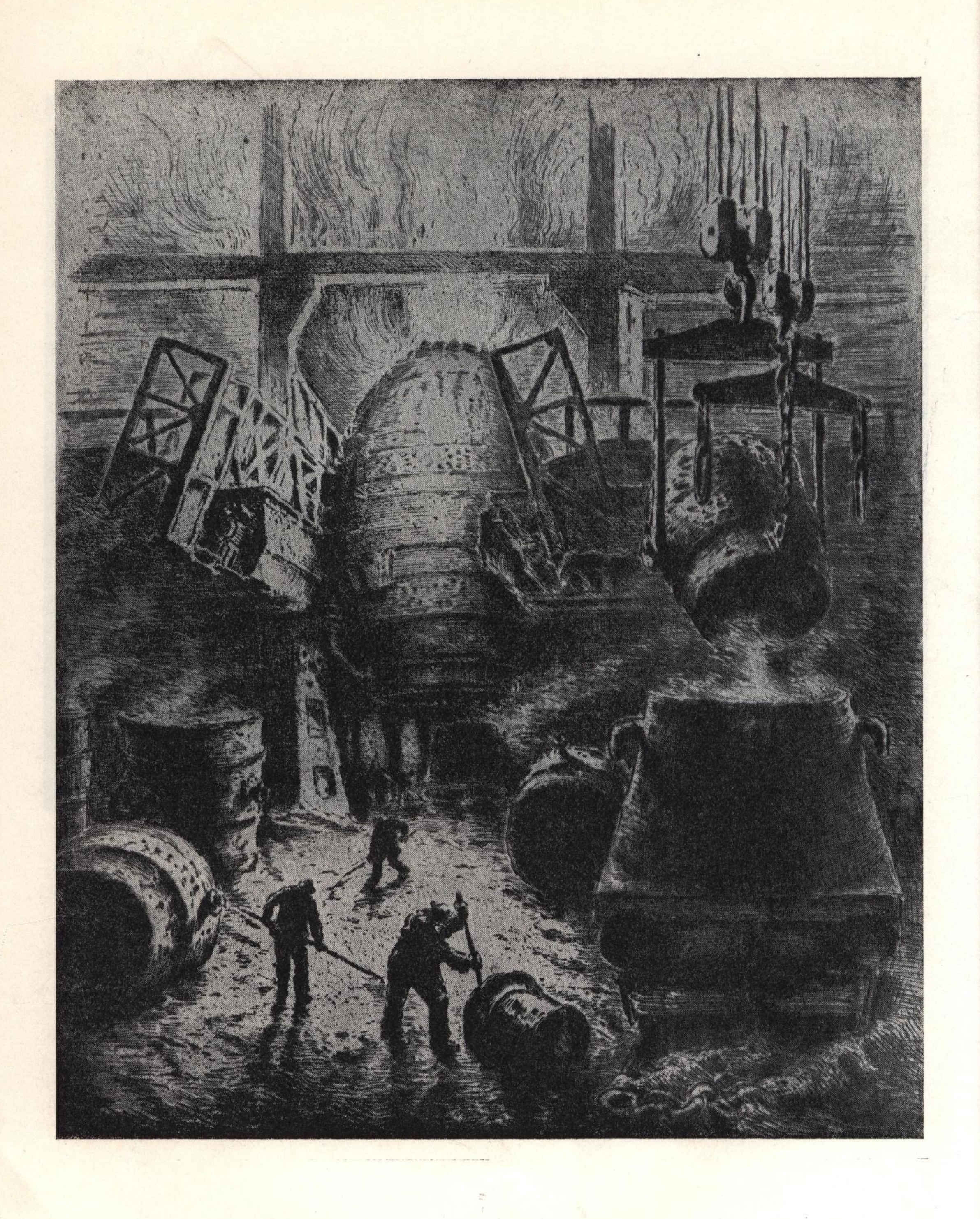
Prof. Hermann Kupferschmid,
„Walzwerk"
Plattengröße 42 x 55 cm



Prof. Hermann Kupferschmid,
„Hamburger Hafen, I“
Plattengröße 35 x 42 cm



Prof. Hermann Kupferschmid,
„Asphaltarbeiter“
Plattengröße 15 x 21 cm



Prof. Hermann Kupferschmid,
„Thomaswerk"
Plattengröße 45 x 55 cm

Unser Hundert-Zentner-Hammer

MATHIAS LUDWIG SCHROEDER

Wie ein Urtier steht „Bumbo“ in der hohen Halle. Zwei Säulen, so dick wie tausendjährige Eichen, sind seine Beine. Doch hat er nur einen Fuß und ruht auf einem riesigen, in der Erde vergrabenen Zementblock, der zehnmal schwerer ist als der ganze „Bumbo“.

So steht er da mit seinem eckigen Schädel und der darunter schwebenden Faust, der die Arbeiter den Namen „Bär“ gaben, und läßt sich von den Klauen des Laufkranes immerfort weißglühende Eisenblöcke in den Schoß schieben. Auf diese haut er mit seinem „Bär“ ein, daß es knallt. Die Funken sprühen zischend umher, und der Block wird immer dünner und länger.

Ja, Bumbo ist schon ein Riese! Neben dem Kranführer hat er allein acht Mann nötig: halbnackte, schweißtriefende Kerle, die ihm mit einem langen Eisenhebel, der in schweren Ketten hängt, den hitzespeienden Stahlblock im Schoße drehen. Ein Glühofen gehört zu ihm, so groß wie ein Haus, mit einer Glut aus der vierten Hölle ... Gas, Luft und Oel brausen in den Kanälen wie wildgewordene Satane.

Während seiner Arbeit, indessen der Bär in dem geschmierten Schlitten zittert und lauert, blickt Bumbo immer zum Ofen hinüber. Dort springt von Zeit zu Zeit eine der vielen Türen auf. Glühende Eisenzungen schießen hervor, die Krankralle packt sie und bringt sie ihm.

Gierig fiebernd schaut er den näherkommenden, hundert Zentner schweren weißglühenden Stahlblock an. Dessen wütendes Zischen reizt ihn, und am liebsten möchte er ihn gleich platthauen. Aber zuerst läßt er den Bär langsam, ja fast behutsam auf ihn hinunter, betastet ihn vorsichtig und hält ihn fest, damit die acht Arbeiter ihre Hebel unter den Block bringen. Liegen diese richtig, so läßt Bumbo wie der Blitz seinen Bär hochspringen und immerfort niedersausen — Bumbo! Bumbo! Bumbo! Der funkensprühende Block windet sich stöhnend und will fort. Aber weit kommt er nicht! Bumbo hat ihn immer wieder. Und springt er ihm gar mal ein großes Stück weg, dann hört Bumbo auf zu schlagen und hält ihn so lange fest, bis die Arbeiter wieder ihre Hebel unter ihn gesetzt haben. Entwischt ist ihm noch keiner. Und er läßt sich die Blöcke erst fortnehmen, wenn sie dünn und lang geworden sind. Seine kleineren Geschwister, die anderen Hämmer, wollen ja auch etwas zu tun haben.

Dann aber will Bumbo gleich den nächsten Block bearbeiten und zittert vor Erregung, wenn der zu lange ausbleibt. Dieser hier — ist fertig. Das hat er gesehen. Doch sein Hammerschmied, der wie ein Kapitän auf dem hohen Podest steht, hat die Griffe losgelassen. Er lehnt am Geländer und wischt sich den Schweiß ab. Die acht Arbeiter liegen auf der Erde, beruhigen ihre Lungen und schnaufen abseits die etwas kühlere Luft. Sie sind naß geschwitzt, ihre Hosen dampfen. Der eine oder andere streicht sich etwas von dem schmierigen Oel über die Brust, um die Haut zu kühlen, die von fliegenden Funken versengt wurde ...

Bumbo vergeht dann vor Ungeduld. Hinter ihm arbeiten unaufhörlich die Dampf- und Breithämmer. Sie rattern ihm die Ohren voll. Er will seine Stimme hören, sein: Bumbo! Bumbo! Bumbo! — Dann dröhnt die Halle. Die Erde bebt, Krane zittern. Die Arbeiter fürchten sich und gehen weit um ihn herum.

Nun haben auch die letzten Maschinen aufgehört zu laufen. Die Krane fahren zu ihrem Standort zurück. In der Halle ist es ruhig geworden, nur die Stimme und das Hantieren der Arbeiter ist zu hören. Das ist feierlich. Und selbst der arbeitswütige Bumbo gibt sich zufrieden. Morgen ist Sonntag. Dann darf er nicht arbeiten. Aber im Festtagsgewand steht er immer noch wie ein Riese neben den anderen Maschinen des Hammerwerkes und kann kaum erwarten, daß das große Hallentor wieder geöffnet wird und die Arbeiter hereinströmen, um die erste Schicht der neuen Woche zu beginnen.

Fernfahrer als Hochwasserlotse

MATHIAS LUDWIG SCHRÖDER

Der lange Fernlastzug mit seinen hellgrauen Verdecks fauchte die schmale Landstraße dahin und schlänkerte zwischen den Bäumen her, an denen die blattlosen Aeste im Nachtdunkel verschwanden. Rechts glitzerte der Fluß, den die starken Regenfälle der letzten Tage breit gemacht hatten.

Hinter dem Steuer saß Michel. Seine klobigen Hände lagen auf dem Lenkrad, sein Blick stand geradeaus und nur, wenn es in eine scharfe Linkskurve ging, spähte er vorgebückt am Türrahmen vorbei.

Was war da unten? Unzählige Rücklichter glimmerten dort. Als er näherkam, führte die Straße in den Fluß. Davor standen zirka zwanzig Wagen und konnten nicht weiter. Er verlangsamte die Fahrt, knatterte an den parkenden Wagen vorbei und hupte kurz, weil einige der Fahrer mitten auf der Straße standen. Als er aber doch im ersten Gang weiterfuhr, sprangen sie an die Seite; einer hüpfte auf sein Trittbrett.

„Nun halten Sie doch! Sie können nicht weiter, die Straße liegt einige Kilometer weit mindestens fünfzig Zentimeter tief unter Wasser —!“

„Was kann ich denn dafür?“

Michel brachte den Zug zum Stehen. Die Vorderräder des Motorwagens standen bereits im Wasser. Er klopfte an die Kabinenwand. „Hans? — steh auf!“ befahl er, kletterte hinaus und schritt prüfend um seine drei Wagen herum, die sich wie Riesen neben den Personenwagen ausmachten. Eine Gruppe von Autofahrern umstanden ihn jetzt.

„Wollen Sie wirklich die Strecke fahren?“

„Soll ich meine dreihundert Zentner Ladung vielleicht über die Berge schieben? Das kann ich, — aber wer bezahlt mir das Oel?“

„Dann warten Sie wenigstens bis es Tag ist —!“

„Morgen früh muß ich im Hafen sein, das sind noch dreihundertfünfzig Kilometer Fahrt, also sieben Stunden Tempo . . . Uebrigens käme ich hier unten nicht mehr heraus. Wer will mir die Wagen drehen?“

„Kennen Sie diese Strecke?“

„Nein, ich fuhr nur gestern hin, heute zurück, — und was heißt kennen? Wenn das Wasser nicht höher als einen halben Meter steht, werde ich es schaffen.“

„Tiefer liegt die Straße auf keinen Fall. Und sie hat auch kaum nennenswerte Senkungen . . .“

„Fahrt doch hinter mir her —!“ sagte Michel und wanderte zu seinem Motorwagen hinauf, wo der aufgewachte Beifahrer eben über den Führersitz herauskletterte. „Zieh' meine Lederjacke an und setzte dich vorne auf den rechten Kotflügel“, sagte Michel, „wir müssen durchs Wasser. So lange wir die Köpfe der Chausseesteine sehen, ist keine Gefahr. Und wenn du sie nur unter Wasser schimmern siehst, ist es auch noch nicht schlimm. Aber wenn du gar nichts mehr siehst, ziehe den Kopf ein, damit du mir nicht die Sicht versperrst —!“

Der Beifahrer kletterte neben den Kühler. Michel ging noch einmal nach hinten, wo eine ansehnliche Wagenreihe jetzt mit brummenden Motoren auf der Straßenmitte stand. Am Grabenrand aber hielten einige Personenwagen, die die Fahrt nicht mitmachen wollten.

„Bitte, nehmen Sie eine Zigarette“, sagte der Herr, dessen schwarze Limousine gleich hinter seinem Wagen stand . . . „Hoffentlich klappt es.“

Michel nickte zuversichtlich, nahm zwei Zigaretten und wandte sich. Oben steckte er dem Beifahrer eine Zigarette in den Mund, gab ihm Feuer und sagte: „So nun —!“

Hinter dem Steuerrad, ließ er den Motor aufheulen, schaltete die Scheinwerfer ein und blendete wieder ab. Sein Beifahrer konnte mit kleinem Licht besser sehen. Dann ließ er die Kupplung kommen, — der Wagenzug zog an und fuhr ins Wasser.

Er war seiner Sache sicher, obwohl gerade hier die Bäume fehlten. Aber er sah die weißen Steine. Er schaltete den zweiten Gang. In seinem Rückspiegel draußen blitzte eine lange Lampenreihe. Eine stumpfe Kurve tauchte auf. Michel fuhr hinein wie sonst, er wußte, daß seine Anhänger der Spur des Motorwagens folgten. Nur seine Finger zogen sich straffer um das Lenkrad, bereit es herumzureißen, wenn ein Vorderrad vom Fahrdamm abzurutschen und einzusinken drohte.

Die Personenwagen hinter ihm hatten es leichter. Einmal waren sie schmaler gebaut, dann auch brauchten sie sich nur hinter ihm zu halten — nanu! Vor ihm fehlten einige Chausseesteine! Er berührte den Bremshebel, damit das Stopplicht an seinem Wagen aufleuchtete und die nachfolgenden Fahrer zur Vorsicht

mahnte. Er schwenkte auch etwas nach links, die Straße konnte ausgespült sein.

Der Beifahrer vorne starrte auf das Wasser hinab, manchmal legte er sich über den Kühler und beobachtete die andere Seite, einmal hob er sogar mahnend die Hand. Michel war auf der Hut. Seine dreihundert Zentner Ladung mahnten ebenfalls dazu. Aber die Straße konnte seit gestern nicht schon heute unterspült sein ... Nun war er an den fehlenden Steinen vorbei und steuerte wieder mehr nach rechts. Die Lampen im Rückspiegel zeigten, daß die ihm folgende Wagenreihe das Manöver mitmachten.

Vier Kilometer fuhr er bereits durch das Wasser und immer noch stand die silbergraue Fläche endlos in der Ferne, wenn er augenblicklang den Scheinwerfer hineinlecken ließ. Aber hier war etwas! Die weißen Köpfe der Chausseesteine wurden kleiner und verschwanden schließlich ganz im Wasser. Sein Scheinwerfer tastete über die Strömung. Er mußte wieder links halten; denn etwa siebzig Meter weiter lugten die hellen Steinköpfe wieder aus dem Wasser hervor. Jetzt war er seiner Sache sicher und behielt die Steine im Auge ... Plötzlich riß er das Steuer herum. Das linke Vorderrad war eingesunken. Der Beifahrer konnte sich schnell an der Lampe halten. Michel drückte den Gashebel bis auf das Fußbrett. Der Motor posaunte knatternd und hob den sich schüttelnden Wagen auf den Fahrdamm zurück. So etwas! Vorhin standen die Chausseesteine auf der rechten Straßenseite, sprangen aber ausgerechnet hier unter Wasser zur Linken hinüber. Dafür standen an der rechten Seite nun Bäume. Die Bäume hatte er vorhin nicht beachtet, weil er sein Augenmerk nur auf die Steine richtete.

Das Gelände stieg jetzt an, die Straße kletterte aus dem Wasser und blieb über dem Wasserspiegel, weil sie am Berghang entlang führte. Da steuerte er zum Halten dicht unter die Bäume, der Beifahrer sprang vom Kotflügel auf den Asphalt. Die Personenwagen krabbelten hintereinander aus dem Wasser, die Fahrer grüßten lachend und fuhren vorbei. Nur die kleine schwarze Limousine hielt neben Michel und der Herr meinte, daß der letzte Anhänger einmal bedenklich auf der Seite gelegen habe. So, nun müsse er schnell weiter, denn er habe seine Frau mit Blinddarmentzündung im Wagen.

Michel winkte ihm nach und trat zu dem letzten heranbrummenden Wagen. Es war keiner zurückgeblieben.

Als die roten Rücklichter in der Ferne verschwanden, kletterte der Beifahrer gähnend in die Kabine. Michel stieg über das Trittbrett und schlug die Tür hinter sich zu. Nun würden sie noch rechtzeitig zum Abladen kommen, und den einen oder andern Personenwagen würde er übrigens auch bald wieder überholen; denn — darauf war er besonders stolz — sein 15-Tonnen-Zug sauste auf der Ebene mit sechzig Kilometer Durchschnittsgeschwindigkeit dahin.

Der Thespiskarren

Ein Skizze von Schirr

Nun sitze ich also in Wolfsberg fest und zwar auf unbestimmte Zeit! Es ist zum Glück nicht das große Interniertenlager, in dem ich stecke, sondern die Bundesstraße gerade davor! Es hatte einen harten Ruck in der Steuerung gegeben, und dann . . . aber ich muß wohl, damit die Geschichte Hand und Fuß hat, von vorne beginnen.

Vor genau fünf Monaten und dreizehn Tagen war es, daß mein Lebensweg einen scharfen Knick machte und ich die Bühnenlaufbahn einschlug. Um falsche Vorstellungen zu vermeiden, führe ich an, daß ich nicht etwa Heldenvater oder jugendlicher Liebhaber wurde, sondern Theaterchauffeur! Ich hatte den Direktionswagen zu führen. Auch hier sei zur Steuer der Wahrheit gesagt, daß der so hochtrabend benamste „Direktionswagen“ nicht nur das einzige Vehikel des Theaters, sondern auch das einzige Inventarstück des Unternehmens war, ja, daß unser Theater auch keinen Saal und nicht einmal eine Theaterkanzlei hatte. Wie scharfsinnige Leser bereits erkennen können, handelte es sich hier weder um eine staatliche, noch eine städtische Bühne, sondern um das schlichte Wandertheater eines privaten „Direktors“. Die Direktion bestand neben dem Herrn Direktor noch aus einer künstlerischen und einer kaufmännischen Leiterin und einem Reiseleiter; damit ist auch das gesamte darstellerische Personal aufgezählt, das allerdings fallweise durch oft im allerletzten Moment herbeigezauberte Ersatz- und Aushilfskräfte ergänzt wurde. Alle Mitglieder der „Direktion“ waren meine Vorgesetzten, all diese gewichtigen und immer in nervöser Eile befindlichen Persönlichkeiten hatte ich rechtzeitig von Ort zu Ort zu bringen und daneben noch allerlei andere Aufgaben zu erfüllen.

Der diesen Zwecken dienende „Direktionswagen“ war zwar ein ausgedienter Veteran (der knapp vor dem ersten Weltkrieg vom laufenden Band gesprungen war), der offenbar nur wegen des Invalidenbeschäftigungsgesetzes noch in Dienst stand, aber aus größerer Entfernung gesehen noch recht rüstig aussah. Beim Nähertreten fielen Einzelheiten auf, die ihm nicht zur Ehre gereichten! Die mit antikem Schnürlsamt gepolsterten Sitze spiegelten leicht an den erhöhten Stellen, wiesen aber auch viele „alteingesessene“ Vertiefungen auf, die guten Kontakt mit den Sprungfedern gaben, und hatten eine undefinierbare Farbe. Der Boden war statt mit einem Teppich mit einem reichhaltigen Werkzeug- und Ersatzteillager bedeckt, welches fast bei jeder Fahrt benötigt wurde. Die Fahrgäste konnten ihre Füße wahlweise auf Wagenheber, Andrehkurbel, Schlüssel und Zangen oder auf zahlreich herumliegende Ersatzteile aufstützen. Unter der Motorhaube befand sich eine große Kanne mit Schmieröl, da der Motor fast mehr Oel als Benzin verbrauchte, ferner eine Wasserkanne, um den ständig rinnenden Kühler immer wieder auffüllen zu können, ein großer Trichter für Oel, Benzin und Wasser, ein Reserve-Akkumulator, da die Lichtmaschine keinen Ladestrom gab und die erschöpfte Batterie dann unterwegs gegen eine frisch geladene ausgetauscht werden mußte, dann noch — als wichtigstes Fortbewegungsmittel — ein Abschleppseil und (auch dafür blieb wunderbarerweise noch ein Plätzchen!) ein über und über ölverkrusteter Motor! Der Führersitz war reich ausgestattet: Neben dem Kupplungs- und Gaspedal befand sich noch das sogenannte Bremspedal, das man aber bis zu den Bodenbrettern durchtreten konnte, ohne daß das auf den Wagen irgendeinen erkennbaren Eindruck machte! Links vom Lenkrad war nicht nur ein Schalthebel, sondern auch die Handbremse, die aber höchstens als eine Art Schutzvorrichtung angesehen werden konnte, nämlich als Hindernis gegen „Uebergriffe“, wenn mal neben dem Fahrer ein allzuzartbestrumpftes Wesen saß und der arme Lenker seine rechte Hand nicht wissen lassen wollte, was die Linke tat. Der Wagen hatte elektrische Beleuchtung, die auf originelle Weise zu bedienen war; beim Einschalten des Scheibenwischers leuchtete der rechte Scheinwerfer auf, während man den linken dadurch zum Leuchten bringen konnte, daß man in dem Kabelgewirr hinter dem Armaturenbrett durch geschickte Fingergriffe einen Wackelkontakt zu einer Dauerverbindung machte. Beim Zurückziehen der Hand erlosch das Licht wieder, wodurch man bei nächtlichen Begegnungen mühelos ein Abblenden markieren konnte. Im Uebrigen lief der Wagen flink wie ein Wiesel, besonders bergab oder im Schlepp eines stärkeren Bruders; er fuhr aber auch mit eigener Kraft so schnell und so weit, als ihn seine schwindsüchtigen Kolben trieben.

Sehr oft fuhr ich mit dem Direktor und der kommerziellen Leiterin in jene Orte, welche nächstens mit einer Vorstellung heimgesucht werden sollten. So klapperten wir landauf, landab und lernten in überraschend kurzer Zeit fast sämtliche Autowerkstätten kennen; wir wurden stundenlang geschleppt, mal von einem Lastwagen, mal von einem Omnibus, hie und da von einem Personenwagen, aber auch von Pferde- oder Ochsenfuhrwerk, kurz, wir lernten

jede Fortbewegungsart kennen, in Regen und Sonnenschein, bei Tag und bei Nacht. Wir standen auf dem Dach des an die Hauswände herangefahrenen Wagen wenn wir die Theaterzettel plakatierten, welche wir vorher auf seinen Sitzen mit den eben ausgehandelten Vorstellungsterminen beschriftet hatten. Während der Fahrten wurden Besetzungspläne besprochen, Garderoben entworfen, Rollen verteilt, neue Sprechstücke eingelernt, Verträge überdacht, kurz, alle nur denkbaren Dinge getan.

Kürzlich sollte ich der in Liezen gastierenden Truppe einen Ersatzmann für den durch Krankheit ausgefallenen Hauptdarsteller bringen. Die Vorstellung war für 20 Uhr angesetzt, um 15 Uhr war der Aushilfsmann gefunden und ihm die Rolle übergeben. Um 16 Uhr fuhren wir los und beeilten uns, so zeitig anzukommen, daß der „Neue" wenigstens eine abgekürzte Behelfsprobe in der ihm vollkommen neuen Rolle halten könne. Nach einer halben Stunde gerieten wir in einen heftigen Gewitterregen, der nicht nur das Wageninnere durchnäßte, sondern auch den Zündverteiler unter Wasser und damit den Motor außer Funktion setzte. Wir mußten das Ende des Gusses abwarten und konnten dann erst den Verteiler trocknen; bald brachten wir den Motor wieder auf Touren. Wir hatten uns unserem Ziele bis auf eine Stunde Fahrzeit genähert und hatten erst 18 Uhr; es würde also noch zu einer Kurzprobe der wichtigsten Szenen reichen. Mitten in diese Hoffnung hinein knallte der Vergaser und dann wurde es unheimlich still unter der Motorhaube! Die Nachschau ergab, daß der Motor infolge gelockerter Aufhängeschrauben unerlaubte Bewegungen gemacht hatte, wodurch der Vergaser entzweigebrochen wurde. Unser „Ersatzteillager" enthielt keinen Reservevergaser und wir standen allein auf weiter Flur! Kein hilfs- oder schleppbereiter Wagen kam daher und die Zeit drängte, so daß wir auf glückt's oder glückt's nicht losreparierten! Der lose Motor war bald wieder festgeschraubt, und den Vergaser haben wir mit einem Lederriemen und Schnüren derart kunstgerecht verbunden, daß er gar nicht mehr über Gebühr leckte! Wir setzten unsere Fahrt vorsichtig fort und kamen pünktlich um 20 Uhr in Liezen an und retteten die ausverkaufte Vorstellung! Der Spielleiter hatte gerade vor den Vorhang treten und die Vorstellung absagen wollen! Der „Neue" mußte ohne Probe auftreten; er hatte während der Fahrt seine Rolle fleißig studiert und erledigte seinen Part mit bewundernswerter Sicherheit.

Dann waren wir auf der Fahrt nach Klagenfurt, um in Kärnten eine Reihe von Vorstellungen abzuschließen. Die Fahrt über die Pack verlief klaglos; der Motor hatte sich, Dampfwolken ausstoßend, auf die Paßhöhe hinaufgequält und nun ging es sehr vorsichtig die Serpentinen bergab, so daß die mangelhafte Bremsfähigkeit des Wagens zu keinem Zwischenfall führte. Nachdem wir die Gefällstrecke glücklich hinter uns hatten, stand unser Signal auf: „Freie Fahrt!" und wir brausten mit . . . — nein, ich will das Dienstgeheimnis wahren und plaudere die erzielte Geschwindigkeit nicht aus — nun, eben mit Höchstgeschwindigkeit dahin, bis, ja, bis es jenen harten Ruck in der Steuerung gab, mit dem unsere Geschichte angefangen hat. Instinktiv faßte ich das Lenkrad fester und sah dann seitlich aus dem Fenster, um festzustellen, an welchem Hindernis wir wohl angeeckt sein möchten. Ich konnte zuerst nichts entdecken, doch dann sah ich, daß ein Autorad vor unserem Wagen her lief; gleich darauf erkannte ich, daß dies mein eigenes Vorderrad sei! Der Wagen war inzwischen zum Stillstand gekommen und die Tatbestandsaufnahme ergab, daß sich das Vorderrad samt dem abgebrochenen Achsstummel aus dem Staub gemacht hatte.

Die Besatzung meines invaliden Autos sah sich nach einem anderen Fahrzeug um zwecks Fortsetzung der Reise; mein Chef gab mir den Auftrag, den Wagen in eine Werkstätte zu bringen und ständig dabeizubleiben, bis er wieder fahrbereit sei. Nach Fertigstellung solle ich mit dem Wagen unverzüglich nach Graz zurückfahren und mich für eine Tour nach Oberösterreich bereithalten. Beim Abschied sagte ich meinem Chef noch, daß ich ihn um seinen Kinderglauben bezüglich der Reparaturdauer beneide!

Im Laufe einiger Stunden war der lahme Gaul bereits in einer Werkstätte untergebracht; es wurde auch vorsorglich das Benzin abgelassen, damit es nicht während der jedenfalls längeren Instandsetzungsdauer den Weg aller Mangelwaren ginge. In zwei Tagen lag der „Obduktionsbefund" vor; meine Frage nach dem Fertigstellungszeitpunkt wurde mit dem Orakel beantwortet: „Nach Beschaffung der fehlenden Ersatzteile ist der Wagen in drei Tagen fertig!" Die fehlenden Teile wurden telefonisch und telegrafisch bestellt und dafür Sorge getragen, daß sie zu jeder Tages- und Nachtstunde in Empfang genommen werden konnten.

Nun habe ich mich um eine Zuzugsbewilligung nach Wolfsberg bemüht, wo ich schon seit zwei Perioden die Lebensmittelkarten beziehe. Mein Chef hat sich inzwischen erfolgreich operieren lassen und ich bekomme meinen Beschäftigungsnachweis beim hiesigen Arbeitsamt abgestempelt. Ich muß ja Tag für Tag auf das Eintreffen der bestellten Teile warten und zwischendurch auf den Wagen aufpassen. Täglich zähle ich die Reifen nach und wöchentlich sende ich einen Lagebericht an meinen Chef; diesen Bericht lasse ich jetzt drucken, da dies Zeit und Schreibarbeit erspart und die Expedition mit dem billigeren Drucksachenporto erfolgen kann. Alle 14 Tage staube ich den Wagen gründlich ab und streue Mottenpulver in die Polster. Da die benötigten Ersatzteile nicht allzuschnell kommen werden, glaube ich, hier eine Lebensstellung gefunden zu haben.

Lob der Heimat

Von Schlesien kommend wenden wir uns heute wieder dem Westen unseres Vaterlandes zu. In dem weiten Winkel zwischen Donau und Oberrhein liegt mit seinen tiefen Wäldern und seinen fröhlichen Menschen

DER SCHWARZWALD

VON RUDOLF ÖTTINGER

Von all den Namen, mit denen die deutschen Mittelgebirge bezeichnet werden, erweckt bei den Bewohnern der norddeutschen Tiefebene und ihrer Städte, auch bei vielen Ausländern, wohl keiner so sehnsüchtige Vorstellungen von romantischer Schönheit, verzauberten Stimmungen, von Urlaubsglück und Ferienfrieden wie der Name „Schwarzwald". Das Waldgebirge, das diesen Namen trägt, steuert dem gesamtdeutschen Landschaftsbild, dem es an abwechslungsfroher Vielfältigkeit nicht fehlt, einige seiner reizvollsten und eigenwilligsten Züge bei. Seinen Namen „Schwarzwald" verdankt es den dunkel-ernsten Nadelholzwäldern, die seine Hochflächen, seine Kuppen und Hänge bedecken. Das ist nicht immer so gewesen. Es hat Zeiten gegeben, da zahlreiche Buchen und Eichen zwischen den Tannen standen und auch reine Bestände mit diesen Laubbäumen nicht selten waren. Damals galt die Rücksicht auf Wild und Vieh, auf Jagd und Weide mehr als die Holzzucht und Waldpflege, und besonders in den „Gemeindewaldungen" herrschte der Viehhirt fast unbeschränkt. Alte Waldnamen wie „Tränke", „Salzlecke", „Viehtrieb" erinnern heute noch daran, und besonders solche Waldteile, in deren Namen das Wort „Hardt" enthalten ist, sind Weideplätze gewesen. — Geändert hat sich das, als mit wachsender Bevölkerung und steigendem Holzhandel das Holz selbst in diesem Waldgebirge zu einer „Mangelware" zu werden drohte, was die Menschen zwang, den Wald zu pflegen, und was sie veranlaßte, die „kahlgewordenen, heruntergewirtschafteten" Flächen mit Nadelhölzern zu bestocken, die dort am besten gediehen und in kürzerer Zeit einen Ertrag versprachen.

Von woher der Reisende oder der Wanderer sich diesem langgestreckten Bergzug auch nähern mag, immer bietet sich ihm ein lockendes Bild dar, das sein Auge erquickt und sein Herz höher schlagen läßt im Gedanken an die Eindrücke, die sich ihm bieten werden, wenn er tiefer in die Täler des Gebirges hinein und höher hinauf bis auf seine beherrschenden Erhebungen kommt. — Fahren wir im Zug oder im Auto das Rheintal hinunter, von Karlsruhe bis Freiburg im Breisgau, dann steigt der Schwarzwald abweisend steil, wie eine Mauer, aus der Ebene vor uns auf. Nehmen wir den Anmarsch von Stuttgart über Leonberg-Weil der Stadt oder von Heidelberg her über Pforzheim, so grüßt uns schon bald aus der Ferne seine blauschimmernde Hochfläche, denn nach Norden und Osten fällt der Schwarzwald nicht steil ab wie nach Westen, dem Oberrhein zu, sondern geht allmählich und flach sich abdachend in die sogenannten Gäu-Landschaften über: im Norden in den Kraichgau, nördlich Pforzheim (mit Städten wie Bretten und Bruchsal); im Osten in das Strohgäu um Leonberg und in das „Obere Gäu", zwischen dem Nagoldtal und der Linie Weil der Stadt, Böblingen, Herrenberg, Horb. Wer sich, vielleicht um einen ersten Eindruck zu gewinnen, einen ganz besonderen Genuß verschaffen will, der fahre mit der „Schwarzwaldbahn", die von Offenburg ab der Kinzig, dann der Gutach folgt und schließlich im Brigachtal bis Donaueschingen führt, und die mit ihren 38 Tun-

nels, zahlreichen kühnen Brücken über tiefe Schluchten und herrliche Ausblicke sich den Ruf erworben hat, die „großartigste Gebirgsbahn Deutschlands" zu sein.

Zwischen Pforzheim im Norden (von „porta", d. i. „Tor" zum Schwarzwald) und den Oberrheinstädten Lörrach, Säckingen, Waldshut im Süden (der südlichste Ausläufer südlich St. Blasien wird „Hotzenwald" genannt) erstreckt sich der Schwarzwald in 160 bis 170 km Länge bei einer Breite von wenig über 20 km im Norden und 60 km im Süden. Der südliche Schwarzwald weist mit dem fast 1500 m hohen Feldberg die höchste Erhebung des ganzen Gebirges auf; der höchste Berg des nördlichen Schwarzwalds ist die wenig über 1150 m hohe Hornisgrinde.

Dem, der Lust und Zeit zu wandern hat, erschließen sich die heimlichsten Schönheiten des Schwarzwaldes, die dem Autofahrer verborgen bleiben, wenn er den bekannten, gekennzeichneten Wegen folgt: dem Höhenweg I, dem „Westweg" von Pforzheim nach Basel, dem Höhenweg II, dem „Mittelweg" von Pforzheim nach Waldshut (am Oberrhein), und dem Höhenweg III, dem „Ostweg" von Pforzheim nach Schaffhausen. Dem Fußreisenden, der sich auf diesen herrlichen Wegen den Schwarzwald erwandert, raunen die wogenden Waldmeere, tief eingeschnittene Täler mit silberhellen Forellenbächen, dunkeläugige Seen, verschwiegen zwischen riesige Tannen gebettet, „flachgewölbte Kuppeln" — wie im Süden, breit ausladende, tafelförmige Hochflächen — wie im Norden, sie alle raunen ihm die Geschichte dieses Gebirges zu, die Wandlungen seiner äußeren Gestalt in unermeßlichen Zeiträumen, so, als ob er sie aus einem Seite um Seite sich aufblätternden Buch herausläse.

In Jahrmillionen haben „aufbauende, zerstörende und abtragende Kräfte" dem Schwarzwald sein heutiges Gepräge gegeben. — Wir wissen, daß er, damals noch mit den Vogesen zusammenhängend, zu den Resten eines riesigen Gebirgszuges gehörte, der sich vom „Französischen Zentralplateau" nach Osten, weit nach Deutschland hinein erstreckte. Auseinandergerissen wurden Schwarzwald und Vogesen durch einen gewaltigen Einbruch, und es entstand zwischen ihnen der tiefe Graben, in dem der Rhein sein Bett gefunden hat, so daß sich die beiden verschwisterten Gebirge seit undenklichen Zeiten über den Graben hinüber grüßen, der sie getrennt. — Ueber dem Urgebirge von Granit und Gneis, das dem mittleren und südlichen Schwarzwald sein Gepräge gibt, liegt im Norden das aus Buntsandstein bestehende Deckgebirge, das die nach der Gäulandschaft sich abdachende Hochfläche bildet. Die Grenze zwischen nördlichem und südlichem Schwarzwald wird ungefähr gezogen durch das Tal der Kinzig, die südlich Freudenstadt entspringt und über Alpirsbach, Schiltach, Wolfach, Offenburg dem Rhein zufließt, den sie bei Kehl erreicht.

Vertrauen wir uns einem der großen, gekennzeichneten oder einem der vielen kleinen, verschwiegenen Wege an, die den Wald kreuz und quer durchziehen, und lauschen wir auf das Raunen, von dem wir gesprochen haben. Vor wenigen Stunden haben wir die Großstadt mit ihrem lauten Lärm und ihren ungesunden Dünsten verlassen, und schon umfängt uns die würzige Luft des Waldmeeres, über dem ein Habicht lautlos seine Kreise zieht. Wir fühlen uns alsbald seltsam angerührt von einer wehmutsvollen Stimmung, wie sie zu uns auch aus dem Gedicht: „Schwarzwald" von Hermann Hesse spricht:

„Seltsam schöne Hügelfluchten,
Dunkle Berge, helle Matten
Rote Felsen, braune Schluchten,
Ueberflort von Tannenschatten!
Wenn darüber eines Turmes
Frommes Läuten mit dem Rauschen
Sich vermischt des Tannensturmes,
Kann ich lange Stunden lauschen.
Dann ergreift wie eine Sage,
Nächtlich am Kamin gelesen,
Das Gedächtnis mich der Tage,
Da ich hier zu Haus gewesen.
Da die Fernen edler, weicher,
Da die tannenforstbekränzten
Berge seliger und reicher
Mir im Knabenauge glänzten".

In Calw im Tal der Nagold stand die Wiege Hermann Hesses. In Pforzheim vereinigt sich die Nagold mit der Enz, die ihre Wasser dem Neckar zuträgt. Zwischen Nagold und Enz liegt der breite Bergrücken, den wir überqueren, wenn wir von Calw nach Wildbad wandern. Wir können unsern Weg über Bad Teinach und über die romantische Ruine des kleinsten württembergischen Städtchens, Zavelsteins, nehmen, oder über Hirsau, wie einst Graf Eberhard der Rauschebart, der, als er „ins Wildbad" reiten wollte, „wo heiß ein Quell entspringt, der Sieche heilt und kräftigt, der Greise wieder jüngt", nachdem er beim Abt von Hirsau eingekehrt war, „durch Tannenwälder in das grüne Tal gesprengt" kam, „wo durch ihr Felsenbette die Enz sich rauschend drängt", wie Ludwig Uhland in der Ballade: „Der Ueberfall im Wildbad" singt. — Wir können von Hirsau aus gleich den Berg erklimmen, aber auch noch

ein Stück im Nagoldtal weiterwandern und erst von Bad Liebenzell aus über Schömberg das Enztal gewinnen, über Schömberg, das durch seine Lungenheilstätten weit über die Grenzen Deutschlands hinaus bekannt geworden ist.

Dann macht, wie so oft im Schwarzwald, die Wahl des weiteren Weges uns Qual. Die Enz lockt uns, ihr zu folgen bis zu ihrem Ursprung bei dem hochgelegenen Besenfeld, von dem aus es viele Stunden lang nach Freudenstadt geht, immer durch den Wald, und keine menschliche Siedlung berührend. Wir können aber auch von Wildbad aus über den Bergrücken hinüber ins Albtal wandern, dort kurz Einkehr in dem Kurort Herrenalb halten, um dann über das kleine Loffenau unter der Teufelsmühle bei Gernsbach das Murgtal zu gewinnen. Von Freudenstadt aus zum Kniebis-Massiv und dann hinunter nach Alpirsbach ins Kinzigtal, oder von Gernsbach aus zur Hornisgrinde hinauf, dem nebelumwogten Berghaupt, wo unweit davon der Mummelsee sich in den Wald schmiegt, und dann hinunter ins Tal der lieblichen Oos nach Baden-Baden: welchen Weg wir auch wählen, immer und überall werden die Tannen des Schwarzwalds uns umrauschen, werden dunkle Seen aus tiefem Forst uns geheimnisvoll grüßen, werden wir uns an den munteren Sprüngen klarer Bergwasser freuen; der Ginster wird leuchtend sein gelbes Band in das grüne Waldgewebe flechten, — in frischen Schlägen entfalten rot und gelb blühende Fingerhutarten ihre Farbenpracht, und zu guter Zeit können wir uns an den blauen, süßen Früchten der Heidelbeere oder, wenn wir höher hinauf kommen, an den roten der Preißelbeere erquicken. — Auf den höchsten Erhebungen laden Türme dazu ein, unsere Blicke rundum über das unabsehbar wogende Waldmeer, oder ins Rheintal hinunter, nach den Vogesen hinüber, schweifen zu lassen, und in den Tälern künden einsam gelegene Sägemühlen vom Fleiß der Bewohner und vom Holzreichtum des Waldes.

Fast noch vielfältiger und reizvoller wird das Landschaftsbild, wenn wir nun den nördlichen Schwarzwald hinter uns lassen und uns vom Kinzigtal aus nach Süden wenden. Wir folgen der Kinzig bis in die Gegend von Wolfach und lassen uns dann von dem Gutach-Flüßchen dazu verleiten, über Hornberg nach Triberg bis hinauf zu den Triberger Wasserfällen zu wandern. Von hier geht es auf der Hochfläche über einen breiten Gebirgsstock hinüber, wobei wir immer wieder einmal um uns schauend verweilen wollen, um von der frei gelegenen Straße aus den herrlichen Blick zu genießen — ostwärts nach der Schwäbischen Alb, deren südliche Ausläufer bei der Baar (Hauptstadt: Donaueschingen) nahe an den Schwarzwald heranrücken. Wir gehn gemächlich auf der Höhe dahin, ohne den Ehrgeiz, viele Kilometer zu „machen", denn es ist so unsagbar schön hier oben, daß wir uns nur schweigend und dankbar staunend den zauberischen Eindrücken hingeben können, die das Waldgebirge in unmittelbarer Nähe und in blauer Ferne uns schenkt; daß wir nur mit Gottfried Keller sagen können: „Trink, Auge, was die Wimper hält, vom goldnen Ueberfluß der Welt!" — Nicht weit von der Straße, auf der wir hier oben, zwischen Triberg und Furtwangen, dahinziehn, entspringen die Brigach und die Breg, die dann bei Donaueschingen die Donau „zweg bringen".

In Furtwangen (wer weiß, ob hier nicht einst die Ahnen des großen Dirigenten Furtwängler saßen?) besehen wir uns die berühmte und lehrreiche Dauer-Ausstellung von Uhren aller Jahrhunderte und folgen dann der jungfrischen Breg bis Bregenbach, von wo aus wir über Neustadt dem Titisee zuwandern. — In Titisee könnte es uns locken, über das Höllental der guten Stadt Freiburg im Breisgau einen Besuch abzustatten und von da einen Abstecher nach dem Schauinsland zu machen; oder wir wandern über Seeburg am Schluchsee mit seinem großen Kraftwerk nach St. Blasien, dem 800 Meter hoch gelegenen heilklimatischen Kurort, und machen von da einen Abstecher nach Höchenschwand, wo in 1000 Meter Höhe noch Weizen gedeiht, und wo wir an föhnigen Tagen einen ganz einzigartigen Fernblick nach dem gewaltigen Panorama der Schweizer Alpen genießen können. Unter allen Umständen aber müssen wir auf den Feldberg hinauf marschieren, dessen Turm uns eine Rundschau gewährt, von der wir uns nur schwer trennen können. Nun erquicken wir uns ein Stündchen oder zwei in der gemütlichen Johann Peter Hebel-Stube des Feldberg-Gasthauses und steigen dann ins Tal der Wiese mit den Orten Todtnau und Schönau hinunter, das durch Johann Peter Hebel so bekannt geworden ist. Und jetzt wollen wir nicht versäumen, dem Dorf Bernau unsere Aufwartung zu machen, das in ein hochgelegenes Tal eingebettet ist und das aus fünf ganz in sich abgeschlossenen Dorfteilen mit eigenen Namen besteht.

Hier in Bernau stand die Wiege Hans Thomas, eines der deutschesten Maler, die wir besitzen, und hier wollen wir uns Zeit lassen, um die Heimat dieses Meisters mit ihren bescheidenen Reizen kennenzulernen, dieses Erdenfleckchen, dessen karge, einfache

Schönheit sich nur dem verständnisvoll sich darein versenkenden Blick erschließt. „Am südlichen Fuße des stolzen Herzogenhorns breitet es sich aus wie ein grüner Gottesgarten zur Sommerszeit. Viele Berge umstehen im weiten Kreis das Tal als mächtige Hüter. Alte Holzhäuser ducken sich unter Haubendächern aus Schindeln. Mit ihrem warmen Braun leuchten sie gar traulich aus dem Wiesengrün heraus. Im Sommer klingen die Glocken der Kuhherden anmutig über die Weiden her. Bienengesumm erfüllt die Luft über den tausendblumigen Wiesen. Kleine lustige Bäche springen in ihren Gräben über die Kiesel hin. Sie sind reich an flinken Forellen, die am Abend fröhlich aus dem Grund nach den tanzenden Mückenschwärmen gumpen. Dabei glitzern die schuppigen Fischpanzer in der Sonne in allen Farben. Durch die vielglockigen Klänge des Herdengeläutes, des Summens und Plätscherns dringt das Klopfen, Sägen und Hämmern aus den Stuben eines fleißigen Volkes."

Das ist Bernau, die Heimat Hans Thomas, gesehen mit den Augen und geschildert mit den Worten des ihm befreundeten Dichters Hermann Eris Busse, der 1947 in Freiburg i. B. gestorben ist. Wo wir hier uns umsehen, langsam durch die fünf Dorfteile schlendernd, oder an einem Hang uns im Gras ausruhend, überall nehmen unsere Augen noch die gleichen Bilder auf, die der Meister einst auf die Leinwand zauberte: ein hühnerfütterndes Mädchen („Hühnerfütterung", 1867), eine Ziegenherde („Schwarzwaldlandschaft mit Ziegenherde", 1872); drüben am Hang, ein junges Mädchen, das, im Gras sitzend wie wir, Kühe hütet („Sommer im Schwarzwald", 1903). Von einem Anger herauf klingt das helle Singen einer Mädchenschar, die sich mit Reigentanzen vergnügt („Kinderreigen", 1872), und auf der Dorfstraße kommen wir später, dem Hans Thoma Haus zuschreitend, an vier, fünf sich balgenden Knaben vorbei („Raufende Buben", 1872). Der Künstler, der den Namen des vergessenen Dorfes in die Welt hinaus getragen hat, sah mit seinen Augen die Heimat „doppelt innig", und „auch uns geht das Herz auf beim Schauen". „Vor Thomas Bildern bekommen wir Sehnsucht nach Stille und Sonntag, und er lehrt uns durch seine Kunst, nicht nur anzuschauen, „sondern hineinzuschauen in die Dinge, in ihre Tiefe", um des ewigen Geistes gewahr zu werden, der in allem ruht und allem Wesen seine Gestalt gibt.

Die Menschen Bernaus gehn heute noch, wie zur Jugendzeit des großen Meisters, den Arbeiten nach, die der karge Boden des armen Hochtales ihnen zuweist. Vor den Häusern sehen wir Holz-Vorräte liegen. Jetzt im Sommer wird es aus den Wäldern geholt und vorgerichtet, um dann im Winter verarbeitet zu werden. Die Bernauer Holz-Schnefler sind bekannt. „Kübel aller Art" werden hier gemacht, „Krauthobel, Hackbretter, Fleischhämmer, Wellhölzer, Nudelbretter, Schachteln, Bürsten, Mausefallen, Blasbälge. Oft trifft man wirkliche Künstler unter diesen Bastlern, die Uhrengehäuse oder Stuhllehnen mit wertvollen Schnitzereien schmücken".

Der Schwarzwald hat es seinen Menschen nie leicht gemacht, ihren Lebensunterhalt zu erwerben. In unserer Zeit, da das Waldgebirge fast überall durch Bahnen und Straßen erschlossen ist; da viele Plätze durch die Heilkraft ihrer Luft und ihrer Quellen zu weltbekannten Kurorten geworden sind, und da der ganze Schwarzwald eine so starke Anziehungskraft auf reiselustige und erholungsbedürftige Menschen im In- und Ausland ausübt, ist es in mancher Hinsicht auch für den Schwarzwälder besser geworden. Aber noch immer bedarf es der zähen und mühevollen Arbeit des Bauern, um der mageren Krume auf der Hochfläche das tägliche Brot abzuringen. Noch immer erfordert die Arbeit des Holzhauers gesunde, kräftige Menschen und ist mitunter, besonders an den steil abfallenden Hängen oder in urwaldartigen, zerklüfteten Forsten, mit Gefahr verbunden. Noch immer zeigen dem Wanderer mitten aus dem Wald aufsteigende Rauchsäulen an, daß hier der Köhler am Werke ist, und in Thomas Heimat Bernau ist heut wie ehedem der Holz-Schnefler tätig und freut sich, wenn ihm der Besucher eines seiner Erzeugnisse abkauft.

Aber ungleich viel härter war das Leben im Schwarzwald freilich noch in früheren Zeiten. Da mußte das Holz auf den reißenden Flüssen von mutigen und kräftigen Flößern, die sich zu Flößerkompanien zusammengeschlossen hatten, in die Städte der Ebene hinaus, bis nach Holland hinüber gebracht werden. — Die Glasbläser des südlichen und mittleren Schwarzwalds waren darauf bedacht, ihre Produkte durch die Glasträger — auch sie bildeten „Kompanien" — draußen im offenen Land absetzen zu lassen. Sie brachten im Jahre 1665 als Tauschwaren Uhren von draußen herein, und nun blühte in dem Gebiet zwischen Triberg und Lenzkirch — unter Führung der Mönche von St. Peter — eine Uhrenindustrie auf, die die Erzeugnisse des Ursprungslandes gar bald übertraf und die Schwarzwalduhren weltberühmt machte, zumal, nachdem 1730 der „Kuckucksruf" erfunden und die Uhren der Schwarzwälder Uhren-

macher in den folgenden Jahrzehnten durch viele andere Neuerungen verbessert worden waren. Die Uhrenmacher brachten ihre Waren nach dem Muster der Glasträgerkompanien durch Uhrenträger-Kompanien ins Land und in alle Welt hinaus.

Mit diesen Gewerken, die so eng mit den Gegebenheiten der Natur und der Gestalt des Waldgebirges verflochten waren, und die im 19. Jahrhundert einschneidende Wandlungen durchmachten (die Flößerei erlag schon vor dem ersten Weltkrieg dem modernen Verkehr), haben sich Sage und Dichtung verbunden, haben ihre Schleier darum gewoben und aus ihrem Wesen und Treiben Gestalten geschaffen, in denen die verborgensten Seinskräfte der Landschaft und die Triebe der Menschen sich verkörpern. Davon erzählt uns der schwäbische Dichter Wilhelm Hauff (1802—1827) in seiner Geschichte: „Das kalte Herz“, wo wir dem „guten Geistchen“ des „Glasmännleins“, der „riesengroßen, breitschultrigen“ Flößergestalt des „Holländermichels“ und dem aus seiner Armut herausstrebenden Köhlerjüngling, dem „Kohlenmunkpeter“, begegnen. Hauff hat diese Gestalten noch aus der unmittelbaren, lebendigen Anschauung heraus dargestellt und dichterisch verklärt. „Sie sind größer als gewöhnliche Menschen, und es ist, als ob der stärkende Duft, der morgens durch die Tannen strömt, ihnen von Jugend auf einen freieren Atem, ein klareres Auge und einen festeren, wenn auch rauheren Mut als den Bewohnern der Stromtäler und Ebenen gegeben hätte“, sagt Hauff von den Menschen des Schwarzwalds, und wenn er zum Eingang seiner Geschichte vom „kalten Herz“ dem, „der durch Schwaben reist“, empfiehlt, „auch ein wenig in den Schwarzwald hineinzuschauen“, so tut er das „nicht der Bäume wegen, obgleich man nicht überall solch unermeßliche Menge herrlich aufgeschossener Tannen findet, sondern wegen der Leute, die sich von den andern Menschen ringsumher merkwürdig unterscheiden.“

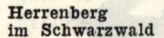
Die harten Forderungen einer rauhen Natur und die Einsamkeit des dünn besiedelten Waldgebirges haben in dem Menschen des Hochschwarzwaldes tatsächlich einen besonderen Schlag geschaffen: zähe Bauern, wetterfeste Holzhauer, geschickte und „tüftelige“ Handwerker, Menschen in denen fränkisches und schwäbisch-alemannisches Blut fließt (die Alemannen sind wie die heutigen Schwaben aus dem germanischen Stamm der Sueben hervorgegangen), dem sich später in einigen Gebieten auch ostisches Blut (durch „Unterwanderung“) beigemischt hat. In manchen Tälern des mittleren und südlichen Schwarzwalds, besonders in dem weinfrohen, herrlichen Glottertal, begegnen wir den charakteristischen Rundköpfen des Ostens. — Die Siedlungen mußten dem Wald in zäher Rodungsarbeit abgerungen werden: die Waldhufendörfer im nördlichen und die Einödhöfe und -dörfer im südlichen Schwarzwald legen Zeugnis von dieser mühseligen, bodengewinnenden Arbeit ab. Bei der Rodungsarbeit sind die Klöster und „einzelne Grafengeschlechter wie die Zähringer“ führend vorangegangen.

Das Wesen des schwäbisch-alemannischen Menschen dieser Landschaft, „Selbstsicherheit und Gediegenheit“, „kritische Haltung dem Neuen, Fremdartigen gegenüber“, und der Charakter der Landschaft selbst haben es mit sich gebracht, daß die alten Volkstrachten sich hier länger gehalten haben als anderswo: am reinsten im östlichen Schwarzwald (um Schwenningen, in der Baar), besonders schön im Gutach-Tal, aber auch im Elz- und Glottertal und auf dem Hochschwarzwald. Dagegen hat sich im nördlichen Schwarzwald nicht mehr viel davon bewahrt. Bezeichnend ist es auch, daß wir dem eigentlichen Schwarzwaldhaus im nördlichen Schwarzwald nicht begegnen. Es tritt erst im Kinzigtal auf und wird im südlichen Schwarzwald dann zur beherrschenden Bauform: „an den Berghang gelehnt, Wetterschutz zugleich und Anfahrt für die Erntewagen, deren Lasten in dem mächtigen Vorratsraum abgestellt werden, der mit Wohn- und Gesindestuben und den Viehställen von e i n e m mächtigen Strohdach überdeckt ist. Galerien laufen um den Holzbau. Der Grundriß ist ebenso sachlich, wie der Aufriß ideal der Landschaft eingefügt ist. Mit aller Behaglichkeit ist das Innere ausgestattet: ein vollendetes Bild jahrhundertealter bäuerlicher Erfahrung und Liebe zu dem Land, dessen Schönheit der Pinsel Hans Thomas so herb und klar gepriesen hat“.

Ihren höchsten Ausdruck findet die menschliche Leistung, eng verbunden dem Gesetz der Natur, im geistigen und künstlerischen Schaffen. Wie anderwärts, so waren auch im Schwarzwald jahrhundertelang die Klöster die Mittelpunkte der kulturellen Arbeit. Von Hirsau verbreitete sich die Klosterreform von Cluny im 11. Jahrhundert über das gesamte oberdeutsche Gebiet. Immer wieder begegnen wir der Pionierarbeit der Klöster auf kulturellem, aber auch auf wirtschaftlichem Gebiet. Stattlich ist die Reihe der Klöster, die der Schwarzwald aufzuweisen hat, von Hirsau und Herrenalb mit Frauenalb im Norden über Alpirsbach im Kinzigtal, St. Peter, St. Märgen, St. Georgen im mittleren Schwarzwald bis zu St. Blasien im südlichen, um nur

Schwarzwälderhaus

Herrenberg im Schwarzwald



einige von den vielen zu nennen. — Ihren Gipfel findet die architektonische Leistung des Gebietes, an der wiederum die Klöster einen großen Anteil haben, im Freiburger Münster, einem gotischen Dom mit Bauteilen, die in die romanische Zeit zurückreichen. Wer das „Hochgefühl der Gotik" erleben will, der muß den 116 Meter hohen Turm des Freiburger Münsters besteigen. „Im Aufblick zu der unerhört kühn konstruierten Turmpyramide, deren durchbrochene Wände kein stützendes Gestänge verbindet, angesichts der flammenden Fialen, schwellenden Kreuzblumen und sammelnden Wimperge hat man die Vision schwerefreien Schwebens. Der Blick von oben ist an klaren Tagen unvergleichlich. Man trinkt den Wechsel der Landschaft, folgt aus der Ebene mit dem vorgelagerten Bergen dem Laufe der Dreisam und bleibt hängen an den dunkelernsten Höhen, in deren Talzugänge die Stadt bereits eingedrungen ist, dem Schwarzwald." Das schwäbisch-alemannische Stammestum dieses Gebietes, das dem Schwarzwald seinen Stempel aufgedrückt hat, hat auch an der deutschen Malerei und Bildschnitzerei seinen guten Anteil: von Lucas Moser aus Wil („Weil der Stadt"), über Martin Schongauer und Hans Baldung Grien, der von 1512—1516 den Freiburger Hochaltar schuf, der sich dem Breisacher Hochaltar (1526) des Meisters H. L. (Hans Loy) wohl vergleichen darf, bis zu einem Hans Thoma in unserer eigenen Zeit.

Wenn wir so mit hellen Augen und wachen Sinnen durch den Schwarzwald wandern, da und dort verweilend und Einkehr haltend, dann werden wir beseligt immer wieder der formenden Kräfte inne, die aus den Bedingungen der Natur heraus die Kulturlandschaft des Waldgebirges geistig und gültig geprägt haben, so, wie ihr Bild heute vor uns steht oder in unserem Innern lebt, das Bild, dessen Zauber und Schönheit, uns stets von neuem überwältigt, und dessen Reichtum für uns Deutsche beschlossen liegt in dem Klang des verheißungsvollen Namen: S c h w a r z w a l d.

Originelle Wegweiser im Schwarzwald



Jeder, der je einmal in seinem Leben den herrlichen Schwarzwald mit seinen lieblichen Tälern und seinen einzigartig, vielfältig gegliederten Höhen durchstreifte, sei es im Wagen, per Rad oder am besten auf Schusters Rappen, der machte sicherlich im Laufe seiner Wanderung die Bekanntschaft mit jenen originellen Wegweisern, wie sie in dieser Art keine andere deutsche Landschaft aufzuweisen hat. Man sieht sich hier wahren Kunstwerken der Holzschnitzerei gegenüber, einer kernechten stets humorvollen Volkskunst, die zutiefst in der Freude am Schönen begründet ist.

Zahlreich und vielfältig sind die Motive, die dabei gestaltet werden. Da sich diese Wegmale vorwiegend an den Fußgänger wenden, so sieht man beispielsweise auf einem solchen, der den Weg zum Bahnhof anzeigt, einen müden Wandersmann in zünftiger Krachlederner, an den Füßen derbe Bergschuhe, ins Genick geschoben das lustige Tirolerhütchen mit dem übergroßen Gemsbart, der seinen prallen Rucksack den ganzen Tag über Berge und Höhen trug und nun wegmüde dem nächsten Bahnhof zustrebt; die ihm beigesellte Schnecke besagt, daß seine Schritte sehr, sehr langsam geworden sind.

FREIBURG

VON HERMANN SCHULTZ

Eingebettet in die liebliche Freiburger Bucht, wie in den schützenden Arm der Mutter geschmiegt, liegt das schönste Kleinod des Oberrheins, die Schwarzwaldhauptstadt Freiburg, diese vielgepriesene und mit bestem Recht so genannte Stadt des Weines, des Waldes und der Gotik. Weit öffnet sie ihre Tore und ladet mit fast liebenswürdiger Geste die Schönheitsuchenden aus aller Welt ein und spendet schier überreich die einzigartigen Schönheiten alter interessanter Bauwerke, die sie in ihren Mauern birgt. Hier fesselt das Auge vor allem das Wahrzeichen der Stadt, das Münster, das in der Triologie der gotischen Dome am Oberrhein (in Basel und Straßburg sind die anderen) den ersten Platz einnimmt. Es ist der unvergleichlich, erhaben schöne Turm, der den Betrachter kaum mit sich ins reine kommen läßt, was er an ihm mehr bewundern soll, die Kühnheit der Gesamtkonstruktion oder die beinahe hauchzart wirkende Filigranarbeit, die das meist hervorstechende Bauelement besonders am Turm darstellt. Wagt man überhaupt einen Vergleich, so läßt sich der Turm in seiner fast schwerelosen Schlankheit noch am ehesten mit jenen schlanken, himmelhohen Tannen des Schwarzwaldes vergleichen. Höchst reizvoll ist der Anblick der wie schutzsuchend sich rings um das Münster drängenden alten, schmalbrüstigen Häuser und Häuschen. Geht man durch eine der engen, malerischen Gäßchen, die sich rund um das Münster ziehen, so bedarf es kaum der zahlreichen Schwarzwälderinnen, in ihren schmucken, bunten Trachten, die alle zum Markt auf dem Münsterplatz streben, um dort das Erzeugnis ihrer fleißigen Hände feilzubieten, uns daran zu erinnern, daß der unvergleichlich schöne Schwarzwald vor den Toren der Stadt wartet, um das Füllhorn seiner erhabenen Naturschönheiten vor dem Besucher auszugießen. Ueberdies schickt er in jedem Augenblick seine Sendboten, in den kristallklaren „Bächle", die in Länge von vielen Kilometern die ganze Stadt durchplätschern und eine magische Anziehungskraft auf die zahlreichen spielhungrigen Buben und Mädel ausüben. Kaum ist es eine Einbildung, wenn man den zartwürzigen Tannenruch zu spüren vermeint, den sie aus den herrlichen Waldungen ihrer Bergheimat mitzuführen und aus ihren neckisch plaudernden Wellen zu verströmen scheinen. Wohl könnten die harmlosen Bächlein gelegentlich einem stadtfremden Autofahrer gefährlich werden, doch dem verschlägt es meist das Tempo, wenn er die Tore dieser anmutigen Stadt durchfahren hat. Viel eher spielen sie schon mal einem weinfrohen Zecher einen kleinen Schabernack, der sich zu reichlich an dem köstlichen Rebenblut zugute tat, das so manche idyllisch, heimelige Weinkneipe der Altstadt heute wieder ihren Gästen zu spenden hat. Fast ist es wieder wie in schöner Friedenzeit, daß die herrlichen Gewächse des Kaiserstuhls und des Markgräflerlandes ihren Weg in die Keller der Stadt finden, um dort wieder Leib und Seele jener begnadeten Menschen zu laben, denen unser Wein mehr bedeutet, als ein Mittel, ihren Durst zu stillen.

Wen auch der Krieg der lieben, alten Stadt manche schmerzliche Wunde schlug, so blieb ihr doch — Gott sei es gedankt — genug an Schönem und Liebenswertem erhalten, um das Herz jedes wahrhaft Schönheit suchenden Fremden zu wärmen.

Winterstilles Schwarzwaldtal

Weiches Flocken taumelt durch den Raum,
sitzt ein Vogel in den starren Zweigen,
birgt das Köpfchen in der Flügel Flaum,
regungslos im weißen Wirbelreigen.

Märchenstill; verträumt Versunkensein;
leise schwankt das Wipfelkreuz der Tannen;
drüben zieht ein Fuchs die Rute ein,
schüttelt sich, äugt wieder, streicht von dannen.

In den Höfen, still geschmiegt am Hang,
kräht ein Hahn; ein Hund jault hin und wieder.
Bauer schmaucht und sinnt im Laubengang.
Bäurin webt und singt Marienlieder.

HERMANN ERIS BUSSE

Die erste deutsche Siedlung IN ARGENTINIEN

DIE DEUTSCHE KOLONIE AUF DEM GELÄNDE DES HEUTIGEN CHACARITA-FRIEDHOFES

WILHELM SCHULZ

(FORTSETZUNG)

Das Geschick der ersten Gruppe

Die *erste Gruppe* hat sich wahrscheinlich aus den ärmsten und den unternehmungslustigsten Einwanderern zusammengesetzt. Sie scheinen sich bald in der Stadt als Handwerker oder im Lande, wahrscheinlich nur in der Provinz Buenos Aires, als Landarbeiter verstreut zu haben, mit dem Versuch, sich auf die Vorteile zu stützen, welche das Reglament der Auswanderer-Kommission in diesen Fällen versprach (siehe hier Anm. 4, die Paragraphen 12 bis 18*). Sie sind so mit der Zeit gänzlich im argentinischen Volkskörper aufgegangen. Einige der jüngeren Männer sind in das argentinische Heer eingetreten, das unter General Alvear während des Januar und Februar in einem besonders heißen Sommer unter glühender Sonne durch ganz Uruguay marschierte und am 20. Februar das brasilianische Heer bei Ituzaingó vernichtend schlug. Derselbe C. Heine, der die Auswanderer nach hier gebracht hat, zeichnet am 26. April 1827 als Oberst Carlos Heine ein Bittgesuch an die Regierung, daß den deutschen Auswanderern, „die an der Schlacht bei Ituzaingó teilgenommen haben, ebenfalls $ 100,— als Werbegeld wie in anderen Truppenteilen gezahlt werden oder daß man ihnen zumindest die Zahlung der Gelder erlasse, die sie der Comisión de Emigración für Reisekosten schulden".

Dieses Schriftstück leitet die Regierung am 7. April an die Comisión weiter, „damit sie das Gesuch in Betracht ziehe, wenn sie der Regierung die Maßnahmen vorschlägt, die mit den deutschen Auswanderern zu treffen sind, gemäß der Anordnung vom 7. des Monats".

Für Heine selber fertigt die Heeresverwaltung am 1. August 1828 in Cerro Largo (Nordostgrenze Uruguays) einen Zahlungsbefehl für den Coronel de Caballería Don Carlos Heine über $ 973 und 3 cuartillas reales, Rest seiner Löhnung, aus, worüber die von ihm unterschriebene Originalempfangsbescheinigung im Archivo de la Nación vorhanden ist.

*) Weg IV/1950, Nr. 2, Seite 152.

Das Geschick der zweiten Gruppe

Die *zweite Gruppe* wird vermutlich von Siedlern gebildet worden sein, die in der Hoffnung auf Landzuteilung in der Chacarita verblieben, sonst hätten sie das Bittgesuch vom 27. Februar 1827 wohl nicht alle unterschreiben können, aber nicht die Mittel besaßen, ihren Schuldenverpflichtungen der Regierung gegenüber nachkommen zu können.

Dieses Bittgesuch ist ein erschütternder Hilferuf. Trotz der verzweifelten Lage und aller bitteren Erfahrungen ist es mit höchster Achtung abgefaßt. Die Note, die im Original im Archiv vorhanden ist, ist außerordentlich sauber mit sehr schöner Handschrift geschrieben. Inhalt und Ausfertigung stammen, so vermute ich, von Federico Trojanus, einem Deutschen, der am 19. Februar eine andere Schrift als „Contador de la Comisión de Emigrados" unterzeichnet und von dessen Hand ein ebenso sorgfältig aufgemachter Balance General de la Comisión de Emigración vom 5. Juli 1827 vorhanden ist. Die Vorsitzenden der Comisión wechselten anscheinend häufig; am 15. Mai 1827 zeichnet José Meyer als Vizepräsident. Er ist anscheinend derselbe, der die erste Sociedad Rural Argentina gründete, die später wieder eingegangen ist. Zweifellos ist über Meyer und Trojanus bei weiterem Nachforschen genaueres festzustellen. Mir fehlt die Zeit dazu und meine ferneren Aufzeichnungen reichen wenig weiter. Ebenso wäre vielleicht interessant, wenn einmal ein Graphologe die vorhandenen Handschriften und Unterschriften dieser Herren, der Siedler, Heines usw. ausdeuten würde. Wie verschieden die Unterschriften sind, erweisen die wenigen hier gebrachten Beispiele.

Das erwähnte Gesuch vom 27. Februar 1827 lautet:

„Sehr geehrte Herren: Als Herr Heine sich in Deutschland als Agent der argentinischen Regierung vorstellte, um neue Bürger für diesen Staat anzuwerben, geschah es unter folgenden Bedingungen:

1. daß die Auswanderer ihre Reise bis zum Einschiffungshafen selbst zu bezahlen hätten, daß aber dann alle weiteren Kosten auf Rechnung der Regierung der Republik gingen,

2. daß die Kosten der Ueberfahrt und der Unterhalt während der Reise auf Rechnung der Regierung erfolgten,

3. daß man nach der Ankunft in Buenos Aires für den Unterhalt der Emigranten sorgen würde, bis sie in den Besitz ihrer Anbauländereien gesetzt wären und daß diese Unterstützung noch die zwei weiteren folgenden Jahre andauern solle zu ihrer besseren Förderung.

4. daß man ihnen soviel Grund und Boden in Eigentum überreichen würde, wie sie bebauen könnten und das dazu gehörige Vieh,

5. daß die Emigranten zehn Jahre lang von allen Steuern und anderen öffentlichen Lasten befreit blieben,

6. daß man ihnen die nötigen Gelder vorschießen würde für den Bau ihrer Häuser und Anschaffung anderer Bedürfnisse, zinsfrei, und daß dieser Betrag erst nach zehn Jahren rückzahlbar wäre;

7. daß alle Auswanderer zusammen blieben und ein Dorf gründen würden, damit sie auf diese Weise für die Erziehung ihrer Kinder sorgen könnten.

Dies, meine Herren, waren die glänzenden Versprechungen, die uns Herr Heine vor Augen hielt, gemäß dem beigeschlossenen Dokument nebst Uebersetzung (befinden sich nicht mehr bei dem Bittgesuch) und denen wir zu unserem Unglück Glauben schenkten.

Wir alle besaßen in unserem Vaterlande unser Grundstück, der eine ein kleineres, der andere ein größeres, von dem wir auf Kosten ziemlich schwerer Arbeit lebten; aber wir waren Besitzer und wußten, daß der Ertrag unseres Schweißes unsere Entschädigung war. Diesen Besitz haben wir verkauft in der Hoffnung, ihn vorteilhaft ersetzen zu können; wir gaben unser Bürgerrecht auf und schifften uns nach unserem neuen Vaterlande ein.

Obgleich Herr Heine uns eine gute Ernährung während der Ueberfahrt zugesagt hatte, mußten wir mit Hunger und jeder Klasse von Elend kämpfen, so daß verschiedene von uns starben und die Mehrzahl erkrankte. Trotzdem, je mehr wir uns dem Bestimmungshafen näherten, umsomehr wuchs unsere Hoffnung, das Ende unserer Leiden zu ersehen. Wie schrecklich war aber unsere Enttäuschung, als wir anstatt unser neues Vaterland zu betreten, in die Gewalt seiner Feinde gerieten.

Meine Herren, Sie sind von dem bedauernswerten Zustand unterrichtet, in den uns die Brasilianer hielten während unserer Gefangenschaft auf der Insel, die Montevideo gegenüber liegt. Als es uns glückte, die Bewachung zu täuschen und von der Insel zu entweichen, mußten wir unser gesamtes Gepäck zurücklassen, dessen Wert für viele Familien sich auf mehr als einige hundert Pesos belief. Nach einer weiteren sehr beschwerlichen Reise kamen wir schließlich an der ersehnten Küste dieser Republik an und schmeichelten uns, wir würden nunmehr für all unser Mißgeschick und für unsere Entbehrungen entschädigt werden.

Meine Herren, wie weit entfernt war die Erfüllung von den Versprechungen, welche Herr Heine uns machte. Sie wissen es zur genüge.

Wir besitzen kein Land, wir leben nicht zusammen, wohl aber sind wir Knechte, die fremden Leuten dienen und sind über die ganze Provinz verstreut (die Bittschrift bezieht sich hier wohl auf die erste Gruppe), was doch bestimmt sehr schmerzlich ist, für Menschen, die früher unabhängig waren. Wir können uns nicht um die Erziehung un-

Carlos Heine
Coronel

Einige Proben der Unterschriften, die sich unter dem Bittgesuch der Siedler vom 27. Februar 1827 befinden, sowie die Unterschrift von Carlos Heine.

serer Kinder kümmern aus demselben Grunde, da wir verstreut leben. Ersteres beeinträchtigt nur unseren physischen Zustand, aber das zweite schädigt das Glück und das zukünftige geistige Wohl unserer Kinder und betrübt uns infolgedessen um so mehr.

Es stimmt, daß wir in der Recoleta unterhalten worden sind, bis wir in Dienste traten gemäß der Anordnung der Regierung, welche uns die Zuteilung der versprochenen Ländereien erhoffen ließ.

Nachdem man uns auch diese letzte Hoffnung genommen hat, teilt man uns soeben seitens des Büros der Ehrenwerten Kommission mit, daß jeder von uns eine Schuld von $ 100 dem Staate gegenüber auf sich genommen hat, deren Abzahlung am kommenden 1. März beginnen muß. Für den Fall, daß wir diese nicht vornähmen, bedroht man uns mit strengen Maßnahmen, so daß wir also statt das zu empfangen, was man uns im Namen der Regierung versprochen hat, diese mit Maßnahmen vorgeht gegen einige arme Menschen, die sich mit allem Vertrauen in ihre Gewalt begeben haben.

Wenn es Herrn Heine eingefallen sein sollte, die Befugnisse zu überschreiten, die ihm die Regierung dieser Republik erteilt hatte und mit uns einen erniedrigenderen Handel zu treiben, als der, den man mit den Schwarzen Afrikas pflegt, so ist es sicher, daß wir es nicht verdienen, die Opfer seiner Ruchlosigkeit zu sein.

Wir wissen sehr wohl, daß die Hohe Kommission alle ihre Versprechen erfüllt hat und daß das Unglück, das uns in Montevideo betroffen hat, rein zufällig war und außerhalb ihrer Möglichkeiten lag, deswegen rufen wir jetzt auch nur die Milde und das Gerechtigkeitsgefühl von Ihnen, meine Herren, an; berücksichtigen Sie bitte unsere Lage, vergleichen Sie die Versprechungen, die uns veranlaßten, unser Vaterland zu verlassen, mit dem Zustand, in dem wir uns jetzt befinden, beachten Sie, daß wegen des Kriegszustandes, in dem das Land sich befindet, die Preise aller täglich notwendigen Artikel so gestiegen sind, daß unser Lohn kaum ausreicht, um unsere zahlreichen Familien zu ernähren.

Wenn Sie, meine Herren, über all diese Punkte nachgedacht und sie gebührend in Erwägung gezogen haben, erdreisten wir uns, Ihnen nachstehende Bitte zu unterbreiten:

„Daß die Hohe Kommission in Uebereinstimmung mit den Artikeln 2 und 6 unserer Uebereinkunft mit Herrn Heine, sich herbeilassen möge, uns vollständig von der Verpflichtung zu entbinden, die Vorschüsse zurückzuzahlen, die uns für Reise und Unterhalt gemacht worden sind."

In der Hoffnung, daß diese bescheidene und wahrheitsgetreue Darstellung der Tatsachen mit Nachsicht angeschaut und mit der Güte aufgenommen werden möge, die uns die Herren Mitglieder der Hohen Kommission immer gezeigt haben, verbleiben wir mit aller Hochachtung und tiefster Ehrfurcht, sehr verehrte Herren,

Ihre ergebensten Diener
Q.S.M.B.

Buenos Aires, am 27. Februar
des Jahres 1827

Unter dem Schriftstück, das im Original im Archivo Nacional vorhanden ist, stehen 33 Namen in Originalunterschrift.

Einige wenige dieser eindrucksvollen Schriftzüge sind hier wiedergegeben in Originalunterschrift. Die Heines stammt von der oben erwähnten Quittung über den Restsold als Oberst der Kavallerie.

Die Unterschriften sind teils sehr ungelenk, teils sehr flott geschrieben, so daß ihre Entzifferung nicht ganz leicht und mir Mißdeutungen unterlaufen sein können. Auch finden sich eigenartige Schreibweisen, wie Mardien als Vorname (wohl Martin), Naboliegon ebenfalls als Vorname (wohl Napoleon), Madegar auch Vorname (wohl Mathias), Valtin (Valentin), Lurey (statt Lohrey), Phillieb (Philipp) usw.

Von diesen Siedlern und ihren Familien hören wir im einzelnen nichts weiter, außer was etwa in den Kirchenbüchern steht. Ihr Gesuch wurde von der Auswanderer-Kommission an die Regierung weitergegeben:

„Als das Trimester verflossen ist, das den Auswanderern, die Carlos Heine in der „Cambany Fatie" ins Land gebracht hat, zur Zahlung ihrer Quote bewilligt war, verweigern sie sie und beziehen sich auf den Vertrag, den sie mit diesem Herrn getätigt haben. Infolgedessen kann die Kommission die Zahlung nicht von ihnen erzwingen und sendet das Originalschriftstück an E. Exz., damit von Seiten des Excelentísimo Señor Presidente de la República das Nötige veranlaßt wird.

Gott erhalte E. Exz.

Buenos Aires, 17. März 1827".

Die Comisión kannte also sehr wohl die Fürsorge Rivadavias für die Kolonisten und baute darauf. — Die Regierung ihrerseits sendet das Schriftstück an die Kommission zurück zusammen mit einer Abschrift des mit Heine getätigten Kontraktes, damit sie die Kolonisten unterrichte, auf daß sie sich zufrieden gäben, da seitens der Regierung die Verpflichtungen erfüllt sind, welche sie in diesem Kontrakt übernahm. Aber in Anbetracht der besonderen Leiden, die diese Kolonisten infolge widriger Umstände durchgemacht habe, hat die Kommis-

sion die Maßnahme vorzuschlagen, die man ihrer Ansicht nach mit ihnen treffen könnte, zwecks Zahlung der $ 100, die man von ihnen als Begleichung für Ueberfahrt und Unterhalt anfordert. Unterzeichnet Agüero, 7. 4. 1827 —

Am 9. Mai berichtet die Auswanderungs-Kommission:

„Gemäß der Note E. Exz. hat die Kommission am 10. April die deutschen Kolonisten, welche Herr Heine nach hier gebracht hat, unterrichtet, daß die Regierung allen Verpflichtungen nachgekommen ist. Sie sind von der Richtigkeit dieser Behauptung überzeugt und erkennen, daß Heine die Grenzen, die man ihm gezogen, überschritten hat. Infolgedessen richten sie sich erneut an die Comisión de Emigración und diese hat sich eingehend mit der Angelegenheit befaßt in Erfüllung dessen, was E. Exz. in der erwähnten Note anordnet wie auch gemäß dem Entscheid auf die Bittschrift des Herrn Heine, die anliegend zurückgereicht wird. Die Kommission hat alle Erkundigungen eingezogen und hat mich beauftragt, E. Exz. die Erwägungen mitzuteilen, welche die besonderen Umstände zu Gunsten der Kolonie erfordern.

Von der Tatsache ausgehend, daß diese Kolonie zur Auswanderung veranlaßt worden ist durch nachher nicht erfüllte Versprechen, ist ferner in Betracht zu ziehen, daß sie vollkommen aus Landleuten ohne anderes Gewerbe besteht und aus sehr vielköpfigen Familien, deren Väter die Ihren mit der wenig einträglichen Arbeit eines Knechtes kaum zu unterhalten vermögen. Sie zwingen, die Ueberfahrt zu bezahlen, hieße sie zu ewigem Elend zu verurteilen. Die Kommission besitzt sichere Unterlagen, daß in vielen Fällen eine Zwangsvollstreckung als einziges Resultat hätte, daß man sich der Väter bemächtigte und die Mütter mit mehr als 4 Kindern dem Staate zur Last fielen. Deshalb glaubt sie, sei das wenigste, das zu Gunsten der Kolonisten geschehen könnte, sie von jeder Schuldenzahlung zu befreien. Na[illegible] ihrer Meinung wäre dies ein Opfer, das die Umstände, die Gerechtigkeit und die Nächstenliebe erfordern. Es wäre nur ein scheinbarer Verzicht, denn mit der Zeit würden die Kolonisten alles wieder einbringen. Sind sie doch um alle ihre großen Hoffnungen betrogen worden, haben ihre Grundstücke verkauft, den Erlös in Arbeitsgerät umgesetzt, dieses in Montevideo verloren und jetzt stehen sie vollkommen entblößt da, von Besitzern in Knechte verwandelt.

Die Kommission erhofft, daß E. Exz. alles Geschilderte S. Exz. dem Herrn Präsidenten der Republik zur Kenntnis bringen möge, für die Entscheidung, die er für zutreffend halte.

Gott erhalte Euer Exzellenz
José Meyer, Vizepräsident

Buenos Aires, 9. Mai 1827
An den Herrn Regierungsminister."

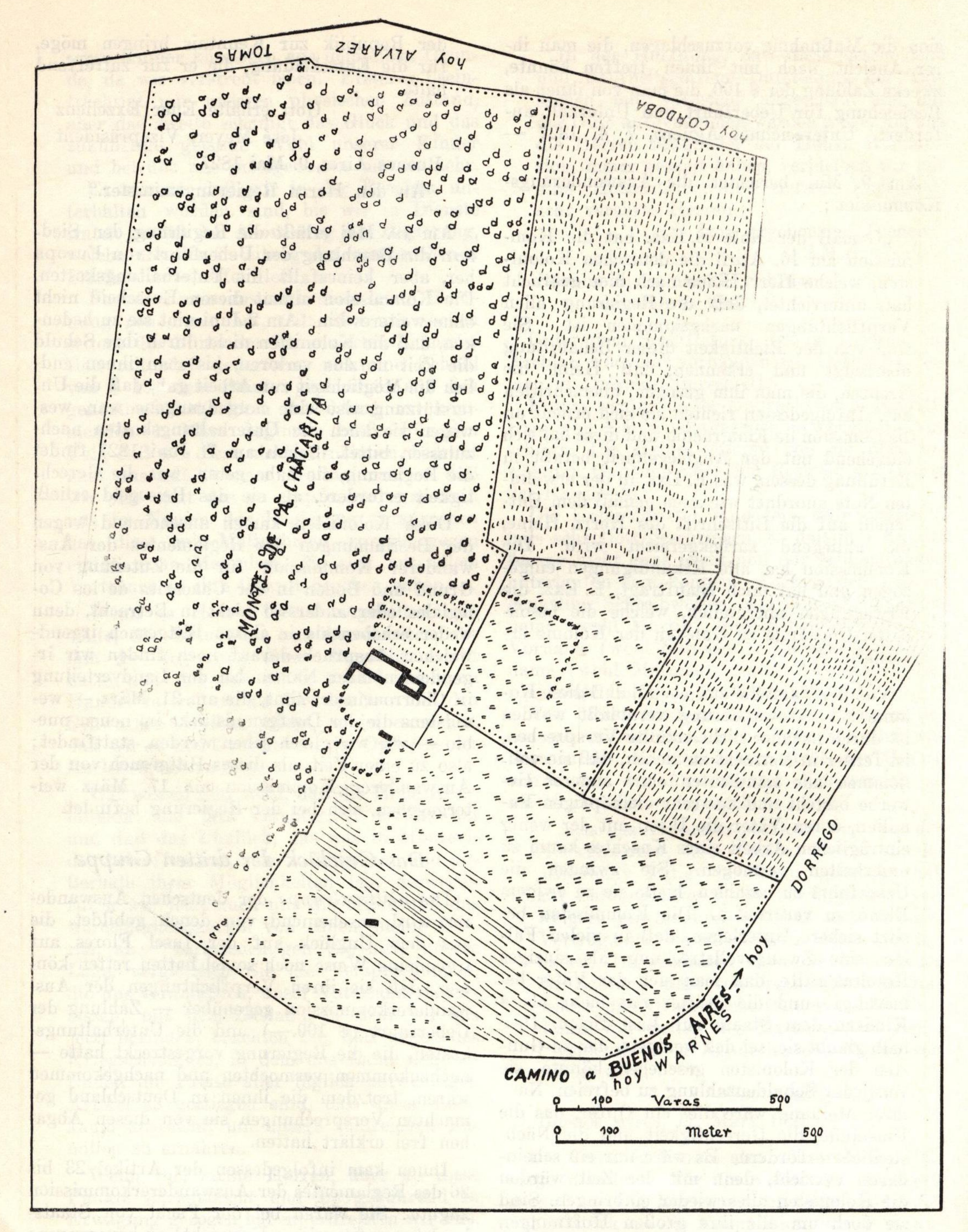
Am 19. Mai erläßt die Regierung den Siedlern die Bezahlung der Ueberfahrt von Europa her, aber keinesfalls die Unterhaltungskosten. Die Kommission nimmt diesen Entscheid nicht ohne weiteres hin. Am 2.Juni gibt sie zu bedenken, daß die Kolonisten nicht durch ihre Schuld die Zeit nutzlos verloren, bis man ihnen endlich die Möglichkeit zur Arbeit gab, daß die Unterstützung also eine notgedrungene war, weswegen sie auch die Unterhaltungskosten nachzulassen bittet. Schon am 7. Juni 1827 findet die Regierung, sie habe getan, was die Gerechtigkeit erfordere, als sie das Reisegeld erließ.

Diese Kolonisten kamen anscheinend wegen der Bestimmungen des Reglamentos der Auswanderer - Kommission für die Zuteilung von Grund und Boden in der Chacarita de los Colegiales oder anderswo nicht in Betracht, denn weder erheben sie in ihrem Bittgesuch irgendwelchen Anspruch darauf noch finden wir irgendeinen ihrer Namen bei der Landverteilung in Chorroarín erwähnt, die am 21. März — wenigstens die der Dorfgrundstücke im neuen pueblo — wie wir gleich sehen werden, stattfindet; also zu einer Zeit, als dieses Bittgesuch von der Auswanderer - Kommission am 17. März weitergegeben, sich bei der Regierung befindet.

Das Geschick der dritten Gruppe

Die *dritte Gruppe* der deutschen Auswanderer wird anscheinend von denen gebildet, die aus dem Unglück auf der Insel Flores auf irgendeine Weise noch soviel hatten retten können, daß sie ihren Verpflichtungen der Auswandererkommission gegenüber — Zahlung der Ueberfahrt ($ 100.—) und die Unterhaltungskosten, die die Regierung vorgestreckt hatte — nachzukommen vermochten und nachgekommen waren, trotzdem die ihnen in Deutschland gemachten Versprechungen sie von diesen Abgaben frei erklärt hatten.

Ihnen kam infolgedessen der Artikel 23 bis 26 des Reglamentes der Auswandererkommission zugute: Sie waren bei der Pacht von Staatsland (en enfiteusis — Erbpacht) zu bevorzugen; sie sollten sich das Grundstück aussuchen können, dessen Mindestgröße auf 16 Quadratcuadras festgesetzt war, sie konnten einen Vorschuß von $ 300.— verlangen, sie erhielten für sich und ihre Nachkommen das veräußerbare Besitzrecht auf Grund und Boden und die von ihnen gemachten Verbesserungen und Verkaufs-

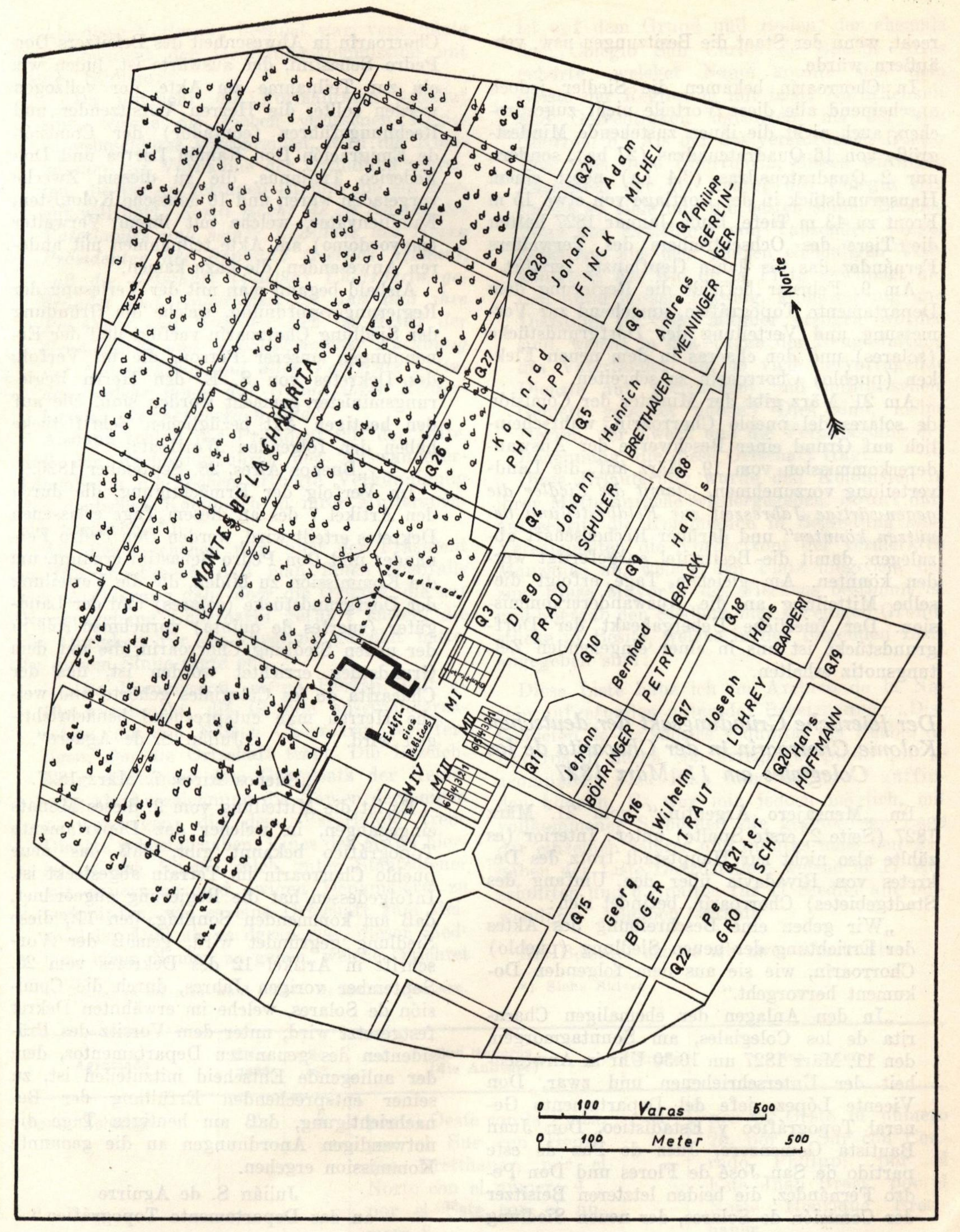


La Chacarita de Los Colegiales im Jahre 1826.

Sie gehörte der Regierung und war dem Colegio Nacional de Buenos Aires als Sommerschule in Nutznieß überlassen, scheint von diesem aber kaum benutzt worden zu sein. Das Grundstück war der Rest einer alten Besitzung des Jesuitenordens bis zu seiner Austreibung im Jahre 1767. Dieser Besitz hatte allmählich durch Schenkungen und Kauf eine erstaunlich große Fläche umfaßt und erstreckte sich in der ersten Hälfte des 18. Jahrhunderts zwischen den jetzigen Straßen Uriarte und Pampa in breitem Streifen vom Ufer des La Plata bis über die heutige Stadtgrenze, die Avenida de Circunvalación hinaus.

Der Eingang zur Chacarita lag entgegengesetzt dem heutigen von Südwesten her, von der heutigen Straße Warnes etwa, welche damals ein Teil des Weges zur Stadt war.

(Nach dem Plan 878-30-4 des Archivo de Geodesía in La Plata).



Das Pueblo und Quintas Chorroarín,

so wie es geplant war und in den nummerierten Manzanas und Quintas auch abgesteckt und am Sonntag, den 11. März 1827 in feierlichem Akt an Ort und Stelle den mit Namen eingetragenen Kolonisten in Besitz übergeben worden ist. Ein eingehender Bericht über die Eigentumsübertragung findet sich im „Mensajero Argentino'' vom 21. März 1827. Als Grundlage für die Figur 2 wurde der Plan 878-30-4 des Archivo de Geodesía de La Plata benutzt und die Eintragung der Besitzernamen geschah nach einer Liste, die sich im Archivo General de la Nación befindet und den Titel trägt: „Distribución de los solares y quintas del pueblo de Chorroarín hecha con arreglo al plano que se acompaña''. Dieser Plan war leider nicht auffindbar.

Die „solares'', das heißt die Stadtgrundstücke um die Plaza herum, waren gemäß dieser „Distribución'' folgendermaßen verteilt:

(Fortsetzung auf Seite 468)

recht, wenn der Staat die Besitzungen usw. veräußern würde.

In Chorroarín bekamen die Siedler jedoch anscheinend alle diese Vorteile nicht zugesprochen, auch nicht die ihnen zustehende Mindestgröße von 16 Quadratcuadras (27 ha), sondern nur 2 Quadratcuadras (3,4 ha) nebst einem Hausgrundstück in der Dorflage von etwa 15 m Front zu 43 m Tiefe. Ende Januar 1827 hatten die Tiere des Ochsentreibers des Verwalters Fernández das bis dahin Gepflanzte zerstört.

Am 9. Februar befiehlt die Regierung dem Departamento Topográfico, umgehend zur Vermessung und Verteilung der Dorfgrundstücke (solares) und der chacras in dem neuen Flekken (pueblo) Chorroarín zu schreiten.

Am 21. März gibt der Minister der Comisión de solares del pueblo Chorroarín, wahrscheinlich auf Grund einer Beschwerde der Auswandererkommission vom 19. März auf, die Landverteilung vorzunehmen, *„damit die Siedler die gegenwärtige Jahreszeit zur Feldbestellung benützen könnten"* und darüber Rechenschaft abzulegen, damit die Besitztitel ausgefertigt werden könnten. Am gleichen Tage erfolgt dieselbe Mitteilung an die Auswandererkommission. Der feierliche Uebergabeakt der Dorfgrundstücke ist uns in einer eingehenden Zeitungsnotiz erhalten.

Der feierliche Gründungsakt der deutschen Kolonie Chorroarín in der Chacarita de los Colegiales am 11. März 1827

Im „Mensajero Argentino" vom 21. März 1827 (Seite 2, erste Spalte) unter: Interior (es zählte also nicht zur Hauptstadt trotz des Dekretes von Rivadavia über den Umfang des Stadtgebietes) Chorroarín, befindet sich:

„Wir geben eine Beschreibung des Aktes der Errichtung der neuen Siedlung (pueblo) Chorroarín, wie sie aus dem folgenden Dokument hervorgeht."

„In den Anlagen der ehemaligen Chacarita de los Colegiales, am Sonntagmorgen, den 11. März 1827 um 10.30 Uhr in Anwesenheit der Unterschriebenen und zwar, Don Vicente López, jefe del Departamento General Topográfico y Estadístico, Don Juan Bautista Gomenzoro, Juez de Paz de este partido de San José de Flores und Don Pedro Fernández, die beiden letzteren Beisitzer der Comisión de Solares, der neuen Siedlung Chorroarín in Abwesenheit des Beisitzers Don Pedro Sebastini, der auswärts ist, luden wir ein zur Teilnahme am Akte, der vollzogen werden sollte, die Herren Vorsitzender und Rechnungsführer (contador) der Comisión de Emigración Don Ramón Larrea und Don Federico Trojanus, die zu diesem Zwecke vorgeladen waren und 16 deutsche Kolonisten, Familienväter, welche mit ihrem Verwalter (mayordomo) am Akte teilnahmen mit anderen Anwesenden, die dazu kamen.

Alsbald begann man mit der Verlesung der Regierungsverordnung, welche die Gründung der Siedlung Chorroarín verfügt und der Ernennungen unserer Person, die im Verfolg des Dekretes von S. E. den Herrn Regierungsminister gemacht worden sind. Die auf den heutigen Akt bezüglichen Schriftstücke haben den folgenden Wortlaut:

„Buenos Aires, 28. September 1826.

Im Verfolg der Ermächtigung, die durch den Artikel 7 des an diesem Tage erlassenen Dekretes erteilt wird, werden Don Pedro Fernández und Don Pedro Sebastini ernannt, um die Kommission zu bilden, die die Verteilung der Dorfgrundstücke (solares) und der Landgüter (suertes de quinta) vornehmen soll in der neuen Siedlung Chorroarín, die auf dem Grundstück errichtet worden ist, das der Chacarita de los Colegiales gehörte und welche Herren man entsprechend benachrichtigen wird. Julián S. de Agüero".

„Buenos Aires, 7. März 1827.

Es ist die Mitteilung vom 2. dieses Monats eingegangen, in welcher das Departamento Topográfico bekannt gibt, daß das neue pueblo Chorroarín im Terrain abgesteckt ist. Infolgedessen hat die Regierung angeordnet, daß am kommenden Sonntag, den 11., diese Siedlung gegründet wird, gemäß der Vorschrift in Artikel 12 des Dekretes vom 25. September vorigen Jahres, durch die Comisión de Solares, welche im erwähnten Dekret festgesetzt wird, unter dem Vorsitz des Präsidenten des genannten Departamentos, dem der anliegende Entscheid mitzuteilen ist, zu seiner entsprechenden Erfüllung der Benachrichtigung, daß am heutigen Tage die notwendigen Anordnungen an die genannte Kommission ergehen.

Julián S. de Aguirre
an das Departamento Topográfico."

	Manzana I	Manzana II	Manzana III
Solar 1	Diego Prado	Guillermo Traut	Andrés Meininger
„ 2	Bernardo Petry	José Lohrey	Juan Brack
„ 3	Joanes Bohringer	Juan Hoffmann	Conrad Philippi
„ 4	Jorge Boger	—	Joanes Finck
„ 5	Felipe Gerlinger	Juan Schuler	Adam Michel
„ 6	Pedro Grosch	Henrique Bretthauer	—

Manzana IV
Solar 2 Juan Bappert

Die Quintas in dem bewaldeten Gebiet, den „Montes de la Chacarita", sind niemals abgesteckt oder vergeben worden.

Als diese Verlesung beendet war, verkündete der Präsident der Gründungskommission mit lauter Stimme:

„Da nunmehr die Formalitäten erledigt sind, welche die soeben verlesenen Regierungsbeschlüsse vorschreiben, wird die Kommission zur Vornahme der Gründung schreiten, die ihr aufgetragen ist und die sie hiermit vollführt: *Somit macht sie im Namen des Vaterlandes und seiner Excellenz des Herrn Präsidenten der Republik feierlich bekannt, daß die Ortschaft (pueblo) Chorroarín gegründet und eingerichtet ist und daß ihre Bewohner und Besiedler sich im Besitz der Grundstücke und in vollkommener Ausübung der Nutznießung und aller Vorrechte befinden, welche ihnen auf Grund ihrer Niederlassung gewährt worden sind.*“

Alsdann schloß der Präsident mit der Bitte, daß der Rechnungsführer der Auswandererkommission die soeben erfolgte Verkündigung den deutschen Kolonisten in ihrer Muttersprache wiederhole*).

Als dies geschehen war, hielt der Präsident es für angebracht, daß man ihnen ebenfalls eine Aufklärung gäbe über die Gründe, die zur Namensgebung Chorroarín geführt hätten, die die Obrigkeit für die Siedlung gewählt hätte. In diesem Sinne sagte er:

„Die Kommission, meine Herren, hält es für angebracht, die Gründe auseinanderzusetzen, die den Namen Chorroarín rechtfertigen, den die Ortschaft trägt. Die Bezeichnung entstammt dem Grundsatz der Regierung als Auszeichnung die Namen derjenigen zu verewigen, die dem Vaterlande treue Dienste geleistet haben. Eines der Mittel hierzu ist, die Namen solch guter Staatsdiener mit dauernden und ewigen Denkmälern zu verknüpfen, wie es eine Ortschaft zum Beispiel ist. Und als es daran war, dieser Siedlung einen Namen zu geben, welche errichtet ist auf dem Grund und Boden, der ehemals dem Colegio San Carlos de Buenos Aires gehörte: welcher Name konnte sich dem Geiste der Regierung mit mehr Natürlichkeit und Gerechtigkeit darbieten, als der von Chorroarín? Als der des verstorbenen Doctor Don Luis José Chorroarín, dieses würdigen Patrioten, der als Rektor des Colegio San Carlos so viele und die besten seiner Lebensjahre der Erziehung von Tausenden junger Menschen aus dem ganzen ehemaligen Vizekönigtum des Río de la Plata gewidmet hat und unter dessen Leitung, Mühewaltung und Disziplin so viele Männer erzogen worden sind, welche in den Tagen der Neugestaltung des Vaterlandes ihm so viele hervorragende Dienste auf politischem und militärischem Gebiete geleistet haben? Dies sind, meine Herren, der Zweck und die Veranlassung der Benennung, die diese Ortschaft trägt.“

Diese Erläuterung wurde den Kolonisten in ihrer Muttersprache wiedergegeben. Sofort darauf schritt die Kommission in Begleitung aller Versammelten die Vorderfront der vermerkten Manzanas ab, welche den Platz umgeben, der zum Plaza Mayor*) des Fleckens bestimmt ist und übergab den Siedlern ihre jeweiligen Grundstücke in Besitz, welche in der folgenden Liste angegeben sind:

Diese Liste habe ich im Archivo de la Nación aufgefunden unter der Bezeichnung: „Distribución de los solares y quintas del Pueblo de Chorroarín hecha con arreglo al plano que se acompaña“. Den Plan habe ich nicht auffinden können. Es war mir jedoch möglich, mit vollkommener Sicherheit die gegenseitige Lage der einzelnen solares und quintas nach den Angaben der Liste festzustellen, welche in 17 Abschnitten und 6 Spalten für 17 Siedler alle notwendigen Angaben enthält.

Als Beispiel bringe ich zwei Abschnitte:

*) Trojanus ist also wohl selbst Deutscher gewesen.

*) Siehe Skizze

Agraciado	Manzana	Solar	Sus linderos (die Anlieger)	Quinta	Sus linderos
Juan Schuler	2	5	por el Oeste con la Plaza, por el Sur con Henrique Bretthauer, por el Norte con el número 4 y por el Este con el número 8	4	por el Oeste el número 26, por el Sur con Conrado Philippi, por el Este Juan Brack, por el Norte Henrique Bretthauer
Bernardo Petry	1	2	por el Oeste Diego Pardo, por el Sur la Plaza, por el Este Joanes Bohringer, por el Norte solar de la misma manzana	10	por el Oeste Diego Pardo, por el Sur Joanes Bohringer, por el Este José Lohrey, por el Norte Juan Brack.

Die Liste ist unterzeichnet:

Buenos Aires, Noviembre 3 de 1827.
López.

Vorher war vereinbart, daß der Name jedes Siedlers mit der zugehörigen Nummer seines Grundstückes festgelegt werde, so wie sie in dem Plan stehen, der von der Obrigkeit gebilligt ist. — Diego de Prado, mayordomo; Bernardo Petry, maestro de escuela; Ioannes Bohringer, Siedler; Jorge Boger, ebenso; Felipe Gerlinger; Pedro Grosch, ebenso; Guillermo Tranti (oder Franti); José Lorey; Juan Hoffmann; Juan Bappert; Juan Brack; Juan Schuler; Enrique Bretthauer; Andrés Meininger; Conrad Philippi; Joanes Finck; Adam Fickel (wohl Michel).

Als dieser Akt beendet war, wandte sich der Präsident der Gründungskommission an die Siedler und sagte:

„Ihr seht, meine Herren, wie die amerikanische Regierung darauf getrachtet hat, die Versprechungen zu erfüllen, die Euch in unserem Lande gemacht worden sind und wie sie dazu entschlossen ist, all die Hoffnungen zu befriedigen und zu erfüllen, die Ihr Euch gemacht habt, um das Geschick Eurer lieben Familien zu verbessern, als Ihr nach dieser Weltgegend übersiedeltet. Ebenso wie jetzt die Dorfgrundstücke werdet Ihr ohne Zeitverlust in den Besitz der Quintas gesetzt werden, die Ihr bebauen sollt und alles übrige in der Zukunft hängt von Euch selber ab. Die Gesetze der Republik geben Euch Sicherheit für Eure Person und verbürgen Euch die Früchte Eurer Arbeit. Es kommt also Euch zu, Eure Zeit nutzbringend zu verwenden und Euch hervorzutun durch Liebe zur Arbeit, zu Eurem Gewerbe und zu einem [illegible] Leben. So werdet Ihr geliebt und geschützt sein in Eurem neuen Vaterland, das Ihr angenommen habt und so werdet Ihr glücklich sein, wenn Ihr seht, wie Jahr für Jahr das Geschick Eurer Kinder und Frauen gedeiht und sich verbessert und so werdet Ihr in keiner Weise Euer Geburtsland vermissen.“

Nachdem der Herr Regierungsminister der Auswanderungskommission diese Rede wiedergegeben hatte, äußerten die Siedler ihrem Mayordomo den Wunsch, er möge in ihrem Namen antworten, daß sie für das Entgegenkommen der Regierung sehr dankbar wären und daß sie entschlossen wären, mit ihrer Führung zu entsprechen, um es auch weiterhin zu verdienen.

Als die Regierungskommission ihnen geantwortet hatte, daß es ihr sehr angenehm war, diesen Ausdruck ihrer guten Absichten entgegenzunehmen und es als Pflicht betrachtet, ihn in den Akten zu vermerken zu ihrer Genugtuung und zur Kenntnisnahme durch die Regierung, wurde das vorliegende Dokument abgeschlossen und zwecks seines öffentlichen Glaubens unterschreiben wir es am besagten Tage, Monat und Jahr, Vicente Lopez — Juan Bautista Gomensoro — Priester (presbítero) Pedro Fernandez. — Piccirilli in seinem Buche „Rivadavia y su tiempo“ (1943) schließt an seinen Bericht über die Landverteilung (S. 121) die folgenden Betrachtungen:

"Un nuevo pueblo de memoria frágil al nombre oficial quedaba allí como jalón de la vida civilizada; un maestro de escuela, Bernardo Petry, encendería las almas.

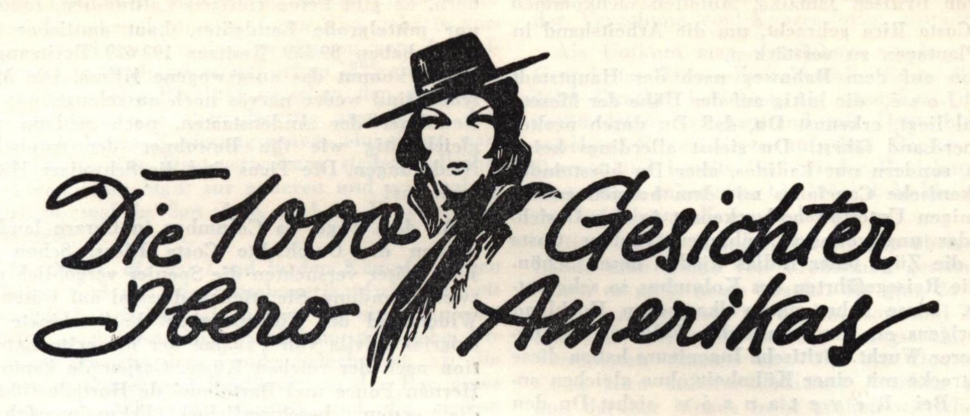
El plan de reforma al echar las bases de la inmigración europea iniciaba en la evolución económica y social del país, uno de los cometidos fundamentales de la prosperidad nacional. La senda quedaba abierta, por ella vendrían después Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Castellanos".

Am 19. April teilt die Comisión de solares mit, daß am Gründungstage besagten Ortes 17 Dorfgrundstücke an ebensoviele Familien, die sich in der Chacarita befanden, verteilt worden sind und daß am 17. April die Quintas zugeteilt wurden, gemäß den bestehenden Anordnungen, daß die Familienoberhäupter zugegen waren und ein Beamter vom topographischen Departament, welcher an Hand des Planes jedem Siedler seinen Besitz zuwies. Zwei Quintas blieben unbesetzt. Sie bestanden aus wenig für Anpflanzung geeignetem Terrain.

Am 20. April fragt die Kommission unter Bezugnahme auf ihre vorige Mitteilung an, ob die übriggebliebenen Quintas und einige ebenfalls unbesetzte Dorstellen an Auswandererfamilien verteilt werden könnten, auch wenn sie nicht Deutsche wären, wie es der Artikel 4 der hohen Verordnung vom 20. September vergangenen Jahres anzudeuten scheint.

Diese Anfrage berührt heute eigentümlich, waren doch die weitaus größte Anzahl der deutschen Einwandererfamilien — 29 von 45 — ohne Zuteilung geblieben. Am 28. April 1827 erfolgt die Antwort der Auswandererkommission: die Verteilung kann an jede Klasse von Auswanderern erfolgen, welche sich durch ihre Eigenschaft als Landarbeiter dazu empfehlen.

(Fortsetzung folgt)

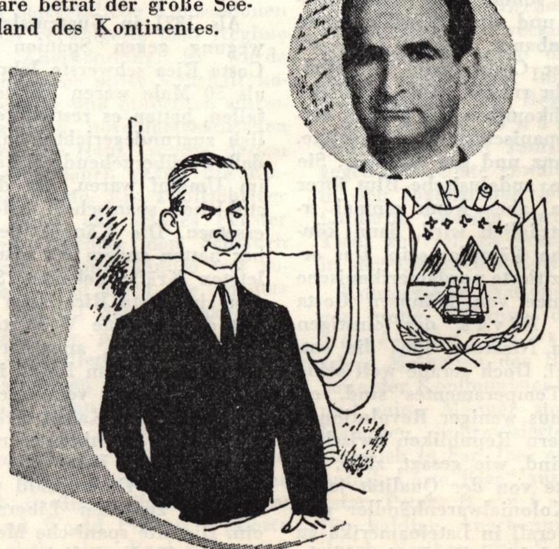


XIII. An der reichen Küste

VON CARL FRHR. v. MERCK

Kolumbus rieb sich die Augen. Das Deck seiner Karavelle war völlig von erlesenen Geschenken der Indianer bedeckt: Goldgeräte, Federarbeiten und wundersame Früchte. Halbnackte, braune Menschen hatten diese Kostbarkeiten von der Küste her auf ihren Einbäumen herangerudert, um die weißen Fremdlinge zur Weiterreise zu bewegen. Doch während keiner seiner drei großen westindischen Reisen hatte der Großadmiral der Könige von Aragón und Kastilien so viel Reichtümer gefunden. Voller Verwunderung rief er aus: *„Qué costa más rica!“* (Welch eine reiche Küste!) und schickte sich sofort zur Landung an, um das Land für Spanien in Besitz zu nehmen. Am gleichen Tage noch hißte er die Banner der Katholischen Majestäten über dem indianischen Siedlungsdorf Carare, dem heutigen Puerto Limón. Man schrieb Anno Domini 1502 und es war der 18. September, ein historischer Tag in der Geschichte Amerikas, denn in Carare betrat der große Seefahrer erstmalig das Festland des Kontinentes.

Doch von den sagenhaften Palmengärten des alten indianischen Carare, von den bildschönen Indias jener Gegend und von alle dem, was die Teilnehmer an der vierten und letzten Reise des Kolumbus so überschwänglich begeistert besangen, ist nichts übrig geblieben. Wer heute in Puerto Limón an Land geht, findet eine nüchterne, geschäftige Stadt von 10 000 Einwohnern vor. Sie könnte ebenso irgendwo an der afrikanischen Goldküste liegen, denn ihre Bewohner sind größtenteils Neger. Beim Verladen der Bananen-Pencas auf die schneeweißen Schiffe der Frutera marschieren halbnackte schwarze Schauermänner im Gänsemarsch auf Bretterstegen schwerbeladen zu den Ladeluken herauf und unbeladen wieder herunter. Dabei singen sie wuchtende eintönige, uralte Sklavenweisen, die den Rhythmus der Arbeit markieren, so wie bei den Safaris im Innern Afrikas oder bei den Wolgakahnschleppern des alten Rußland. Siehst Du ihnen zu, wähnst Du Dich in Angola oder Liberia. Der Eindruck verstärkt sich, wenn Du an Land gehst und schwarze Kinder im Parque Vargas spielen siehst und zufällig einer heidnischen Teufelsaustreibung, wenige Schritte von einer christlichen Kirche entfernt, beiwohnen kannst. Tam-Tam-Rhythmus beherrscht Puerto Limón.


José Figueres in der Karrikatur und im Foto.

Doch Du würdest irren, wenn Du von diesem Hafen auf die 51 700 qkm große mittelamerikanische Republik Costa Rica schließen würdest, denn Costa Rica ist ein Land heller Mestizen und weißer Menschen. Die Neger stellen nur 15 v. H. der 750 000 Einwohner. Das negroide Siedlungsgebiet liegt jedoch gerade im Matina- und Turrialba-Distrikt um Puerto Limón herum, denn der schwarze Mann ist ein vorzüglicher Bananenplantagen-Arbeiter. Noch immer werden von den gegenüberliegenden Antillen, hauptsäch-

lich von Britisch Jamaika, Mulatten-Nachkommen nach Costa Rica gebracht, um die Arbeitshand in den Plantagen zu verstärken.

Schon auf dem Bahnweg nach der Hauptstadt San José, die luftig auf der Höhe der Meseta Central liegt, erkennst Du, daß Du durch uraltes Indianer-Land fährst. Du siehst allerdings keine Indios, sondern nur Ladinos, aber Du hörst indoamerikanische Canciones mit dem bezeichnenden, tiefatmigen Unterton und erkennst in den Gesichtern der ungewöhnlich hübschen Töchter Costa Ricas die Züge jener Indias wieder, deren Schönheit die Reisegefährten des Kolumbus so sehr entzückte. Diese Fahrt zum vulkanischen Hochland ist übrigens ein landschaftliches Erlebnis von ungeheuerer Wucht. Britische Ingenieure haben diese Bahnstrecke mit einer Kühnheit ohne gleichen angelegt. Bei Revetanzón siehst Du den gleichnamigen Fluß 1000 Fuß unter Dir als schäumende, weiße Linie liegen und genießt Ausblicke, wie Du sie nur von der Schweiz her kennst.

Der Reisende durchfährt blühende Kaffee- und Kakao-Plantagen, Gummifelder, Zuckerrohrpflanzungen, Ananas-Felder und tropische Wälder und begreift rasch die volkswirtschaftlichen Grundgesetze dieses kleinen Musterlandes. Mitreisende erzählen von den Goldminen von Abangarez, Barranca und Aguacate, von den Magnesium-Vorkommen von Talamanca und Tilarán, in deren Nähe übrigens auch Petroleum gefunden worden ist. Sie ermöglichen mit ihren Berichten einen raschen aber zuverlässigen Gesamtüberblick über die Reichtümer Costa Ricas. Und Du wirst mit Vergnügen dabei erfahren, daß Deutsche bei der Erschließung dieses Landes eine große Rolle spielten und noch spielen. Sie siedeln hauptsächlich an der Pazifik-Küste rund um den Hafen Punta Arenas am Golf von Nicoya.

Im Gegensatz zu den übrigen zentralamerikanischen Ländern hat Costa Rica eine verhältnismäßig ruhige geschichtliche Entwicklung hinter sich, denn bis vor wenigen Jahren gab es in diesem Ländchen keine Armee, sondern nur eine Polizeikraft von 2000 Mann und einer Musikkappelle mit preußischem Schellenbaum. Die „Ticos", so werden die Einwohner Costa Ricas in Mittelamerika genannt, sind sehr ruhige, zähe, friedliche Leute, ganz und gar Nachkommen der ebenso veranlagten Bewohner der spanischen Nordwestküste. Charakterlich sind sie ganz und gar Gallegos. Sie haben nicht das unruhige, andalusische Blut ihrer Nachbarn von Nicaragua, aber wenn einmal irgend etwas für sie unerträglich wird, dann können sie auch fürchterliche Kämpfer sein. Das erfuhr schon der mehrfach zitierte nordamerikanische Pirat Walker. Eine Armee von Männern Costa Ricas brachte ihm bei Rivas, der einstigen Hauptstadt des Kaziquen Nicaraos, 1865 die entscheidende Niederlage bei. Doch gerade weil seine Bewohner gemäßigten Temperamentes sind, erlebte ihr Ländchen weitaus weniger Revolutionen als irgend eine der andern Republiken zwischen USA und Panamá. Sie sind, wie gesagt, zähe, ruhige, rechtschaffene Leute von der Qualität jener Gallegos, die man als Kolonialwarenhändler und mittlere Unternehmer überall in Lateinamerika zu treffen pflegt. Daher sind hier die Besitzverhältnisse weitaus gesünder als sonstwo in diesen Ländern. Es gibt keine riesigen Latifundien, sondern nur mittelgroße Landgüter. Laut amtlicher Statistik haben 89 389 Besitzer 198 629 Besitzungen. Hinzu kommt das ausgewogene Klima. Die Menschen sind weder nervös noch ausgelaugt, wie die Bewohner der Andenstaaten, noch schlapp und gleichgültig wie die Bewohner der tropischen Niederungen. Die Ticos sind die Schweizer Mittelamerikas!

An dem Tage, da Columbus in Carare landete, begann die Geschichte Costa Ricas. Schon ein Jahr später versuchten die Spanier vergeblich eine zweite Landung. Sie stießen diesmal auf wütenden Widerstand der Eingeborenen. 1504 schickte Pedriarias Dávila von Panamá her die erste Expedition nach der reichen Küste. Gaspar de Espinosa, Hernán Ponce und Bartolomé de Hurtado führten die ersten, beschwerlichen Erkundungsfahrten durch. Doch die Indios wehrten sich mit Verbissenheit. Sämtliche ersten spanischen Städtegründungen Bruselas (1524), Badajoz und Puerto San Marcos (1540) hielten sich nur wenige Monate und wurden dann von den Eingeborenen dem Erdboden gleichgemacht. Erst Vazquez Coronado vermochte 1564 eine Stadt zu gründen, die heute noch existiert: Cartago. Er führte auch das Encomienda-System und eine bleibende spanische Verwaltung ein. Costa Rica wurde dann der Capitanía General de Guatemala unterstellt. Den Spaniern gelang es jedoch während der 100 Jahre ihrer Verwaltung nicht, das Land endgültig zu befrieden. Unaufhörliche Indianeraufstände gefährdeten das Leben der jungen Kolonie und führten zu einer allmählichen und sicheren Ausrottung der Eingeborenen. Heute leben nur noch etwa tausend Indios in Costa Rica. Sie werden von der Regierung, nach amerikanischem Vorbilde, in Reservationen gehalten und gehören den letzten drei der 12 Indiostämme der reichen Küste an. Costa Rica hat darum, wohl als einziges zentralamerikanisches Land, heute keine Rassenprobleme, sehen wir von dem geschlossenen negroiden Siedlungsraum um Limón ab.

Als 1821 in Guatemala die Unabhängigkeitsbewegung gegen Spanien losbrach, hatte gerade Costa Rica schwerste Jahrzehnte hinter sich. Mehr als 50 Male waren Flibustier in das Land eingefallen, hatten es restlos geplündert und wirtschaftlich zugrundegerichtet, mit solcher Gründlichkeit, daß vorübergehend Kakao-Bohnen als Währung im Umlauf waren, um die von den Piraten gestohlenen spanischen Gold- und Silbermünzen zu ersetzen. Die Kämpfe gegen die Mosquito-Indianer hatten zudem der spanischen Verwaltung ihre letzten Kräfte gekostet. Spaniens letzter Gouverneur in Costa Rica, Don Juan Manuel de Cañas, trat darum ohne Widerstand ab, als im Oktober 1822 das Volk, angeführt von der Revolutions-Junta, vor seinem Palast in San José erschien und seinen Rücktritt verlangte. Als im gleichen Jahre das ephimere Kaiserreich Mexiko entstand und die Länder bis hinunter nach Panamá annektierte, konnte Costa Rica eine gewisse Selbständigkeit behaupten. Doch bald setzen die klassischen Kämpfe zwischen Liberalen und Konservativen ein. Die alte spanische Metropole Cartago kämpfte glühend für Katholizismus und Tradition gegen die liberal und aufklärerisch gesinnte Hauptstadt San

José. Und auch hier wurde dieses Ringen zum geschichtlichen Leitmotiv. Costa Rica gehörte vorübergehend den Vereinigten Staaten von Zentralamerika an, doch gab es sich schon 1825 eine eigene Verfassung. Die Rivalität zwischen den einzelnen Stadtschaften war aber derartig ausgeprägt, daß ein ambulantes Regierungssystem eingeführt werden mußte. Die Staatsverwaltung siedelte alljährlich von einer Stadt zur anderen und war mal in Cartago, mal in San José, mal in Heredia und Alajuela.

Die Rolle, die das Land in den Kämpfen gegen Walker und um die mittelamerikanische Einheit gespielt hat, haben wir bereits an einer anderen Stelle geschildert. Eine wirkliche politische Belastung erwuchs dem Lande jedoch erst, als die Nordamerikaner und Engländer an den Bau eines Kanals in Nikaragua dachten und die großen Kämpfe um den Einfluß in der Nachbarrepublik Costa Rica ebenfalls erfaßten. Von Costa Rica her ließ sich mit Leichtigkeit in Nikaragua eingreifen. Als zunächst, wie bereits geschildert, die Vanderbildt-Gruppe im Nachbarlande tonangebend wurde und den britischen Einfluß verdrängte, warfen die Engländer ein Auge auf Costa Rica und versuchten, von dort her in den Kampf um den Kanalraum einzugreifen, doch sie vermochten sich nicht durchzusetzen. Das Spiel der politischen Kräfte bewegte sich jahrzehntelang in dem Viereck zwischen Liberalen, Konservativen, amerikanischen und britischen Interessen. Es lohnt sich nicht, diese Kämpfe im Einzelnen zu schildern. Es genügt die Feststellung, daß sich schließlich die amerikanische Doheny-Gruppe und der Sinclair-Konzern durchsetzten. Wer sich für Details dieser bitteren Wirtschaftskämpfe zwischen Engländern und Yankees in Costa Rica interessiert, kann in Ludwell Dennys „America conquers Britain“ wirklich aufschlußreiche Stories darüber nachlesen.

Zum letzten Male flammte dieser Zwist 1917 auf, als es den Engländern gelang, den General Tinoco auf den Präsidentenstuhl von Costa Rica zu setzen und von ihm beträchtliche Konzessionen zu erlangen. Washington verweigerte dem Regime dieses Politikers die Anerkennung. Er wurde schon 1919 gestürzt, und zwar unter wahrhaft komischen Umständen. Schüler und Studenten stürmten, angeführt von einigen nordamerikanischen Lehrern und Professoren, das Haus Tinocos, dessen Bruder einen Feuerwehrschlauch gegen die Eindringlinge in Bewegung setzte. Ein zwölfjähriger Junge sprang jedoch durch ein offenes Fenster und schlug mit einem Machete den Schlauch durch. Der Pimpfensturm gelang. Tinoco trat zurück. — Wie man sieht, sind nicht die Sowjets von heute die ersten, die auf den Gedanken kamen, Jugendscharen auf der politischen Bühne aufmarschieren zu lassen. Hoffentlich wird man in Berlin, nach den Erfahrungen Tinocos in Costa Rica, nur die Feuerwehr gegen die FDJ zu brauchen haben.

Seit dem Sturze Tinocos ist der us-amerikanische Einfluß in Costa Rica fest begründet. Dr. Parker Thomas Moon schrieb darüber offen in seinem Buche „Imperialism and World Politics“: „Costa Rica ist unabhängig, aber seine Regierung muß die neue Monroe-Doktrin respektieren, eine Doktrin nämlich, die den USA ein Veto hinsichtlich der Vergebung von Konzessionen einräumt.“

Als Unikum mag verzeichnet werden, daß auf Grund des Tinoco-Zwischenfalls Costa Rica, wie John Gunther berichtet, nie dazu kam, den 1917 verkündeten Kriegszustand mit Deutschland aufzuheben. Er existierte auf dem Papier, obwohl Deutschland bereits 1920 wieder Beziehungen mit Costa Rica anknüpfte, bis 1942, d. h. bis zur zweiten befohlenen Kriegserklärung.

Diese zweite Kriegserklärung hat übrigens dem Lande eine Reihe von Problemen geschaffen, an denen es noch heute krankt. Sie ging 24 Stunden nach Pearl Harbour an Berlin, Rom und Tokio ab und traf dort noch vor der Kriegserklärung der Vereinigten Staaten ein. Da die Deutschen in Costa Rica außerordentliches Ansehen genossen und darüber hinaus recht großen wirtschaftlichen Einfluß besaßen, mußte eine politische Einheitsfront aufgeboten werden, um die lokalen Maßnahmen gegen die Achsenangehörigen durchführen zu können. Es entstand die sogenannte „Vanguardia Popular“, eine Einheitsbewegung, in der sich alle antifaschistischen Gruppen sammelten. Erzbischof Sanabria erlaubte der katholischen Arbeiterschaft den Beitritt zur kommunistischen Partei, verbot aber die Teilnahme an nationalistischen Bewegungen. Erstmalig in der Geschichte Costa Ricas standen Kommunisten und Katholiken in einer Einheitsfront. Bei Volkskundgebungen wurden die Internationale und kirchliche Hymnen zugleich gesungen! Natürlich verstanden die Roten diese Situation zu nutzen, zumal die stark links stehende und logengebunde Regierung Teodoro Picados ebenfalls weit entgegenkam. Bischof Sanabria steuerte so entschlossen auf eine Abart von urchristlichem Kommunismus los, daß der USA-Botschafter Nathaniel Penistone Davies Bedenken bekam und die konservativen Kräfte sich entschlossen gegen diesen gefährlichen Versuch stämmten und vom Bischof abrückten, dem selbst ermahnende Worte des Vatikans keinen Eindruck machten. Bei den Wahlen des Jahres 1948 ließen Sprachrohre des Bischofs Sanabria wissen, daß das vorübergehende Zweckbündnis der Katholiken und Kommunisten gegen die Logenparteien nunmehr gelöst worden sei. Im Wahlkampf standen sich der Kandidat der Regierungspartei, Ex-Präsident Calderón Guardia und der konservative Führer und Journalist, Otilio Ulate gegenüber. Ulate gewann, aber, wie das manchmal in den sogenannten Demokratien zu sein pflegt, Calderón Guardia wurde Präsident. Das war den Ticos zu viel. Es brach die blutigste Revolution in der Geschichte Costa Ricas los.

Konservative, Nationalisten und Unionisten rangen unter Führung des entschlossenen Arztes, José Figueres, gegen die undemokratischen Methoden der Regierung Picado, an deren Seite der Kommunistenführer Manuel Mora und seine Männer standen. Nach monatelangen Kämpfen improvisierter Armeen zog Figueres siegreich in San José ein und rief die „zweite Republik Costa Rica“ aus. Sein außenpolitischer Berater, Pater Benjamin Nuñez sorgte für baldige Anerkennung der neuen Regierung durch Vatikan und Weißes Haus. Bezeichnenderweise kam es bei diesen blutigen Kämpfen zu

Konflikten mit Nikaragua. Die beiden Länder warfen sich gegenseitig Invasionsabsichten vor. Die Organisation der amerikanischen Staaten mußte eine Untersuchungskommission entsenden, um festzustellen, ob wirklich die Figueres-Truppen nach Nikaragua einmarschiert waren. Da damals gleichzeitig die USA-Marineführung sich für den Bau eines Nikaraguakanals zu interessieren begann und unheimliche Spekulationen auslöste, ist es mehr als wahrscheinlich, daß dieser Zwischenfall im Zusammenhang mit gewissen künstlichen Preisstürzen gewisser Wertpapiere stand. Wenn man außerdem noch bedenkt, daß der Diktator Nikaraguas, General Somoza Hochgradfreimaurer ist, während Figueres aus dem katholischen Lager kam, ahnt man unschwer die Zusammenhänge der letzten Revolution in Costa Rica, wo Figueres zunächst mit einer revolutionären Uebergangsjunta regierte und dann seinem Freunde Ulate die Macht abtrat, um eine Reise nach Spanien zu machen.

Costa Rica ist heute die Hochburg des mittelamerikanischen Einheitsgedankens. Der Kommunist Mora ist in Guatemala im Exil, aber die ganze karibische Welt ist von tiefster Unruhe erfüllt. Man fühlt deutlich, daß der Erzbischof Sanabria, von politischer Blindheit geschlagen, eine Entwicklung auslöste, die noch garnicht abzusehen ist. „Er wollte den Kommunismus heiligen, weil er ihn für unbesieglich hält!" sagt man heute entschuldigend in San José. „Sanabria hat zu viel Maritain gelesen", erklärten die mexikanischen Katholiken, und in Kolumbien, dem Lande der lateinamerikanischen Philosophen, schrieb ein Blatt zu der Politik des Bischofs von Costa Rica: „Vielleicht hatte Spengler Recht mit der Behauptung, daß die christliche Theologie die Großmutter des Bolschewismus ist, denn es zeigt sich, daß ein katholischer Bolschewismus entstehen kann, der gefährlicher ist als der antichristliche, weil er sich hinter der Maske einer Religion versteckt."

In San José de Costa Rica ist einstweilen wieder die Ruhe eingekehrt. Man trinkt im Union-Club amerikanische Cocktails, spielt Tennis und Golf in La Sabana, macht Ausflüge nach Aserri und Orosi und zu den Vulkanen Irazú und Poás, um die Geyser zu bewundern oder fährt zu den Indianer-Reservaten, um sich die letzten Talamancans, Bribis und Cabeceras anzusehen. Die 70 000 Einwohner der Hauptstadt sind stolz auf ihr Opern-Haus, das einzige Mittelamerikas, auf ihre herrlichen Gärten und Museen. Noch immer rumpeln Ochsenkarren neben brandneuen Cadillacs über die gut asphaltierten Straßen. Noch immer reiten die Milchmänner hoch zu Roß durch die Straßen und noch immer ziehen die Bewohner San Josés mit Vorliebe schwarze Anzüge und Kleider an. Die vielen Flugzeuge, die täglich in La Sabana landen und starten, berühren hier eine noch unberührte Welt. San José hat wenig „öffentliches" Leben. Die Ticos leben nach Innen, patriarchalisch in ihren Familien, Patio-Häusern und Landgütern. Sie haben mehr Schulgebäude als Polizeistationen und darum den geringsten Prozentsatz an Analphabeten in ganz Mittelamerika. Kulturell sind sie außerordentlich rege und lieben vor allem klassische Musik. Mit dem „Templo de la Musica" haben sie das angesehenste Konzerthaus der Landenge und scheuen keine Unkosten, wenn es gilt, Stokowsky oder Toscanini nach San José zu bringen. Ihr Land ist fruchtbar, wie ein paradiesischer Garten. Zahlreiche, riesige Flüsse wie der San Juan, der Parisima, der Sixaola und Tempisque, durchfließen die vulkanischen Landschaften. Oft bebt die Erde und läßt die gelegentlichen Grenzstreitigkeiten mit Nikaragua und Panamá lächerlich erscheinen, zumal weite Gebiete weder besiedelt noch erschlossen sind. Der jährliche Export beträgt etwa 14—16 Millionen Dollar gegen einen Import von 30 Millionen Dollar (hauptsächlich aus USA, früher 25% aus Deutschland!)

Seit dem Siege des Generals Figueres ist auch den Deutschen wieder Gerechtigkeit widerfahren. Die Enteignungen wurden teilweise rückgängig gemacht und die Rückkehr vieler Vertriebenen gestattet, nachdem man eingesehen hat, daß die Kriegsmaßnahmen gegen die deutsche Kolonie hauptsächlich vom persönlichen Haß des Präsidenten Calderón Guardia und seiner belgischen Frau diktiert worden waren, sodaß das maßvolle und vernünftige Verhalten des deutschen Geschäftsträgers, Dr. Tripeloury das Aeußerste nicht zu verhindern vermochte. Einst gehörte über 25 v. H. des Kaffeelandes deutschen Finqueros. Es war die Zeit, da die Kaffe-Riecher von Amsterdam den Costa Rica-Kaffee zu den besten Sorten der Welt rechneten. Sie haben inzwischen mit ihren feinen Nasen entdeckt, daß sich seine Qualität nicht gerade zu seinen Gunsten verändert hatte. — Costa Rica bemüht sich nun wieder um deutsche Einwanderer.

Costa Rica hat auch einen geschichtlichen Helden, dessen Gestalt Mittelpunkt des patriotischen Kultes ist: Juan Santamarina. Als sich 1856 der Pirat Walker bemühte, die reiche Küste zu erobern, besetzten seine Scharen die Stadt Alajuela am Fuße des Poás-Vulkans und verschanzten sich in einer Kaserne im Mittelpunkt der Stadt. Juan Santamarina führte die Ticos zum Sturme gegen die Palisaden an und setzte persönlich das Gebäude in Flammen, wobei er fiel. In seinem Opfertode sehen die Costariqueños den tragenden Mythos ihrer jungen Nationalität.

Als wir in Puerto Limón wieder an Bord eines Dampfers gehen, um nach Panamá zu eilen, sehen wir am Zollgebäude das Wappen Costa Ricas. Es zeigt eine Karavelle, die sich der vulkanbespickten, reichen Küste nähert und erinnert an den 18. September 1502, an dem Kolumbus Carare anlief und der „Costa Rica" ihren Namen gab. Während wir uns von der Küste entfernen, sehen wir nochmals, wie sehr sie ihrem Namen Ehre macht und wünschen den Ticos von Herzen, daß nicht einmal der Name ihres Landes, wie es Puerto Rico geschah, zum Widersinne werde ...

Am Anfang war Tanger

VON MAX HANSEN

Am Anfang war Tanger, jene Stadt, durch welche der Westen einstmals und noch heute in Marokko eindrang, jene Stadt, die bis 1912, dem Jahr der Errichtung des französischen Protektorats über das Reich des Cherifen, die eigentliche diplomatische Hauptstadt war.

Vor einigen Wochen gaben die Niederlande den Vereinigten Staaten von Indonesien ihre Souveränität. Während sich im Haag die Zeremonie der Uebergabe abwickelte, feierten Mitglieder des Istiqlal und der Marokkanischen Reformierten Partei mit ihren Führern Allal Fassi und Abdelkhalek Torres unter Ausschluß der Oeffentlichkeit am Wohnsitz Mustapha Khemals, dem Chef der muselmanischen Reiterei, die Unabhängigkeit ihrer Brüder. So stellte sich Tanger wieder in den Vordergrund der Politik.

Zum Zweck einer Analyse der hier herrschenden Auffassungen wollen wir einen Bericht von den Begräbnisfeierlichkeiten aus Anlaß des tragischen Todes des nationalistischen Führers Ben Abboud bringen. Er dürfte geeignet sein, die Entwicklung der Lage in Marokko an einem charakteristischen Vorfall zu schildern.

*

Am 13. Dezember des vorigen Jahres zerschellte ein Flugzeug der Linie Bombay-Karachi in unmittelbarer Nähe der letztgenannten Stadt am Boden. Mehrere bedeutende Persönlichkeiten der mohammedanischen Welt, die der ersten panislamischen Wirtschaftskonferenz beigewohnt hatten, fanden dabei den Tod, unter ihnen drei Vertreter der nationalistischen Bewegungen Nordafrikas: Dr. Habib Tameur, Delegierter der Néo-Destour (Tunis) in Kairo, Hammamy, Delegierter der algerischen demokratischen Unionspartei und M' Hamed Ben Abboud, Leiter des marokkanischen Büros in Kairo und kultureller Vertreter der spanischen Zone Marokkos bei der Arabischen Liga. Man war geneigt, an andere berühmte Flugzeug-„Unfälle" zu denken, Sikorski stürzte über Gibraltar ab und der französische Gouverneur Chiappe fand sein Ende über Malta...

Die sterblichen Ueberreste Hammamys und Ben Abbouds wurden mit einem Militärflugzeug Pakistans nach Kairo überführt. Die Arabische Liga erbat sodann, in dem Wunsch einer Beisetzung der beiden nationalistischen Führer in ihrem Heimatland, von der französischen und spanischen Regierung gleichzeitig die notwendigen Genehmigungen für eine Ueberführung nach Algier beziehungsweise Tetuan. In Erwartung der Antworten mietete die Arabische Liga für 1.000.000 Franken ein britisches Flugzeug und regelte die notwendigen Formalitäten für den Abtransport.

Auf Grund der energischen Hinweise ihrer Gesandtschaft in Kairo ließ die französische Regierung umgehend telegraphisch wissen, daß sie mit dieser Ueberführung einverstanden sei.

Die gesamte mohammedanische Welt verbarg nicht, daß sie von dieser freundschaftlichen Geste zutiefst gerührt war.

Nachdem im Gegensatz dazu nach einer Woche bei der Arabischen Liga noch keine Antwort von der spanischen Regierung eingegangen war, unternahm sie einen zweiten dringenden Schritt bei dem spanischen Gesandten in Kairo. Dieses Mal ließ die spanische Regierung schon nach zwei Tagen eine Antwort übermitteln. Sie war negativ.

Angesichts dieser Weigerung intervenierte auf Bitten der Arabischen Liga Seine Hoheit Moulay Hassan, Kalif des Sultans von Marokko in der spanischen Einflußzone, bei dem spanischen Hochkommissar in Tetuan, dem Generalleutnant Varela. Die Unterhaltung wurde sehr schnell scharf und Seine Hoheit Moulay Hassan gab dem Hochkommissar, der bei seiner ablehnenden Haltung blieb, zu verstehen, daß es erstaunlich sei, wie Spanien trotz seiner angeblichen Politik einer spanisch-arabischen Annäherung die Nationalisten selbst noch nach ihrem Tode fürchte.



Die nationalistischen Führer im Trauergeleit.



Marokkanische Nationalisten tragen den Sarg vom Flugplatz herunter.

der inzwischen persona grata in Madrid wurde.

Unter diesen Umständen entschieden die nationalistischen Parteien im Einvernehmen mit der Familie Ben Abbouds, daß die Beisetzung des letzteren in Tanger erfolge, nach dem die Verwaltung dieser Internationalen Zone die notwendigen Genehmigungen erteilt hatte.

So kam denn das britische Flugzeug mit dem Leichnam von Algier, wo es den Körper Hammamys abgesetzt hatte, und überflog die spanische Zone in Richtung Tanger. Ueber Tetuan beschrieb der britische Pilot zwei große Kreise als letzten Gruß an die Geburtsstadt des Toten und landete am Sonntag, den 1. Januar 1950, um 14 Uhr auf dem Flugplatz der Internationalen Zone. In Gegenwart einer bedeutenden Abordnung des Kalifen von

Verschiedene Gründe liegen für die spanische Haltung vor. Vor allem spricht unserer Meinung nach die Abneigung mit, die Spanien gegenüber Ben Abboud hegt, seitdem dieser nach dem Kriege 1940 von den spanischen Behörden als Beobachter der spanischen Einflußzone zur Arabischen Liga nach Kairo entsandt worden war und sich geweigert hatte, dem Befehl einer Rückkehr nach Marokko Folge zu leisten. Er war dann eine der führenden Persönlichkeiten des maghribinischen Büros in Kairo geworden. Weiterer Grund liegt in den Gegensätzlichkeiten zwischen der Arabischen Liga und Abdullah von Transjordanien,



Unter den Persönlichkeiten auf dem Flugplatz befand sich auch dieser junge Aegypter, ein Palästinakämpfer, der den Sarg von Kairo nach Tetuan begleitet hatte.

Tetuan (an deren Spitze man Seine Exzellenz Bel Bachir, den Kabinettschef, Seine Hoheit Mouley Mehdi, dessen Sohn und Mouley Ahmed, seinen Bruder, sah), wurde der Sarg mit den Jasminkränzen der Regierungen Pakistans und Aegyptens auf den Schultern der nationalistischen Führer, insbesondere Allal Fassis, Führer des Istiqlal und Si Abdelkhalek Torres, dem Führer der marokkanischen Reformierten Partei, auf einen Wagen gesetzt, den eine riesige marokkanische Fahne bedeckte.

Der Leichenzug gelangte schnell in die Stadt, wo seit frühen Morgenstunden eine Menschen-



S. E. Bel Bachir unterhält sich mit zwei Ministern.

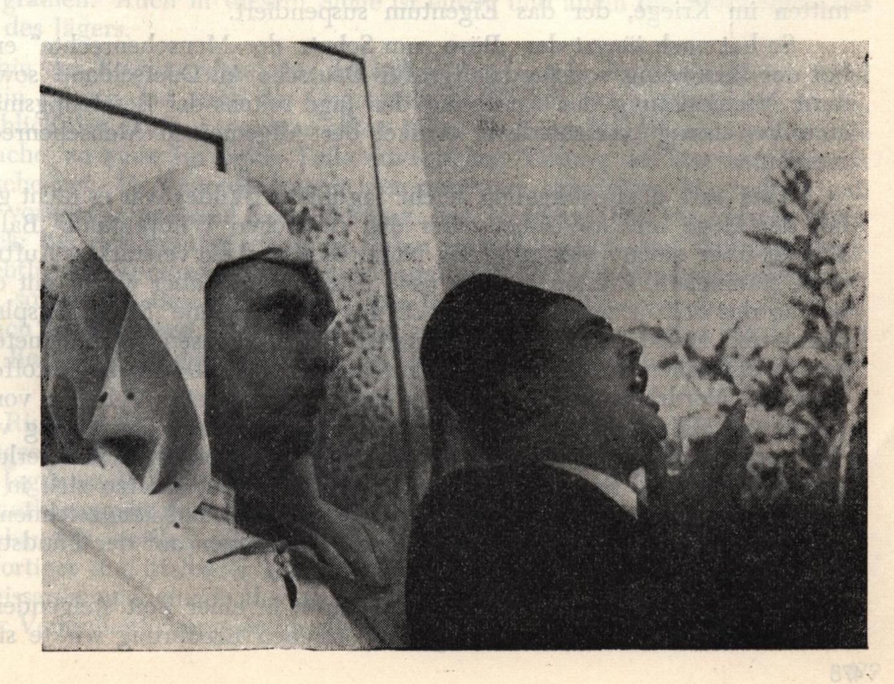


Der Sohn und der Bruder des Khalifen von Tehuan.

menge von mehr als 30 000 Personen in den Straßen drängte. Der Wagen mit dem Sarg durchquerte die ganze Stadt. Voran schritten die genannten Abordnungen, eskortiert von muselmanischen Reitern; dann folgten die Kinder der freien muselmanischen Schulen und das Ganze wurde übertönt vom unaufhörlichen Klagen der Frauen. Am Eingang des muselmanischen Friedhofes Marshan hielten Allal Fassi und Abdelkhalek Torres Ansprachen, in denen sie die unschätzbaren Verdienste Ben Abbouds für die marokkanische Sache unterstrichen. Dann wurde der Sarg nach mohammedanischer Sitte mit dem Kopfende nach Osten in die Erde gesenkt, während Schüler der Moschee Suren aus dem Khoran lasen.

*

Wie mag der Bericht ausgesehen haben, den die spanische Regierung von dieser Kundgebung von ihrem Militärattaché erhielt, der mit Abstand dem Ablauf der Feierlichkeiten beiwohnte? Die Aufgliederung der spanischen Einflußzone in mehrere gleichberechtigte militärische Distrikte im Anschluß an diese Vorkommnisse ist nur eines der äußeren Ergebnisse der Erkenntnis in Madrid, daß die Stellung Marokkos zu Franco heute nicht mehr die gleiche ist wie seinerzeit, als deutsche Junkersflugzeuge die dem Generalissimo ergebenen Truppen aufs Festland trugen. Auch die bekannten deutschen Bedenken während des Krieges, die starken Sympathien marokkanischer Nationalisten für die Errichtung eines nationalen Europa ohne Rücksichtnahme auf Franco in bare politische Münze umzusetzen, als Roosevelt den sehr gewagten Schritt einer Landung in Marokko tat, erhalten angesichts der heute erkennbaren Entwicklung ein anderes Gesicht. Es sieht so aus, als hätte sich die politische Sterilität der deutschen Führung nicht nur nachteilig in den von den eigenen Truppen besetzten west- und osteuropäischen Staaten ausgewirkt, sondern in gleicher Weise in der nationalistischen mohammedanischen Welt. Da diese Tatsache keineswegs die vielen engen persönlichen Bindungen durchschnitt, die zwischen Deutschen und Mohammedanern in allen Ländern der Islamischen Welt noch heute bestehen, ist es trotz der Entwicklung des zweiten Weltkrieges somit nicht unwichtig, die politische Entwicklung in diesen Ländern weiterhin aufmerksam zu verfolgen. Es ist nicht nebensächlich zu wissen, daß der Welt des Islam die Wiederherstellung der deutschen Souveränität wünschenswert erscheint.



Allal Fassy und Abdelkhalek Torres.

Zeitbrief aus Deutschland:

XXV

In Erwartung des „Halali"

Zu den letzten Leidtragenden der Bedingungslosen Kapitulation gehören die deutschen Jäger. Ihr unermüdliches Bemühen um Wiederstellung der Voraussetzungen eines zünftigen Waidwerks ist daher nicht nur das Sonderanliegen eines Standes, eines Berufes, einer Interessengruppe, einerPassion, sondern zeichenhaft für die Rückgewinnung unserer eigenvölkischen Lebensform überhaupt und damit Sinnbild unseres Kampfes um Freiheit und Recht.

In den Tagen, als der deutsche Besitz Freigut war, wurde auch die Jagd restlos enteignet. Dies Unternehmen vollzog sich in zwei Zuständigkeitsbereichen:

Den Anlaß bot zunächst der Umstand, daß Wild gemeinhin nicht mit Ochsenziemern, Katapulten und Schlingen erlegt wird, sondern mit waidgerechten Schußwaffen. Diese aber fielen unter das allgemeine Waffenverbot; man könnte ja divisionenweise Partisanen damit ausrüsten und einen frisch-fröhlichen Bandenkrieg entfesseln! Also wurde im Potsdamer Abkommen auch die Jagd demontiert. Flinten und Büchsen mußten unter Androhung hoher Strafen abgeliefert werden und mögen zumeist — Teilstück der Vernichtung des deutschen Volksvermögens — verkommen sein, soweit sie nicht als Siegessouvenir ins Ausland wanderten.

Zum andern ging mit dieser Entmilitarisierung auch die Jagdhoheit an die Besatzungsmächte über. Sie erklärten die Nutzung als ihr ausschließliches Vorrecht, schalteten den deutschen Jäger völlig aus und tummelten sich auf ihre Art in den verwaisten Revieren, als lebten wir nicht nur formal, sondern auch tatsächlich noch mitten im Kriege, der das Eigentum suspendiert.

So hat noch jüngst das „Büro zum Schutz der Menschenrechte" erklärt, das Verbot der Benutzung von Jagdwaffen für Deutsche in Deutschland sowie die gewaltsame Verhinderung der Ausübung der Jagd seitens der Besatzungsmächte müsse als eine Verletzung verschiedener Artikel der Allgemeinen Menschenrechte betrachtet werden.

Aber mit dem Abknallen leicht jagdbaren Wildes war es nicht getan. Der Fortfall der Hege brachte Unheil über den deutschen Wildbestand. Bald erhoben sich Klagen über einen Rückgang des Nutzwildes und ein verstärktes Auftreten von Raubwild, Kaninchen, Krähen, Elstern usw. Insbesondere aber wuchs mit der raschen Zunahme des Schwarzwildes auf das 20 bis 50fache eine Schädlingsplage heran, die Korn- und Hackfruchtäcker verwüsteten. Niedersachsen verzeichnete 1947 schätzungsweise einen diesbezüglichen Ernteausfall von 270 000 dz Kartoffeln, Rüben und Getreide, Nordrhein-Westfalen allein einen angemeldeten Schaden von 10 000 t Getreide und 50 000 t Kartoffeln, Württemberg-Baden eine Zerstörung von fast 500 ha Wintersaat und 150 ha Oelsaat, Schleswig-Holstein einen Gesamtverlust von 2 Mill. Mark. Keiler und Sauen, so hieß es im Volksmunde, suhlten sich in der Gunst der Besatzungsmächte, und gelegentlich wurde als besonders kennzeichnend für den Übermut berichtet, daß sie rottenweise einen Kraftwagen auf der Landstraße umringten und anhielten.

Neben dieser Beeinträchtigung der Ernte in einer Zeit steigenden Ablieferungssolls der Bauern für die Sicherung der deutschen Ernährung wirkte sich in gleichem

Sinne der Ausfall des Nutzwertes für die Fleischversorgung aus. In den Vorkriegsjahren betrug das westdeutsche Aufkommen an Wildbret bei geregelter Ausübung der Jagd rund 20 000 t im Wert von 30 Mill. Mark, ungerechnet der Fuchsbälge und der übrigen Raubwildstrecke. Das damals den Haushalten zur Verfügung stehende Fleisch wanderte nunmehr in die Küchen der Besatzungsmächte und nur zu einem geringen Teil in Krankenhäuser und Altersheime. Niedersachsen berechnet den heute möglichen Jagdstreckenertragswert bei 2000 t Mindestanfall auf 5 Mill. Mark jährlich, wenn eine ordnungsgemäße Jagd betrieben werden könnte.

In allen solchen Zahlen verdeutlicht sich aber nicht nur die volkswirtschaftliche Einbuße des verhinderten deutschen Waidwerks. So wichtig sie im Augenblick auch sein mag, sie stellt nur eine Folgeerscheinung dar. Entscheidend bleibt, über den praktischen Nutzen hinaus ein bewährtes Erbe als deutsche Auffassung zu erhalten und als zukünftige Aufgabe fortzuführen.

Bei ihrem Einrücken in Deutschland stellten die Besatzungstruppen als auffallende Tatsache einen weitverbreiteten, artenreichen Wildbestand fest, der entgegen dem ihnen geläufigen Lizenzsystem bei der engen Besiedelung nur zu schaffen und zu erhalten war auf Grund des Reviersystems,das die gleichfalls bemerkenswerte Verwurzelung des Waidwerks in der Bevölkerung erklären mochte. Denn es verdichtet jeweils auf einen begrenzten Raum ebenso die Jagdausübung wie die Hege. Um diese aber geht es dem deutschen Waidmann in erster Linie. Daß jede Nutznießung Pflege voraussetzt, wird kaum anderswo so ersichtlich wie in dem Verhältnis von Jagd und Hege. Aber hier wird Vor- und Fürsorge in ihrer Bedeutung gesteigert durch den Umstand, daß der Heger gleichzeitig Naturschützler ist, d. h. nicht nur als Bewahrer eines vorgegebenen Bestandes, sondern darüber hinaus als Helfer der Natur in der behutsamen Regelung der Symbiose von Tier und Pflanze, des Ausgleichs der Lebensansprüche auf freier Wildbahn, der Ausmerze des Kranken und Schwachen und der Förderung des Starken und Gesunden, kurz: als Wächter über das harmonische Gleichgewicht im Haushalt der Natur, dessen Ueberschuß ihm dann schließlich zugute kommt. Eine solche Hege aber ist, von Verantwortung und Liebe getragen, nur im beschränkten Pflichtenkreis eigenen Grund und Bodens möglich. Sie ist weiterhin kein rührseliger Appell, sondern ein handfestes Geschäft; mit Pfeil und Bogen läßt sich das Raubwild nicht kurz halten und mit dem Spazierstock kein wildernder Schlingensteller vergrämen. Auch in diesem Sinne ist einzig und allein die Schußwaffe das Wahrzeichen des Jägers.

Daß mithin der Rechtszustand der deutschen Jagd nach der Kapitulation nicht von Dauer sein konnte, hat auch die Gegenseite eingesehen, vor allem in dem Maße, als hier allmählich der Einfluß waidgerechter Jäger Platz griff. Dennoch sind die meisten Versuche, zu einer für beide Teile erträglichen Lösung zu kommen, vorerst durchweg gescheitert. Den Empfindungen der gesamten deutschen Jägerschaft gab im Dezember vorigen Jahres eine Entschließung des Landtags von Nordrhein-Westfalen Ausdruck: bei der Bundesregierung „dahin vorstellig zu werden, daß den Deutschen die rechtlichen Voraussetzungen zum Jagen und Fischen wiedergegeben werden und daß, soweit die Besatzungsmacht das Jagd- und Fischereirecht selbst ausübt, dieses nach Grundsätzen erfolgt, die dem vorhandenen deutschen Wild- und Fischbestand Rechnung tragen und den deutschen jagdrechtlichen Bedingungen entsprechen".

In dieser Richtung hat das neue Jahr mit Vorstößen begonnen, die endlich eine baldige durchgreifende Aenderung der unhaltbaren Zustände erhoffen lassen. Am 4. 1. hat der Jagdausschuß des Bundestages seine erste Sitzung abgehalten. Eine amtliche Verlautbarung liegt nicht vor; aber als wesentlicher Gegenstand wird die Jagdhoheit behandelt worden sein. Hier bestehen drei Möglichkeiten: Neben der Aufnahme sofortiger unmittelbarer Rücksprachen zwischen Bundesregierung und Hohen Kommissaren und einem abwartenden Verhalten, bis sich etwa auf Zonenebene eine zur Vereinheitlichung geeignete Regelung angebahnt hat, ist die Folge-

rung aus einer grundsätzlichen Ansicht denkbar, die das allgemeine völkerrechtliche Verhältnis zu den Besatzungsmächten nach den neuesten Bestimmungen voraussetzt:

Danach wird die beschränkte Souveränität Deutschlands ausschließlich umrissen durch Grundgesetz und Länderverfassungen einerseits und zum andern durch das Besatzungsstatut, nach dem diesen Gesetzeswerken zuwiderlaufende frühere Verfügungen der Alliierten aufgehoben oder geändert werden sollen. Das von den Besatzungsmächten gebilligte Grundgesetz ermöglicht den Erlaß eines Rahmengesetzes für die verfassungsmäßige Jagdgesetzgebung der Länder. Das Besatzungsstatut behält sich nur allgemein vor „die Befriedigung der Besatzungskosten sowie der anderen Bedürfnisse der Besatzung". Sofern unter diese anderen Bedürfnisse auch die Jagd zu rechnen ist, kann es sich nunmehr handeln weder um die summarischen Kontrollratsverbote der Jagdausübung durch Deutsche noch um eine Monopolisierung der deutschen Jagd nach alliierten Gewohnheiten. Es geht lediglich um eine säuberliche Trennung und Abstimmung der beiderseitigen Ansprüche, d. h. für die Besatzungsmächte darum, ihren angemessenen Anteil am Abschuß sicherzustellen und im übrigen den Jagdbetrieb der Deutschen ihrer eigenen Legislative zu unterstellen.

Diese an und für sich klare Rechtslage macht die gegenwärtigen Auseinandersetzungen zum Schulbeispiel für die trotz aller Erklärungen immer noch bestehende Völkerrechtsunsicherheit des deutschen Zustandes fünf Jahre nach Niederlegung der Waffen. Es wird zur Zeit zwar viel verhandelt und mehr oder weniger amtlich verlautbart; aber das Gespräch entwickelt sich nur schleppend und wird hin und wieder durch Dissonanzen gestört. So brachte die Zeitschrift „Wild und Hund" in ihrer Januarnummer „vier Neujahrswünsche" an die Besatzungsmächte: Klare und offene Bekundung über Einschätzung und Behandlung der deutschen Jäger, Befreiung von jeglichem s yndikalistischem Lizenzsystem und Zugrundelegung des deutschen individuellen Reviersystems auch für die Besatzungsjäger, Vertrauen in die Möglichkeit einer Zusammenarbeit zwischen dem Waidwerk beider Partner, Freigabe der Jagdgewehre.

Mit solchen Forderungen ist nach den Worten des geschäftsführenden Präsidenten des Deutschen Jagdschutz-Verbandes ein schicksalhaftes Ringen, „wie es keine Jägergeneration vor uns in dieser Härte hat erleben müssen", in das Stadium der Entscheidung getreten. Diese ist nur zu meistern mit einer inneren und äußeren Geschlossenheit, die Ende 1949 mit der Gründung des Deutschen Jagdschutz-Verbandes vollzogen wurde als Demonstration eines Willens zur Einheit, wie er ebenfalls „in der Geschichte der deutschen Jagdorganisation bisher ohne Beispiel geblieben ist".

Der Jagdschutz-Verband hat nun inzwischen auch die interne Aufgabe tatkräftig in Angriff genommen, Bestimmungen über das deutsche Jagdwesen vorzubereiten. Im Januar hat sein jagdrechtlicher Ausschuß einstimmig den Vorschlag eines Bundesjagdgesetzes gebilligt. Der Entwurf beruht auf den bewährten Grundsätzen des Reichsjagdgesetzes, hält also das Jagdrecht für „untrennbar mit dem Eigentum am Grund und Boden verbunden" und spricht es nur demjenigen zu, der es mit der „Pflicht, das Wild zu hegen", „nach den allgemein anerkannten Grundsätzen deutscher Waidgerechtigkeit" ausübt. Er wird noch verschiedene Klippen zu umschiffen haben, bis er über das Ernährungsministerium, den Jagdausschuß und das Plenum des Bundestages die Form gefunden hat, in der er den Hohen Kommissaren zur Genehmigung vorgelegt werden wird. Aber die deutschen Jäger hoffen, daß er auf diesem Wege keine Verstümmelungen erleidet und damit in ihrem Sinne binnen kurzem die deutsche Jagd wieder einer bundeseinheitlichen Rahmenregelung unterwirft, die den Spuk der Nachkriegsjahre endlich beseitigt und vergessen sein läßt.

Voraussetzung für die Handhabung eines solchen Gesetzes aber ist die Freigabe der Waffen. Sie ist mit dem Hinweis auf eine Gefährdung der persönlichen Sicherheit der Besatzungsangehörigen nun wirklich nicht länger hintanzuhalten. Mit Recht werden diese fortwährenden Bedenken im Zeitalter der Atombombe als gegenstands-

los und daher entweder als Verunglimpfung der deutschen Jäger oder als Vorwand empfunden, die Entscheidung hinauszuzögern. Alle Zugeständnisse der Alliierten bleiben platonische Erklärungen ohne eine grundsätzlich unbeschränkte Zulassung von Flinten und eine ausreichende Freigabe von Büchsen als Eigentum ausgewählter und lizensierter Jäger. Zudem ist die Beschaffung dieser Waffen noch eine Frage für sich, die bei dem völligen Demontageverlust entsprechender Produktionsstätten auf westdeutschem Boden vorerst nur auf dem Wege der Einfuhr zu lösen sein wird, wenn nicht erneut Jahre vergehen sollen, bis die deutsche Jagd Tatsache wird.

Inzwischen sind auf der Zonenebene die alten Vorschriften überall ins Wanken geraten. Am weitesten ist die Waffenversorgung in der französischen Zone gediehen, die auch sonst in der Billigung der zuständigen Landesjagdgesetze den Wünschen der deutschen Jäger am willigsten entgegenkommt. In den beiden anderen Zonen verhandelt man noch überTeillösungen. Sind also die Aussichten für eine halbwegs zufriedenstellende Regelung überall verschieden, so hat doch das militärische Sicherheitsamt der Besatzungsmächte unter Zustimmung der Hohen Kommissare vorgeschlagen, „gemeinsame Richtlinien über Besitz, Kauf, Verkauf und Verwendung von Jagdwaffen durch Deutsche unter gewissen Aufsichtsbedingungen aufzustellen".

Mithin ist zur Zeit der ganze Sachverhalt in einer verheißungsvollen Schwebe und eine Entscheidung nicht mehr aufzuhalten; die nächsten Wochen und Monate werden wichtige Maßnahmen bringen.

Gewiß ist nur ein Bruchteil der deutschen Bevölkerung jagdlich unmittelbar interessiert; andere Sorgen bestimmen vordringlich ihren Werktag. Aber abgesehen davon, daß alle Schichten in der deutschen Jägerschaft vertreten sind und damit das Waidwerk mittelbar im gesamten Volke verankert ist, sind es vorwiegend zwei Umstände, die das Bemühen um Rückgewinnung einer freien deutschen Jagd zu einem nationalen Anliegen machen: Einmal wirft die Auseinandersetzung an einem sinnfälligen Beispiel besonders eindruckvoll die einmalige Völkerrechtslage unseres rumpfstaatlichen Gemeinwesens an der schartigen Wende zwischen Krieg und Frieden auf. Zum andern handelt es sich bei diesem Vorkämpfertum um eine Gruppengeistigkeit, die in der bodengebundenen Hege der einheimischen Tierwelt einen Urstand der Nation darstellt. Das Ringen der deutschen Jäger um Wiedererlangung ihrer Gerechtsame ist also ein Abbild unseres allgemeinen Kampfes um Freiheit und Recht in Besinnung auf natürliche Kraftquellen und Ueberlieferungen unseres Volkes. Und wir hoffen, daß ihnen das neue Jagdjahr die Erfüllung ihrer Erwartungen bringt, in der auch ein Teil von unser aller Zuversicht in eine endgültige Befriedung des deutschen Daseins beschlossen liegt.

(Abgeschlossen: 20. 3. 1950) *Haef.*

Fessele durch Tat jagende Zeit
Schmiede den Tag an die Ewigkeit

Alte Berliner Hausinschrift

Rote Friedenstaube über Schweden

Von Dr. KLEIST

(Fortsetzung)

Die Umsiedlung der Ingermanländer und die Frage der Estland-Schweden führten mich im Juni 1943 wiederum über Helsinki nach Stockholm. Schon am Tage nach meiner Ankunft am 18. 6. 43 erschien Herr Clauß in meinem Hotel. Auf meine erstaunte Frage, woher er meinen Namen und meine Ankunft erfahren habe, lächelte er augurenhaft und sagte: „Das erscheint Ihnen verwunderlich, aber ich habe Ihnen etwas mitzuteilen, was Sie noch viel mehr verwundern wird. Ihr Freund Alexandrov ist eben in Stockholm. Er reist morgen nach London weiter und kommt in etwa zehn bis zwölf Tagen hierher zurück, um sich mit Ihnen zu treffen.“ — Meine Antwort ernüchterte ihn einigermaßen: „Ich habe keinen „Freund“ Alexandrov und ich habe noch weniger die Absicht oder gar den Auftrag, mit Ihren Freunden zu verhandeln. Ich führe hier rein humanitäre Aufgaben durch. Wenn ich mich mit Ihnen unterhalten habe, so tat ich das als ein am Osten interessierter Privatmann.“ — Herr Clauß parierte: „Selbstverständlich treten Sie nur als Privatmann auf, ebenso wie Alexandrov, der sich rein zufällig mit seinem alten Bekannten aus Moskau trifft. Sie werden doch zugeben, daß Ihnen der Leiter der Europa-Abteilung des Narkomindel (des sowjetischen Außenkommissariates) von mehreren Besprechungen her bekannt ist.“ — Das war fast eine Ueberrumpelung. Tatsächlich kannte ich Alexandrov flüchtig, hatte aber an diesen unscheinbaren, vorsichtigen, kleinen Mann aus Moskau nicht mehr gedacht, und seinen Namen nie erwähnt. Wenn Clauß mir jetzt diesen Namen hervorzauberte, so konnte das kaum eine Taschenspielerei sein. Jedenfalls sprach die Wahrscheinlichkeit für eine echte Verbindung des Clauß zur Sowjet-Seite. Die Sache wurde ernst.

„Mein lieber Herr Clauß, antwortete ich, wenn Alexandrov als Privatmann sich mit mir als Privatmann zu einer Plauderei über vergangene Zeiten treffen will, dann gut. Hinterher machen wir dann zusammen ein Restaurant in Stockholm auf, wie die drei Kavaliere in der „Ninotschka“. Denn ich glaube kaum, daß Alexandrov danach zurück nach Moskau reisen wird, wo ihm dann die gleiche Rechnung präsentiert werden würde, wie mir in Berlin. Aber Scherz beiseite! Wenn Alexandrov sich hier mit mir trifft, so tut er das im Auftrage des Kreml. Und er tut es nur, wenn auch ich als Sprecher der Reichsregierung auftrete. Nehmen Sie bitte zur Kenntnis, daß auf meiner Seite die Voraussetzungen dafür fehlen.“

Wieder stimmte mir Herr Clauß mit verständnisvollem Lächeln zu. So war also mit ihm nicht weiter zu kommen. Ich machte gute Miene zum gefährlichen Spiel, ließ etwas zu Essen und zu Trinken kommen und setzte mich mit meinem Besucher zu einer „Sakuska“, wie er sie als Osteuropäer gewohnt war, nieder. „Ich möchte Sie nicht über die Wege und Methoden Ihres Kontaktes mit den Sowjets befragen, das mag Ihr privates Geheimnis bleiben. Aber ich bin doch neugierig, ob Sie mir die Gründe des Kreml verraten können, jetzt, wo die deutschen Armeen überall zurückweichen, mit einem Verhandlungsangebot an Deutschland heranzutreten. Wenn Sie mir das plausibel machen können, dann wollen wir weitersprechen.“

Clauß holte eine Handvoll russischer Aufzeichnungen aus der Tasche mit der Entschuldigung, er sei kein Politiker und müsse sich daher auf diese Notizen stützen, die er anhand zweier längerer Diskussionen mit Angehörigen der Sowjet-Gesandtschaft aufgezeichnet habe: „Die Sowjets sind, sagte Claus mit großer Bestimmtheit, nicht gewillt, auch nur einen Tag länger als notwendig für die Interessen Englands und Amerikas zu kämpfen („Nie odnu minutu“, nicht eine Minute, wiederholte Clauß, Hitler hat sich in seiner ideologischen Verblendung durch die Intrigen der kapitalistischen Mächte in diesen Krieg hetzen lassen, der den Kreml mitten in einer entscheidenden Phase seines inneren Aufbauwerkes gestört hat. Die Sowjet-Union kann zwar unter Inanspruchnahme ihrer letzten Ressourcen und mit Hilfe der USA -Lieferungen den deutschen Kämpfer schlagen. Aber über der Leiche des vernichteten Deutschlands wird die erschöpfte, aus vielen Wunden blutende Sowjet-Union den blanken, von keinem Hieb abgestumpften Waffen der Westmächte entgegentreten müssen. Bis heute sind die Anglo-Amerikaner mit keiner garantierbaren Erklärung über Kriegsziele, territoriale Abgrenzungen, Friedensgestaltung, etc., etc., hervorgetreten. Rudolf Heß wird in England nicht als ein gefangener Kriegsverbrecher, sondern wie ein Kavalier behandelt. Alle Anfragen der Russen, was mit ihm geschehen werde, werden von England hinhaltend beantwortet. — Die gesamte Kriegslast wird dem Osten zugeschoben. Von einer zweiten Front in Europa ist nicht die Rede. Die Landung in Afrika scheint eher der Flankendeckung gegenüber der Sowjet-Union als einem Angriff gegen die Achsenmächte zu dienen. In Persien ist ein Kompromiß mit England nur eben mit Mühe erreicht worden. Stalin kann daher den Vertröstungen Roosevelts und Churchills keinen realen Wert beimessen. Deutschland dagegen ist im Besitz von vielen Tausenden Quadratkilometern, die die Rote Armee Fuß um Fuß unter enormen Verlusten von Menschen, Material und Zeit zurückerobern muß. Diese Gebiete sind ein Verhandlungsobjekt in Deutschlands Händen, über das sich sofort ein konkretes Geschäft abschließen läßt.“

„Wenn aber dieses Geschäft abgeschlossen ist, was dann?“ unterbrach ich Clauß.

„Dann gibt es zwei Garantien für die Erhaltung des Friedess. Die erste liegt in der Notwendigkeit für die Sowjet-Union, ihre Wunden zu heilen, die Kriegsschäden auszubessern und den inneren Auf-

bau zu vollenden. Die zweite Garantie ist die wirtschaftliche Hilfe, die Deutschland dabei leisten kann. Denn wenn Deutschland vernichtet würde, bliebe die Sowjet-Union allein auf amerikanische Hilfe angewiesen, die ihr in jedem Augenblick verweigert werden könnte."

Meinem Hinweis auf das Dogma der Weltrevolution begegnete Clauß mit den Worten: „Es hat keinen Zweck, Ihnen vorzumachen, daß das alles papierene Ideologie sei. Das Dogma von der Weltrevolution als notwendige Endlösung für das Übergangsstadium des Stalin'schen „Sozialismus in einem Lande" wird selbstverständlich nicht preisgegeben. Das kann der Kreml schon wegen seiner Fünften Kolonnen in aller Welt nicht. Aber die Weltrevolution ist zu verstehen als eine autonome Entwicklung aus dem Zusammenbruch des imperialistischen Spät-Stadiums des Kapitalismus. Sie kann nicht gemacht werden, sie muß sich selbst vollziehen. Jedenfalls wird der Staatsmann Stalin seinen Staat nicht gefährden durch die Überstürzung unreifer ideologischer Zukunftshoffnungen. Der weltrevolutionären Entwicklung ist eher gedient, wenn die Kräfte der kapitalistischen Staaten sich gegeneinander wenden und sich aneinander aufreiben, anstatt sich mit dem stärksten militärischen Faktor als Speerspitze gegen die Sowjet-Union als das Kernland der proletarischen Weltrevolution zu wenden."

„Aus den Besprechungen mit den anglo-amerikanischen Staatsmännern und Generalstäblern geht immer deutlicher die Absicht hervor, eine zweite Front auf dem Balkan zu etablieren. Dem Kreml ist das höchst unerwünscht. Wenn dieser Plan durchgesetzt wird, würde der Kreml zur Okkupation Japans schreiten, oder wenigstens damit drohen. Die von den USA gelieferten 150 schweren Bomber sind nicht an die Westfront gegangen, sondern in die Fernöstliche Armee eingereiht worden. In Sibirien werden zur Zeit 400 neue Divisionen ausgebildet, so daß im Winter 600 Divisionen zu je 8—10 000 Mann gegen Deutschland kämpfen werden."

Semjonov habe weiterhin erklärt, daß die Verhältnisse in Osteuropa von Finnland bis herunter zu den türkischen Meerengen nur gemeinsam mit Deutschland und nicht mit den Westmächten dauerhaft geordnet werden könnten. Man glaube in Moskau auch nicht an einen schnellen, totalen militärischen Erfolg und ebenso wenig an eine Kapitulation Deutschlands. Jeder militärische Teilerfolg verbessere nur das Verhältnis der Nachschublinien für Deutschland. Je näher der Kampf an die deutschen Grenzen rücke, umso härter werde die Wehrmacht kämpfen. Im übrigen sehe Semjonov die Abberufung von M. und L., die die Angloamerikaner sehr verstimmt habe, als einen Wink an Deutschlands Adresse an. (Ich nehme an, daß Litwinow und Maisky gemeint waren).

Nach einer längeren Darlegung militärischer Natur kam Clauß zu einem Gebiet, über das er sehr genaue Aufzeichnungen vorliegen hatte: „Europa betrachtet sich noch immer als den Nabel der Welt. Insbesondere Deutschland hält naturgemäß die europäischen Kriegsschauplätze und die europäischen Kriegsziele für die wichtigsten. Die Sowjet-Union aber hat sich seit 1917 von ihren europäischen Positionen immer weiter entfernt. Der Verlust der Westgebiete des alten Zarenreiches in Polen und Baltikum mit den wichtigsten Industriezentren, sowie die Verlagerung der Hauptstadt von Petersburg nach Moskau war der erste Ruck nach Osten. Die Entwicklung des Moskauer Industrie-Rayons und des Don-Bas der zweite. Der dritte entscheidende Ruck aber war der Aufbau neuer Industrie-Kombinate vom Typ des Ural-Kusnezker jenseits des Ural, wozu als erheblicher Nebenfaktor der agrariche Ausbau Turkestans und weiterer asiatischer Gebiete tritt. Damit ist die Sowjet-Union in die asiatische Welt, ja in den Fernen Osten viel weiter hineingewachsen, als dem europäischen Bewußtsein vorstellbar ist. Stalin selbst ist jenseits der Kaukasus-Grenze Europas geboren, er kennt Sibirien schon vor der Revolution aus sieben unfreiwilligen Aufenthalten. Westeuropa ist ihm fast ganz fremd. — Westeuropa ist ein alter Kontinent mit längst ausgewachsenen Lebensformen, mit markanten ausgereiften Völkerpersönlichkeiten, die nur mit langer Geduld und viel Mühe in das sowjetische Gesamtkonzept hineingemodelt werden könnten, das bis zur endgültigen Weltrevolution notwendigerweise ein moskowitisches sein muß. — Viel größer und weiter sind dagegen auf lange Sicht die Chancen Moskaus auf dem fernöstlichen Welttheater. Die chinesische Revolution hat den Inhalt der jahrtausendealten chinesischen Kultur vernichtet. Alle bestehenden Werte sind säkularisiert. Die japanische Invasion zerstört jetzt auch die äußeren, noch bestehenden Formen der Tradition, der Familienbindung und der Besitzverhältnisse und erregt nationale Widerstandsgruppen, die das alte Gefüge noch weiter zerreißen. In einem Dammrutsch ohne gleichen gleiten die Millionen-Massen entwurzelter Individuen, die nicht wie der Europäer eine Sonderexistenz gewöhnt sind, dem in die Hände, der sie zu formen weiß. Formen aber wird sie nicht der freiheitpredigende angloamerikanische Demokrat, der selbst dazu beihilft, die alten Mauern einzureißen, sondern der Mann im Kreml. Als die sowjetischen Emissäre Karachan, Borodin und Blücher in der chinesischen Revolution einen Fehlschlag erlitten, als aus den chinesischen Wirren keine proletarische Revolution nach dem Rezept von Marx und Lenin geboren wurde, zog Moskau sich auf eine ganz weitsichtige Politik zurück, er gründete die Fernöstlichen Universitäten in Moskau und Leningrad, wo jetzt Jahr für Jahr Tausende von Chinesen, Indern, Burmesen und Javanern ihre fachliche Ausbildung zugleich mit der nötigen politischen Ausrichtung erhalten. — Dort in China liegt die Entscheidung des nächsten Jahrhunderts, dort in China wird um die Weltherrschaft gekämpft, für China will der Herr im Kreml sein Pulver trocken halten und seine Kräfte sparen. Darum ist Alexandrov bereit, mit Ihnen zu sprechen."

Ich muß zugeben, daß diese Perlenkette von Gründen recht bestechend aussah. Gewiß waren diese Gedankengänge im einzelnen richtig und mochten auch bisweilen von den Leuten in Moskau so gedacht werden. Jedenfalls war es ganz unwahrscheinlich, daß Herr Clauss sich diese ganze Beweisführung selbst zurechtgelegt hatte. Hinzu kamen einige von ihm genannte Namen und Vorkommnisse, die auf eine direkte Information von sowjetischer Seite hindeuteten.

War Alexandrov also wirklich in Stockholm und war er bereit, mit mir zu sprechen, so war es klar,

daß die Grenze eines privaten Abenteuers damit endgültig überschritten war. Alexandrov konnte kein Interesse haben, mit einem Oppositionellen irgendwelcher Gruppierung zu konferieren. Er konnte nur nach einem Manne suchen, der den direkten Draht zur Wolfschanze herstellte. Den dargereichten Faden privatim weiter zu spinnen, war also nicht nur sinnlos und gefährlich, sondern auch unmöglich. Es standen für mich nur zwei Wege offen: Entweder das ganze Spiel fallen zu lassen und zu versuchen, es ohne peinliche Folge zu liquidieren, oder als bloßes Werkzeug der großen Politik den vom Kreml gewünschten Kontakt herzustellen. Kein leichter Entschluß. Stundenlang wanderte ich in dieser Nacht durch das strahlend erhellte Stockholm. Shakespeares Wort fiel mir ein:

„The time is out of joint: O cursed spite,
That ever I was born to set it right!“

Es kam mir überheblich vor, mein kleines Schicksal mit so großen Maßstäben zu messen, aber stand hier nicht mehr auf dem Spiel, als jener Familienstreit des Dänenprinzen? Wenn hier auch nur der leiseste Schatten einer Möglichkeit bestand, diesen Krieg zu beenden und Europa vor einer sowjetischen Invasion zu bewahren, hatte ich dann überhaupt noch eine Wahl? konnte ich jetzt aus meinem Unternehmen aussteigen und in dem beruhigenden Gefühl nach Hause fahren, mit heiler Haut einem riskanten Abenteuer entronnen zu sein, mochten dann die Dinge ohne mich bis zu jenem Tage weiterlaufen, der die Russen an der Elbe sah.

Am nächsten Morgen flog ich über die Ostsee nach Berlin, sprang in Tempelhof aus der Maschine — und war verhaftet. Ein Beamter des Auslands-Amtes des Sicherheitsdienstes mit mehreren Begleitern hatte auf meine Ankunft gewartet, um mich befehlsgemäß seinem höchsten Chef, SS-Obergruppenführer Dr. Kaltenbrunner, zuzuführen. Unterwegs erfuhr ich den Grund dieser unangenehmen Aufmerksamkeit. Mein Gewährsmann C. war in der Sorge, ob ich auch der rechte Uebermittler des Alexandrov-Angebotes sei, zum deutschen Militärattaché in Stockholm gegangen und hatte dort ebenfalls seine Meldung angebracht. Der Militärattaché hatte an seinen Chef, den Admiral Canaris, und Canaris an Hitler berichtet. Seine Meldung aber lautete: „Der Jude Clauss erklärt, daß der Jude Alexandrow in Stockholm sei, um auf einen deutschen Unterhändler zu warten. Falls innerhalb von vier Tagen kein deutscher Vertreter erscheine, werde Alexandrov nach London weiterreisen, um dort die endgültige Zusammenarbeit des Kreml mit den Westmächten in Gang zu bringen. — Hitler hatte auf diese Meldung mit einem Wutanfall reagiert und befohlen, daß alle, die mit „dieser dreisten jüdischen Provokation“ dienstlich zu tun gehabt hätten, schärfstens zur Verantwortung zu ziehen seien. In dem entstehenden Telegrammwechsel zwischen Berlin und dem Stockholmer Militärattaché wurde Berlin am Vormittag meines Flugtages mitgeteilt, daß ich eben nach Berlin unterwegs sei und über die Angelegenheit authentische Auskunft erteilen könne.

So war meine Inhaftierung erfolgt.

Uebermäßig erstaunt war ich über diese neueste Wendung meines Erdenwallens nicht. Wer seine Finger in das gefährliche Getriebe der Maschinerie der großen Politik steckt, durfte sich nicht wundern, wenn er dabei zu Schaden kam, noch dazu mitten im Kriege und in einem Staate, der über ein Instrument vom Schlage der Gestapo verfügte. Kaltenbrunner forderte mich zu einem ausführlichen Bericht auf. Ich gab ihm eine Darstellung des äußeren Ablaufes, die er sich ruhig anhörte. Trotz der Peinlichkeit des Verhörs entnahm ich bald aus einigen Zwischenfragen, daß Kaltenbrunners Interesse erwacht war. Es ging nicht mehr um die Feststellung meiner Sünden, sondern um die Ergründung des Falles selbst. Als ich am Ende war, nahm mich Kaltenbrunner in einem Nebenraum beiseite und sagte mir unter vier Augen: „Ich habe den Eindruck gewonnen, daß Ihre Darstellung richtig ist. Können Sie mir erklären, wie die blödsinnige Meldung der Abwehr zustande gekommen ist? Sind Alexandrov und Clauß überhaupt Juden?“ — „Alexandrov ist reiner Russe und gewiß kein Jude. Herr Clauss ist meiner Meinung nach ebenfalls kein Jude, aber ich gebe offen zu, daß ich mir über das Pedigree dieses Mannes bisher weniger Gedanken gemacht habe, als über die Echtheit seiner Nachrichten. Wie die Meldung über Canaris zustandegekommen ist, kann ich nicht sagen. Entweder wollte man dort die ganze Sache als „jüdische Provokation“ diskreditieren, oder aber jemand glaubte, durch ultimative Uebersteigerung eine schnelle Reaktion des Hauptquartiers zu erreichen.“ — „Jedenfalls, fuhr Kaltenbrunner fort, ist damit die ganze Geschichte beim Führer so gründlich verfahren, daß niemand es zur Zeit wagen dürfte, sie noch einmal aufs Tapet zu bringen. Geben Sie daher keine Meldung an den Reichsaußenminister weiter. Ich selbst werde Ribbentrop informieren, sobald etwas Gras über die Sache gewachsen und die Gefahr für Sie vorüber ist. Ich entlasse Sie jetzt auf Ehrenwort in Hausarrest und werde Ihnen Nachricht geben, wenn Sie sich wieder frei bewegen können.“

Mein Hausarrest wurde nach knapp vierzehn Tagen aufgehoben, ich wurde jedoch von befreundeter Seite gewarnt, zurückhaltend zu sein und mich und andere nicht durch unvorsichtige Telefongespräche und Zusammenkünfte zu gefährden.

Gebranntes Kind scheut das Feuer. Aber das andere Feuer begann dafür um so heißer zu brennen, das Feuer, unter dem die deutschen und italienischen Truppen in Tunis kapitulierten und das am 10. Juli nach Sizilien übersprang. Die deutsche U-Boot-Waffe wurde durch den Einsatz des englischen Radar-Gerätes lahmgelegt und die amerikanische industrielle Potenz, die zwar nicht in den Gutachten der Fachleute, wohl aber in den Plänen der deutschen Führung unterschätzt worden war, begann sich im Luftkrieg auszuwirken. Im Osten war die Front nach der Niederlage bei Stalingrad wieder aufgefangen worden, aber die Rote Armee hatte auf dem Abschnitt zwischen Orel und dem Asowschen Meer mit etwa 400 Divisionen eine mehr als dreifache Ueberlegenheit massiert. Am 5. Juli ergriff Feldmarschall Kluge noch einmal die Initiative mit einem Angriff gegen denFrontbogen westlich von Kursk. Er machte 30 000 Gefangene und nur geringen Geländegewinn. Wahrscheinlich war diese Operation nur ein defensiver Schlag gegen die sowjetische Offensive, die schon am 11. Juli losbrach, sich weit nach Norden und Süden ausdehnte, und, wenn auch langsam

und unter schwersten Verlusten, so doch zäh und unaufhaltsam nach Westen vorzuschreiten begann.

Politisch geschah auf deutscher Seite nichts. Hitler wollte „mitten im Strome nicht die Pferde wechseln."

Ribbentrop rief mich am 16. August durch ein mysteriös getarntes Ferngespräch in das Führerhauptquartier nach Ostpreußen. Nach meiner Ankunft rief ich seinen Adjutanten an und bat ihn, mich beim Reichsaußenminister anzumelden mit dem Bemerken, daß ich morgen um 12 Uhr mit der Kurier-Maschine nach Pleskau fliegen müsse, wo ich mit der ingermanländischen Umsiedlung zu tun hätte. „Um Gottes willen, kam es zurück, das kann ich dem Minister doch nicht sagen. Hier warten Staatssekretäre, Botschafter und Gesandte schon seit zwei Wochen. Sie werden Ihre Wartezeit also in durchaus standesgemäßer und angenehmer Gesellschaft verbringen." — „Ich bedauere sehr, auf diesen Vorzug verzichten zu müssen. Bitte seien Sie so freundlich, gleich den Minister zu unterrichten." — Zehn Minuten später holte mich ein Wagen zu Ribbentrop und ich wußte, daß es um eine Sache ging, die an erster Stelle rangierte.

Ribbentrop begrüßte mich freundlich, lud mich zum Sitzen ein und sagte wie beiläufig: „Ich habe Sie hergebeten, um mir noch einmal diese alberne Geschichte da oben, wissen Sie, Ihre Begegnung mit dem Juden in Stockholm anzuhören, bevor ich sie endgültig zu den Akten lege." — Ich ging auf seinen Ton ein und bedauerte, seine kostbare Zeit mit einer Sache verschwenden zu müssen, die doch endgültig passée sei. Uebrigens sei weder Alexandrov noch Clauss meines Wissens Jude, aber das habe ja nun nichts mehr zu bedeuten. — Ribbentrop ging nun aus seiner scheinbaren Reserve heraus und bat mich um eine möglichst detaillierte Schilderung der ganzen „Albernen Geschichte." Mehr als vier Stunden vergingen über der genauesten Sezierung der kleinsten Einzelheit, sei es die Person des Clauss oder Alexandrovs, die äußeren Umstände meines Zusammentreffens, die Gründe des Clauss oder gar die Motive des Kreml.

Ribbentrop schüttelte gewissermaßen das ganze durch ein Sieb, bis nur das übrig blieb, was unbezweifelbar echt war. Es blieb übrig:

1. die Tatsache, daß Clauss Verbindung zur Sowjet-Gesandtschaft in Stockholm hatte;
2. daß Clauss bereits mehrfach richtige Informationen über Vorgänge in der Sowjet-Union brachte;
3. die Nennung des Namens Alexandrov und die dadurch erwiesene Kenntnis meiner Beziehungen zu Alexandrov;
4. schließlich die Meldung eines deutschen Abwehragenten aus Stockholm, daß Clauss mit Alexandrov in der Kungsgatan in Stockholm beim Einkaufen gesehen worden sei.

Dieses letzte Beweisstück verschwieg mir Ribbentrop. Ich erfuhr es später auf anderen Wegen.

Erst heute, im Jahre 1949 erfahre ich, daß das Protokoll des Auswärtigen Amtes damals beauftragt worden war, die arische Abstammung Alexandrovs festzustellen. Diese Ahnenforschung wurde mit protokollarischer Gründlichkeit betrieben, aber blieb ergebnislos. Vielleicht ist damit die lange Verzögerung der Reaktion Ribbentrops zu erklären.

Der gesamte Befund gab Ribbentrop Veranlassung, sich am Nachmittag zur Wolfsschanze zu begeben, um Hitler Vortrag zu halten und eine neue Entscheidung zu erbitten. Nach seiner Rückkehr gab er mir folgenden Bescheid: „Sie sind sich hoffentlich klar darüber, daß von irgendwelchen Verhandlungen zwischen uns und Moskau niemals die Rede sein kann. Dieser Krieg wird ohne Erbarmen bis zum siegreichen Ende gekämpft. Auf dieser Grundlage, die Ihnen immer unverrückbar vor Augen stehen muß, erhalten Sie die Genehmigung, mit diesem Clauss in vorsichtigster Form als Privatmann Fühlung zu halten. Diese Fühlungnahme dient ausschließlich unserer Information über die Zustände und Auffassungen in der Sowjet-Union. Wenn darüber hinaus der Kreml uns irgendwelche Erklärungen abzugeben wünscht, dann wird er wissen, daß er über Sie die Garantie einer sofortigen Weiterleitung solcher Erklärungen an die Reichsregierung erhält. Wenn Sie gelegentlich wieder in Schweden zu tun haben sollten, so sind Sie, und Sie allein, berechtigt, mit Herrn Clauss Kontakt zu halten. Lassen Sie mich wissen, was er Ihnen zu sagen hat."

Das war kein Auftrag, sondern war eine weitläufige „Genehmigung" mit so vielen Wenn und Aber, daß ich mich im Geiste schon wieder im Verhör bei Kaltenbrunner sah. Aber jeder Versuch, von Ribbentrop einen klaren Auftrag und eine genaue Abgrenzung meiner Befugnisse zu erhalten, schlug fehl. Offensichtlich hatte Ribbentrop selbst von Hitler nur eine unbestimmte Anweisung erhalten und traute sich nun nicht, selbständig weiterzugehen.

So schlug ich einen anderen Weg ein und versuchte mit einem Schuß zwei Hasen zu erwischen. Ich erklärte Ribbentrop, daß ich keine dienstliche Veranlassung oder Möglichkeit hätte, nach Schweden zu reisen. Wenn ich ohne eine konkrete und sichtbare Aufgabe wiederholt in Schweden erschiene, so sei es nur eine Frage der Zeit, daß ich auffallen und zu Gerüchten Anlaß geben würde. Es gebe aber ein Arbeitsgebiet, das mich nicht nur zu Reisen nach Schweden autorisieren, sondern auch der schwedischen Regierung gegenüber zum gerngesehenen Gast machen würde. Das sei die Umsiedlung der Estland-Schweden, um die die schwedische Regierung sich bemühe. Ich glaubte erreichen zu können, daß der Ostminister die Ausreise dieser 7000 Menschen genehmigte. Der Außenminister habe es dann in der Hand, den Schweden mit dieser Umsiedlung eine großzügige Geste zu machen, eine Geste, die sich vielleicht aus allgemeinen außenpolitischen Gründen empfehlen würde.

Ribbentrop schlug diese Anregung rundweg aus. Er habe in Anbetracht des Verhaltens der schwedischen Regierung nicht die geringste Veranlassung zu großzügigen Gesten. Er könne es auch nicht verantworten, daß durch die Umsiedlung der Estland-Schweden eine Unsicherheit über die Haltung Deutschlands im Osten entstünde. — In einer langen ermüdenden Auseinandersetzung erreichte ich schließlich sein Einverständnis für einen einmaligen Krankentransport von, wenn ich mich recht erinnere, rund 200 Frauen und Kindern. Da-

Die Wiedergeburt Israels

VON BARON ALESSIO MASTRO DELLA SIEPE

Im Bestreben, unsere Leser mit allen bedeutenden geistigen und politischen Strömungen und Ereignissen bekannt zu machen, geben wir hiermit nachstehende Ausführungen wieder.

„Meine Herren, ich bitte Sie, sich nur eine Sekunde zu vergegenwärtigen, was es bedeutet hätte, wenn zwei oder drei Millionen Juden vor Ausbruch des letzten Krieges in einem jüdischen Staat in Palästina gelebt hätten. Glauben Sie vielleicht, daß unser Volk dann in Europa von diesem Unglück heimgesucht worden wäre?"

Erklärung Ben Gurions vor der Sonderkommission für Palästina, ein Jahr vor der Gründung des Staates Israel.

Das jüdische Problem, wie es unsere Eltern und Großeltern noch kannten, entstand Jahrhunderte vor Christi Geburt, als Palästina Teil des römischen Reiches wurde. Dem jüdischen Nationalismus erschien Jesus als der prophezeite König der Juden, der das Vaterland wieder befreien würde.

Die jüdischen Volksmassen, insbesondere auch die galiläischen Bauern, traf daher der tragische Tod Jesus schwer. Sie warfen Rom, seinen Beamten und dem von ihm eingesetzten König mit seinen Beratern vor, Jesus getötet zu haben. In dieser Zeit entwickelte sich der große Bruch zwischen den Jüngern und Aposteln Jesu einerseits und den politisch führenden jüdischen Kreisen andererseits. Während diese sich zu Verteidigern des traditionellen Judentums aufwarfen und damit die Führung des orthodoxen Judentums in Palästina und der Diaspora übernahmen, gewann die Lehre Christi immer mehr Anhänger unter den Nichtjuden. Die jüdische Bevölkerung erkannte, daß Jesus nicht vom Königreich Israel gesprochen hatte und wandte sich wieder ihren politischen Führern zu. In diesen Kreisen verstärkte sich daher erneut die nationale Strömung gegenüber Rom. Die Nationalisten erlangten die Ueberhand über die palästinensischen Massen. Die so geführten Juden erhoben sich dann gegen die Besatzungsmacht und es kam zu den bekannten Aufständen unter Titus und Hadrian. An diesen Aufständen nahmen christliche Juden und Christen im allgemeinen nicht teil. Auf die daraufhin ausgesprochenen Beschuldigungen eines Verrats der jüdisch-nationalen Sache antworteten die Christen mit anderen polemischen An-

---

mit hatte ich immerhin wenigstens ein dünnes Fädchen in der Hand mit dem es später gelang, das ganze Gewebe dieser Umsiedlung still und heimlich aufzuwirbeln.

Spät in der Nacht kam ich in mein Quartier zurück, um nach kurzem Schlaf schon wieder zu Ribbentrop bestellt zu werden. Er betonte mir noch einmal die Notwendigkeit, auch den leisesten Anschein einer Verhandlungsbereitschaft Deutschlands zu vermeiden, fragte mich aber im gleichen Atemzuge, ob ich vielleicht schon morgen oder übermorgen nach Schweden reisen könne. Ich konnte es nicht unterlassen, ihn zu fragen, ob das ein Auftrag sei und erklärte, daß ich frühestens in ein bis zwei Wochen von Finnland aus Schweden auf der Rückreise berühren könne. Das Kurierflugzeug auf dem Flugplatz in Lötzen, das mich nach Pleskau bringen sollte, war auf Weisung des Ministers festgehalten worden, so daß ich es tatsächlich noch erreichte.

Die Umsiedlung der Ingermanländer war in vollem Zuge, die der Estland-Schweden konnte jetzt beginnen. Gestützt auf den guten Willen des deutschen Generalkommissars in Estland brachte ich die Frage des vom Auswärtigen Amt genehmigten Krankentransports garnicht erst bis vor das hohe Forum des Ostministeriums in Berlin, sondern setzte die Arbeit mit den unteren Dienststellen in Estland selbst in Gang. So klein und bescheiden diese Aufgabe auch nach allen hochfliegenden politischen Plänen sein mochte, so groß war die Befriedigung für alle Beteiligten, hier mitten in einem zerstörerischen Kriege ein kleines Werk des Friedens zu vollbringen. Meine Sympathien für Schweden hatten sich aus meinen Sprachstudien an Hand von Lagerlöfs „Gösta Berling Saga" entwickelt. Ich sprach nach der Lektüre dieses Buches, das mich immer wieder an die verklungenen Zeiten des Deutschtums in Estland, Livland und Kurland erinnerte, ein etwas hölzernes, feierliches Schwedisch, das manchmal freundlich belächelt wurde, das aber der altertümlichen Sprache der Estland-Schweden nahekam. Der erste „Krankentransport" ging glücklich und gesund vonstatten. Nachdem damit das Loch einmal aufgerissen war, folgten viele, kleine, halblegale und illegale Einzeltransporte, bei denen sich besonders der winzige Dampfer „Johann" einen guten Namen machte. . . .

(Fortsetzung folgt)

schuldigungen, von denen eine durch die Jahrhunderte hindurch erhalten blieb: daß die Juden die Mörder Christi seien, denn sie hätten ja gerufen: „Sein Blut komme über uns und unsere Söhne!"

Die Folgen dieser Anschuldigung waren unermeßlich. Seit dem definitiven Triumph des Christentums in dem ganzen Westen wurde sie zum Leitmotiv aller antisemitischen Aufstände, angefangen bei den Pogromen unter Theoderich in Ravenna bis hin zu den Vorkommnissen 1945 und 1946 in Sowjetpolen.

Als das 19. Jahrhundert im Zuge der Aufklärung den Juden die Gleichstellung mit den anderen Staatsbürgern in den meisten europäischen Ländern brachte, öffnete man damit einem Bevölkerungsteil, der sich gezwungenermaßen mehr als tausend Jahre lang nur auf dem Gebiet des Handels und des Bankwesens betätigt hatte, alle Tore. In einer Zeit, die aus anderen Gründen sich materialistischen Anschauungen zuwandte, mußte der wirtschaftliche Erfolg der Juden naturgemäß Haß und Eifersucht hervorrufen.

*

Die politische Einheit, die zur Zeit des Titus noch die Gebiete vom Euphrat bis an die Säulen des Herkules und vom Rhein bis nach Nubien und wieder bis an die Krim umfaßte, zerfiel schon bald und die großen Randmächte des Mittelmeers, Germanen und Araber, schufen sich ihre eigenen Reiche. Zudem bildeten Slaven und Tataren nördlich des Schwarzen Meeres weitere vom Mittelmeerraum unabhängige politische Gebilde aus. Die Grenzen zwischen diesen drei Machtbereichen wechselten im Laufe der Jahrtausende, doch hatten die jeweiligen Kernländer ihre mehr oder weniger ungestörte Entwicklung. In allen diesen Gebieten aber lebten als Fremdlinge seit der Zerstörung des Tempels Juden. Wir können daher zu Beginn der heutigen politischen Entwicklungen drei Gruppen des jüdischen Volkes in der Diaspora entsprechend der skizzierten politischen Entwicklung der Alten Welt unterscheiden.

1.) Ostjuden (in Ost- und Südost-Europa wohnend).

2.) Mittelländische Juden (in den östlichen und südlichen Randgebieten des Mittelmeers).

3.) Westjuden (in Westeuropa, Böhmen, Budapest; später auch in Nord- und Südamerika und in Südafrika).

Insbesondere die hier als „Westjuden" bezeichnete Gruppe fand sehr schnell Anschluß an das öffentliche Leben ihrer Gastländer. Dem Ostjudentum gelang dieser Schritt erst mit der Zerstörung des Zarenreiches und mit der Einwanderung in die Weimarer Republik.

Die Aufhebung der Jahrtausende alten Zwangsmaßnahmen gegen das Judentum mußte naturgemäß auch zu einer Belebung des politischen Gefühls dieser Menschen führen. So entsteht unter Theodor Herzl die Zionistische Bewegung. Sie ist die Wiedergeburt des eigentlichen jüdischen Nationalismus. Eine dankbare und nicht unwesentliche Aufgabe wäre es für einen Literarhistoriker, die Fäden aufzuzeigen, die vom deutschen Idealismus, von einem Herder und einem Fichte zu diesem jüdischen Nationalismus hinüberführen. Nicht nur die Völker Ost- und Südosteuropas verdanken ihre geistige Wiedergeburt deutschen Dichtern, sondern, so will mir scheinen, auch das jüdische Volk.

Aber das Judentum nahm nicht in seiner Gesamtheit die hochliegenden Gedanken eines Herzl auf. In der langen Nacht des Ghettos war ein Menschentyp entstanden, der sich unter den vielen Verfolgungen einerseits und angesichts der vielen Versprechungen auf die Ankunft eines Messias andererseits zum Nihilisten und Aufrührer internationalen Charakters entwickelt hatte.

Ebensowenig wie dieser Typ war jener andere Jude nicht vom Zionismus begeistert, dem es gelungen war, als Handelsmann oder Bankier eine bedeutende Stellung zu erlangen. Es war menschlich verständlich, wenn er seinen erworbenen Palast einer Hütte in Israel vorzog.

Die politische Entwicklung der ersten Jahrzehnte des 20. Jahrhunderts wollte es, daß wie zufällig alle genannten Gruppen des Judentums in ihrem Lebensbereich siegten oder doch der Erfüllung ihrer Wünsche nahe kamen: das revolutionär-marxistische Judentum feierte 1918 seinen Triumph in Rußland; der jüdische Kapitalismus kam in Nordamerika zur Macht; der Zionismus erlangte seinen bedeutendsten Erfolg dank der unermüdlichen Tätigkeit des Professors Chaim Weizmann mit der Erklärung des Lords Balfour, die ihm die englische Zusicherung auf Errichtung eines jüdischen Heimes in Palästina brachte. Während also das Judentum im Osten politische Macht und im Westen wirtschaftliche Macht errungen hatte, stand der Zionismus noch am Anfang seiner Wünsche. Ja diese Entwicklung hätte das Ende des Zionismus bedeuten können, wenn nicht neue politische Momente sich günstig ausgewirkt hätten. Denn weder in Rußland noch in den Vereinigten Staaten dachten die maßgeblichen jetzt erstarkten jüdischen Kreise daran, ihre Stellung zugunsten einer Einordnung in ein zu schaffendes Israel aufzugeben. Es bedurfte erst des äußeren Anstoßes, um die Notwendigkeit eines eigenen Staates aufzuzeigen und das Judentum in dieser Absicht zu einen.

Der Anstoß war Adolf Hitler. Wir wissen, daß der Antisemitismus im Deutschland der zwanziger Jahre seinen Ausgang fand in den Klagen über wachsenden jüdischen Einfluß in der deutschen Wirtschaft und Verwaltung. Es hat damals und auch später nicht an deutschen Stimmen gefehlt, die die Schaffung eines jüdischen Staates befürworteten. Alle praktischen Versuche scheiterten jedoch an der intransigenten Haltung Englands, das als Mandatsmacht Palästina trotz des gegebenen Versprechens nicht aus der Hand geben wollte. Selbst, nachdem 1932 die Mandate über den Irak und Transjordanien aufgehoben wurden, blieb England als Besatzungsmacht in Palästina. Heute steht fest, daß die Errichtung eines jüdischen Staates im Jahre 1932/33 dem Verhältnis des Nationalsozialismus zum Judentum einen völlig anderen Lauf gegeben hätte. Englands Haltung gegenüber den jüdischen Forderungen ist verantwortlich für die Reibungen, die jetzt entstanden und die im Laufe der kommenden Jahre zu der bekannten politischen Siedehitze führten. Ermißt man, daß das Wesen britischer Politik immer darin bestanden hat, latent vorhandene Meinungsunterschiede zu politischen Differenzen auswachsen zu lassen, um sich dann als stärkerer Dritter zwei sich in blutigem

Kampf schwächenden Partnern gegenüber zu sehen, so ist die Auffassung nicht von der Hand zu weisen, daß Großbritanniens Diplomatie in den Jahren vor dem zweiten Weltkrieg gleichermaßen mit dem deutschen wie mit dem jüdischen Volke spielte. Es mag tatsächlich mit einer Schwächung des jüdischen Volkes gerechnet haben, denn sonst wäre seine unverständliche Haltung in Palästina 1946 und 1947 kaum zu begreifen. Es erscheint vielmehr selbstverständlich, daß Albion auch Hitlers Antisemitismus als einen ganz realen Faktor in seiner politischen Weltrechnung berücksichtigte.

Hätte sich Hitler 1933 nicht einer Gruppe heimatloser Juden gegenüber gesehen, sondern Staatsbürgern eines international anerkannten Staates, so wäre es zweifellos mit Berlin zu ordnungsgemäßen diplomatischen Verhandlungen gekommen. Wir wissen, daß ja selbst im Laufe der tatsächlich einsetzenden Entwicklung eine ganze Reihe bedeutender Persönlichkeiten des Dritten Reiches immer wieder sich von den extrem-antisemitischen Ideen eines Streicher distanzierte. Die Tragik unserer Zeit wollte es dann, daß die politische Führung des Dritten Reiches in ihrer Ungeduld dem unduldsamen extremen Flügel der NSDAP nachgab. So begann man jetzt, den Juden ihre Staatenlosigkeit vorzuwerfen. Bevor ein jüdisches Heim geschaffen war, nahm man ihnen die Gleichberechtigung als deutsche Staatsbürger. Damit machte man sie rechtlos und vor den Augen der Welt war nicht mehr die Rede von britischer Unmenschlichkeit sondern von den „deutschen Barbaren".

Die Außenpolitik des Dritten Reiches verbaute sich auch die weiteren Möglichkeiten, indem sie nicht die jüdischen Forderungen in Palästina unterstützte, wie es eigentlich logisch gewesen wäre. Vielmehr verband man sich mit einem Araber, dem Großmufti von Jerusalem, einem Erzfeind des Zionismus, der nach dem Zusammenbruch der Achse heute in seiner Villa im Orient von den reichlichen Geldern lebt, die ihm Hitler und Mussolini einst gaben. Wir wollen auch nicht verschweigen, daß arabische Nationalisten schon seinerzeit das deutsche Auswärtige Amt auch ihrerseits vor einem Zusammengehen mit dieser zweifelhaften Persönlichkeit warnten.

Das Dritte Reich machte also keinen Unterschied zwischen Juden und Juden. So schuf es damit auf der negativen Ebene des gemeinsamen Kampfes gegen den „Nazismus" die politische Einheit des Judentums auf der Welt. Die Gründe des Kampfes gegen das Dritte Reich waren für die drei jüdischen Gruppen verschieden: der jüdische Kapitalismus sah mit Entsetzen neue Wirtschaftsformen aufkommen, die das Gold als Wirtschaftsgrundlage abschafften, die von einer Beteiligung des Arbeiters an den Betrieben und von einer Verdiensteinschränkung bei den öffentlichen Unternehmungen sprachen. Das marxistische Judentum sah im Dritten Reich einen ernsten Konkurrenten im Kampf um die Sympathie der Arbeitermassen. Das zionistische und eigentlich echt politisch fühlende Judentum war zunächst tief gekränkt durch das Mißtrauen, das man ihm entgegenbrachte (erinnern wir uns nur, daß sich auf dem Zionistenkongreß in Prag 1932, die Gruppen der äußersten Rechten mit farbigem Hemd und römischem Gruß einstellten). Später sah es im totalitären Antisemitismus eine ernste Gefahr für den Bestand des jüdischen Volkes.

Im Verlauf der Eroberung Europas durch Hitler gewannen die politischen Gedanken des zionistischen Judentums auch in den anderen Gruppen des jüdischen Volkes an Einfluß. Die größten Opfer brachte das Ostjudentum. Sein Einfluß innerhalb des Judentums ging daher nach dem Kriege stark zurück. Große Teile schlossen sich angesichts des Erlebten dem Zionismus an. Demgegenüber aber blieb das wichtige Zentrum von fünf Millionen in Nordamerika lebenden Juden nicht nur unangetastet, sondern konnte durch eine Reihe weltumfassender Nachkriegsmaßnahmen seine Stellung ganz erheblich ausbauen. Nach wie vor stand es nach Abschluß des sogenannten zweiten Weltkrieges den zionistischen Plänen nicht ausgesprochen freundlich gegenüber. Der Machtzuwachs des zionistischen Judentums durch Teile des Ostjudentums und infolge verschiedener Siegermaßnahmen in Mitteleuropa genügten aber, um den Kampf um die Errichtung eines jüdischen Heims mit Großbritannien aufnehmen zu können. Wir wissen, wie er unter schwersten Opfern endlich doch zum Siege führte.

*

Dennoch blieb die Tatsache jüdischer Kolonien im Auslande natürlich bestehen. In allen Ländern schuf das Judentum sich seine eigenen Zeitungen und es sind gerade diese, die der großen Freude über den endlich erlangten Sieg Ausdruck verleihen. Das religiöse und kulturelle Leben des Judentums erhielt so eine wesentliche nationale Note.

Es ist nicht Angelegenheit der Gastländer, sich in die religiösen und kulturellen Belange des Judentums einzumischen. Ebenso muß es aber auch Sache des Judentums bleiben, wie es die Probleme beurteilen will, die die neuen nationalen Fragen aufwerfen. Ihm bleibt es belassen, wie diejenigen zu beurteilen sind, die dem neuerstandenen Vaterlande weiterhin fernbleiben. Wir nehmen zur Kenntnis, daß jüdische Minister Bevin in seiner anti-jüdischen Palästinapolitik unterstützten, daß Leon Blum und Jules Moch den Sultan von Marokko ihren Freund nannten als Palästina in einem Kampf auf Leben und Tod mit den arabischen Staaten verwickelt war, daß der jüdische italienische Abgeordnete Paolo Treves sich 1948 weigerte, einer antibritischen Kundgebung der Juden in Rom beizuwohnen, daß Anna Pauker von ihrem eigenen Vater, der heute als Rabbiner in Israel lebt, verdammt wurde, weil sie die Rückkehr ihrer Glaubensbrüder nach Palästina verhindert, daß Lazar Kaganowitsch sogar an der Unterzeichnung des Paktes zwischen Ribbentrop und Stalin teilnahm, daß Morgenthau in Jerusalem eingestehen mußte, daß das amerikanische Judentum die jüdischen Flüchtlingskinder in Israel „zu weinenden Skeletten abmagern läßt", ohne zu helfen. Wir nehmen alle diese Beispiele nur als Unterlagen für unsere Darstellung hin. Es muß dem jüdischen Volk selbst überlassen bleiben, sie von seinem Standpunkt aus zu werten. Ein gläubiger Jude soll einmal Moch vorgeworfen haben, daß er am Sabbat arbeitet. Darauf verhöhnte Moch den Glaubensbruder mit den Worten: „Bittet den Bart Moses' für mich um Vergebung". Wir Europäer kennen diese Erscheinung. Wir haben in den letzten Jahrhunderten

So war es!

Drei amerikanische und ein deutscher General kämpfen für das Recht.

Nach schweren verlustreichen Kämpfen im Winter 1943/44 an der Ostfront gegen die Russen, wurde meine 2. Fallschirmjägerdivision Ende Juni 1944 zur Wiederaufstellung nach Frankreich gelegt, und zwar in die Umgebung der Festung von Brest; woselbst ich neben der Ausbildung und Aufstellung mit der Abwehr eventueller feindlicher Luftlandungen beauftragt war. Die Division hatte also eine rein taktische Aufgabe und mit den administrativen Dingen einer Besatzungstruppe n i c h t s zu tun. Sie beteiligte sich nicht an dem Kampfe gegen die Terroristen und Maquis, es sei denn, daß die Truppe direkt von diesen angegriffen wurde.

Ende Juli 44 erhielt meine Division den Befehl, nach der Normandie zu marschieren und die der Truppe noch fehlenden Fahrzeuge gemäß § 53 der Haager Landkriegsordnung vom Jahre 1902/1907 aus dem Lande zu requirieren; was auch ordnungsgemäß geschehen ist.

Am 3. Marschtage stießen wir überraschend mit dem von der Normandie kommenden VIII. amerik. Panzer-Korps zusammen. Es kam zu einem hin- und her wogenden Kampf, der meine ganze Aufmerksamkeit in vorderster Kampflinie erforderte. Währenddessen flammte im Rücken meiner hart kämpfenden Truppe der Aufstand der Terroristen auf, die, da ohne Abzeichen und ohne Uniform, von der Zivilbevölkerung nicht zu unterscheiden waren.

Meine Truppe hatte sich mit Recht dieser Angriffe erwehrt; sie selbst hatte durch die heimtückischen Ueberfälle schwere Verluste. Die 2. Fallschirmjäger-Division ging befehlsgemäß auf die Festung Brest zurück. Am 12. August 44 abends wurde ich auf Befehl des Oberkommandos der Wehrmacht zum Befehlshaber der Befestigungen in und um Brest ernannt. Alle im Festungsbereich befindlichen Truppenteile des Heeres und der Marine wurden mir unterstellt. Ich erhielt Befehl, die Festung bis zum äußersten zu verteidigen; was ich auch pflichtgemäß getan habe, so wie jeder Staat es von seinen Soldaten zu tun verlangt und erwartet.

Beim Studium der Karten und der Lage erkannte ich sofort, daß die Wohngebiete der Stadt und die permanenten Befestigungsanlagen so ineinander verzahnt waren, daß sie ein zusammenhängendes Kampfgebiet bildeten. Da mir die Kampfesweise der anglo-amerik. Luftwaffe bekannt war, mußte mit baldigem Beginn gewaltiger Luftangriffe gerechnet werden. Der Zivilbevölkerung drohte eine ungeheure Gefahr.

Meine erste Sorge galt daher der französischen Zivilbevölkerung, deren Zahl etwa 40.000 betrug. Auf dem Funkwege erwirkte ich bei dem amerikanischen Befehlshaber einen Waffenstillstand zur totalen Räumung der Stadt. Er wurde für die Dauer von 4 Tagen — vom 13.—17. August 44 — während der Morgenstunden von 7—10 Uhr unter Freigabe von 4 Abzugstraßen genehmigt. Mit aller Energie und mit allen zu Gebote stehenden Transportmitteln habe ich die totale Räumung der Stadt durchführen lassen. Die nicht Transportfähigen blieben unter ärztlicher Betreuung in bombensicheren Unterständen zurück, sie wurden ausreichend mit Lebensmitteln und Medikamenten versorgt.

Strengste Befehle erließ ich, um Ausschreitungen jeder Art zu vermeiden. Diebstähle und eigenmächtige Beschlagnahmungen wurden mit harten Strafen geahndet. Die Befolgung meiner Befehle ließ ich durch Einsatz verstärkter Feld-Gendarmerie-Kompanien überwachen. Die französische Feuerwehr blieb auf meinen ausdrücklichen Befehl in der Festung zurück, um im Verein mit der deutschen Feuerwehr die Brände in den Wohngebieten zu bekämpfen.

Die totale Räumung gelang trotz der kurzen Frist reibungslos. Ebenso auch die von mir persönlich an Ort und Stelle befohlene Räumung des großen Dorfes Plougastel am 20. August, als es durch Feindangriff bedroht war. Es wurde in den darauf folgenden Tagen zerstört.

Durch diese meine voraussehend getroffenen Maßnahmen habe ich ein Recht darauf, die unumstößliche Tatsache für mich in Anspruch zu nehmen, das Leben von vielen, vielen tausend Franzosen, von Frauen und Kindern gerettet zu haben, die sonst unter den Trümmern ihrer Stadt den sicheren Tod gefunden hätten. Es haben während der Belagerung 39 Luftangriffe, bis zu 600 Bomben-

---

Aehnliches erlebt. Auch ein Toscanini, ein Eisenhower, ein Prinz Bernhard von Lippe vergaßen ihre Abstammung und zögerten nicht, gegen ihr eigenes Vaterland in den Krieg zu ziehen. Wir sind die Letzten, die dem jüdischen Volke als Ganzes derartig bittere Erfahrungen in kurzsichtiger Oberflächlichkeit vorwerfen werden.

Nennen wir also nicht Antisemitismus sondern Philo-Zionismus das Demaskieren dieser schwarzen Schafe in der Herde Israels, die sich nach der Wiedergeburt ihres Staates schämen, sich zu ihm zu bekennen. Wir sind vielmehr im Recht, die vielen allzuvielen jüdischen Richter der Spruchkammern und Kriegsverbrecherprozesse zu fragen: In welchem Namen handelt Ihr? Das jüdische Volk hat Euch niemals dazu ermächtigt! Wenn Ihr als Juden handeltet, warum habt Ihr dann nicht 1948 die Gerichtssäle verlassen, in denen Ihr Schulter an Schulter saßt mit hohen englischen Offizieren, um mit der Irgun, Stern und Haganah unter der Sonne Palästinas zu kämpfen, wo Euer Volk sein Schicksal entschied?

Israel allein hat das Recht, für das jüdische Volk zu sprechen. Israel allein kann Partei sein, um die bestehenden Probleme mit den anderen Völkern zu lösen.

flugzeuge pro Angriff, stattgefunden. Tagelang ist die Stadt mit Phosphor-Brandgranaten beschossen worden. Man zittert, so schreibt ein französischer Arzt in seinem Tagebuch, bei dem Gedanken, welche entsetzlichen Verluste eingetreten wären, wenn die Räumung der Stadt nicht durchgeführt worden wäre.

Leider hatte eine Anzahl von Franzosen den Räumungsbefehl nicht ausgeführt. Zum Teil hatten sie sich in ihren Kellern versteckt; viele mit den dunklen Absichten, als Terroristen die deutsche Truppe anzugreifen, wie es auch laufend geschehen ist.

Als ich von der Anwesenheit der zurückgebliebenen Franzosen Kenntnis erhielt, gab ich sofort Befehl, auch diese aus dem gefährdeten Kampfgebiet abzuschieben. Zu diesem Zwecke wurde der französische Bürgermeister M. Eusen, weil Funkverbindung nicht mehr bestand, zu den Amerikanern entsandt, um einen freien ungefährdeten Abzug zu erbitten. Leider wurde der Antrag wegen zu weit vorgeschrittener Belagerung abgelehnt. Der größte Teil der zurückgebliebenen Franzosen hatte inzwischen Unterschlupf in einem der bombensicheren Felsen-Stollen, Sadi-Carnot gefunden. In der anderen Hälfte dieses Stollens lagen deutsche Soldaten, zusammen mit Munition. Wegen der engen Verhältnisse in der kampfumtobten Festung waren wir gezwungen, Mannschaften, sogar Verwundete zusammen mit Munition in den bombensicheren Stollen unterzubringen.

Durch einen nicht mehr feststellbaren Unglücksfall ist am 9. September 1944 im Stollen Sadi-Carnot ein Brand mit nachfolgender Explosion entstanden, durch welche fast alle Insassen dieses Stollens, Franzosen wie Deutsche, bedauerlicherweise ihren Tod gefunden haben.

A b e r, hätten die Franzosen meinen Befehl, die Stadt zu verlassen, ausgeführt, wären sie alle am Leben geblieben.

Am 20. September 1944 war nach Verschuß der letzten Munition die Belagerung der Festung Brest beendet. Die Stadt war durch die Luftbombardements und durch den starken Artillerie-Beschuß zu 80 Prozent zerstört. Die französische und deutsche Feuerwehr hatten auf meinen Befehl unter Einsatz ihres Lebens die Brände so lange bekämpft, wie es technisch überhaupt möglich gewesen ist. Unter dem zunehmenden Bombardement waren alle Bemühungen der Feuerwehr nutzlos geworden.

*

Zuerst in England, dann in USA, dann wieder in England in Gefangenschaft, wurde ich am 1. Mai 1946 nach Lüneburg in Deutschland gebracht, woselbst ich Entlastungszeuge war für den Generaloberst S t u d e n t, Oberbefehlshaber der Fallschirmtruppen, den man wegen angeblicher Kriegsverbrechen bei dem Angriff auf die Insel Kreta angeklagt hatte. Er wurde freigesprochen.

Am 26. Juli 1946 wurde ich im Entlassungslager Münster, Provinz Hannover verhaftet und nach London gebracht. Dort wurde mir in dem berüchtigten Vernehmungslager am 1. 8. 1946 unter großen Beschimpfungen und körperlicher Mißhandlung erklärt, ich hätte in meinen Zeugenaussagen im Kreta-Prozeß die britische Armee beleidigt. Leider könne man in England gegen mich nichts finden, aber dennoch würde ich sofort auf die Liste der Kriegsverbrecher gesetzt werden. Man würde mich an Frankreich ausliefern und dafür sorgen, daß dort etwas gegen mich gefunden würde wegen Brest.

Mit dieser Drohung wurde ich in die Arrestanstalt eines Straflagers gebracht, und vier Monate lang unter den qualvollsten und unwürdigsten Bedingungen eingesperrt gehalten. An meiner Zellentür stand in roter Schrift: „Safe custody. Special observation at all times“. Bei Kontrolle durch britische Generale wurde ich jedesmal aus meiner Zelle herausgeführt und während der Dauer der Kontrolle im äußersten Winkel des Lagers versteckt gehalten.

Am 4. Dezember 46 erfolgte in Paris meine Uebergabe an die französische Polizei und am 11. Dezember meine Ueberführung in den Kerker von Rennes/Bretagne. Dort wurde mir am 15. Dezember auf dem Tribunal militaire eröffnet, daß ich verdächtigt sei: 1. Der Beihilfe zur Brandstiftung, 2. der Beihilfe zur Plünderung, 3. der Beihilfe zum Mord, wegen der Explosion des Stollens Sadi-Carnot, begangen durch meine Truppen in Brest während der Belagerung.

Mein Anwalt in Brest teilte mir mit, daß mein Aktenstück aus einer leeren Aktenmappe bestünde. Während der nun folgenden 14 Monate schweren Kerkers in Rennes wurde ich zweimal vernommen.

Am 4. Februar 1948 nach Paris gebracht und im Prison Cherche Midi eingekerkert, wurde mir am 11. Februar erklärt, daß die Untersuchung in Rennes ungültig sei, und das Verfahren ganz von vorne beginnen müsse.

In der Zeit vom Juli bis 8. November 1948 wurde ich endlich mehrere Male unter Gegenüberstellung mit französischen Belastungszeugen vernommen. Die Zeugen, bis auf einen Oberst der Résistance, der garnicht in Brest gewesen war, ausnahmslos Zivilpersonen, bekundeten, daß im Festungsgebiet eine Anzahl von Gebäuden gesprengt und verbrannt worden seien, was nach ihrer Ansicht aus taktischen Gründen nicht notwendig gewesen wäre; auch hätten einzelne Soldaten im Stadtgebiet Lebensmittel, Wein und Likör, Bekleidung und Schmucksachen entwendet oder beschlagnahmt; und endlich sei nicht überall die Genfer Flagge respektiert worden, woraus man schließen müsse, daß ich dazu Befehl gegeben, zumindest diese Taten geduldet hätte.

In meinen Antworten habe ich die schwierigen Verhältnisse in der belagerten Festung geschildert und dargestellt, welche umfangreichen Maßnahmen ich zum Schutze der Zivilbevölkerung getroffen habe. Ich betonte, daß ich niemals einen Befehl zur mutwilligen Zerstörung und unnötigem Niederbrennen von Gebäuden gegeben hätte, daß im Gegenteil, ich die durch die Bomben verursachten Brände durch die Feuerwehr hätte bekämpfen lassen. Niemals hätte ich eine Plünderung befohlen, noch geduldet, sondern mit aller Gesetzesschärfe jede Plünderung verboten und bestraft. Für den in der Festung eingeschlossenen deutschen Soldaten hätte es nur zwei Möglichkeiten gegeben: „entweder den Tod oder die Gefangenschaft“. Was sollte er in beiden Fällen mit geplündertem Gut? Durch strenge Befehle von mir seien die Bestimmungen der Haager Konvention und die Genfer Schutzflagge genauestens befolgt und respektiert worden.

Zur Bekräftigung meiner Angaben legte ich die eidesstattlichen Aussagen der drei amerikanischen Generale Middleton, Gerhardt und Robertson vor, welche die amerikanischen Truppen vor Brest befehligt haben. Diese drei Generale bekunden übereinstimmend, daß die deutsche Truppe in Brest, insonderheit die 2. Fallschirmjäger-Division die beste Truppe gewesen wäre, die sie im 2. Weltkrieg angetroffen hätten; sie sei gut diszipliniert und gut geführt gewesen; sie hätte die Gesetze des Krieges genau befolgt und nirgends gegen die Genfer oder Haager Konvention verstoßen; die in deutsche Hand gefallenen Kriegsgefangenen seien in Brest besser behandelt worden als auf irgend einem anderen Kriegsschauplatz. Jeder deutsche Soldat sei bei seiner Gefangennahme gründlich durchsucht worden, aber bei keinem Soldaten wäre geplündertes Gut vorgefunden worden.

Außerdem bestätigen die Generale die Wucht der vielen Luftangriffe und gaben zu, daß die Stadt tagelang aus allen Rohren der Artillerie mit Phosphor-Brandgranaten beschossen wurde.

Trotz dieser klarstellenden Beweise gab man mir nicht die von meinem französischen Advokaten beantragte Einstellung des Verfahrens und die Freiheit.

Nach achtmonatiger Pause wurden am 21. Juni die Vernehmungen fortgesetzt. Am 5. Juli 1949 wurde mir eröffnet, daß ein weiteres Untersuchungsverfahren gegen mich eingeleitet worden sei, und zwar wegen angeblicher zwangsweiser Beschäftigung von Franzosen im Kampfgebiet. Es handelt sich dabei um etwa 16—20 Bauern, die Ende Juli 44 freiwillig bei ihren requirierten Gespannen geblieben sind, weil der Bauer, wie es in jedem Lande ist, ungern sein Pferd verläßt. Niemand konnte damals ahnen, daß wir sobald schon mit den Amerikanern zusammenstoßen sollten. In dem hin- und herwogenden Kampfe und bei dem Rückmarsch auf Brest sollen dann einige dieser Bauern auf ihren Wagen Nachschub für die deutschen Truppen gefahren haben. Dies ist ohne meine Kenntnis geschehen und niemals habe ich einen Befehl dazu gegeben. Im Gegenteil, wo ich durch Zufall einen Franzosen bei den Fahrzeugen der Truppe angetroffen habe, gab ich den Befehl, den Mann sofort nach Hause zu schicken.

Jetzt aber — die Aussagen der Bauern datieren vom November 48 bis Mai 49 — sind die genannten Bauern, die durch die französische Polizei vernommen worden sind, natürlich von den bösen Deutschen gezwungen worden. Was sollen die armen Menschen auch anderes sagen? Würden sie der Wahrheit die Ehre geben und noch dazu bekennen, daß sie gut bezahlt, ihre Wagen hochbepackt mit nicht mehr von uns verwendbarem Heeresgut wieder haben nach Hause fahren können, — eidesstattlich bestätigt von Herrn Ekkehard Priller — dann würden sie sich der Collaboration mit den Deutschen schuldig bekennen. Das ist aber nach Ansicht gewisser Kreise in diesem Land ein fluchwürdiges Verbrechen und zieht eine Strafverfolgung nach sich.

Außerdem werden meiner Truppe die bei der Abwehr der Terroristen-Angriffe gefallenen Franzosen als „Mord“ zur Last gelegt. Dazu habe ich erwidert, daß in dem Bereich meiner Truppe nicht einem einzigen Franzosen auch nur ein Haar gekrümmt worden wäre, wenn diese heimtückischen, mit illegalen Mitteln geführten Angriffe und Mordanschläge gegen meine Truppe n i c h t stattgefunden hätten.

Wie schon gesagt, trugen diese Terroristen weder Armbinden noch Uniformen, noch wurden sie unter „offen getragenen Waffen“ von verantwortlichen Kommandeuren einheitlich geführt, wie es die Haager Konvention vorschreibt.

Wer also waren F.F.I. oder F.T.P. — Kampfverbände der Résistance — und wer war friedlicher Bürger??? Jeder Zivilist konnte sich im nächsten Augenblick als gefährlicher Terrorist entpuppen und seine heimlich versteckte Mordwaffe gegen den ahnungslosen Soldaten zücken, wie es in unzähligen Fällen geschehen ist. Die Terroristen haben sich nicht einmal gescheut, während der Belagerung den Turm und die Gebäude der Sankt Petri-Kirche in Brest zu besetzen und von dort aus die deutsche Truppe aus dem Hinterhalt zu beschießen. Eine Tatsache, die in meinen Akten von dem französischen Domherrn dieser Kirche bestätigt worden ist.

Das Untersuchungsverfahren gegen mich ist noch nicht beendet. Am 7. Juli 1949 war meine letzte Vernehmung. Seitdem habe ich von meiner Sache nichts mehr gehört. Es hat den Anschein, als habe der Untersuchungsrichter Anweisung, meine „Affaire“ mit größter Gründlichkeit zu untersuchen. Indessen liegen die Kämpfe um Brest nunmehr 5 volle Jahre zurück und ich befinde mich nunmehr 34 Monate in Frankreich in Untersuchungshaft. Man sollte annehmen, daß diese lange Zeit hätte ausreichen müssen, um festzustellen, ob während der Kämpfe um Brest von Ende Juli bis 20. September ein Verstoß meinerseits oder meiner Truppe vorgelegen hat oder nicht.

Aeußerst merkwürdig und bezeichnend für das Zustandekommen der sogenannten Kriegsverbrecherprozesse ist die Tatsache, daß weder im Jahre 1944, noch 1945, noch während der ersten 10 Monate des Jahres 1946 die französischen Militär- oder Zivilbehörden Anlaß genommen haben, gegen mich ein Verfahren wegen Kriegsverbrechen einzuleiten; sondern erst auf den Willkür-Akt eines subalternen Vernehmungs-Offiziers in London die Einleitung eines Verfahrens gegen mich begonnen hat.

Im Hinblick auf den bisherigen Verlauf der Untersuchung schmerzt es mich ungemein, daß alle meine Maßnahmen, die ich zur Rettung der französischen Bevölkerung von Brest und Plougastel, sowie zum Schutze ihres Eigentums unter Zurückstellung wichtiger Belange der eigenen Truppe durchgeführt habe, kaum beachtet werden; daß auch die Aussagen der 3 amerikanischen Generale, die doch die berufensten Tat- und Augenzeugen über das Verhalten meiner Truppe gewesen sind, vom Untersuchungsrichter als für ihn gegenstandslos zurückgewiesen werden; daß man mir hingegen die im Tumult des Kampfes vorgefallenen Affekt-Handlungen und Vergehen einzelner Soldaten als Kriegsverbrechen zur Last legen will.

Meine französischenAdvokaten und mein deutscher Anwalt sagen übereinstimmend, daß sich in meinen Akten kein einziger Punkt habe finden lassen, der juristisch betrachtet, auch nur den geringsten Anlaß zur Erhebung einer Anklage wegen Kriegsverbrechens geben könnte.

Der eigentliche Kampf unserer Generation

VON MAURICE BARDECHE*

Was sollen wir antworten, wenn man uns eines Tages die Last einer Rache aufbürdet, die wir heute so freiwillig für andere ausführten? Was antworten wir, wenn man uns dann sagt, daß unsere Klagen und unsere Anklageschrift nur die beschränkte Anzahl jener Franzosen hätte enthalten dürfen, die entgegen den Gesetzen des Krieges deportiert worden waren, wenn man uns verantwortlich macht für diesen Sturm voller Haß und Leiden, den wir auf das deutsche Volk herabbeschworen haben, während dieses doch in Wirklichkeit in dem Glauben lebte, uns Franzosen geschont zu haben? Werden wir dann vielleicht als Antwort von der ewigen Stimme Frankreichs sprechen, die uns so oft in der Geschichte den rechten Weg gewiesen habe? Dann möge diese aber auch nicht schweigen, wenn andere Ungerechtigkeiten und andere Tote rufen. Wenn wir Kraft ewigen Beschlusses des Himmels die Verteidiger der ganzen Welt sein sollen, die Verteidiger der Juden und Slawen, dann haben wir auch nicht das Recht, irgendjemanden auszuschließen und müssen in gleicher Weise Japaner und Deutsche verteidigen, wenn wir auf unserem Wege japanischen und deutschen Leichen begegnen.

Ich muß aber unbedingt noch etwas sagen. Diese Frankreich angeblich obliegende ewige Sendung ist nicht nur durch das, was seit vier Jahren in unserer Heimat geschieht, in einzigartiger Weise wirkungslos gemacht worden, sondern vor allem auch verraten worden durch unser vielfaches Stillschweigen und in anderen Fällen durch die Leichtigkeit, mit der wir alle Art von Propaganda bei uns aufnahmen. Unser Unmut schwankt wie Ebbe und Flut im Angesicht des Mondes. Unser Gewissen erwacht nämlich erst dann, wenn unser Interesse spricht. Wir stellen die Verderbtheit unserer Gegner an den Pranger, verwerfen ihre Kaltblütigkeit bei den Martern und bei der Ausrottung, wir tun dann, als öffneten wir erschreckt unsere Augen vor der menschlichen Bestie und vergessen doch so vieles im gleichen Augenblick. Wir vergessen und lassen die Verderbtheit der Unsern zu.

Wir lassen die Folterungen und die Ausrottung unserer Feinde zu. Wie Würgengel begrüßen wir jene behelmten Wesen, die nicht weniger ungeheuerlich als die Ungeheuer unserer Erfindung sind. Wir sind entrüstet über die Hitlerschen Konzentrationslager, aber tun im gleichen Augenblick so, als gäbe es keine sowjetischen Konzentrationslager. Wir entdecken diese erst mit Abscheu in dem Augenblick, da unsere Propaganda sich dafür interessiert. Welche Stimme erhob sich, um der französischen Oeffentlichkeit die niederschmetternden Akten von der Besetzung Deutschlands vorzulegen? Wer protestierte jemals gegen die beschämende und wirklich im Sinne der Genfer Konvention „verbrecherische" Behandlung der deutschen Kriegsgefangenen? Unsere Zeitungen sichern der in unserem Lande neuerdings von Amerika aus verbreiteten antisowjetischen Propaganda eine große Verbreitung zu. Wer aber hat jemals versucht, die Wahrheit dieser Tatsachen nachzuprüfen, sie wenigstens Dokumenten russischer Herkunft gegenüberzustellen? Wer erlaubt sich, in korrekter Form von Sowjetrußland zu sprechen, ohne entweder zum Diener Stalins oder zum Instrument der amerikanischen Hochfinanz zu werden? Wo ist diese „ewige Stimme Frankreichs", die in unanfechtbarer ethischer Haltung uns den Weg weisen kann? Welcher Wahrheit wagte sie seit vier Jahren ins Angesicht zu sehen?

Wir finden, daß der Krieg schrecklich war und sprechen von deutschen Grausamkeiten. Aber es kommt uns nicht einen Augenblick in den Sinn, daß das Ueberschütten ganzer Städte mit Phosphorbomben eine ebenso ernstzunehmende Greueltat sein konnte. So vergessen wir Tausende von verkohlten Frauen- und Kinderleichen in den

* Mit Genehmigung des Verlages dem Buche „Nürnberg oder das Gelobte Land'' entnommen, 1. Auflage Paris 1949, 2. Auflage Zürich 1949, 3. Auflage Buenos Aires 1950.

Die Tendenz vieler Zeugen geht dahin, besonders meine Fallschirmtruppe zu belasten. Es ist insofern erklärlich, weil mit dem Eintreffen meiner Fallschirm-Division der Kampf um die Festung Brest begonnen hat, und weil die 2. Fallschirm-Division als Elite-Truppe immer im Brennpunkt aller Kämpfe gestanden hat.

Der Versuch, die deutsche Fallschirmtruppe zu diffamieren, besteht nicht nur in diesem Falle, sondern ist vom Beginn des 2. Weltkrieges an ein beliebtes Mittel der Haßpropaganda gewesen.

Mit aller Kraft wehre ich mich gegen diese Verunglimpfung, weil sie ungerecht ist und nicht der Wahrheit entspricht.

Dem wehrhaften Gegner galt unser im ritterlichen Kampfe geführtes Schwert; dem Wehrlosen, dem Schwachen und Hilfsbedürftigen, besonders der Zivilbevölkerung widmeten wir unsere ganze Fürsorge, Pflege und christliche Barmherzigkeit.

Niemals habe ich geduldet, geschweige gar befohlen, daß in meinem Befehlsbereich von diesen ethischen Grundsätzen abgewichen wurde.

gez.: *Ramcke*
ehem. General der Fallschirm-Truppe.
Prison Cherche Midi, Paris.

Kellergewölben dieser Städte, vergessen die achtzigtausend Toten von vier Nächten in Hamburg, die sechzigtausend Toten von Dresden in achtundvierzig Stunden. Ich weiß nicht, was man in einem halben Jahrhundert von all dem denken wird. Mir erscheint jener amerikanische Neger, der in aller Ruhe über den Wohnhäusern den Hebel zu seinem Bombenmagazin bewegt, bedeutend unmenschlicher, noch viel ungeheuerlicher, als der Gefängniswärter, der in unserer Einbildung finstere Gruppen in Treblinka zur Todesdusche führt. Ich gestehe, daß ich gegebenenfalls bei einer Gegenüberstellung jenes Himmler, der die Konzentrationslager entwickelte und jenes britischen Luftmarschalls, der im Januar 1944 die Taktik der Bombenteppiche befahl, wohl kaum Himmler als den größeren Verbrecher ansehen würde. Aber wir haben ja auch Neger in unseren Straßen umarmt und sie Befreier genannt und jener Luftmarschall schritt unter unseren Hochrufen vorbei. Wir sind die Verteidiger der Zivilisation, vertragen aber dabei ohne Schwierigkeit den Gedanken, daß Sowjetstädte in einer einzigen Sekunde von zwei oder drei Atombomben zerstört werden könnten. Ja, wir wünschen es sogar im Interesse der Zivilisation und des Rechts. Und gleich darauf sprechen wir mit Entsetzen von der großen Zahl der Nazi-Opfer!

Aber, will man mir etwa als nächstes noch entgegnen: da ist so viel Perversität gewesen, so eine Ordnung der Vernichtung, ein ganzer Mechanismus des Schreckens, so ein Sadismus, Hinrichtungen mit Musikbegleitung, ein regelrechter Maschinenbetrieb des Zerfalls? Ich kann darauf nur antworten: Ein großartiges Verfahren ist das, eine ganze Bildersammlung solchen Zerfalls zu erfinden und sich dann im Namen der Menschlichkeit an die Brust zu schlagen zur Ehre derjenigen Filme die wir herstellten! Prüfen wir doch diese sensationellen Superproduktionen, die so würdig der fruchtbaren Hollywooder Gehirne sind. Dann werden wir schnell sehen, was solche Verwahrungen wert sind. Wir werden sehen, sie beweisen uns nur, daß denjenigen, die solche Filme gläubig hinnahmen, jede Gabe der Überlegung fehlt, daß sie nicht gelernt haben, selbständig zu denken. Wir haben doch widerspruchslos zugelassen und willig zugestimmt, daß man bei uns einen Mechanismus von Zerfall und Verfolgung auf die Beine stellte. Wir haben doch gerade bei uns Verfahrensweisen Beifall gezollt, die aus dem gleichen Befehlsgeist, aus der gleichen heuchlerischen Art bei der Ausrottung stammen und zumindest ebensoviel Sadismus verraten, wie die Vorgänge, die wir bei den Deutschen anprangern. Natürlich ist unser Vorgehen nicht so leicht zu verfilmen wie das Ausreißen von Fingernägeln (was nicht heißen soll, daß solches nicht etwa auch bei uns vorkam). Trotzdem aber muß man die zweifelhaften Verdienste unseres Vorgehens doch wohl auch anerkennen, muß die Seelenqual, die wir in Szene setzten, einmal ins rechte Licht rücken. Die Erfinder des gemeinen Betruges, den der Paragraph 75*) unseres Strafgesetzbuches darstellt, die Politiker, die dieses Gesetz gedeckt haben, versuchten mit rein moralischen Mitteln zu erreichen, was sie den Deutschen vorwarfen, sie hätten es mit physischen Mitteln erstrebt. Sie bedienten sich der Lüge, der Heuchelei, der Treulosigkeit, um Männer und Frauen in die Verzweiflung, in die Verkommenheit, ins materielle und oft genug auch körperliche Elend zu treiben. Schön haben sie das gemacht: man sieht kein Blut und die Leichenwagen besorgen den unauffälligen Abtransport der Ueberreste. Zehntausende von Franzosen jedoch von denen, die die Besten waren, die Selbstlosesten, die Edelsten und Treuesten, sind heute lebende Tote. Aus ihren Wohnungen verjagt, durch Beschlagnahmungen ihrer Ersparnisse beraubt, ihrer Bürgerrechte enthoben, aus ihren Stellungen gejagt, von knechtischen „Richtern" verfolgt, niedergedrückt von Kummer und Bitterkeit, übergossen mit Demütigungen und Lügen, irren sie von Versteck zu Versteck, ohne Hilfe, ohne Verteidiger und sehen, wie sich heute um sie eine Stadt der Lüge mit unsichtbaren Mauern aufgerichtet hat, die den Stacheldrähten der Konzentrationslager in nichts nachstehen. Auch sie wurden verurteilt, aber ganz im stillen, durch einen einzigen Paragraphen, verurteilt zu Elend und Not. Ihre Kinder hat man erschossen, eines Morgens früh im Morgengrauen. Sie haben nichts mehr. Ohne zu begreifen, schauen sie auf ihre Brust, wo man ihnen das Kreuz abriß oder die Armbinde des Kriegsversehrten. Sie tragen allerdings nicht den Pyjama des von den Deutschen Verschleppten, aber sie sterben dennoch eines Tages in einem allerdings unsichtbaren Gefängnis, das die Ungerechtigkeit um sie herum aufrichtete. Manchmal sterben sie ganz bescheiden irgendwo im Elend, manchmal hängen sie sich an den Gashahn und fast immer steht dann in den Zeitungen, „daß sie krank waren", daß das eine „seelische Depression" gewesen sei oder „das Alter". Alles das läßt sich allerdings schlecht verfilmen. Es gibt keine Peitschenhiebe, aber Gerichtsvorladungen, keine Lagerküchen mit Wassersuppe, sondern nur irgendein armseliges Zimmer in einem Hotel mit kleiner Petroleumfunzel, keine Verbrennungsöfen, aber sterbende Kinder und verblühende Mädchen. Jawohl, ihr Juden, jawohl, ihr Christlichsozialen, ihr Gaullisten und Widerständler! Ihr könnt stolz zuhören (aber diese Rechnungen werden nicht vergessen werden!), wenn man einmal diese geheimen Toten der Verfolgung zählt. Dann wird man feststellen, daß Zahlen wie 50 000 oder 80 000 in Deutschland hingerichtete, verschleppte Franzosen leicht ausgeglichen werden von den Zahlen jener Franzosen, die im Zuge der „Befreiung" in Kummer und Elend umkamen. Da wir keine Bomber hatten, da der Krieg mit solchen Instrumenten zu Ende war, erfanden wir kurzerhand ein Mittel, auf unsere Weise töten zu können: Den Paragraph 75. Dieses Mittel ist weiß Gott nicht besser als all die anderen, es ist nur heimtückischer und feiger. Und ich gestehe, daß ich tausendmal mehr den Mut eines Otto Ohlendorf, General der SS, schätze, der vor einem Tribunal der Sieger erklärte, daß er auf Befehl 90 000 Juden und Ukrainer getötet habe, als jenen französischen General, der für soviele französische Tote verantwortlich

---

*) Artikel 75 des französischen Strafgesetzbuches stellt den Landesverrat unter Strafe. In politischer Zweckauslegung brachte man seit der „Befreiung" alle diejenigen Franzosen unter diese Anklage, die mit Deutschland zu einem Einvernehmen kommen wollten. Collaboration (Zusammenarbeit) mit den Deutschen purde jetzt zum Landesverrat gestempelt.

ist und bis heute nicht den Mut fand, das auf sich zu nehmen.*)

Wo hat die ewige Stimme Frankreichs Aehnliches gesagt? Wo hat man jemals ähnliche Ehrlichkeit in der Presse oder in Radiosendungen aussprechen hören, die doch eigentlich unsere Stimme im Ausland sein sollten? Welche „autorisierte“ Stimme hat jemals seit vier Jahren gewagt, die ganze Wahrheit zu sagen? Welche große französische Zeitung, welcher bedeutende französische Schriftsteller hat jemals in diesen Jahren *diesen eigentlichen Kampf unserer Generation* gekämpft und damit den Geist Frankreichs vertreten? Wir haben uns alle nur leichteren Aufgaben gewidmet. Wir meinten, die Aerzte der Welt zu sein und waren dabei zu feige, uns einen Spiegel vor die Augen zu halten. Wir gaben der Welt Moralunterricht, Gerechtigkeitsunterricht und Freiheitsunterricht. Wir reden wie eine Kupplerin, wenn sie betet. Unsere große Idee ist, daß Moral und Gerechtigkeit immer auf unserer Seite sind. Deswegen haben wir und unsere Freunde angeblich ein gewisses Recht auf Handlungsfreiheit. Wir stehen doch auf der Seite von Moral und Gerechtigkeit! Darum ist das, was wir und was unsere Verbündeten machen, niemals grausam. Da gibt es keine Grausamkeiten. Wird aber eine Regierung uns zum Gegner, dann sprießen bei ihr die Grausamkeiten nur so aus dem Boden, wie die Brennesseln bei uns im Garten.

An die juristische Existenz von Kriegsverbrechen werde ich erst glauben, wenn ich sehe, daß General Eisenhower und Marschall Rokossowsky im Nürnberger Gerichtsgebäude auf der Anklagebank Platz nehmen. Dazu gehören an ihre Seite dann einige weniger bedeutende Herren, wie etwa unser General de Gaulle, der zum Beispiel viel unmittelbarer für eine Unsumme von Greueltaten verantwortlich ist als Keitel und Jodl. Bis dahin werde ich die Mühle der Verfluchungen nicht in Richtung der Gegner Wall Streets und der City drehen oder Bannflüche wechseln, wie die Frauen ihre Hüte. Ich beanspruche für mich das Recht, den Berichten der Kriegsberichterstatter nicht zu glauben. Ich fordere für mich das Recht zum Nachdenken, bevor ich mich über etwas aufrege. Aktienpakete westlicher Börsen sind etwas zu kompliziert für meine einfache Philosophie.

*) Der Autor denkt hier an de Gaulle.

Zum Tode verurteilt?

VON WOLFGANG JÄGER

Der 15. Juli 1937 ist der Geburtstag der größten „Geisterstadt“ Europas. Obwohl sich jede Regierung nach dem 1. Weltkrieg, nach dem Verlust des lothringischen Erzbergbaues mit dem Problem der sauren Erze von Salzgitter beschäftigt hat, wurde erst durch den Vierjahresplan der Bau dieser Hütte in Angriff genommen. Für 8 Mrd. Reichsmark baute der amerikanische Experte Alexander Brassert, der das Geheimnis der Verhüttung sauerer Erze kannte, die Hütte auf. Watenstedt—Salzgitter hätte das drittgrößte Hüttenwerk Europas werden sollen, doch blieb das Erreichte nur Stückwerk, allerdings von ungeheurem Ausmaß. In einem Gebiet von 200 qkm entstand ein Riesentorso, den 250 km Straßen durchkreuzen. 19 000 Häuser und Wohnkasernen schossen aus der Erde, ein Kraftwerk mit 100 Mill. KWh Monatsleistung entstand; weiterhin 5 Wasserwerke mit insgesamt 50 Mill. cbm Jahresleistung und Kokereien, die 350 000 cbm Gas täglich liefern. Diese Anlagen versorgen u. a. auch die Städte Hannover, Braunschweig, Kassel und Magdeburg. Berechnet waren die Kraftanlagen auf 500.000 Einwohner und 32 Hochöfen, fertig wurden 12. Fertig wurden aber auch modernste Industrieanlagen, Maschinenfabriken und sonstige Betriebe. Bei einer Einwohnerzahl von 144 000 Menschen kämpfen heute 60 000 Arbeiter, zum großen Teil Vertriebene, um ihre Arbeitsstätten.

Trotz der Demontagen waren die Fragmente der Hütte vor kurzem noch in der Lage, jährlich 6 Mill. t Roheisen zu produzieren. Auf den Einwand der Alliierten, die Anlagen wären nicht rentabel und deshalb könne auch eine Demontage keine allzugroße wirtschaftliche Einbuße bedeuten, läßt sich entgegnen: Obwohl die Salzgitter-Erze nur einen Eisengehalt von 30 % gegenüber den 60 % der hochwertigen Schwedenerze aufweisen, ist die Gesamtanlage der Reichswerke *keine Fehlplanung!* Die vorhandenen Anlagen haben einen Wert von 500 Mill. DM und lassen sich ohne Schwierigkeit zu kleinen, wirtschaftlich arbeitenden Betrieben dezentralisieren.

Was soll nun übrig bleiben? 2 Hochöfen mit einer Monatskapazität von 20.000 t Roheisen, die Kraftzentrale, die Erzwäsche, die Hochofenbatterie und die Kokereien mit Gasometer. Diese einsame Insel erhebt sich nun inmitten der riesigen Skelette und der rostenden Schrottberge und rundherum wüten seit kurzem wieder die Sauerstoffgebläse, Brechstangen und Dynamit. 40 Mill. DM wurden bisher ausgegeben, um das sinnlose Zerstörungswerk durchführen zu können. Was der Luftkrieg völlig verschonte, soll nun der Unvernunft zum Opfer fallen! Oder der Konkurrenz?

Während man sich in Bonn bemüht, der wirtschaftlichen und sozialen Not im Salzgittergebiet zu steuern, erteilen die Engländer einen Sprengbefehl nach dem anderen. Fundamente und leere Hallen werden in die Luft gejagt. Damit wird der Plan der Regierung, im Salzgittergebiet eine neue Friedensindustrie und Kleinbetriebe anzusiedeln, unmöglich gemacht. Der letzte, in diesen Tagen erfolgte Protest der Bundesregierung gegen die Sprengungen ist von General Robertson entgegengenommen worden. Er hat zugesagt, die deutschen Einwände „zu prüfen“! Die Sprengungen gehen aber weiter, unter dem „Schutz“ von 700 britischen Soldaten und 650 deutschen Polizisten.

Helgoland

Eine deutsche Insel spürt die Faust des Feindes

VON HEINZ BÖHMER

1807 beschoß die britische Flotte mitten im Frieden das neutrale Kopenhagen und führte die dänischen Schiffe mit sich fort. Darauf schloß sich das empörte Dänemark eng an Napoleon an. Der dänische König aber war als Fürst des Reiches zugleich Herzog von Schleswig und Holstein und so auch Souverän der Insel Helgoland. Weitere Folge war also, daß England „mit gutem Recht" nun diese einem Feinde gehörige Insel besetzte. Im Kieler Frieden wurde dann mit der gleichen Logik Dänemark für seine Haltung mit der endgültigen Wegnahme von Helgoland „bestraft": wie konnte man auch den Völkerrechtsbruch der britischen Flotte vor Kopenhagen so ernst nehmen und England den Krieg erklären!

Bis 1890 blieb die Insel in der Deutschen Bucht in britischem Besitz. Dann tauschte sie das Deutsche Reich gegen die Insel Sansibar und weitere beträchtliche Landgebiete nördlich des ostafrikanischen Deutschen Schutzgebietes ein. Im ersten und zweiten Weltkrieg wurde die Insel zu einem wirksamen Schutz der Elbmündung. Darüberhinaus war sie in den langen Friedensjahren wichtiger Fischereischutzhafen und wurde in den zwanziger Jahren zu einem der beliebtesten Badeorte an der Nordseeküste. Während des zweiten Weltkrieges blieb es bis auf kurze Luftbombardements ruhig um die Insel. Erst im April 1945 bombardierten größere Verbände die roten Felsen. 1000 Bomber zerschlugen in einem eineinhalbstündigen Angriff die Abwehrkraft der Insel vollständig.

Jedermann erwartete nunmehr, daß die Insel wieder ihren bedeutenden zivilen Aufgaben zugeführt würde und daß vor allem die dort wohnhaften Menschen wieder auf die Insel zurückkehren könnten. Mit dem Vorwand, daß die U-Boot-Bunker zunächst zerstört werden müßten, zog man einen solchen Entscheid seitens der zuständigen britischen Militärregierung hinaus. Dann hörte man davon, daß weitere Bombardements größten Ausmaßes auf der Insel stattfänden und es wurde das Anlaufen und Betreten seitens der Briten unter strengste Strafe gestellt. Die Bevölkerung der Insel folgte diesem Unrecht und ging bislang auch noch nicht wieder zurück. Mehrfach fanden weitere Bombardierungen dieses Kleinods vor der Nordseeküste statt. Offen wurde in britischen Zeitungen davon gesprochen, die ganze Insel überhaupt zu zerstören. „Alle Feuer auf Helgoland sind ausgefallen" verzeichnen die Seekarten heute. Das aber bezieht sich nicht nur auf die Leuchtfeuer und Baken, sondern auch auf alles übrige Leben. Trotz des Verbotes betraten Zeitungskorrespondenten insgeheim die Insel und berichteten inzwischen Einzelheiten von den sinnlosen sadistischen britischen Zerstörungen. Berühmte Felsen wie der „Mönch" und der „Predigtstuhl" sind durch die Sprengungen im April 1947 vollständig zerstört worden. Der ganze Südteil der Insel ist ebenfalls zusammengestürzt. Im ehemaligen Hafen bietet sich ein entsetzliches Bild. Ein Korrespondent schrieb: „Es ist eine Geisterlandschaft von so unheimlicher, bedrückender Stille, wie wir es selbst in den größten Trümmerwüsten deutscher Städte nicht erlebten. Die ganze Südwand der Steilküste ist in einer Länge von schätzungsweise hundert Metern abgestürzt und auseinandergeborsten. Nirgendwo Leben, kein Laut. Selbst die Vögel, die früher in ungeheuren Scharen hier nisteten (eine der größten Vogelzugsstraßen berührte die Insel und eine Vogelwarte sorgte für Registrierung und Betreuung), haben diesen Ort des Grauens verlassen. Von dem Lloyd-Hotel, dem Schirrhof, dem Pastorat, der Schule stehen nur noch einzelne Wandreste. ‚Lasset die Kindlein' lesen wir auf dem Rest der Steintafel am roten Schulgebäude. Von der Kirche steht noch ein Teil des Eingangsportals. Auf dem Friedhof sind die umgestürzten Grabsteine und bloßgelegten Ruhestätten von Unkraut überwuchert. Da, wo sich einst auf der Mitte der Insel der fünfzig Meter hohe Leuchtturm erhob, ist nur noch ein besonders hoher Schuttberg zu sehen, einige Meter weiter das wirre Gestänge der Leuchtkuppel. Die kleinen alten Fischerhäuser auf dem Unterland sind restlos verschwunden, Straßen, Wege und Strandpromenade zugeschüttet. Von dem früheren Kurhaus steht nur noch die Fassade, von der Post nur noch eine Wand"*. Immer noch gehen diese unfaßbaren Zerstörungen an der deutschen Insel weiter. Alle Proteste seitens der deutschen zuständigen Stellen und seitens der rechtmäßigen Bewohner dieser einst so glücklichen Insel blieben natürlich erfolglos. Aktive Selbsthilfe oder passiver Widerstand aber unterblieben bislang. Um den ganzen Umfang seiner Verbrechen zu verbergen, verbot der Engländer unter strengsten Strafen das Betreten der Insel. Besonders stark war die Empörung auf der ganzen Welt, als England vor einigen Wochen nicht einmal davor zu-

* zitiert aus „Die Wochenpost", vom 7. Jänner 1950

rückschreckte, deutsche waffen- und wehrlose Fischer mit Bordwaffen aus Flugzeugen zu beschießen, als sie bei schwerem Sturm auf der Insel Schutz suchten. Der Engländer zeigte, daß er selbst vor einem Mord nicht zurückschrecken würde, um die befürchtete Rückkehr der deutschen Bevölkerung zu verhindern. Man wird an die „Käfigschiffe“ und an die anderen britischen Greueltaten an Juden vor der palästinensischen Küste erinnert. Die letzte Fairness scheint dem einst gerade mit Fischerei und Seeschiffahrt so verbundenen England abhanden gekommen zu sein. Unser Cuxhavener Mitarbeiter Kapitän Harald Güther hatte eine Unterhaltung mit den angegriffenen deutschen Fischern:

„Schnell sind wir unten im alten Fischereihafen von Cuxhaven und über eine wackelige Leiter steigen wir an Bord eines Schulauer Hochseekutters. Schiffer Hintz empfängt uns in seinem niedrigen Logis im Vorschiff, wo er mit seinen Leuten gerade die Mittagsmahlzeit einnimmt. Wir erinnern uns der Stimmung nach manchem Angriff während des vergangenen Krieges, als die „Jabos“ uns das Leben auf See oft sehr schwer machten. Und nun schweigen die Waffen bereits seit 1945! Das heißt, sie sollten es eigentlich, aber immer wieder häufen sich aus Richtung der Insel Helgoland Alarmnachrichten, die eine andere Deutung zulassen.

„Ich winkte ihnen noch beim ersten Anflug nichtsahnend zu“, sagte der mit dem Auftragen des Essens beschäftigte Schiffsjunge, als der Kapitän noch einmal das unmenschliche Geschehen schildert. „Wir suchten auf der Insel nach etwas Material zur Reparatur unseres defekten Kühlwasserrohres“, so erzählt Bootseigner H., „als wir in den Mittagsstunden einen viermotorigen Bomber in 1000—2000 m Höhe die Insel aus südwestlicher Richtung anfliegen sahen. Wir hatten ja keine Ahnung, daß sich bereits wenige Tage vorher hier ein Ueberfall abgespielt hatte, denn Rundfunkmeldungen darüber hörten wir nicht und außer uns befand sich an diesem Tage kein anderes Boot im Hafen. Der schwere Südoststurm in Stärken bis zehn zwang uns in den Schutz dieser Insel, da ich jeden Augenblick mit dem Ausfall des Motors rechnen mußte. Nachdem das Flugzeug eine große Schleife um die Insel geflogen hatte, stieß es plötzlich mit allen Vorderwaffen schießend auf uns herab. Wir befanden uns etwa 150 m von unserem Boot entfernt und versuchten, dieses unter laufendem Deckungnehmen zwischen den Steintrümmern zu erreichen. Bei insgesamt sieben Anflügen des Bombers wurden wir fünf Mal von vorn und bei jedem Abflug zusätzlich auch noch von achtern beschossen.

Immer erregter wurde Kapt. H, als er dann schilderte, daß er mit seinen Leuten fast 40 Minuten lang in Schutzstellungen zwischen den Trümmern lag und nicht wußte, wie sein Kutter in der Zwischenzeit aussah und vielleicht Treffer erhalten hätte, die ihn zum Sinken brachten. „Endlich ließ uns der Satan in Ruhe“, klangen seine plattdeutschen Worte durch das Logis. „und in Richtung Südwest flog er ab“.

Eine eigentümliche Stimmung liegt weiterhin im Raum, als er uns noch bittet, diesen wahren Sachverhalt immer wieder der Welt kundzutun. Obwohl britische wie auch amerikanische Stellen diese Angriffe mit Zielübungen ihrer Flugzeuge erklärten und hinzufügten, daß keine Menschen gesehen worden seien (!), ist das Problem Helgoland wieder einmal in den Mittelpunkt des Geschehens gerückt.



Das Unterland der Insel mit dem Hafen und der Mole. Auf der Reede liegt ein Seebäderdampfer.

Soweit diese Unterhaltung. Ja, alle Feuer auf Helgoland sind ausgefallen. Uns will es aber scheinen, daß noch viel mehr Feuer in diesen Jahren ausfielen. Eine Finsternis der Barbarei herrscht über Europa seit dieser Kontinent 1944 und 1945 „befreit“ wurde. Wann wird dieser zerschlagene Erdteil es endlich erleben, daß wieder Recht und Gerechtigkeit an die Stelle von Macht und sadistischem Zerstörungstrieb treten?

Helgoland ist ein 53 Meter hoher Grabstein!

Unter ihm begruben britische Nachkriegsbomber den deutschen Glauben an die angebliche Vernunft des Siegers, den Glauben an das Verständnis für 2400 friedliche Helgoländer, die man ohne ihr Hab und Gut von der angestammten Insel jagte.

Seit 200 Millionen Jahren wächst der rote Sandstein Helgolands aus den Fluten der Nordsee. Seit kaum vorstellbaren Zeiten ruht breit und mächtig der Felsenklotz vor unserem Festlande. An der Südspitze steht noch immer steil und einsam die Felsnadel des Mönchs, im Norden der Hengst. Niemand weiß, wie lange die Bomben brauchen, dieses einzigartige Naturwunder Helgoland in die nimmersatte See zu zerbröckeln.

An der „Alten Liebe“ in Cuxhaven aber stehen die alten Helgoländer Fischer und ihr Blick wandert nach Nordwesten, wo sie ihre blutende Heimat wissen. Sie gehen seelisch zugrunde und einer nach dem anderen schließt, oft freiwillig, die Augen für immer und nicht selten sind die letzten Worte ein: „Gott strafe England“!

Demokratie von unten!

Augenblicklich läuft in Nordrhein-Westfalen eine Aktion gegen Schund, Schmutz, Unsittlichkeit usw. In Dorsten/Westfalen fand am 25. Januar in der Aula des dortigen Gymnasiums eine Versammlung für Erzieher, Geistliche, Fürsorgeleiter und andere Stellen, die in der Jugendarbeit stehen, statt, in der ein Regierungsvertreter das Anwachsen der Sittlichkeitsdelikte von 1945 bis 49 zugab und selbst darauf hinwies, daß es sich nicht um eine Folgeerscheinung des Krieges handeln könne, da das Jahr 49 weitaus die meisten Vergehen und Verbrechen aufweise. Leider gab der Regierungsvertreter die Daten von 35—39 nicht an. Aber auch so kam in der Aussprache deutlich zum Ausdruck, daß in erster Linie die Regierung die Schuld trüge.

Der Regierungsvertreter antwortete darauf: „die Demokratie fängt von unten an“, wobei er die unteren Polizeidienststellen und Erziehungsorgane meinte, die also gegen das kämpfen sollten, was die Regierung von sich aus zuläßt.

Soweit der Versammlungsbericht.

Mehrere Dinge stimmen doch nachdenklich:

Die verantwortlichste Regierungspartei nimmt augenscheinlich, um nach allen Seiten hin koalitionsfähig zu bleiben, etwas Seelenvergiftung in Kauf. („Unten“ die können sehen, wie sie damit klar kommen!)

Der Begriff „Demokratie von unten“ hat eine Definition erfahren, wenn auch eine sonderbare. Offenbar besteht die „Demokratie von unten“ in dem Wunsch der Regierung, von unten gegen das anzukämpfen, was sie von oben zuläßt.

Ist es auch Wahnsinn, so hat es doch Methode!

Die Sophistenschule auf dem Petersberg hat wahrlich gelehrige Schüler.

Von einem beteiligten Schulleiter.

Unsere unschuldig in Frankreich eingekerkerten Offiziere und Soldaten bedanken sich auf diesem Wege herzlich für die lieben Briefe und kleinen Geschenkpakete, die ihnen zugingen. Ich wiederhole aus diesem Anlaß meine Bitte, diese schwer leidenden Kameraden und ihre vollkommen mittellosen Angehörigen nicht zu vergessen. Wer ein wenig mithelfen will, diesen Menschen den Glauben an ihr Volk zu erhalten, schreibe mir bitte.

Friedel Gatt, über den Dürer-Verlag, Buenos Aires.

Das Weltgeschehen

„Einigkeit und Recht und Freiheit für das deutsche Vaterland“

Der Abgeordnete Hedler sollte „neofaschistische“ Aeußerungen getan haben. Der zuständige Staatsanwalt erhob Anklage und es erfolgte Freispruch mangels Beweises. Sofort ging durch eine Reihe ehemaliger Lizenzorgane wie bestellt die Forderung nach Einrichtung einer „politischen Justiz“. Das gleiche wurde hier ganz ungeschminkt gefordert, was soeben in Sowjetchina als Anweisung an die Gerichte ergangen war: „sich nach den politischen Programmen und Anordnungen zu richten“. Die Demokratur riß sich selbst die Maske vom Gesicht. „Politische Vergehen müssen durch politische Urteile geahndet werden“ fordert eine „deutsche Zeitung“, die von sich selbst sagt, „sie diene der freien Meinungsäußerung“. „Politisches Vergehen“ ist, wie der Fall Hedler zeigt, jede ungewünschte Meinungsäußerung. „Ein Bundesgesetz müßte das Verbrechen, das Hitler am Volke begangen hat, genau definieren“ reagiert eine andere Stimme auf die erteilte Weisung — und merkt nicht, welches Verbrechen sie selbst damit fordert. Sie fordert die Inquisition, die Super-Gestapo, die Tötung der politischen Meinungsbildung im deutschen Volk, die Verewigung der Versklavung von 1945. Wer an dem Ergebnis des zweiten Weltkrieges rüttelt, ist dann nicht etwa ein anständiger Deutscher mehr, sondern ein politischer Verbrecher, der mit einem gewöhnlichen Zuchthäusler gleichzusetzen ist. Das ist der Standpunkt dieser Zeitungen.

Wir verstehen, wenn unter dem Besatzungsregime nicht gedruckt werden darf, was das ganze deutsche Volk wünscht: die Wiederherstellung seiner politischen Freiheit. Wir verstehen aber **nicht**, wenn Deutsche sich dazu hergeben, die Verewigung ihrer Rechtlosigkeit zu fordern. Denn sie fordern gesetzliche Verankerung von Uneinigkeit, Rechtlosigkeit und Unfreiheit. Kaum ist das vereinbar mit jener Strophe, die das deutsche Volk in Ost und West am 18. April der Welt durch den Bundeskanzler feierlich verkündete: „Einigkeit und Recht und Freiheit für das deutsche Vaterland!“

ARGENTINIEN

Aus Anlaß der 200. Wiederkehr des Todesjahres Johann Sebastian Bachs dirigierte Wilhelm Furtwängler in Buenos Aires die Mathäus-Passion.

Präsident Perón verkündete am 16. April eine Erhöhung der Getreide-Ankaufspreise. Eine Erweiterung der Anbaufläche bei Weizen um 25% und bei Mais um 50% ist erwünscht.

Während seines Aufenthalts in den USA erklärte Dr. Cereijo, „daß Argentinien nordamerikanischem Anleihekapital die gleiche Behandlung zusichert wie dem argentinischen Kapital“.

IBEROAMERIKA

Bolivien erlebte wieder unruhige Wochen. Es kam laufend zu neuen nationalistischen Umsturzversuchen. Der Welt wurde gesagt, es handle sich um „kommunistische Umsturzpläne“.

Dem deutschen Bergsteiger Professor Hans Ertl von der „Deutschen Anden-Kundfahrt

1950" gelang erstmalig die Bezwingung des Nordgipfels des Illimani.

Brasilien. Es wurde bekanntgegeben, daß Getulio Vargas bei den kommenden Präsidentenwahlen kandidieren wird.

U. S. A.

Professor Clinton Rossiter forderte in der Zeitschrift „Review of politics" eine Militär-Diktatur für die USA. Er greift damit die Vorschläge auf, die Bernhard Baruch zuletzt in seinem Vortrag vom 31. März vor der Marine-Akademie in New Port wiederholte. „Von der Demokratie zur Diktatur" bezeichnet die Chicagoer „Sonntagspost" die derzeitige innerpolitische Entwicklung der USA. Größte Besorgnis erweckte in diesem Zusammenhang die Weigerung des Präsidenten, die von Regierungspartei und Opposition gleichermaßen geforderte Einsichtnahme in die Personalakten jener Beamten zuzulassen, die prokommunistischer Einstellung verdächtigt werden. — Die innerpolitischen Säuberungsversuche der Republikaner wurden fortgesetzt. Der Druck führte zunächst zur Ernennung republikanischer Politiker zu außenpolitischen Beobachtern. Foster Dulles wurde Berater im State Departement. Am 14. April bildete Dean Acheson einen „Außenpolitischen Rat" unter Leitung des kommunistenverdächtigen Philipp Jessup, dem auch Foster Dulles in seiner neuen Eigenschaft angehören soll. Von republikanischer Seite wird gewarnt, daß so auf dieser Ebene die republikanischen Einsprüche neutralisiert werden sollen.

Der republikanische Abgeordnete Styles Bridge forderte eine Untersuchung der Demontagepolitik in Deutschland. Kommissar McCloy erklärte am 20. April, daß der Demontageplan nicht geändert werde. Dean Acheson erklärte der Presse am 21. 4., daß er „gegen eine Untersuchung der Politik der USA in Deutschland sei, weil sie eine Verschärfung der Schwierigkeiten der USA in jenem Lande zur Folge haben müsse". — Die New York Times erlaubte sich am 19. 3. 50 den bedauerlichen Druckfehler, daß man in Berlin „Deutschland über A l l i e s" gesungen habe.

Der deutsche Emigrant Einstein wurde von Republikanern wegen seiner Mitgliedschaft bei dem Kongreß für Amerikanisch-Sowjetische Freundschaft und bei dem Joint Antifaschistischen Flüchtlingskomitee scharf angegriffen. Die Angriffe wurden in die Kongreßakten übernommen.

Präsident Truman rief am 20. April die Zeitungsverleger zu einer „gewaltigen Aufklärungsaktion gegen den Kommunismus" auf. Man sieht darin eine Beruhigungspille als Antwort auf die Enthüllungen über prokommunistische Einstellung führender Regierungsmitglieder. und weist weiter darauf hin, daß dieser Aufruf nicht dazu führen dürfe, die bereits anderweitig bestehenden Aufklärungsfeldzüge gegen den Bolschewismus einzustellen.

EUROPA

Nach den im Haag am 26. März geführten Generalstabsbesprechungen wurde erklärt, „daß man keineswegs sofort die Mitgliedländer verloren geben werde. Jede Handbreit europäischen Bodens werde verteidigt werden". Städte wie Jülich und Köln erinnern noch, was solche Sätze zu bedeuten haben.

England. Das von uns (Heft 3, S. 294) gemeldete Wahlergebnis verbirgt, daß trotz des Rückgangs der Labourmandate 1950 mehr als 2 Millionen Stimmen m e h r für die Labourpartei abgegeben wurden als 1945! Es ist also eigentlich ein Ruck nach l i n k s erfolgt. Eine Meinungsänderung von nur 3% der Wähler in nur 10% der Wahlbezirke würde der Labourpartei bei der nächsten Wahl bereits eine Mehrheit im Parlament verschaffen, wie sie in der britischen Geschichte bisher nicht vorkam.

In einer Unterhausrede vom 18. 3. forderte Churchill deutsche Wiederaufrüstung. „Sunday

Pictorial" erinnert am 19. März an Goebbels letzte Rundfunkansprache, in welcher er prophezeite, „daß Herr Churchill bald erkennen wird, daß er den verkehrten Krieg geführt hat und daß er die verkehrten Kriegsverbrecher aufhängt, daß er dann die Deutschen anbetteln wird, ihm gegen Rußland zu helfen".

Churchill selbst war es, der in seinem Telegramm vom 22. 3. 41 an den jugoslawischen Ministerpräsidenten von „65 millions of these malignant Huns" (65 Millionen dieser böswilligen Hunnen) sprach. Er wiederholt diese Beschimpfung des deutschen Volkes sogar in seinem eben erschienenen 3. Band seiner Erinnerungen.

Frankreich. Die „Versammlung der Französischen Union" gab in ihrer Sitzung vom 20. Januar den Ländern Laos, Kambodscha und Viet Nam Souveränität im Rahmen der Französischen Union. — Die Strafkolonie Cayenne in Guayana (Südamerika) wurde aufgehoben.

In Indochina für das Vaterland gefallene Franzosen, die früher mit Deutschland zusammenarbeiteten, dürfen nicht auf Staatskosten nach Frankreich überführt werden. Die Demokratur fürchtet die Nationalisten sogar noch nach ihrem Tode. — Am 25. April wurde der eingekerkerte Marschall Pétain 94 Jahre alt.

Die Lebenshaltungkosten steigen laufend, sodaß die prokommunistische Stimmung gefördert wird. — Jules Moch löste die antikommunistische Organisation „Antoine de Saint-Exupéry" auf. — Als Protest gegen amerikanische Waffenlieferungen kam es zu verschiedenen kommunistischen Hafenarbeiterstreiks.

Italien. Die kommunistischen Unruhen dauerten weiter an. Sie nahmen zeitweise den Charakter eines Kampfes um die Macht im Lande an.

Infolge der Aufhebung der Grenze zwischen Jugoslawien und Ost-Triest kam es zu schweren Differenzen mit Italien.

DER ORIENT

Israel. Es wird die Wiedererrichtung des Sanheddrin als oberster geistiger Autorität des Jüdischen Volkes gefordert. Da die UN vorerst nicht der Ueberlassung Jerusalems an Israel zustimmte, wird betont, daß diese Wiedererrichtung auch unabhängig vom Wiederaufbau des Tempels erfolgen könne. Ein solcher Schritt würde den angesichts der Weltentwicklung immer öfter auftretenden Gerüchten vom Bestehen eines geheimen Sanheddrin in den

USA (als „Direktorium einer mit der UN zusammenarbeitenden jüdischen Weltregierung“) endgültig den Boden entziehen und zur Klärung der weltpolitischen Lage wesentlich beitragen.

Es wurde ein Kollektivsicherheitsabkommen der arabischen Länder vorbereitet, das folgende Staaten umfaßt: Aegypten, Irak, Saudi-Arabien, Syrien, Libanon, Jemen und Jordanien.

Der Wirtschaftsminister **Syriens** schlug den Abschluß eines Nichtangriffspaktes mit der Sowjetunion vor und meinte: „Ich ziehe es vor, daß sich die arabischen Staaten in Sowjetrepubliken verwandeln, als daß sie Opfer des Zionismus werden“.

OSTEUROPA: RUMÄNIEN

Die deutsche Volksgruppe zählt heute 400 000 Seelen. Seit 1948 verfügt sie wieder über eigene Schulen und zwar 107 deutsche Kindergärten, 269 Volksschulen, 2 Gymnasien, 2 Handelsschulen, 3 technische Mittelschulen und 3 Lehrerbildungsanstalten. Die Lehrbücher in deutscher Sprache erscheinen im Staatsverlag. Die oberen Klassen des Realgymnasiums in Temeschburg spielten Schillers „Kabale und Liebe“ 5 mal vor ausverkauftem Hause im Staatstheater. Brahms-, Beethoven- und Bachkonzerte folgten. In jedem Dorf mit mehr als 30 Kindern gibt es wieder eine Schule, aus deren Fenstern es klingt: „Am Brunnen vor dem Tore“.

DAS VATERLAND

Westdeutschland (Alliierte Besatzungszonen; holländisch, belgisch und französisch besetzte Reichsteile). Die „Salzburger Nachrichten“ stellten fest, daß Gesamtdeutschland jetzt 188 Minister besitzt. — Die Bundesrepublik zählte am 31. 12 49 etwa 48 Millionen Einwohner.

Der Volkstrauertag wurde in diesem Jahre erstmalig wieder in den meisten Gemeinden feierlich begangen. Bei der Gedenkfeier in Wülfingen flankierten zwei Ehrenposten in Wehrmachtsuniformen mit Stahlhelm und Koppel den Gedenkstein für die Toten des Zweiten Weltkrieges und während der Gedenkmesse ministrierten zwei ehemalige Soldaten in schwar-

zer Panzeruniform mit umgeschnalltem Koppel.

Zu der Revision des Urteils gegen deutsche Diplomaten durch das amerikanische Kriegsverbrechergericht schreibt die Hamburger Freie Presse: „Wir sehen darin weniger einen Akt der Gnade, auch nicht einen Akt des Rechts, als vielmehr einen Akt des schlechten Gewissens“. — Deutsche Juristen haben ein Weißbuch herausgegeben über die Rechtsbrüche in den Gerichtsverfahren gegen die jetzt in Landsberg eingekerkerten deutschen Soldaten. — Es befinden sich noch 420 deutsche Generale in ausländischen Gefängnissen.

Dr. Goebbels letzter persönlicher Pressereferent, Wilfred von Oven, tauchte auf Grund des Amnestiegesetzes aus der Illegalität auf. Er will der Bundesregierung Gelegenheit geben zu beweisen, daß „kein ehemaliger Nationalsozialist heute mehr die Oeffentlichkeit zu scheuen braucht“. — Im Lager Esterwegen befinden sich derzeit 110 Spruchkammergefangene. Sie leben dort zusammen mit 299 Zuchthäuslern. Kleidung und Kopfbedeckung wurde neuerdings für beide Gruppen einheitlich durchgeführt. Verantwortlich für das Lager ist der Emigrant Dr. Meyer-Abich, Generalstaatsanwalt in Oldenburg, sein Vertreter ist Oberstaatsanwalt Wolfsohn. Hier wird keine Strafhaft vollzogen, sondern bewußt Seelen zugrunde gerichtet, denn Spruchkammergefangene, die nichts taten, als ihr Volk mehr zu lieben als sich selbst, werden in sadistischer Weise mit Zuchthäuslern vermengt. Der Besuch des Lagers durch die Abgeordneten Rosa Helfers/SPD und Druck/CDU änderte an diesen Verhältnissen bisher noch nichts.

Die KPD sprengte im Hörsaal A der Hamburgischen Universität eine Versammlung der „Kampfgruppe gegen Unmenschlichkeit“, ohne daß die Polizei einschritt. Es ist damit erneut bewiesen, daß es nicht möglich ist, in der westdeutschen Bundesrepublik eine Versammlung durchzuführen, wenn es die KPD nicht will, weil sie so gut organisiert ist, daß die anderen Parteien dem nichts entgegenzusetzen haben. Durchschlagende antikommunistische Organisa-

tionen werden in Westdeutschland von den Alliierten und ihren Beratern nicht erlaubt. — Der britische Gouverneur von Nordrhein-Westfalen teilte mit, daß jede organisatorische Zusammenfassung der ehemaligen Frontkämpfer von den alliierten Kommissaren verboten werden würde. — McCloy erklärte dem Bundeskanzler, daß „die Anwesenheit eines einzigen nordamerikanischen Bataillons die beste Sicherheitsgarantie für Westdeutschland" sei.

Am 31. März lief die Amnestie für falsche Namensführung ab. Trotz raffiniertester Lockmittel der Lizenzpresse meldete sich fast kein einziger der etwa 100 000 Illegalen.

In einer bedeutenden Rede forderte Bundeskanzler Dr. Adenauer am 12. April in Berlin Gleichberechtigung für das deutsche Volk und Revision des Besatzungsstatuts. Die Rede schloß mit der dritten Strophe des Deutschlandliedes. Die anwesenden alliierten Stadtkommandanten blieben sitzen. Es wurde bekannt, daß auch in der gesamten Sowjetzone die Deutschen sich bei diesem Lied erhoben. Der britische Kommandant meinte, „es sei geschmacklos gewesen, daß man ihn nicht vorher davon verständigt habe". Bundespräsident Prof. Heuß erklärte am folgenden Tage erstaunlicherweise: „Die Tatsache, daß in Berlin während einer Kundgebung in Anwesenheit des Bundeskanzlers Dr. Adenauer die dritte Strophe des Deutschlandliedes gesungen wurde, bedeutet keineswegs, daß dieses Lied als Nationalhymne angenommen ist. Die endgültige Entscheidung über diese Frage steht mir als Präsident der Bundesrepublik zu." Herr Heuß sollte darauf achten, daß die Entwicklung in Deutschland ihn nicht zu ignorieren beginnt.

Der britische Oberst White wurde auf frischer Tat ertappt, als er versuchte, Anzugsstoffe nach Deutschland zu schmuggeln. Er war Leiter des „Instituts zur Erforschung der deutschen Volksmeinung", das aus ihm und einem Schreibfräulein bestand und mit seinen oft frei erfundenen (wie White jetzt selbst zugab!) Marktuntersuchungen die britische Politik in Deutschland beeinflußte. Die Bonner Regierung zahlte für dieses Institut jährlich eine halbe Million und für jede „Marktuntersuchung" 30.000.— DM. Die Fragen seiner „Untersuchungen" waren so abgefaßt, daß die Antworten in bestimmtem Sinne (drohender Neofaschismus usw.) ausfallen mußten. Die schwedische Zeitung „Aftonbladet" bezeichnet die Tätigkeit dieses Herrn White „ohne Uebertreibung als verhängnisvoll für die Deutschlandpolitik der Engländer'. — Die britische Besatzung zählt 6.100 Beamte (31. 3. 50). Für 62 Kraftwagen werden 4 Engländer und 110 Deutsche benötigt. Brian Robertson „besitzt" ein Schloß bei Osnabrück, 1 bei Köln und 1 Haus in Berlin mit insgesamt 60 Dienstpersonen. Der britische Gouverneur von Nordrhein-Westfalen, Bishop wohnt in einem Schloß mit 74 Räumen, das kürzlich für 390.000.— DM. renoviert wurde. Die Amerikaner bauten die Villa Deichmann in Bonn für eine halbe Million auf Kosten der Deutschen in ein Büro um. Das Land Hessen zahlt monatlich für Dienstmädchen der Besatzungsangehörigen 4½ Millionen DM! (Normaler Dienstmädchenlohn etwa 30 DM pro Monat). (Alle Angaben aus der schwedischen Zeitung „Aftonbladet"). — Mehr als die Hälfte der E i n n a h m e der Bundesregierung werden für Besatzungskosten benötigt, gab der Bundesausschuß für Auswärtige Angelegenheiten am 2. April bekannt. — Zu einem schweren Konflikt mit den Alliierten Hohen Kommissaren kam es Ende April, als diese Einspruch erheben wollten gegen eine Senkung der Einkommensteuer. Dr. Adenauer sprach von einer Ueberschreitung der Befugnisse der Hohen Kommissare. In einer Sitzung mit Benjamin Buttenwieser, dem Vertreter McCloys, mußte Finanzminister Dr. Schaeffer dann jedoch die alliierten Forderungen „zu 95%" annehmen. Die hohe Besteuerung der deutschen Bevölkerung bleibt damit bestehen.

M i t t e l d e u t s c h l a n d (Sowjetrussische Besatzungszone und Berlin).

Zwischen den Staaten des Ostblocks und der Deutschen Volksdemokratie wurde in Budapest ein Sicherheitspakt abgeschlossen, der für den Fall des Beitritts Westdeutschlands zum Europarat oder zum Altlantikpakt wirksam wird.

Der ehemalige Generalstabschef der „Internationalen Brigaden" in Spanien wurde jetzt

Minister für Staatssicherheit in der sowjetischen Besatzungszone. Er nennt sich jetzt Wilhelm Zaisser. — Um weitere Kommunisten zu sammeln, gründete der Kommunist Scholz in Berlin eine nationalbolschewistische Partei und sandte ein Ergebenheitstelegramm an Tito. Es ist mit der Schaffung angeblich „illegaler" Organisationen und angeblich „anti"eingestellter Parteien in Ost und West eine neue Phase der Besatzungspolitik eingetreten, um die nationalen Strömungen aufzufangen, ohne die berechtigten nationalen Forderungen wirklich erfüllen zu müssen. Für **alle** von Besatzungsmächten besetzten Gebiete ist die Schaffung solcher Parteien in diesen Monaten typisch. Weiterhin wird daher Zurückhaltung der eigentlichen völkischen Kräfte aus dem politischen Leben als Folge solcher Vorgänge zu verzeichnen sein.

Ostdeutschland (russisch, polnisch und tschechisch besetzte Reichsteile).

In den polnisch verwalteten Gebieten fanden „Befreiungsfeiern" aus Anlaß der 5. Wiederkehr der Besetzung statt.

Um Waldenburg vegetieren noch etwa 20 000 Deutsche, in Königshütte etwa 1000 Deutsche. In Kattowitz wurden fünf Deutsche wegen angeblicher Sabotage öffentlich gehenkt.

Der gesamte Kreis Cammin wurde von Deutschen geräumt. Diejenigen, die für Polen optierten, wurden in den Kreis Schlawe gebracht. Die Insel Usedom ist fast völlig vom Festland abgeschnitten, die Wirtschaftslage trostlos.

Republik **Oesterreich**. Bundespräsident Karl Renner erklärte am 28. März, daß die vier Besatzungsmächte die österreichische Justiz untergraben, und schwer auf der Wirtschaft des Landes lasten.

Die Regierung lehnte den russischen Vorschlag auf wirtschaftliche Beteiligung in verschiedenen ehemals deutschen Großunternehmen im Hinblick auf die Entwicklung in Ungarn (wo die wirtschaftliche Durchdringung zur politischen führte) ab.

UEBRSTAATLICHE VORGAENGE.

Der Papst äußerte in einer Audienz, daß „die Welt einer wirklich gefährlichen geistigen Situation zutreibe".

Abgeschlossen, am 27. April 1950
"Año del Libertador General San Martín".

H. M.





Gesäuse-eingang Steiermark

Steffen-Lichtbild Graz



Das Buch

A r t h u r H ü b s c h e r, PHILOSOPHEN DER GEGENWART. Piper & Co. Verlag, München, 1949.

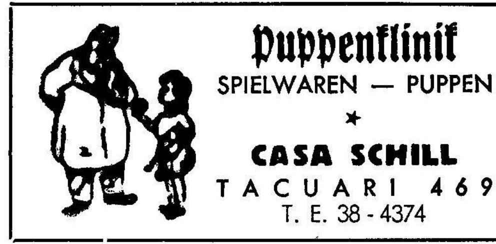
Bevor Hübscher, der Herausgeber der Werke Schopenhauers, mit seinen fünfzig Profil-Skizzen zeitgenössischer Philosophen beginnt, bemüht er sich, aus dem Vielerlei philosophischer Lehrmeinungen unserer Tage die wesentlichen Leitlinien herauszuarbeiten.

Von Hegel ausgehend, dem er von Anfang an als entschiedensten Gegner Schopenhauer gegenüberstellt, verfolgt er die zwei Wege, die von dem Glauben an einen gewissermaßen automatischen Fortschritt ausgegangen sind, dem „rechten", konservativen, über Stahl zu Ferdinand Lassalle und den Wegbereitern des „Dritten Reiches", und den „linken" über Marx und Engels zu Lenin und Stalin. Diesen fortschrittgläubigen Hegelianern beider Richtungen treten nun im Anschluß an Schopenhauers letztes Werk „Parerga und Paralipomena", im Anschluß auch an Lord Byron und Chateaubriand, an Baudelaire, Kierkegaard und Gobineau über Ranke, Burckhardt und Nietzsche die „Philosophen des Untergangs" gegenüber.

Eingeleitet durch Rathenaus Schrift „Zur Kritik der Zeit" (1913) drängt sich Denkern wie Spengler, Aldous Huxley, Valéry, Jean Giraudoux die Vision eines allgemeinen Kulturverfalls auf, dessen tieferen Ursachen Berdjajew, Richard Benz und Leopold Ziegler nachspüren, und die sie durch Streben nach einer „Einheit der Gegensätze", deutlicher: „Vereinheitlichung des Widersätzlichen" von stets höherer Warte aus zu überwinden hoffen. Dabei fällt der Blick notwendigerweise auf die Uranfänge, auf das Mythische, und unter Berufung auf Carus und Bachofen wandert Klages folgerichtig und bewußt aus der Welt des Geistes in die Welt der Seele, worauf Kelserling — ebenso notwendigerweise — den Anschluß an die Seelenkräfte östlicher Mystik findet, und zwar gemeinsam mit Ziegler.

Inzwischen lebt aber auch der Gedanke vom Fortschritt und von der Entwicklung als einer stets fortschreitenden Vervollkommnung in den mannigfachsten Varianten und neu vertieft weiter. Im Grunde genommen sind ja beide, sowohl die Fortschritts-Lehre als auch die Abfalls-Lehre entwicklungsgläubig, indem sie eine stets fortschreitende, gradlinige Verwandlung zu neuen Zuständen voraussetzen.

Schopenhauer aber lehnte alle Entwicklungstheorien als unphilosophisch ab. Der Zeitbegriff, der ihnen notwendig innewohnt, erschien ihm als eine Verleugnung Kants, dessen „Ding an sich" keinem zeitlichen Wandel unterworfen werden kann. Weder das Werdende, noch das Ursächliche, sondern allein das Wesentliche sei Thema philosophischer Betrachtung (und in der Tat, läßt nicht das gleichzeitige Nebeneinanderbestehen aller verschiedenen Entwicklungsstufen in der Welt entweder den Begriff Zeit oder den Begriff Entwicklung oder beide recht fragwürdig erscheinen?). So war folgerichtig Geschichte — philosophisch gesehen — für Schopenhauer ein Nichts. Man könne sie, schrieb er, allenfalls „ansehen als eine Fortsetzung der Zoologie". Und dieses Wort schien schon auf die Periode na-





turwissenschaftlicher Geschichtsbetrachtung (Völkerpsychologie, Sozialanthropologie, rassenpsychologische Geschichtsdeutungen) zu Beginn unseres Jahrhunderts hinzuweisen.

Die philosophische Frage nach dem Wesentlichen der Welt aber wurde von Schopenhauer selbst mit seiner Schrift „Ueber den Willen in der Natur" beantwortet. Und diese seine Wendung vom Geist zum vitalen Willen (in der er den menschlichen Willen als ein Teil mit einbeschloß) klingt in der gegenwärtigen Verlagerung der Seinsdeutung von der Vernunft fort, zum schöpferisch Irrationalen hin, und vor allem im Vitalismus wieder an, der die Lebenserscheinungen aus einer sowohl geistigen als auch stofflichen, neuen und höheren, aus einer ganzheitlichen Gesetzmäßigkeit zu erklären sucht.

Die gleiche Zusammenschau zweier bisher getrennter Betrachtungsweisen ergibt sich nun auch in der Frage nach dem Wesen des Menschen, die weder allein mehr historisch noch allein mehr evolutionär beantwortet werden kann. Ueber Personalismus und Realismus führt die Leitlinie hier zu einer neuen Art philosophischer Anthropologie, die — wieder in gewisser Hinsicht bei Schopenhauer anknüpfend — nicht mehr wie einst bei den Idealisten vom Bewußtsein, sondern vom „Leibe", von der Existenz, vom handelnden Menschen ausgeht. Denn im Augenblick der Handlung — so sagt man, und das ist nun sehr wichtig — gebe es keine Reflexionen. Weder im Richten des Willens auf eine Sache, noch im Zugreifen selbst lasse sich geistiges Bewußtsein von stofflicher Bewegung trennen. Der Mensch handelt als ein Ganzes! So kommt man auch hier zum Begriff der Ganzheit, und dem „Willen in der Natur" entspricht der Trieb im Menschen. Damit beginnt bei Schopenhauer, von Nietzsche wesentlich bereichert an unser Jahrhundert weitergegeben, die Triebpsychologie, die ihren sichtbaren Niederschlag in Psychiatrie und Psychoanalyse gefunden hat. Diese Linie aber führt naturnotwendig endlich zur Existenz-Philosophie, die in Schelling und Kierkegaard ihre wesentlichen Vorläufer hatte, und die nicht mehr den Menschen an sich, sondern den Menschen im Rahmen seiner jeweiligen Situation sieht. Daher der Beigeschmack von Lebensangst angesichts der nahezu hoffnungslosen Situation von heute. Daher Heideggers Wort von „Geworfensein" in den Strom der Zeit. Heidegger sowohl wie Jaspers glauben, daß die Wirklichkeit dem Menschen keine Zukunft mehr bereit hält, sondern Vernichtung und Scheitern. Aber während Heidegger eben in dieser Ausweglosigkeit eine Art überlegener Befriedigung findet, lehrt Jaspers die **Durchbrechung** der zeitlichen Daseinsbegrenzung durch ein innerlich freies Handeln und sieht eben darin das eigentlich Menschliche. — Will man also Heidegger negativ und Jaspers positiv nennen, so wiederholt sich die gleiche Spannung zwischen Sartre und Camus einerseits und Marcel und seiner Gruppe andrerseits. —

In dieser Darstellung Hübschers scheint nur ein Baustein noch zu fehlen, um den Bogen ganz zu wölben nnd dem Denken dreier Generationen den vorläufig krönenden Abschluß zu geben. (Denn ein endgültiger Abschluß wäre ja erst denkbar, wenn ein Welt-Kollektiv dem freien Denken ein Ende setzt.) Nach Hübscher knüpfen nahezu alle wesentlichen Gedanken der neueren Philosophie irgendwie bei Schopenhauer an, der eine ähnliche Schlüsselstellung einzunehmen scheint, wie etwa Bach in der neu-

eren Musik. Auf der Suche nach dem Philosophen unserer Zeit, der nun Schopenhauers Willenslehre am überzeugendsten weitergeführt, dabei Zieglers Forderung nach „Vereinheitlichung des Widersätzlichen" auch innerhalb der Philosophie selbst erfüllt und den Begriff der Ganzheit, der Alleinheit, zu geradezu plastischer Anschauung verdichtet hat, stoßen wir auf einen Namen, der bei Hübscher fehlt: Ernst Kriegck, und auf einen, letzten Gedanken, der in Hübschers Darstellung fehlt, den Gedanken vom „Leben" als oberstem Prinzip der Welt und als zentralem Problem allen Denkens, vom „Leben" als dem eigentlich „Wesentlichen der Welt" im Sinne Schopenhauerscher Philosophie, oder, um es mit Jacob Böhme zu sagen: „Der Sinn dieser Welt ist beschlossen im Sieg des Lebens." Hier münden soviele Gedankenströme aller Zeiten ein, daß es schwer zu begreifen ist, warum Hübscher gerade Ernst Kriegck aus seiner Zusammenstellung fortgelassen hat. Seinem Buch haftet damit der Mangel einer Unvollständigkeit im Entscheidenden an. —

Die fünfzig kurzen Charakteristiken der einzelnen Philosophen beleuchten nun in der bunten Folge des Alphabetes noch einmal die Schnittpunkte der aufgezeigten Leitlinien, und hier erweist sich Hübscher als ein meisterhafter Zeichner sowohl menschlicher als auch geistiger Profile. Es folgen endlich im Telegrammstil die biographischen und bibliographischen Daten der besprochenen Philosophen.

Besonderen Dank verdient die Aufnahme der photographischen Bildnisse. Physiognomisch aufschlußreich verraten sie, daß in den höchsten Regionen reinen und freien Denkens sich eine Menschengruppe an der Führung erhalten zu haben scheint, die sonst heute allenthalben durch eine wesentlich anders geartete Menschengruppe aus der Führung verdrängt wurde. Köpfe wie Jaspers, Guardini, Hartmann, Heisenberg, Hocking, Moore, Russell und Ziegler können einen wirklich noch für einige Zeit mit dem Dasein auf dieser Erde aussöhnen.

Alles in allem stellt Hübschers Buch in einer Zeit, da der Existenzkampf mehr und mehr die Möglichkeiten zu eigenem Quellenstudium beschneidet, ein unentbehrliches Hilfsmitel für alle Interessierten dar und darum eine besonders verdienstvolle Tat.

vo

*

Ein nicht unwichtiger Nachtrag zu unserer Buch-Besprechung „Verboten und Verbrannt", Heft 3/1950: Von Hans Erich Kästner, der so „unter dem Druck des Naziregimes" litt, wie er selbst schrieb, wird bekannt, daß er auf persönlichen Wunsch von Dr. Goebbels nach dem Vorschlag von Dr. Meister, dem seinerzeitigen Geschäftsführer der Reichskulturkammer in Berlin, unter dem Pseudonym N e u n e r im Dritten Reich schrieb. C.G.

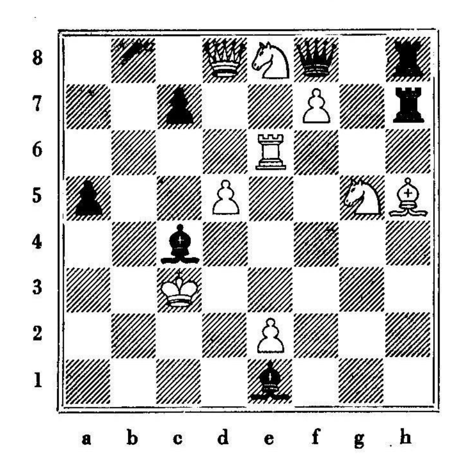


SCHACHECKE

3 4. AUFGABE

Von C. *Thomas in Kopenhagen*

(Skakbladet, 1950)



Weiß zieht und setzt in zwei Zügen matt.

Lösung der 33. Aufgabe: 1. *Te3-c3.* Abspiele: 1 ... *Kxc3.* 2. *Tg3* matt; 1 ... *Ke5.* 2. *Tg6* matt; 1 ... *Dxc3.* 2. *Sb6-c4* matt; 1 ... *Dxb6+.* 2. *Tgc7* matt; 1 ... *Dd5+.* 2. *Td7* matt; 1 ... *De5.* 2. *Sd5* matt; 1 ... *f3.* 2. *Tg4* matt; 1 ... anders. 2. *Td7* matt. — Schwierig und schön!

Richtig gelöst von Herrn Hermann Höhlke in Córdoba.

Aufgabe 32 wurde noch richtig gelöst von den Damen: Ingmar Tschumi, Santiago de Chile, und Frau Emma Thiel, Concepción, Chile, und den Herren: Wolf Albrecht, z. Zt. auf Heimatreise; Hermann Flad, Panambí, Brasilien; Walter Florians, Florida; Juan König, Monte Carlo, Misiones; Alfred Kunstmann, Valdivia, Chile; Oskar Rikli, Rio do Sul, Brasilien; Hermann Schlegel, Valparaiso, Chile; Richard Tegeler, La Falda; Heribert Wiese, Santiago de Chile. — J. H. Nach 1. Kg7?, Kf5 gibt es kein Matt im 2. Zuge.

Zu Aufgabe 31 sandte Herr Heinz Belger, Mirim Doce, eine richtige Lösung.

Hauptschriftleiter: Eberhard Fritsch, **Schriftleiter:** Gustav Friedl. - **Im Dürer-Verlag, Bs. Aires. Schriftleitung:** Casilla Correo 2398. Sarmiento 542, T. E. 34 - 1687. **Anzeigen-Annahme:** H. Müller, T. E. 32 - 2941. - **Druck:** Imprenta Mercur, Rioja 674. Sämtliche in Buenos Aires. Das Titelbild ist ein Holzschnitt von **Rudolf Warnecke**, Dinkelsbühl, November 1948. Für unverlangt eingesandte Manuskripte wird keine Gewähr übernommen. Der Weg erscheint monatlich.

Der „Weg" ist in Buenos Aires in den deutschen Buchhandlungen erhältlich. Vertreter in allen Staaten Süd- u. Nordamerikas, in allen Staaten West- u. Nord-Europas, im Vorderen Orient, Indien, Südafrika u. Australien.

Printed in Argentine. Impreso en Argentina.

Se terminó de imprimir el 15 de Mayo del "Año del Libertador General San Martín" 1950.